
ELIAS WRENFORD
LA VILLA DE LOS SUEÑOS

La Villa de los Sueños

Elias Wrenford

Derechos de autor © 2026 Elias Wrenford ®

Roberto Marín Muñoz
c/o COCENTER
Koppoldstr. 1
86551 Aichach
(Alemania)

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Dedicatoria

Hay casas que tienen memoria. No en el sentido metafórico que usamos cuando queremos parecer profundos, sino de verdad: una memoria acumulada en la madera, en el olor particular de ciertos pasillos, en la forma en que la luz entra por ventanas que han visto pasar generaciones enteras. Para esas casas va esta historia. Para los lugares que guardaron lo que sus habitantes no podían decir en voz alta.

Para los que amaron de una manera que el mundo consideró incorrecta. Para los que vivieron con su amor escondido como si fuera una vergüenza y no era sino la parte más honesta de ellos mismos. Para los que aún hoy, en pleno siglo veintiuno, tienen que calcular si es seguro cogerse de la mano en determinada calle, en determinado país, en determinada familia. Para ellos, porque merecen historias que los vean.

Para quienes cargan cada día con el peso de una discapacidad, visible o no, reconocida o ignorada. Para los que navegan un mundo que no siempre fue diseñado pensando en ellos, y que lo hacen con una dignidad que a veces el resto ni siquiera nota. Y para todos los que los acompañan: los cuidadores, los familiares, los amigos que reorganizaron su vida sin anunciarlo, los que están presentes en los días buenos y también en los que no lo son, los que dan una parte de sí mismos que nadie les va a devolver y que eligieron darlo de todas formas.

Y para mis lectores, los de siempre y los que llegan nuevos. Por vosotros escribo en las horas en que el resto del mundo duerme. Por vosotros construyo casas que no existen, personajes que no vivieron, épocas que ya no volverán. Si alguna vez os habéis perdido dentro de una de mis historias y habéis olvidado por un momento todo lo que os pesaba fuera, entonces ya sé que valió la pena cada noche sin dormir.

"De día o de noche, en calma o en dolor,
ese corazón que perdió su libertad
lleva en silencio su propio amor,
ese amor que jamás pudo mostrar."

— Lord Byron, Malta, 1811 (Versión en español del autor)

Contenido

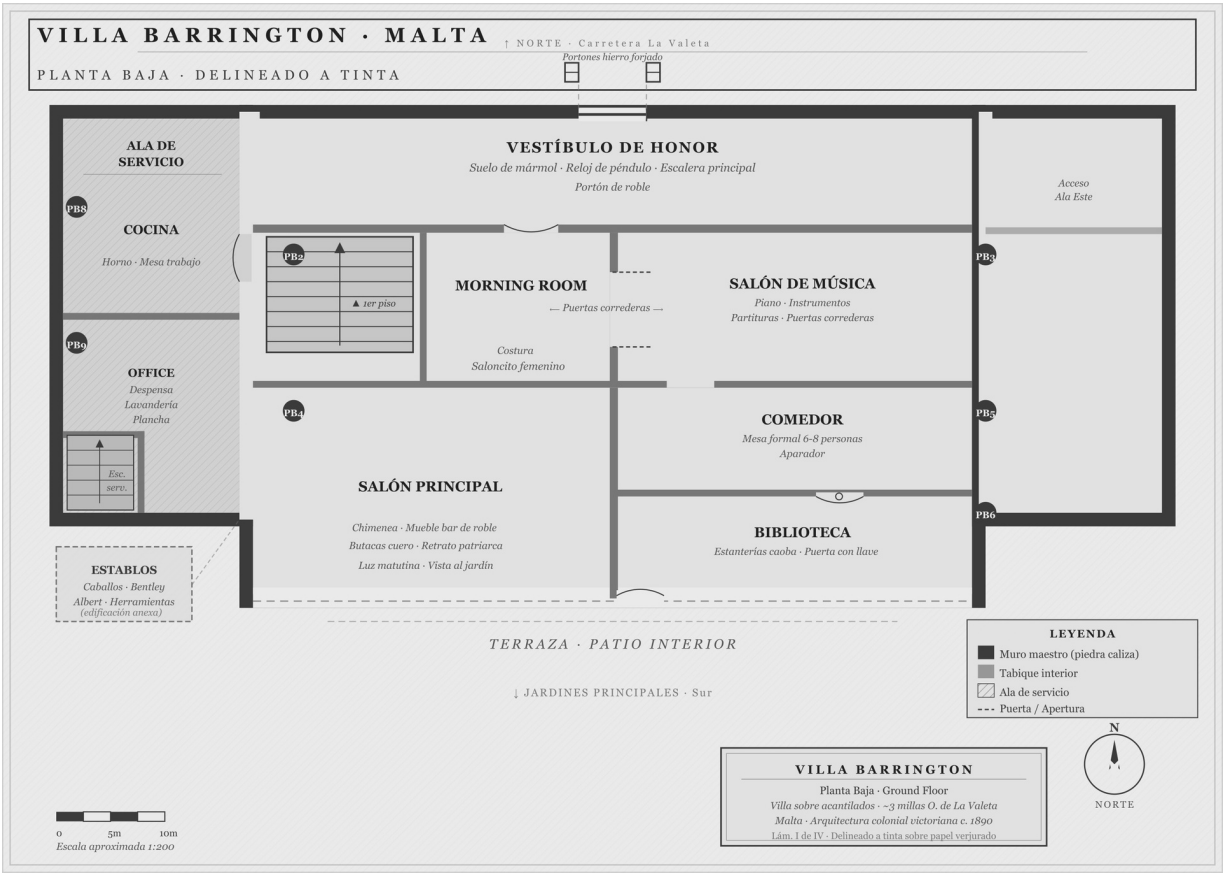
Dedicatoria
Contenido
Planos de la Villa Barrington
Parte 1: Los secretos del pasado
- Capítulo 1: 1930 - Viviendo una pesadilla
- Capítulo 2: 2025 - Huyendo hacia delante
- Capítulo 3: 1930 - Los pilares de la casa
- Capítulo 4: 2025 - Ecos del presente
- Capítulo 5: 1917 - Los últimos días de Lady Constance
- Capítulo 6: 1930 - Una aparición del pasado
- Capítulo 7: 2025 - Sombras en las paredes
- Capítulo 8: 1930 - El peso de los secretos
- Capítulo 9: 2025 - Guardianes silenciosos

Parte 2: Revelaciones y tragedias
- Capítulo 10: 1918 - Vuelta a casa
- Capítulo 11: 1920 - El fin de la inocencia
- Capítulo 12: 2025 - Despertar de memorias
- Capítulo 13: 1930 - Corazones divididos (I)
- Capítulo 14: 1930 - Corazones divididos (II)
- Capítulo 15: 1918 - El pecado original
- Capítulo 16: 2025 - Ecos de culpa

Parte 3: El precio de la venganza
- Capítulo 17: 2025 - La promesa de una matriarca
- Capítulo 18: 1930 - El nuevo pretendiente
- Capítulo 19: 1920 - La orden fatal
- Capítulo 20: 1930 - Sangre por sangre

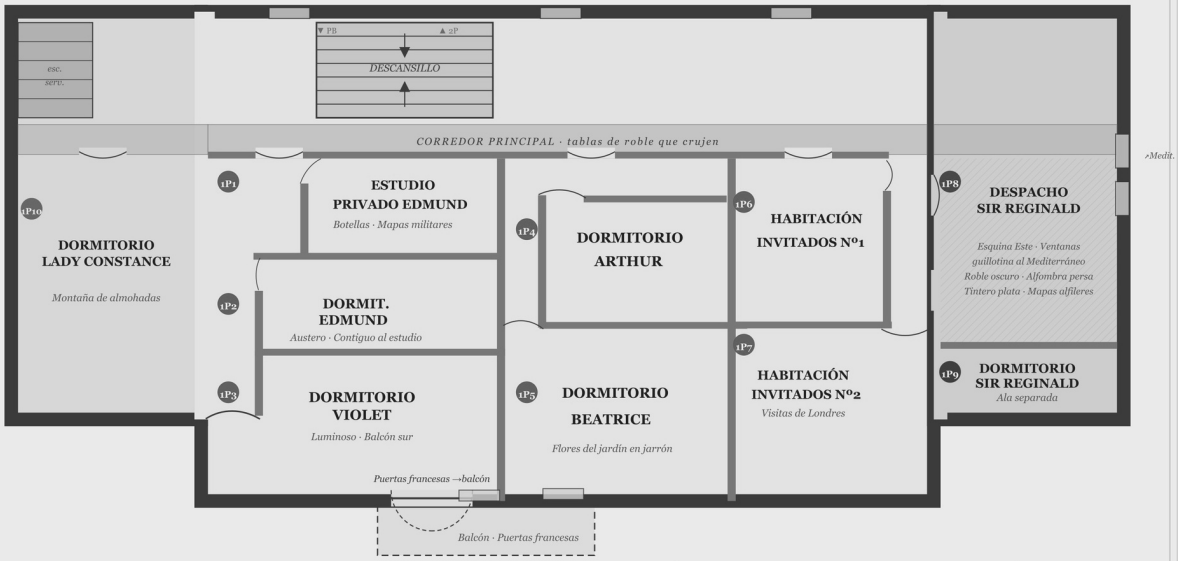
Capítulo 21: 2025 - El regreso de la matriarca
Capítulo 22: 1930 - El exilio dorado
Capítulo 23: 2025 - El rompecabezas completo
Capítulo 24: 2025 - La última despedida
Epílogo
Un último favor
Avance exclusivo
Acerca del autor
Otros libros del autor

Planos de la Villa Barrington



VILLA BARRINGTON · MALTA

PRIMERA PLANTA — DORMITORIOS FAMILIARES



VILLA BARRINGTON

Primera Planta

10 habitaciones · Dormitorios familiares e invitados

Forma en U · Alas Este / Central / Oeste

Lám. II de IV · Delineado a tinta sobre papel verjurado

N

LEYENDA · CÓDIGO DE COLOR

- Dormitorios familiares (Edmund/Violet/Arthur/Beatrice)
- Ala Este · Sir Reginald (despacho + dormitorio)
- Ala Oeste · Lady Constance
- Despacho Sir Reginald

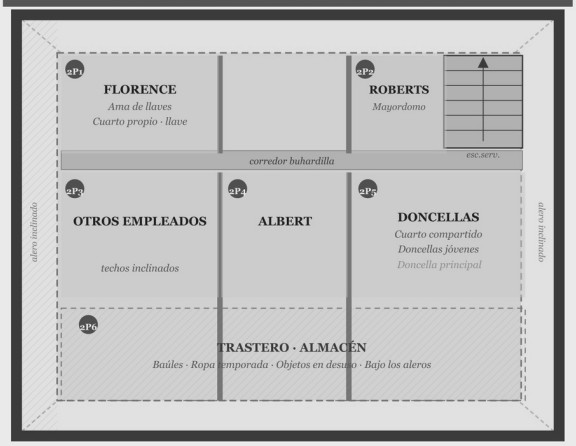
0 5m 10m

Escala aproximada 1:200

VILLA BARRINGTON · MALTA

LÁM. III: SEGUNDA PLANTA / BUHARDILLA · LÁM. IV: PLANO DEL TERRENO

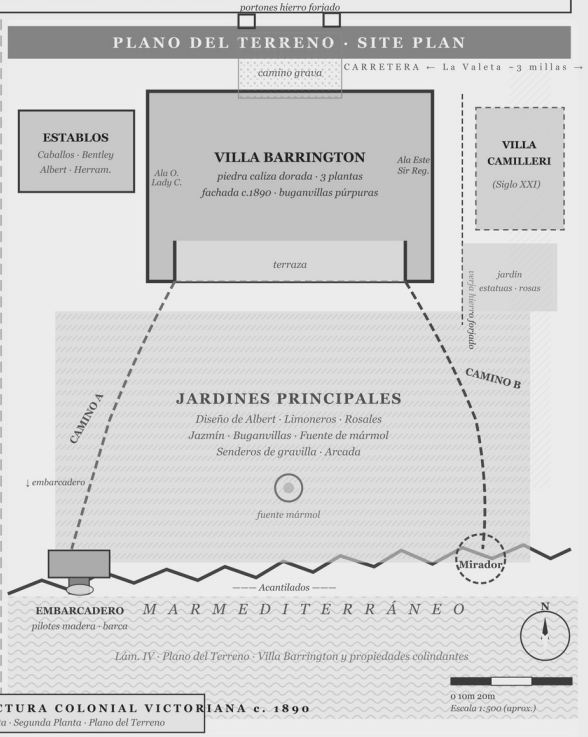
SEGUNDA PLANTA · BUHARDILLA



Escala 1:200

Lám. III · Segunda Planta / Buhardilla · Solo acceso por escalera de servicio

PLANO DEL TERRENO · SITE PLAN



Lám. IV · Plano del Terreno · Villa Barrington y propiedades colindantes

VILLA BARRINGTON · MALTA · ARQUITECTURA COLONIAL VICTORIANA c. 1890

Cuatro láminas: Planta Baja · Primera Planta · Segunda Planta · Plano del Terreno

Parte 1: Los secretos del pasado



Capítulo 1: 1930 - Viviendo una pesadilla

El sol de Malta caía sobre la Villa Barrington, encaramada en lo alto de los acantilados de Dingli como una corona de piedra caliza dorada sobre el Mediterráneo. La residencia, construida a finales del siglo XIX con esa peculiar fusión de ambición británica y sabiduría constructiva maltesa, se alzaba orgullosa frente al mar, sus muros gruesos de piedra local brillando con ese tono miel que solo podía adquirir la caliza de esa isla bajo el sol implacable.

Los balcones cerrados —esos gallariji tan característicos de la arquitectura maltesa— sobresalían de la fachada como jaulas de madera pintada de verde oscuro, sus celosías filtrando la luz en patrones geométricos que danzaban sobre los suelos interiores. Desde dentro, permitían observar el mundo exterior sin ser visto, guardianes silenciosos de los secretos que se acumulaban en cada habitación.

Las escaleras exteriores de piedra maltesa, desgastadas por décadas de pasos y viento salino, descendían desde la terraza principal hacia los jardines, cada peldaño ligeramente cóncavo en el centro por el roce constante. En las esquinas de los muros exteriores, pequeños nichos religiosos albergaban imágenes de santos olvidados, sus rostros pintados desvaídos por el sol, pero todavía vigilantes, testigos mudos de las idas y venidas de la familia Barrington.

En el interior, los suelos de baldosas hidráulicas —importadas de Sicilia en tiempos más prósperos— formaban intrincados mosaicos de azules, ocres y blancos, cada habitación con su propio patrón, como capítulos distintos de una misma historia. Las buganvillas trepaban por las paredes como lenguas de fuego violeta, sus flores cayendo sobre los senderos de grava blanca que serpenteaban entre limoneros centenarios. El aroma cítrico se mezclaba con el salitre marino que subía desde los acantilados, creando esa fragancia única

que solo existe en las villas costeras de Malta, donde la tierra y el mar se encuentran en perpetuo abrazo.

El viento constante del Mediterráneo silbaba entre las contraventanas de madera, haciendo crujir los postigos con un ritmo tan antiguo como la propia isla. Desde la terraza, el mar se extendía infinito, de un azul tan intenso que dolía mirarlo directamente al mediodía.

En su estudio, Edmund Barrington alzó la botella de whisky hacia la luz. A sus treinta y un años, su rostro aristocrático mostraba las marcas del cansancio y el dolor. Sus dedos, manchados de tinta, temblaban mientras servía otro vaso. El líquido ámbar salpicó el mapa desplegado sobre el escritorio. Su uniforme, impecable esa mañana, mostraba ahora las arrugas de horas de abandono. El cabello oscuro, casi negro, caía despeinado sobre su frente, y sus ojos grises reflejaban un tormento que el alcohol no conseguía aplacar.

—Por ti, Thomas… —murmuró al aire, su mirada nublada por el alcohol, fija en el reloj de bolsillo que descansaba junto a su mano.

En el salón principal, Violet observaba el retrato de Sir Reginald Barrington, el patriarca de cincuenta y ocho años. Sus ojos verdes recorrían la pintura sin verla realmente, perdida en pensamientos sobre el giro que había dado su vida. Hacía solo tres días que sus padres la habían dejado allí, como quien abandona un paquete no deseado. La ruina familiar pesaba sobre los hombros de la joven de veintidós años como una capa de plomo.

—¿Desea algo más, mi señora? —preguntó una de las criadas, su acento maltés espeso como la miel.

—No, gracias. —Violet tocó su colgante, un gesto involuntario que traicionaba su inquietud—. Aunque… ¿Podrías contarme algo sobre la isla?

La criada bajó la mirada, sus manos retorciéndose en el delantal.

—Lo siento, señora. Tengo que terminar mis tareas.

Violet observó a la mujer alejarse con pasos apresurados. Solo quedaron el tic-tac del reloj de péndulo y el murmullo lejano del mar contra los acantilados.

Violet recorrió los pasillos de la villa, sus pasos resonando en el suelo de mármol. El vestido de muselina se movía con cada paso, recordándole que ahora era la señora Barrington. Un título que sonaba hueco, vacío de significado.

Las palabras de su madre resonaban en su mente: "Es un buen partido, querida. Un oficial respetado, con propiedades. No podemos permitirnos ser quisquillosos en nuestra situación".

Se detuvo frente a un espejo. Su reflejo le devolvió una mirada confusa. Las novelas románticas que había escondido bajo su almohada hablaban de pasión, de miradas robadas y corazones acelerados. Pero Edmund… Edmund apenas la miraba durante las comidas, sus ojos siempre perdidos en algún punto distante, su mano aferrada a ese reloj de bolsillo que nunca soltaba. Ni siquiera la había acariciado ni una sola vez desde el día de la ceremonia.

El sonido de una botella rompiéndose la sobresaltó. Venía del estudio. Se acercó con cautela hasta la puerta entreabierta.

—¡Maldita sea! —La voz de Edmund resonó desde dentro, seguida por el sonido de papeles cayendo.

Violet se alejó con el corazón latiendo con fuerza. No era así como había imaginado el matrimonio. No era así como había soñado su vida de casada. La villa, con sus jardines y sus vistas al mar, se sentía como una jaula dorada. Las criadas apenas le hablaban, los vecinos más cercanos vivían a kilómetros de distancia, y su nuevo esposo era poco más que un fantasma que vagaba por los pasillos.

Se apoyó contra una pared, sus dedos buscando instintivamente el colgante de su madre. La brisa marina entraba por las ventanas abiertas, trayendo consigo el aroma a sal y limones. Un recordatorio más de lo lejos que estaba de todo lo que conocía en Londres.

La puerta del estudio se abrió de golpe. Edmund apareció en el umbral, tambaleándose. Su mano derecha chorreaba sangre que goteaba sobre el mármol del suelo. Los fragmentos de cristal verde brillaban entre sus dedos como escamas de pescado.

Sus ojos grises, inyectados en sangre, se clavaron en Violet.

—¿Qué haces aquí parada como una idiota? —El aliento a whisky llegó hasta ella antes que sus palabras.

—Edmund, tu mano… Déjame ayudarte.

—¡No necesito tu ayuda! —Edmund avanzó hacia ella, sus pasos erráticos dejando un rastro escarlata—. ¡Ni tu lástima!

Violet retrocedió, pero no lo suficientemente rápido. Edmund la empujó al pasar, su mano ensangrentada manchando la muselina blanca de su vestido. Violet cayó contra la pared, el golpe sacándole el aire de los pulmones.

Una de las criadas más antiguas apareció al final del pasillo. Sus ojos oscuros se movieron de Edmund a Violet, y luego a las manchas de sangre en el suelo. Se acercó a Violet con pasos cautelosos.

—Señora, permítame ayudarla —susurró, con una mirada que decía más que sus palabras. Una mirada que hablaba de otras caídas, otros gritos, otras noches de whisky y cristales rotos.

—Estoy bien. —Violet se incorporó, rechazando la mano tendida. Su orgullo era lo único que le quedaba intacto—. Solo ha sido un accidente.

Pero mientras se alejaba hacia su habitación, las lágrimas que contenía le quemaban los ojos. El vestido manchado de sangre se pegaba a su piel como una segunda capa de vergüenza.

Unas horas más tarde, la luz de las velas danzaba sobre la porcelana fina mientras los criados retiraban los platos del segundo servicio. Violet observaba a Edmund desde el otro extremo de la mesa. La sangre seca manchaba el vendaje improvisado en su mano, pero al menos había recuperado algo de compostura.

—El pescado estaba delicioso —Violet cortó un trozo de tarta de limón—. Me recuerda a los veranos en Brighton, cuando…

Edmund removió su postre sin probar bocado, la mirada perdida más allá de las ventanas, donde el Mediterráneo se fundía con la noche.

—Edmund —Violet dejó el tenedor sobre el plato—. Sé que nuestro matrimonio fue arreglado, pero pensé que podríamos… —Sus dedos juguetearon con el colgante— que esta noche podríamos compartir aposentos por primera vez, si queréis.

El tenedor de Edmund cayó contra la porcelana con un tintineo metálico.

—No me encuentro con ánimo —apartó su silla—. Me retiro al estudio.

—Pero Edmund, apenas hemos hablado desde la ceremonia. Si me dieras la oportunidad…

Edmund se giró, sus ojos grises brillando con una furia repentina.

—¡Eres mi esposa! —golpeó la mesa con el puño vendado—. ¡Harás lo que yo diga, cuando yo lo diga!

Violet se encogió en su silla. Las velas temblaron.

—¡Roberts! —Edmund gritó hacia el pasillo—. ¡Estoy seco! ¡Tráeme más vino al estudio!

Sus pasos resonaron por el comedor mientras se alejaba, dejando a Violet sola con el postre sin terminar y el eco de sus gritos.

Unos minutos después, los criados rodeaban la mesa retirando platos y copas con la eficiencia de años de práctica. El tintineo de la porcelana contra la plata parecía lejano para Violet, que permanecía inmóvil en su silla, la mirada perdida en el mantel de encaje.

Su mente vagaba por los acontecimientos de la última semana. Edmund Barrington. Un nombre que ahora compartía, pero que pertenecía a un extraño. Las pocas veces que lo había visto sobrio, su rostro mostraba una máscara de cortesía fría, como si ella fuera

un mueble más en la villa. El resto del tiempo… Violet se estremeció al recordar el incidente de esa tarde.

Sus dedos rozaron una mancha de vino en el mantel. Roja como la sangre que había manchado su vestido. ¿Qué sabía realmente de él? Las cartas que habían precedido al matrimonio hablaban de un distinguido oficial británico, temporalmente retirado del servicio. Pero nadie había mencionado las botellas vacías, los gritos en la noche, la forma en que sus ojos parecían buscar algo —o alguien— que no estaba allí.

—¿Se encuentra bien, señora? —Roberts, el mayordomo de cincuenta y cinco años, se detuvo junto a ella con una preocupación genuina en el rostro.

Violet parpadeó, saliendo de su ensimismamiento. La mesa estaba ya despejada, las velas casi consumidas.

—No es nada —se llevó una mano a la sien—. Solo me siento un poco indispuesta. Creo que me retiraré a mi habitación.

Se levantó con la gracia que le habían enseñado, aunque por dentro sentía que cada paso la acercaba más a una jaula. Una jaula con vistas al Mediterráneo, pero una jaula, al fin y al cabo.

Violet cerró la puerta de su habitación y se apoyó contra ella. La luz de la luna creciente se filtraba por los ventanales, formando sombras sobre la alfombra. Su cama, con sus sábanas de lino blanco y almohadones de plumas, parecía fría y vacía.

Se acercó al tocador donde sus acuarelas descansaban sin tocar desde que había llegado. Los pinceles, ordenados por tamaño, acumulaban una fina capa de polvo. Antes en Inglaterra, cada mañana era una promesa de nuevos colores, de paisajes por capturar. Ahora, el simple pensamiento de pintar le resultaba agotador.

Se asomó a la ventana. La oscuridad del Mediterráneo se fundía con el cielo nocturno, creando un abismo negro que reflejaba su propio

vacío interior. Ni siquiera las estrellas y la luna ofrecían consuelo esa noche.

Sus dedos rozaron el cristal frío. En su tierra, a esta hora estaría tomando el té con alguna visita, compartiendo risas y secretos. Aquí, solo tenía el eco de sus propios pensamientos y el murmullo distante de las olas.

—Una prisión —susurró, su aliento empañando el cristal—. Una prisión con un carcelero borracho.

El sonido de cristal rompiéndose llegó de nuevo desde el estudio, seguido por un grito ahogado. Violet se estremeció. ¿Cuántas noches más tendría que soportar los arrebatos de Edmund? ¿Cuánto tiempo hasta que su ira se dirigiera directamente hacia ella?

Se sentó en el borde de la cama, mirando el techo. Las lágrimas no acudieron en esta ocasión; las había agotado todas en los días anteriores a su partida, cuando sus padres la informaron del acuerdo al que habían llegado sin su consentimiento. Además, ¿de qué servirían esas lágrimas ahora? Su destino estaba sellado, tan inmutable como los muros de piedra que la rodeaban.

Tomó un camisón del armario y se preparó para otra noche de insomnio. El reloj de la mesilla marcaba las horas con una lentitud cruel, cada tictac un recordatorio más de su soledad.

Capítulo 2: 2025 - Huyendo hacia delante

La lluvia londinense golpeaba las ventanas del café con esa persistencia gris que convertía cada mañana en una promesa de melancolía. Lily Carter observó las gotas deslizarse por el cristal mientras mordisqueaba su croissant de almendras, el único desayuno que había conseguido tragar en los últimos días.

Su teléfono vibró contra la mesa de madera manchada. Otro mensaje de The Architectural Review solicitando una entrevista sobre su último proyecto: la renovación del ático en Notting Hill que había aparecido en portada el mes anterior. Lily deslizó el dedo para silenciarlo. El éxito profesional se había convertido en una carga cuando tu vida privada era un desastre.

—¿Otro café, cielo? —La camarera se acercó con su delantal negro.

—No, gracias. Ya estoy bastante nerviosa.

Lily recogió su bolso vintage de cuero y dejó unas monedas sobre la mesa. Las calles de Bankside bullían con el ritmo matutino de siempre: oficinistas esquivando charcos, turistas perdidos buscando el Tate Modern, comerciantes abriendo sus puestos. Todo seguía igual, pero ella se sentía como una extraña observando una obra de teatro en la que ya no tenía papel.

Sus pasos la llevaron automáticamente hacia el Támesis camino de casa. El río corría turbio y espeso, arrastrando detritos urbanos hacia el mar. Como ella, pensó. Arrastrando los pedazos rotos de lo que había sido su vida hasta hace seis meses.

Unos minutos más tarde ya había bajado las maletas y el taxi la esperaba en la esquina, el motor ronroneando. El conductor bajó la ventanilla.

—¿Heathrow, señorita?

Lily subió al taxi y se deslizó en el asiento trasero. Sus dos maletas descansaban en el maletero como testigos silenciosos de su huida. Porque eso era lo que hacía: huir. Siempre había sido más fácil que quedarse y arreglar las cosas.

Su reflejo en la ventanilla le devolvió la mirada de una mujer de veintiocho años que había conquistado Londres con su talento para transformar espacios, pero que era incapaz de transformar el vacío que crecía en su pecho desde la muerte de su madre. Los clientes adoraban su capacidad para crear hogares donde otros solo veían paredes; las revistas especializadas elogiaban su "visión única para capturar la esencia emocional de un espacio". Irónico, considerando que había huido de su propio hogar cuando Elsie más la necesitaba.

Sus dedos encontraron la pulsera vintage en su muñeca, el metal gastado por años de uso. Había pertenecido a su madre. El único vínculo tangible que le quedaba con una historia familiar que apenas conocía.

Malta la esperaba. Un proyecto de restauración en una villa histórica, la oportunidad perfecta para desaparecer unos meses mientras decidía qué hacer con los restos de su vida. La cliente había sido insistente al teléfono: necesitaba alguien con su sensibilidad especial para espacios cargados de historia.

El taxi aceleró hacia el aeropuerto. Londres se difuminaba en el retrovisor como un sueño gris del que por fin despertaba.

Un semáforo se puso en rojo y el taxi se detuvo con un suspiro hidráulico. Lily cerró los ojos y, como siempre, los recuerdos llegaron sin invitación.

Seis meses atrás.

—¡No puedes abandonarme ahora, Lily! ¡Después de todo lo que he hecho por ti!

La voz de Elsie Carter había atravesado las paredes del hospital como un cuchillo. Incluso debilitada por la quimioterapia, conservaba esa capacidad única para hacer que cada palabra sonara como una

acusación personal. Los otros pacientes de oncología habían girado sus cabezas con una mezcla de curiosidad y lástima.

—Mamá, por favor, baja la voz.

—¿Bajar la voz? ¿Para que puedas seguir fingiendo que no existo? ¡Soy tu madre, por el amor de Dios!

Elsie había estado magnífica incluso en su lecho de hospital. Maquillaje perfecto a pesar de las ojeras, cabello falso rubio platino, bata de seda rosa en lugar del horrible camisón del hospital. Siempre había sabido cómo ser el centro de atención, incluso —especialmente— en su agonía.

El semáforo cambió a verde. El paisaje urbano se deslizaba ahora más rápido mientras el taxi tomaba la autopista.

Lily recordó perfectamente su última conversación. Había intentado explicarle que tenía una presentación crucial al día siguiente, que el proyecto de Belgravia podía cambiar su carrera. Pero Elsie solo había escuchado la parte donde su hija elegía el trabajo por encima de ella.

—Siempre has sido una egoísta, Lily. Igual que tu padre, que se marchó en cuanto supo que estaba embarazada.

Las enfermeras habían intercambiado miradas incómodas. No era la primera escena que Elsie montaba. Durante las últimas semanas, había conseguido alejar a las pocas amigas que le quedaban con su drama constante y sus exigencias imposibles. Incluso Margaret, su amiga de toda la vida, había dejado de visitarla después de que Elsie la acusara de disfrutar viendo su sufrimiento.

La llamada había llegado un martes por la mañana. Lily estaba eligiendo textiles para el proyecto cuando el teléfono sonó.

—¿Señorita Carter? Soy el doctor Henderson. Me temo que tengo malas noticias…

El funeral había sido una ceremonia vacía. Solo Lily, el reverendo Morrison y el sonido del viento entre los cipreses del cementerio de

Highgate. Ni flores de condolencia, ni amigos lamentando la pérdida. Elsie Carter había conseguido la hazaña de morir completamente sola, arrastrando a su única hija en una espiral de culpa que ahora la perseguía hasta Malta.

—Ya llegamos, señorita.

Lily abrió los ojos. Las torres de control de Heathrow se alzaban contra el cielo gris como monumentos a todos los destinos posibles.

* * *

El viento mediterráneo golpeó a Lily en cuanto salió de la terminal del aeropuerto de Malta, arrastrando consigo el aroma salino del mar y una calidez que Londres no conocía ni en pleno verano. Sus mechones castaños se escaparon del recogido improvisado, danzando alrededor de su rostro mientras consultaba la aplicación del móvil. El conductor del Uber todavía tardaría cinco minutos.

Se refugió parcialmente tras una columna de hormigón, pero el viento persistía, como si la isla misma insistiera en despejarle la mente de los fantasmas que había traído en el equipaje.

El dinero no había sido el motivo para aceptar este encargo. Su cuenta bancaria reflejaba el éxito de una carrera meteórica: penthouses en Knightsbridge, mansiones en los Cotswolds, estudios minimalistas para magnates tecnológicos que pagaban fortunas por su capacidad de leer los espacios como novelas escritas en piedra y madera. Pero ninguna de esas transformaciones había logrado tocar la herida que crecía en su interior desde que Elsie comenzó a morir lentamente, arrastrando consigo la posibilidad de una reconciliación que Lily jamás había sabido si quería realmente.

Su madre había sido una maestra del chantaje emocional, una artista del victimismo que había convertido cada conversación en un campo de batalla donde Lily siempre perdía. Desde niña había aprendido a caminar sobre cáscaras de huevo, midiendo cada palabra para evitar las explosiones de drama que inevitablemente llegaban.

“Su hija Sarah la llama todos los días.”

“Tu padre nos abandonó, Lily. ¿Tú también me vas a abandonar?”

“Después de todo lo que he sacrificado por ti, ¿así me lo pagas?”

El repertorio de Elsie había sido infinito, perfeccionado durante décadas de práctica. Y Lily había mordido el anzuelo cada vez, sintiendo esa punzada familiar de culpa que la hacía correr de vuelta, disculparse, intentar ser la hija perfecta que su madre exigía.

La enfermedad había intensificado todo. Los médicos habían explicado que algunos pacientes de cáncer desarrollaban comportamientos más extremos, pero Lily sospechaba que el tumor solo había amplificado lo que Elsie siempre había sido: una mujer que necesitaba ser el centro del universo emocional de quienes la rodeaban.

Un Ford Focus azul se detuvo frente a ella, interrumpiendo el laberinto de recuerdos.

—¿Miss Carter? Welcome to Malta!

El conductor, un hombre de mediana edad de aspecto afable, la ayudó con las maletas. Su inglés tenía ese acento particular maltés que mezclaba influencias mediterráneas con ecos del pasado colonial británico.

—Primera vez aquí, ¿verdad? Lo veo en sus ojos. Malta tiene ese efecto.

Lily se instaló en el asiento trasero mientras el coche se incorporaba al tráfico que salía del aeropuerto. El paisaje cambió gradualmente: campos áridos salpicados de muros de piedra calcárea, pequeños pueblos que parecían crecer orgánicamente de la roca dorada y, finalmente, la expansión urbana que rodeaba Sliema y St. Julian’s.

—Los alrededores de St. Julian’s son muy diferentes ahora comparados con cuando era niño —comentó el conductor, como si hubiera leído sus pensamientos—. Antes solo teníamos pescadores y algunas casas. Ahora… bueno, ya verá.

A lo lejos. St. Julian's se extendía ante ellos como un collage temporal donde edificios históricos de piedra maltesa convivían con torres de cristal y acero que albergaban casinos, hoteles de lujo y complejos residenciales para expatriados europeos. El puerto deportivo brillaba bajo el sol de la tarde, repleto de yates que costaban más que algunas casas londinenses. Restaurantes con terrazas flotantes se asomaban al mar, mientras turistas en shorts y camisetas de marca paseaban por calles que olían a protector solar y ambición.

Era el tipo de lugar donde una mujer podía perderse y reinventarse. O al menos intentarlo.

* * *

El conductor aceleró por una calle, dejando atrás la playa concurrida, pero Lily apenas veía el paisaje mediterráneo. Los dedos se le enroscaron alrededor de la pulsera vintage que llevaba en la muñeca, ese gesto familiar que aparecía cada vez que la ansiedad trepaba por su columna vertebral.

La llamada había llegado un viernes. Lily recordaba el detalle porque los viernes eran sus días más productivos, cuando el estudio se vaciaba lo suficiente para que pudiera concentrarse en los renders del proyecto de Kensington sin interrupciones constantes.

—Miss Carter, soy la enfermera Thompson del King's College Hospital. Su madre ha ingresado nuevamente. Una crisis. No es crítica, pero…

El resto de las palabras se habían difuminado en ese zumbido familiar que acompañaba cualquier cosa relacionada con Elsie. Lily había mirado la pantalla de su ordenador, donde un salón eduardiano esperaba ser transformado en un espacio contemporáneo que honrara su arquitectura original. Había murmurado algo sobre llegar pronto y había colgado.

Pero no se había movido. No inmediatamente.

Había permanecido sentada otros veinte minutos, ajustando molduras virtuales que no necesitaban ajuste, cambiando tonos de blanco que ya eran perfectos. Fabricando excusas en forma de profesionalismo mientras la culpa crecía como una enredadera venenosa en su pecho.

Solo termino esto. Es importante. El cliente espera.

Mentiras que se había repetido tantas veces que casi las creía.

El móvil había vibrado. Elsie.

—¿Dónde estás? Necesito mi crema facial. La Estée Lauder, la del tarro dorado. ¿Y mis pijamas de seda rosa? Los otros son horribles, Lily, parecen de hospital. ¿Por qué tardas tanto?

Ni un "estoy asustada" ni un "te necesito". Solo demandas envueltas en el tono de víctima que Elsie dominaba como nadie.

Lily había cerrado el portátil.

El piso de Notting Hill olía a cerrado cuando entró, ese aroma particular de espacios abandonados temporalmente mezclado con el perfume caro que Elsie usaba en exceso. La habitación de su madre era exactamente como la recordaba: un santuario de vanidad con el tocador repleto de cosméticos caros, fotografías enmarcadas donde Elsie siempre ocupaba el centro, espejos estratégicamente colocados para capturar su reflejo desde cualquier ángulo.

Lily había abierto el armario buscando los pijamas, apartando blusas de diseñador y vestidos que su madre ya no podía usar, pero se negaba a donar. Al fondo, detrás de una caja de zapatos Louis Vuitton, sus dedos rozaron cartón áspero.

La caja no tenía nada especial. Cartón marrón desgastado por los años, sin marcas ni etiquetas. Pero estaba escondida, enterrada bajo capas de vanidad superficial.

Dentro, el tiempo se había detenido en sepia.

La pulsera había sido lo primero que vio: plata gastada, casi opaca. Las fotografías la habían dejado sin aliento. Una mujer joven en uniforme de criada, ojos grises que parecían mirar directamente a través de los años. Una pareja mayor frente a una casa de campo, él con traje oscuro y ella con vestido sencillo. Una niña pequeña que podría incluso ser Elsie con sus padres.

¿Quiénes eran?

Las cartas, amarillentas y frágiles, estaban dirigidas a "Elsie Carter", pero firmadas por "Eliza".

"Querida Elsie, espero que esta carta te encuentre bien…"

No las había leído en su totalidad. La sensación de transgresión la había frenado, pero Lily había capturado varias imágenes con el teléfono, concentrándose principalmente en las fotografías, antes de ocultar nuevamente la caja en el mismo lugar.

En el hospital, Elsie había estado rodeada de máquinas, tubos, sábanas blancas que la hacían parecer más pequeña. Pero su lengua permanecía afilada.

—¿Trajiste mi crema? ¿Y mis pijamas buenos? Lily, esos se ven baratos.

—Mamá, encontré una caja en tu armario. Fotografías, cartas…

—No sé de qué hablas. Son cosas viejas que no importan. ¿Por qué no me traes flores? Todos los otros pacientes tienen flores.

Y había sido todo.

—¿Le gusta la música árabe? —La voz del conductor maltés la arrancó del recuerdo—. Es muy popular aquí. ¿Le gusta?

Lily parpadeó, volviendo al presente mientras St. Julian's se extendía ante ella.

—Sí —mintió, tocándose la pulsera que ahora llevaba siempre—. Es perfecta.

* * *

El penthouse del hotel ME Malta flotaba sobre St. Julian's como una promesa cumplida. Chiara Barrington Moretti se reclinó en la silla de mimbre de su terraza privada, sosteniendo una copa de Aperol Spritz que reflejaba los últimos rayos dorados del atardecer mediterráneo. La pantalla de su tablet mostraba el rostro sonriente de Sofía, su pareja, que desde su apartamento parecía estar a un mundo entero de distancia a pesar de encontrarse apenas a veinte minutos en coche.

—El consejo de administración aprobó mi propuesta para el balneario —contaba Chiara, tocándose distraídamente el anillo familiar de los Barrington—. Una nueva sala de tratamiento y darle más luz natural a la zona de relajación con vistas al mar.

—Tú siempre consigues lo que quieres, cariño —respondió Sofía con esa sonrisa cómplice que había conquistado a Chiara cinco años atrás—. ¿Y qué tal el proyecto de la villa familiar? ¿Ya llegó la interiorista londinense?

Alrededor de Chiara, el ME Malta palpitaba con la energía controlada de un establecimiento de lujo en pleno funcionamiento. Ocho pisos más abajo, el lobby de mármol blanco y acero negro recibía a huéspedes que llegaban en Maseratis y Teslas alquilados, mientras el aroma signature de bergamota y oud se mezclaba con conversaciones en media docena de idiomas europeos. Las habitaciones, decoradas con arte contemporáneo cuidadosamente seleccionado, albergaban a influencers digitales, empresarios emergentes y herederos de fortunas familiares que habían convertido Malta en su nuevo paraíso fiscal.

—Debería estar llegando ahora mismo. Lily Carter, se llama. Su porfolio es impresionante; ha trabajado en casas que aparecen en Architectural Digest.

—¿Y estás segura de que es la persona adecuada para la villa de tus abuelos?

El móvil de Chiara vibró con un mensaje del conserje. Había llegado.

—Acaba de llegar, de hecho. Te llamo luego, ¿vale?

—Dale mis saludos a la misteriosa londinense.

Chiara cerró la videollamada y se incorporó, alisándose la blusa de seda que había elegido cuidadosamente para esta primera reunión. Descendió en el ascensor privado que conectaba su penthouse con el vestíbulo ejecutivo, donde la recepcionista ya había iniciado el proceso de registro para la nueva huésped.

Lily Carter resultó ser lo que Chiara había imaginado y, al mismo tiempo, algo completamente inesperado. Alta sin ser imponente, con esos ojos grises que parecían evaluar cada detalle arquitectónico del lobby mientras completaba los formularios. Llevaba una pulsera vintage que no dejaba de tocar, y Chiara notó las pequeñas manchas de pintura en sus uñas que delataban a alguien que trabajaba con las manos tanto como con la mente.

—Miss Carter, bienvenida al ME Malta. —Chiara extendió la mano con su sonrisa profesional más cálida—. Soy Chiara Barrington Moretti, directora general del hotel y… bueno, su empleadora para este proyecto.

—El placer es mío. Y, por favor, llámame Lily.

La acompañó hasta la suite de diseño en el séptimo piso, un espacio que había supervisado personalmente: paredes de cristal que maximizaban las vistas al puerto, mobiliario italiano de líneas limpias y una zona de trabajo equipada con mesa de dibujo ajustable e iluminación profesional.

—Espero que sea adecuado para trabajar. He pensado que tal vez preferirías tener aquí tu base de operaciones antes de decidir si quieres instalarte directamente en la villa.

Mientras preparaba café en la máquina Nespresso integrada en la suite, Chiara observó cómo Lily exploraba el espacio con esa mirada profesional que catalogaba potencialidades y deficiencias.

—Es perfecto, gracias. ¿Y la villa? ¿Cuánto tiempo lleva en la familia?

—Casi ciento cincuenta años. Mis antepasados la compraron a finales del siglo XIX, pero fueron mis abuelos quienes realmente la habitaron cuando eran jóvenes. Se mudaron allí en 1930 justo después de su boda en Londres, en una ceremonia que, según la familia cuenta, fue bastante… inesperada.

Chiara le tendió la taza de café, eligiendo cuidadosamente sus palabras. La historia real de Edmund y Violet era demasiado compleja para una primera conversación, y algunos secretos familiares merecían ser descubiertos gradualmente.

—El contrato contempla tres meses inicialmente, con posibilidad de extensión si el proyecto lo requiere. La villa ha estado prácticamente deshabitada desde los años cincuenta, salvo por mantenimiento básico. Lo que necesito es alguien que pueda devolverle vida sin borrar su alma.

Lily asintió, saboreando el café mientras sus ojos se perdían en las vistas del puerto.

—¿Cuándo podré verla?

—Mañana, si te parece bien. Está a media hora en coche, sobre un acantilado con vistas al Mediterráneo.

Capítulo 3: 1930 - Los pilares de la casa

El despacho de Sir Reginald Barrington ocupaba la esquina este de la villa, donde las ventanas de guillotina enmarcaban el Mediterráneo como un cuadro de autoridad imperial. Mapas militares cubrían las paredes de roble oscuro, salpicados de alfileres que marcaban campañas pasadas y conexiones estratégicas que aún mantenía activas desde su retiro. El escritorio de caoba, heredado de su padre, sostenía correspondencia clasificada en pilas perfectas y un tintero de plata que relucía bajo la luz matutina.

Sir Reginald revisaba los informes financieros de sus inversiones londinenses cuando Roberts apareció en el umbral con su discreción característica. El mayordomo había aprendido, tras décadas de servicio, a moverse como una sombra cuando las noticias que portaba prometían despertar el temperamento de su señor.

—¿Sí, Roberts?

La voz grave del patriarca no se alzó del papel, pero Roberts detectó esa tensión particular que precedía a las tormentas familiares.

—Sir Reginald, debo informarle sobre los… Incidentes de ayer por la tarde.

Ahora sí levantó la vista. Los ojos azules de Sir Reginald se clavaron en Roberts con esa intensidad que había intimidado a subordinados militares y ahora aterrorizaba al personal doméstico. En la cocina, las criadas suspendían sus conversaciones cuando escuchaban el eco de sus pasos por los pasillos. Los jardineros se escondían tras los setos cuando lo veían inspeccionar los terrenos con su bastón de marfil.

—Continúe.

—El joven Edmund tuvo otra vez… palabras ásperas con Lady Violet. Ella se retiró a sus aposentos después de la cena y ya no bajó en

toda la noche.

Sir Reginald cerró el informe financiero con un movimiento seco. La mandíbula se le tensó mientras procesaba la información, pero Roberts detectó algo que podría confundirse con satisfacción en lugar de preocupación.

—Es de esperarse. Los matrimonios requieren… ajustes. Edmund debe aprender que el liderazgo comienza en el hogar.

Se incorporó y caminó hacia la ventana, donde las palmeras del jardín se mecían bajo la brisa marina. Sus manos, grandes y marcadas por años de entrenamiento militar, se cerraron sobre el bastón con empuñadura de plata.

—Además, me marcho mañana a Londres. Asuntos urgentes que requieren mi presencia inmediata. Estaré ausente al menos seis semanas.

Roberts inclinó levemente la cabeza, anticipando las instrucciones que vendrían a continuación. Conocía demasiado bien la dinámica familiar como para sorprenderse por la decisión de Sir Reginald de ausentarse precisamente cuando la situación doméstica se complicaba.

—Arthur quedará como cabeza temporal de la casa. Confío plenamente en su criterio y madurez. A sus veintiocho años, es un hombre de principios sólidos, a diferencia de…

La pausa cargada de desdén completó la frase mejor que cualquier palabra. Edmund, el primogénito, el heredero por derecho, pero decepción por temperamento. Débil, pensó Sir Reginald. Demasiado sensible para las responsabilidades que el apellido Barrington exigía.

—¿Y en cuanto a Miss Beatrice, señor?

—Beatrice es… Beatrice. Manténgala ocupada con sus partituras y sus libros. A sus diecinueve años, las mujeres necesitan distracciones, no responsabilidades.

Sir Reginald regresó a su escritorio, donde una fotografía enmarcada en plata mostraba a su difunta esposa sosteniendo a Beatrice de bebé. Durante un instante, algo parecido a la melancolía atravesó su expresión severa. Él había soñado con otro varón. Otro Arthur. Alguien más en quien depositar la confianza que Edmund jamás merecería.

—Prepare mis maletas para el vapor de mañana por la mañana. Y Roberts…

—¿Sí, señor?

—Mantenga informado a Arthur de cualquier… irregularidad durante mi ausencia. Él sabrá cómo manejar la situación si Edmund vuelve a perder los estribos.

El mayordomo inclinó la cabeza y se retiró, dejando a Sir Reginald con sus papeles y sus certezas inquebrantables.

* * *

El Bentley negro avanzó suavemente por el camino de gravilla rumbo a la Villa Barrington mientras las sombras vespertinas se extendían sobre los jardines mediterráneos. Albert, el chófer y jardinero, guiaba el automóvil con la seguridad de quien dominaba cada recodo del trayecto, sus manos curtidas seguras sobre el volante de piel.

—Gracias, Albert. Las medidas han quedado perfectas.

Beatrice se alisó la falda de seda azul mientras descendía del automóvil, sus zapatos de tacón bajo resonando contra la piedra caliza. La modista de La Valeta había sido una revelación: vestidos que seguían las líneas modernas parisinas sin escandalizar completamente a la sociedad maltesa.

—Un placer, Miss Beatrice. Los jardines me esperan antes de que se haga más tarde.

Albert tocó la visera de su gorra y se dirigió hacia los establos, donde las herramientas de jardinería aguardaban su atención.

El ama de llaves Florence apareció en el vestíbulo principal antes de que Beatrice terminara de quitarse los guantes. La señora Norris llevaba su delantal inmaculado y esa expresión que mezclaba eficiencia maternal con preocupación apenas contenida.

—¿Cómo fue la cita con la modista, querida?

—Maravillosa. Tres vestidos nuevos que podré utilizar en el próximo baile que se organice. ¿Dónde está Arthur?

Roberts emergió de las sombras del pasillo con su discreción habitual, las manos entrelazadas a la espalda.

—El joven Arthur está en el club de La Valeta con algunas de sus amistades. No regresará hasta después de la cena.

—¿Y padre?

Florence intercambió una mirada rápida con Roberts. La comunicación silenciosa entre veteranos del servicio doméstico había perfeccionado un lenguaje de gestos que Beatrice conocía desde la infancia.

—Sir Reginald partió esta mañana hacia Londres. Asuntos urgentes. Estará ausente varias semanas.

Beatrice sintió cómo algo se aliviaba en su pecho. Las ausencias paternas significaban menos tensión, menos sermones sobre el comportamiento apropiado para una joven de su posición. Significaban libertad para leer novelas francesas y escuchar jazz en el gramófono sin reproches.

—¿Y Edmund? ¿Violet?

La expresión de Florence se ensombreció.

—Me temo que ha vuelto a haber… episodios. Lady Violet se retiró a sus aposentos después del almuerzo y no ha bajado desde entonces.

Beatrice frunció el ceño. Desde la boda, apenas había intercambiado más que cortesías formales con su cuñada. La diferencia de edad,

las circunstancias peculiares del matrimonio y la sombría presencia de Edmund habían creado un muro invisible entre ellas.

Pero eso cambiaría ahora.

—Subiré a verla. Quizás le apetezca un paseo por los jardines antes de que anochezca del todo.

Subió las escaleras de mármol de dos en dos, decidida a acabar con la melancolía que envolvía la villa.

Violet se inclinó sobre el escritorio de caoba junto a la ventana, la pluma suspendida sobre el papel color marfil. Las palabras se negaban a fluir. ¿Cómo explicar a sus amigas en Londres que su nueva vida en Malta consistía en días interminables de silencio y noches de soledad? ¿Cómo describir la belleza mediterránea que la rodeaba cuando su corazón se sentía árido como un desierto?

Querida Agnes, comenzó de nuevo, tachando las palabras anteriores. Malta es verdaderamente hermosa, aunque muy diferente a Londres. Los jardines están llenos de flores que no reconozco y el mar…

Un golpe suave en la puerta interrumpió sus pensamientos. Antes de que pudiera responder, Beatrice asomó la cabeza rubia con la misma expresión de quien ya ha tomado una decisión antes de abrir la puerta.

—¡Violet! Espero no molestarte, pero este atardecer es demasiado hermoso para desperdiciarlo encerradas como murciélagos.

Violet dejó la pluma sobre el tintero, aliviada por la interrupción que la salvaba de sus pensamientos melancólicos.

—Me temo que no soy la mejor compañía esta tarde, Beatrice.

—Precisamente por eso necesitas aire fresco. Vamos, los jardines de Albert están en su mejor momento y pronto será demasiado tarde para disfrutarlos.

Beatrice entró completamente, su falda de seda azul revoloteando mientras se acercaba al armario de Violet.

—Un paseo breve quizás te devuelva algo de color a las mejillas.

Violet observó a su cuñada seleccionar una chaqueta ligera de lino color crema. La energía juvenil de Beatrice resultaba tanto refrescante como agotadora, pero había algo genuino en su preocupación que derretía las resistencias de Violet.

—Supongo que un poco de aire no me vendría mal.

—¡Excelente! Albert ha plantado nuevas buganvillas junto al sendero que lleva al embarcadero. Dice que florecerán hasta bien entrado el otoño.

Violet se ciñó la chaqueta y siguió a Beatrice escaleras abajo. Roberts las observó desde las sombras del vestíbulo con aprobación apenas perceptible antes de desvanecerse nuevamente en sus quehaceres.

El aire vespertino las recibió con fragancias de jazmín y hierbas mediterráneas. El jardín de la Villa Barrington se extendía ante ellas como una sinfonía de colores dorados por la luz del atardecer, y por primera vez en semanas, Violet sintió que sus pulmones se expandían por fin.

Quizás Beatrice tenía razón. Quizás lo que necesitaba era salir de esa habitación que se había convertido en su refugio y su prisión.

Los senderos de gravilla crujían bajo sus pasos mientras paseaban entre los parterres cuidadosamente diseñados por Albert. Las buganvillas recién plantadas desplegaban sus primeros brotes púrpuras contra los muros de piedra caliza, prometiendo una explosión de color en las semanas venideras.

—El clima aquí es verdaderamente extraordinario —comentó Violet, rozando con los dedos las hojas de un limonero—. En Londres ya estaríamos encendiendo las chimeneas, pero aquí el aire conserva esa tibieza tan agradable.

Beatrice hizo un gesto automático con la cabeza mientras observaba a su cuñada. Violet mantenía esa sonrisa cortés que había perfeccionado desde su llegada a Malta, la misma expresión educada que utilizaba durante las cenas familiares tensas o las conversaciones superficiales con las esposas de oficiales en los eventos sociales.

—Los jardines son realmente una maravilla —continuó Violet, deteniéndose junto a una pequeña fuente de mármol donde los peces dorados nadaban perezosamente—. Albert debe dedicar horas enteras a mantenerlos en este estado. La combinación de plantas mediterráneas con algunas especies inglesas es muy acertada.

—Violet.

—Y el aroma del jazmín por las noches es simplemente embriagador. Supongo que en verano debe ser aún más intenso, aunque imagino que también más caluroso. ¿Soléis permanecer aquí durante los meses de julio y agosto, o preferís regresar a…?

—¡Violet!

La interrupción de Beatrice resonó más fuerte de lo que había pretendido. Violet parpadeó, sorprendida por el tono decidido de su cuñada.

—¿Ocurre algo?

—No puedes seguir hablando eternamente sobre el clima y los jardines como si fuéramos dos desconocidas en un salón de té.

Beatrice se plantó frente a ella con la barbilla levantada, de quien no acepta un no por respuesta.

—Tengo una idea mucho mejor que este paseo formal. Vamos al embarcadero.

—¿Al embarcadero?

—Sí, y tomaremos prestada una de las barcas pequeñas. Un paseo por la costa antes de que anochezca por completo.

Violet retrocedió instintivamente, la sonrisa cortés convirtiéndose en expresión de alarma genuina.

—Beatrice, no creo que sea prudente. No hay ningún hombre cerca que pueda acompañarnos, y si surgiera algún problema…

—¡Qué tonterías! Llevo remando desde que tengo memoria. Arthur me enseñó cuando era pequeña, y estas aguas están completamente tranquilas.

Beatrice ya caminaba hacia el sendero de piedra que descendía serpenteante hacia el acantilado, su falda azul ondeando con cada paso decidido.

—Además, será mucho más divertido que seguir fingiendo que el estado de las flores es fascinante.

Violet dudó un momento, pero el entusiasmo pegadizo de Beatrice pudo con sus recelos y, con cuidado, se apresuró tras ella para no quedarse sola.

El embarcadero se extendía sobre las aguas cristalinas del Mediterráneo como un dedo de madera blanqueada por el sol. Varias embarcaciones pequeñas se mecían suavemente amarradas a los pilotes, sus cascos brillando bajo la luz dorada del atardecer.

—Esta parece perfecta —declaró Beatrice, señalando una barca de remos pintada de blanco con ribetes azules—. No es demasiado grande y los remos parecen estar en buen estado.

Veinte minutos después, Violet se aferraba a los bordes de la embarcación mientras Beatrice luchaba con los remos en una batalla desigual contra las corrientes costeras. Lo que había comenzado como un paseo tranquilo se había convertido en una serie de círculos erráticos que las alejaban peligrosamente del embarcadero.

—Beatrice, creo que deberíamos regresar…

—Solo necesito encontrar el ritmo adecuado —jadeó Beatrice, sus mejillas sonrosadas por el esfuerzo—. Arthur lo hacía ver tan fácil…

Un movimiento brusco para corregir el rumbo hizo que el remo derecho se le escurriera de las manos. Ambas observaron con horror cómo el remo se deslizaba fuera de su alcance, flotando hacia aguas más profundas con cada segundo que pasaba.

—¡Dios mío! —exclamó Violet, el pánico tiñendo su voz—. ¿Cómo vamos a regresar ahora?

Beatrice contempló el remo que se alejaba con expresión sorprendentemente serena.

—No te preocupes. Albert siempre hace una ronda por los jardines al anochecer, y cuando no nos encuentre en la villa, bajará a buscarnos.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si nadie se da cuenta de que hemos desaparecido?

—Entonces tendremos una aventura que recordar toda la vida.

Beatrice se recostó contra el asiento de la barca con una sonrisa traviesa, como si naufragar en aguas maltesas fuera la culminación perfecta de una tarde aburrida.

—¡Esto es una catástrofe! —gritó Violet de repente, poniéndose en pie tan bruscamente que la barca se balanceó peligrosamente—. ¡Estamos perdidas! ¡Nadie sabe dónde estamos y pronto oscurecerá completamente!

Sus manos temblaron mientras contemplaba las aguas que se extendían infinitas alrededor de la pequeña embarcación. El pánico se apoderó de ella como una marea creciente.

—¡No sé ni siquiera nadar! ¡Si algo nos ocurre aquí, si nos ahogamos, nadie sabrá jamás qué…!

La bofetada resonó seca sobre el agua.

Violet se llevó la mano a la mejilla enrojecida, los ojos muy abiertos por la sorpresa. Solo el suave chapoteo del agua contra el casco.

—Perdóname —dijo Beatrice, bajando la mano—. No debería haberte pegado, pero estabas al borde de la histeria y…

Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Violet, silenciosas al principio, luego en sollozos que sacudieron todo su cuerpo. Se desplomó en el asiento, cubriéndose el rostro con ambas manos.

—No llores, por favor —susurró Beatrice, acercándose con cuidado —. De verdad, vendrán a buscarnos. Te lo prometo.

—No es por la barca —gimió Violet entre sollozos—. No es por tu bofetada. Es que… ya no puedo más, Beatrice. No puedo seguir fingiendo que todo está bien cuando no lo está.

Beatrice se sentó junto a ella, extendiendo un brazo vacilante alrededor de los hombros de su cuñada.

—Es Edmund, ¿verdad?

Violet movió la cabeza, incapaz de hablar.

—Mi hermano puede ser un verdadero idiota cuando se lo propone —dijo Beatrice—. Desde que regresó de la guerra, es como si hubiera dejado su alma en el frente junto con su buen humor.

—No me habla —susurró Violet—. Apenas me mira. Cuando entra en una habitación donde estoy yo, sale inmediatamente. Y por las noches… Por las noches bebe hasta perder el conocimiento en su estudio.

—¿Te ha hecho daño?

—No físicamente. Pero me da miedo, Beatrice. A veces lo veo mirarme con tanta… frialdad. Como si mi presencia le resultara repugnante.

Beatrice apretó los labios. Conocía los arrebatos de Edmund, pero no había imaginado que Violet estuviera sufriendo tanto.

—No sabías en qué te metías al casarte con él, ¿verdad?

Violet sacudió la cabeza, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Mi familia… los Wyndham… estamos prácticamente arruinados. Padre perdió casi toda la fortuna familiar en inversiones desastrosas. Cuando Sir Reginald propuso la alianza matrimonial, mis padres prácticamente me empujaron al altar.

—¿No tuviste elección?

—Ninguna. Me dijeron que era mi deber salvar a la familia. Que Edmund era un buen partido, un héroe de guerra, que aprendería a amarle con el tiempo.

Beatrice resopló.

—Edmund no sabe amar ni a sus propios calcetines. Siempre ha sido el hermano serio, el responsable, el que nunca sonríe. Incluso de niño parecía llevar el peso del mundo sobre los hombros.

A pesar de todo, los labios de Violet temblaron en algo parecido a la gratitud.

—¿De verdad nunca sonreía?

—Una vez lo vi reírse cuando Arthur se cayó en el estanque persiguiendo ranas. Pero creo que fue más por el alivio de que no fuera él quien se hubiera embarrado que por diversión genuina.

Violet rio suavemente, sorprendiéndose a sí misma.

—Entonces no soy yo. No es que haya algo terrible en mí que lo aleje.

—¡Por favor! Eres preciosa, inteligente y cualquier hombre sensato se sentiría afortunado de tenerte. El problema es que Edmund tiene el sentido común de una ostra.

—Nunca había pensado que ser una Barrington implicaría sentirse tan sola.

—Bueno, técnicamente ahora eres una de nosotros, lo que significa que Arthur y yo tenemos la obligación fraternal de hacer tu vida más soportable. Y te aseguro que somos mucho mejor compañía que mi hermano mayor.

Una voz familiar resonó desde el embarcadero, interrumpiendo su conversación.

—¡Beatrice! ¡Violet! ¿Qué hacéis ahí fuera solas en esa barca?

Arthur se encontraba en el extremo del embarcadero, con las manos en las caderas y expresión preocupada.

Violet se irguió, secándose rápidamente las lágrimas mientras una sonrisa genuina iluminaba su rostro por primera vez en semanas.

Arthur desató una de las barcas más grandes del embarcadero con movimientos precisos, sus músculos tensos bajo la camisa blanca mientras ajustaba los remos. Sin perder tiempo, se impulsó sobre las aguas tranquilas del atardecer con brazadas poderosas que cortaban la superficie como cuchillas.

—¡Quedaos quietas! —gritó por encima del agua—. ¡Voy hacia vosotras!

En cuestión de minutos alcanzó la embarcación a la deriva. Con una agilidad que hablaba de años de experiencia marítima, amarró ambas barcas con una cuerda que llevaba enrollada al cinto.

—Agarraos bien —ordenó, comenzando a remar hacia el embarcadero—. No quiero que ninguna de las dos acabe en el agua.

Violet observó fascinada los músculos de los antebrazos de Arthur mientras tiraba de los remos, la facilidad con que manejaba ambas embarcaciones como si fueran juguetes. El esfuerzo había humedecido su camisa, pegándola a su torso de manera que revelaba la fuerza contenida bajo la tela.

Una vez en el embarcadero, Arthur ayudó primero a Beatrice a descender; luego extendió la mano hacia Violet. Al incorporarse para aceptar su ayuda, no pudo evitar que su atención se desviara

involuntariamente hacia el escote abierto de la camisa masculina, donde se vislumbraba el vello oscuro que cubría su pecho. Un calor súbito subió por su cuello hasta las mejillas.

—Gracias —dijo, apartando rápidamente la mirada.

Una vez que ambas estuvieron a salvo en tierra firme, Arthur se irguió, plantándose frente a ellas con los brazos en jarras. Su expresión había perdido toda traza de diversión.

—¿En qué demonios estabais pensando? —su voz resonó con una autoridad que Violet no había escuchado antes—. ¿Salir solas al mar sin avisar a nadie? ¿Tenéis idea de lo que podría haber pasado si las corrientes os hubieran arrastrado mar adentro?

Beatrice levantó la barbilla desafiante.

—Solo queríamos un pequeño paseo. No íbamos a alejarnos tanto.

—¡Un paseo! —Arthur sacudió la cabeza, gotas de agua salada volando de su cabello húmedo—. ¡Beatrice, perdisteis un remo! ¡Estabais completamente a merced de las corrientes! ¿Y si hubiera surgido viento? ¿Y si la barca se hubiera volcado?

Violet se encogió bajo la reprimenda, sintiéndose como una colegial traviesa.

—Ha sido culpa mía. Beatrice solo intentaba animarme y yo…

—No importa de quién fue la idea —interrumpió Arthur, su mirada moviéndose entre ambas—. Las dos sois adultas. Florence y Roberts están muertos de preocupación buscándoos por toda la villa.

El sendero de regreso transcurrió con tensión palpable, Arthur caminando delante con pasos decididos mientras Beatrice y Violet le seguían como dos penitentes.

En el vestíbulo principal, Roberts apareció instantáneamente, como si hubiera estado esperando tras la puerta. Su alivio resultaba casi palpable.

—Joven Arthur, las damas… ¿Están bien?

—Perfectamente bien, gracias a Dios. Solo un pequeño percance en el mar.

Florence emergió de las sombras con su delantal inmaculado y expresión maternal teñida de reproche.

—¡Señorita y señora Barrington! ¡Hemos estado buscándolas por todas partes! La cena está lista desde hace media hora.

—Lo sentimos mucho, Florence —dijo Violet, genuinamente avergonzada—. No pretendíamos causar molestias.

Roberts intercambió una mirada significativa con Florence. Ambos veteranos del servicio doméstico compartían la misma preocupación: apenas unas horas sin Sir Reginald y la casa ya parecía sumida en el caos.

El comedor los recibió con la mesa puesta para cuatro personas, aunque una de las sillas permanecía notoriamente vacía.

—¿Edmund no baja a cenar? —preguntó Arthur, tomando asiento en la cabecera, donde solía sentarse su padre Sir Reginald.

—Me temo que el joven Edmund prefiere… cenar en sus aposentos esta noche —respondió Roberts con diplomacia ensayada.

Violet sintió una mezcla de alivio y tristeza. Por un lado, la ausencia de Edmund significaba una cena sin tensiones; por otro, confirmaba que su matrimonio era una farsa que ni siquiera podía mantener las apariencias de una comida familiar.

—Entonces seremos nosotros tres —declaró Beatrice alegremente, decidida a alegrar el ambiente—. Arthur, deberías haber visto a Violet cuando perdí el remo. Se puso pálida como un fantasma.

—¿Yo me puse pálida? —replicó Violet, sorprendiéndose por su propia disposición a seguir la broma—. Tú fuiste quien dijo que remar era tan fácil como caminar.

Arthur sonrió por primera vez desde el rescate.

—La próxima vez que queráis aventuras acuáticas, avisadme. Al menos así tendréis un capitán competente.

Las risas llenaron el comedor por primera vez en semanas, un sonido que se extendió por los pasillos de la villa como un bálsamo. Arriba, en su estudio, Edmund levantó apenas la mirada de su vaso de whisky antes de volver a hundirse en sus pensamientos sombríos, ajeno al primer atisbo de alegría genuina que había resonado entre esas paredes por un tiempo.

Capítulo 4: 2025 - Ecos del presente

El Uber desapareció por el sendero serpenteante, dejando a Chiara y Lily frente a los imponentes portones de hierro forjado de la Villa Barrington. La tarde mediterránea las envolvió, rota únicamente por el murmullo distante de las olas contra el acantilado.

—Aquí la tienes —anunció Chiara, sacando un manojo de llaves antiguas de su bolso—. Mi herencia familiar en todo su esplendor abandonado.

Lily observó la fachada de piedra caliza dorada, manchada por décadas de negligencia. Las buganvillas habían crecido salvajes, trepando por las paredes como dedos verdes que intentaran reclamar el edificio para la naturaleza. Ventanas con contraventanas cerradas miraban como ojos ciegos hacia el Mediterráneo.

—¿Desde cuándo no vive nadie aquí? —preguntó Lily, calculando mentalmente el trabajo de restauración que tendría por delante.

—La última en irse creo que fue mi tía abuela Beatrice en 1930. Se casó con un diplomático de la India que trabajaba en Malta. Se marchó con él a su país y nunca regresó. Después de eso, solo quedó un servicio mínimo hasta mediados de los años setenta.

Las puertas principales crujieron al abrirse, revelando un vestíbulo sumido en penumbra dorada. Motas de polvo danzaban en los rayos de luz que se filtraban por las rendijas de las contraventanas. El aire olía a humedad marina mezclada con el aroma fantasmal de maderas nobles y tejidos antiguos.

—Impresionante —dijo Lily, sus ojos profesionales catalogando automáticamente cada detalle—. La estructura parece sólida, pero necesitará trabajo en instalaciones, restauración de carpintería…

Chiara se apoyó contra el marco de la puerta, observando cómo Lily fotografiaba los detalles arquitectónicos con su móvil.

—Ya sé que será una inversión considerable —comentó con pragmatismo—, pero el dinero no es el principal obstáculo. Llevo años ahorrando para este proyecto, y mi trabajo en el hotel genera ingresos suficientes. Aparte, digamos que mi familia tiene un buen colchón acumulado. Lo que necesito es la visión correcta, alguien que respete lo que fue sin quedarse atrapado en la nostalgia.

Lily ya no escuchaba, atraída por una forma rectangular cubierta por una sábana manchada junto a la ventana. Tiró del tejido polvoriento, revelando un escritorio de caoba tan deteriorado que parecía a punto de convertirse en serrín. Las patas estaban hinchadas por la humedad, la superficie agrisada y partida.

—¿Esto también se quedará? —preguntó, pasando los dedos por la madera arruinada.

—Intentamos sacarlo cuando vaciamos la casa, pero está en tal estado que temimos que se desmoronara si lo movíamos —explicó Chiara, arrugando la nariz—. Probablemente haya que descartarlo.

Lily rodeó el mueble moribundo con ojo experto. Los cajones estaban tan hinchados que apenas se distinguían de la estructura principal, las juntas fundidas por décadas de humedad salina.

—Tiene potencial —dijo, ejerciendo presión calculada en uno de los cajones—. Con tratamiento antifúngico, lijado cuidadoso, barniz marino… podría recuperarse.

El cajón cedió con un gemido prolongado. Dentro, protegido por el compartimento hermético, descansaba un cuaderno de piel verde oscuro con broches de metal oxidado. Las páginas amarillentas asomaban entre las cubiertas.

—Diario de Lady Constance Barrington —leyó Lily en voz alta, abriendo cuidadosamente la primera página donde una caligrafía elegante declaraba su propiedad—. 1915.

Chiara se encogió de hombros sin acercarse.

—¿Lady Constance? Ni idea de quién es. Supongo que alguna tía bisabuela o similar. Mira, tú eres la decoradora. Si quieres llevártelo para hacer algo decorativo con él o simplemente por curiosidad, adelante. Yo no soy muy de cachivaches polvorientos. La historia familiar siempre me ha parecido demasiado dramática para mi gusto.

Lily guardó el diario en su bolso.

—Me lo llevo entonces. A veces estos objetos pueden inspirar decisiones de diseño, colores de época, usar sus páginas para un cuadro, ese tipo de cosas.

—Como quieras. —Chiara ya caminaba hacia la escalera principal—. Ven, déjame enseñarte la planta superior. Ahí es donde realmente verás el desastre.

—¿Sabes? Nací en Sicilia —continuó Chiara mientras avanzaban por el pasillo principal—. Mis padres, Henry y Giulia, se establecieron allí después de la guerra. Tengo un hermano, Alessandro, que gestiona viñedos cerca de Palermo. Siempre pensó que yo estaba loca por mantener esta propiedad.

Lily se detuvo ante un retrato familiar en uniforme militar, la pintura agrietada pero aún majestuosa.

—¿Por qué tu familia nunca regresó?

—La verdad, ignoro el motivo. Mis abuelos partieron y forjaron una existencia distinta en Sicilia. Casi nunca mencionaban su vida pasada en Malta. Mi madre, tras la muerte de mi padre, ha querido venir en alguna ocasión, pero entre una cosa y otra no ha ocurrido nunca.

Recorrieron las estancias una por una: salones con muebles cubiertos por sábanas como espectros inmóviles, una biblioteca con volúmenes que se desintegraban lentamente, habitaciones donde el papel pintado se despegaba en lágrimas melancólicas.

En uno de los estudios principales, Lily notó algo extraño. Montones de botellas vacías descansaban sobre una estantería como si alguien las hubiera dejado ayer, no hace décadas. Mapas militares permanecían extendidos bajo el polvo.

—Este lugar tiene atmósfera —comentó, reprimiendo un escalofrío inexplicable.

Los jardines habían recobrado su estado salvaje. Senderos de grava aparecían y desaparecían entre la vegetación exuberante. Limoneros cargados de frutos dorados se entremezclaban con rosales abandonados que seguían floreciendo en terracota desconchada.

El embarcadero de piedra se extendía hacia el mar como un dedo acusador. Maderas podridas de lo que había sido un muelle pequeño colgaban sobre aguas cristalinas.

—Aquí solían tener embarcaciones —explicó Chiara—. Beatrice le contó en una carta a mi madre que le encantaba navegar con sus hermanos.

Lily se apoyó en la barandilla de piedra, contemplando el horizonte infinito. Por un momento, creyó escuchar ecos de risas lejanas mezclándose con el viento marino.

—Es un proyecto ambicioso —admitió—. Pero tiene un potencial extraordinario. La ubicación es perfecta, las vistas espectaculares…

—¿Tienes hambre? —interrumpió Chiara, consultando su reloj—. Conozco un sitio estupendo en Sliema donde podemos discutir los detalles sin respirar tanto polvo.

Mientras caminaban de regreso hacia la entrada principal, Lily sintió una extraña reluctancia a marcharse, como si la villa ejerciera una atracción magnética sobre ella. Se volvió una última vez hacia las ventanas del primer piso, donde creyó vislumbrar una sombra moviéndose tras los cristales empañados.

—¿Hay alguien más que tenga acceso a la propiedad? —preguntó.

Chiara siguió su mirada hacia las ventanas vacías.

—No, solo yo. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —dijo Lily, sacudiendo la cabeza—. Solo curiosidad profesional.

* * *

La terraza del restaurante se asomaba al mar como un balcón privilegiado sobre el Mediterráneo. Sombrillas blancas creaban islas de sombra fresca donde Chiara y Lily se habían instalado con vistas al puerto deportivo de Sliema. El sol de mediodía bañaba las aguas en tonos turquesa que cambiaban con cada movimiento de las olas.

—Aquí tienes el contrato —dijo Chiara, sacando una carpeta de cuero de su bolso y deslizándola sobre la mesa de cristal—. Tres meses mínimos, aunque sospecho que necesitaremos más tiempo.

Lily hojeó los documentos mientras el camarero servía sus copas de vino blanco maltés. El líquido dorado reflejaba la luz solar como pequeños diamantes líquidos.

—Tres meses es razonable para empezar —dijo, estudiando las cláusulas—. Aunque seré honesta contigo, Chiara. Antes de cualquier trabajo de interiorismo, esa villa necesita un saneamiento general. Estructura, fontanería, electricidad, humedades…

—Ya había pensado en ello —interrumpió Chiara, llevándose una aceituna a la boca—. Por eso he conseguido al mejor arquitecto de la isla. Chris Bennett. Su empresa se especializa en ese tipo de trabajos.

Un ferry turístico cruzó frente a la costa, cargado de turistas que fotografiaban las fachadas de los edificios desde la distancia.

—Perfecto —dijo Lily, firmando las páginas con trazos decididos—. Una vez terminen esos trabajos preliminares, me gustaría mudarme a la villa para trabajar desde dentro. La inspiración fluye mejor cuando vives el espacio que diseñas.

—No veo ningún problema. Las habitaciones del ala este están en mejor estado; podrías instalarte allí cómodamente.

Lily dobló el contrato y se lo devolvió, una sonrisa auténtica iluminando su rostro por primera vez desde que había llegado a Malta.

—Y si los trabajos se alargan, no es problema para mí. La verdad es que necesitaba este cambio de aires. Londres se había vuelto… asfixiante.

El camarero trajo una selección de aperitivos: hobz biz-zejt con tomates frescos, pastizzi dorados y queso de cabra local. El aroma de la comida se mezcló con la brisa marina, creando una sinfonía sensorial que relajó los hombros tensos de Lily.

—Es el lugar perfecto para empezar de nuevo —comentó Chiara, observando cómo Lily se permitía, al fin, relajarse—. ¿Qué te hizo decidir dejar Londres? Supongo que el trabajo no faltaba allí.

La pregunta flotó entre ellas como una sombra repentina. Lily se concentró en untar aceite de oliva sobre el pan, evitando la mirada inquisitiva de Chiara.

—Los proyectos se habían vuelto repetitivos —respondió con voz cuidadosamente neutra—. Pisos de lujo en Kensington, lofts en Shoreditch… Todo demasiado predecible.

—Pero supongo que algo más personal te empujaría a marcharte, ¿no? —insistió Chiara con gentileza—. Una mujer no abandona una carrera exitosa solo por aburrimiento profesional.

Lily alzó su copa de golpe, el cristal tintineando contra el plato de aceitunas.

—¿Has probado alguna vez el vino de tu hermano en Sicilia? —preguntó, cambiando de tema con la destreza de quien había perfeccionado el arte de evadir cuestiones incómodas—. Alessandro, ¿verdad? Me encantaría conocer más sobre la viticultura mediterránea.

Chiara captó la señal y no insistió, aunque había notado la maniobra evasiva. Algunas heridas necesitaban tiempo para sanarse, y ella

había aprendido a respetar esos silencios.

—Alessandro produce principalmente varietales autóctonos —siguió la conversación sin presionar—. Nero d'Avola, Grillo… Te enviaré alguna botella cuando venga a visitarme.

El sol continuó su danza sobre las aguas mientras ambas mujeres disfrutaban de la comida, cada una guardando sus secretos como tesoros enterrados que solo el tiempo y la confianza podrían desvelar.

El café llegó en tazas pequeñas de porcelana blanca, acompañado del aroma intenso que solo el mejor expreso sabía ofrecer. Chiara rebuscó en su bolso hasta encontrar un paquete de Marlboro Gold y encendió uno con movimientos practicados, inhalando profundamente antes de exhalar el humo hacia el mar.

—¿Fumas? —preguntó, extendiendo el paquete hacia Lily.

—No, gracias. Nunca he fumado.

—Lista tú —rio Chiara, dando otra calada—. Yo llevo intentando dejarlo desde los treinta, pero a estas alturas creo que es una batalla perdida.

—Nunca es tarde para dejar los malos hábitos.

—A los cincuenta, querida, algunos vicios se convierten en compañeros de vida. Este cigarrillo y yo hemos vivido demasiado juntos para separarnos ahora.

Una sombra se proyectó sobre su mesa cuando una figura se acercó desde el paseo marítimo. Una mujer mayor, vestida con un chal bordado en tonos púrpura y dorado, avanzaba con paso decidido hacia ellas. Su cabello plateado brillaba recogido en un moño adornado con pañuelos coloridos, y múltiples pulseras tintineaban en sus muñecas.

—¡Chiara, tesoro! —exclamó la recién llegada con voz melodiosa y acento maltés marcado.

Chiara se levantó de un salto, aplastando el cigarrillo en el cenicero.

—¡Selene! ¿Qué haces por aquí?

Ambas mujeres se abrazaron con el cariño de una amistad consolidada por años. Selene tenía esa presencia magnética que hacía que las conversaciones cercanas bajaran instintivamente de volumen, como si su sola presencia alterara la atmósfera del lugar.

—Venía del mercado de pescado —explicó Selene, mostrando una bolsa de tela—. Y vi tu melena desde la distancia. ¿Cómo no iba a parar a saludarte?

Chiara se giró hacia Lily, quien observaba la escena con curiosidad apenas disimulada.

—Lily, te presento a Selene. Selene, esta es Lily Carter, la interiorista londinense de la que te hablé.

—Encantada —dijo Lily, extendiendo la mano.

Selene la tomó entre las suyas, cubiertas de anillos antiguos, y la sostuvo un momento más de lo convencional, estudiando el rostro de la joven con ojos oscuros y penetrantes.

—Así que tú eres quien va a devolver la vida a la Villa Barrington —dijo, liberando la mano de Lily—. Chiara me ha contado mucho sobre ese proyecto.

—¿Te importa si se sienta con nosotras? —preguntó Chiara, acercando una silla libre—. Selene conoce la historia de mi familia mejor que yo misma.

Una vez acomodada, Selene pidió una infusión de menta al camarero y se concentró en Chiara.

—¿Cuándo empezáis con las obras?

—Esta semana llega el arquitecto para evaluar la estructura. Lily se mudará allí en cuanto sea habitable.

—Interesante —dijo Selene con una expresión que Lily no supo interpretar—. Aunque creo que conozco cada detalle que me has contado sobre esa villa, aún no me has llevado allí nunca.

—¿En serio? —se sorprendió Lily—. Con la amistad que se nota que tenéis, pensé que…

—Selene y yo nos conocemos de otra manera —interrumpió Chiara con una sonrisa cómplice—. Aparte del tabaco, tengo otra debilidad confesable: me encanta que me lean las cartas. Y Selene es la mejor de Malta.

Lily arqueó una ceja, su expresión volviéndose escéptica.

—¿Las cartas del tarot?

—No pongas esa cara —rio Chiara—. Me supongo que eres una mujer práctica y racional, pero todos necesitamos un poco de magia en nuestras vidas.

—No es que no respete las creencias de otras personas —se defendió Lily—. Es que no creo en esas cosas. Prefiero confiar en datos tangibles, medidas exactas, presupuestos reales.

Selene la observó con una sonrisa enigmática, como si hubiera escuchado esas palabras muchas veces antes y supiera exactamente cómo terminarían esas historias.

—Las cartas siempre hablan cuando necesitan hacerlo —declaró Selene, rebuscando en su bolso de tela bordada hasta extraer una baraja envuelta en seda violeta—. Y hoy siento que tienen algo que decir.

Chiara aplaudió con entusiasmo, apartando las tazas de café para hacer espacio en la mesa.

—¡Perfecto! Lily, tienes que dejar que Selene te haga una lectura. Es increíblemente precisa.

Lily miró alternativamente a ambas mujeres, sintiendo como si hubiera caído en una emboscada bien orquestada. La brisa marina

agitó los manteles de las mesas cercanas, y el murmullo de conversaciones en maltés e inglés creó una banda sonora cosmopolita que no logró relajar su creciente incomodidad.

—No sé, yo…

—Vamos, será divertido —insistió Chiara—. Además, hoy es gratis. Selene no cobra a las amigas.

—Hoy, ni a las amigas de las amigas —añadió Selene con una sonrisa cálida, desenvolviendo las cartas con movimientos rituales—. Solo tienes que relajarte y dejar que las cartas hablen. No van a morderte.

Lily suspiró, reconociendo que no tenía muchas opciones sin parecer grosera o excesivamente cerrada de mente. Chiara seguía siendo prácticamente una desconocida, y quedar como una londinense arrogante en su primer encuentro no parecía la estrategia más inteligente.

—Está bien —cedió—. Pero que conste que no creo en estas cosas.

—Las cartas tampoco necesitan que creas en ellas para funcionar —murmuró Selene, barajando con destreza—. Solo necesitan que estés presente.

Los dedos de Selene danzaron sobre las cartas extendidas en abanico, hasta seleccionar tres y colocarlas boca abajo sobre la mesa. La primera carta mostró una figura encapuchada caminando bajo una luna menguante.

—El Ermitaño —anunció Selene, su voz adoptando un tono más grave—. Alguien que camina sola, cargando una luz que solo ella puede ver. Has estado huyendo, ¿verdad? No físicamente… bueno, también físicamente, pero sobre todo emocionalmente.

Lily sintió como si alguien hubiera encendido una luz fría en su interior. Sus dedos se crisparon involuntariamente alrededor de la servilleta.

—Hay una carga que has llevado durante mucho tiempo —continuó Selene, girando la segunda carta—. El Cinco de Copas. Culpa, pérdida, lágrimas derramadas por algo que no pudiste controlar. Una figura femenina mayor… alguien que se fue sin que pudieras despedirte como querías.

La respiración de Lily se volvió más superficial. Las palabras de Selene resonaban demasiado cerca de heridas que creía bien enterradas bajo capas de trabajo obsesivo y distancia geográfica.

—Esto es… muy específico —murmuró, su voz apenas audible sobre el rumor de las olas.

Selene volteó la tercera carta con un movimiento fluido. Los Amantes aparecieron en la mesa, dos figuras entrelazadas bajo un cielo estrellado.

—Pero el futuro trae sanación —sonrió—. No solo amor romántico, aunque eso también llegará. Veo a un hombre con manos fuertes, alguien que construye y restaura. Pero hay algo más…

Los ojos de Selene se entornaron, como si estuviera viendo a través de un velo invisible.

—Sueños inquietos. Una casa que susurra secretos. Alguien del pasado que necesita que alguien del presente le ayude a encontrar la paz. El amor llegará, pero primero tendrás que enfrentar fantasmas que no son tuyos.

Lily se puso en pie abruptamente, derribando su silla al suelo con un estrépito que hizo que las mesas cercanas se giraran hacia ellas.

—Esto es ridículo —espetó, aunque su voz temblaba ligeramente—. Son generalidades que podrían aplicarse a cualquiera.

Chiara la miró con preocupación, levantándose también.

—Lily, ¿estás bien? Quizás deberíamos…

—Estoy bien —mintió Lily, recogiendo su bolso con movimientos nerviosos—. No me gusta que extraños pretendan conocer mi vida

personal basándose en cartas de cartón.

Selene recogió tranquilamente las cartas, sin mostrar ofensa por la reacción de Lily.

—Las cartas solo muestran posibilidades, querida —dijo suavemente —. El libre albedrío siempre prevalece.

Chiara miró el reloj y se dirigió rápidamente al camarero para pedir la cuenta.

—Creo que es hora de regresar —anunció con tacto diplomático—. Lily debe estar cansada del viaje, y yo tengo una reunión esta tarde.

—Por supuesto —asintió Selene, guardando las cartas en su bolso—. Lily, espero que nos veamos pronto. Malta es una isla pequeña, y los caminos siempre se cruzan aquí.

Mientras esperaban el Uber, Lily mantuvo la vista fija en el puerto deportivo, donde los mástiles de los yates se balanceaban hipnóticamente contra el cielo azul. Las palabras de Selene reverberaban en su mente como ecos no deseados, demasiado precisos para ser casualidad, demasiado inquietantes para ser ignorados.

* * *

El despacho de Chiara en el hotel ME Malta tenía vistas panorámicas al puerto deportivo de St. Julian’s, donde los yates se mecían contra sus amarres. Chiara revisaba a esa hora presupuestos de renovación en un escritorio de cristal.

Su teléfono vibró por cuarta vez en dos horas. Todos los mensajes eran de su madre.

Chiara suspiró y pulsó el botón de llamada.

Giulia contestó al segundo tono.

—¿Dónde estabas? Llevaba dos horas esperando tu llamada.

—Mamá, son las seis de la tarde. Trabajo hasta las ocho.

—Ya lo sé, ya lo sé —la voz de Giulia mantenía ese tono cálido pero exigente que Chiara conocía desde la infancia—. Pero tu hermano me dijo que encontraste a alguien para restaurar la villa. ¿Quién es? ¿De dónde viene?

Chiara cerró los ojos, imaginando perfectamente la escena: Alessandro en su bodega siciliana, respondiendo distraídamente las preguntas de su madre mientras cataba vinos, soltando información sin pensar en las consecuencias.

—Una interiorista inglesa. Es buena. Tiene referencias excelentes en Londres.

—¿Inglesa? —hizo una pausa significativa—. ¿Y Alessandro la conoce?

—No, mamá. Alessandro no conoce a nadie. Alessandro vive con sus uvas.

Giulia rio, esa risa cristalina que no había perdido ni a los ochenta y nueve años, la misma que había enamorado a su padre Henry Barrington décadas atrás.

—Quizás es hora de que tu hermano conozca gente. Está muy solo en esos viñedos.

Chiara se masajeó las sienes. Las preocupaciones maternas sobre la vida solitaria de Alessandro eran un tema recurrente, especialmente desde su divorcio. Giulia nunca entendió por qué su hijo había elegido refugiarse en las colinas sicilianas, dedicándose obsesivamente a la producción de vinos artesanales, mientras su hija estudiaba en Estados Unidos sin responder sus llamadas.

—Alessandro está bien, mamá. Le gusta su vida así.

—Nadie está bien viviendo solo entre viñedos —insistió Giulia—. Bueno, cuéntame más de esa inglesa. ¿Es joven?

Chiara miró por la ventana, recordando la imagen de Lily en el restaurante: la tensión en sus hombros, la forma en que tocaba

constantemente esa pulsera vintage, la tensión en cada movimiento que parecía cargar con demasiadas historias.

—Tiene veintiocho años. Es talentosa, aunque… hay algo en ella. Como si estuviera huyendo de algo.

—Todos huimos de algo, tesoro —dijo Giulia con esa sabiduría maternal acumulada durante casi nueve décadas—. La pregunta es si estamos corriendo hacia algo mejor o simplemente alejándonos.

Chiara sonrió a pesar de sí misma. Su madre tenía esa capacidad italiana de reducir situaciones complejas a verdades simples y contundentes.

—¿Cómo está esa con la que vives? —preguntó Giulia, cambiando abruptamente de tema como siempre hacía.

—Mamá, se llama Sofía y es mi pareja.

—Lo sé, lo sé. Pero aún no me acostumbro. Te echo de menos. Os echo de menos a todos, a tu padre también.

La voz de Giulia se suavizó con nostalgia. Henry había sido el amor de su vida, el inglés que había conocido en Sicilia cuando era joven.

—¿Y cómo está Sofía, entonces? —continuó Giulia, recuperando su tono inquisitivo—. ¿Os pensáis casar las dos?

—Mamá, ya sabes que Sofía y yo…

—Sí, sí, ya sé. La vida moderna. Pero me gustaría verte feliz de verdad, Chiara. No solo exitosa.

Chiara no dijo nada. Su madre nunca había aceptado completamente su relación con Sofía, aunque mantenía una cortesía educada. Para Giulia, criada en la Sicilia católica de posguerra, algunas cosas no tenían cabida en su visión del mundo.

—Soy feliz, mamá.

—Entonces me alegro. Ahora debo colgar, es hora de que sirvan la cena aquí en la residencia. Llámame cuando haya progresos con lo

de la obra de esa mansión vieja. Quiero saber todo.

La línea se cortó antes de que Chiara pudiera responder.

* * *

El sol maltés apenas había comenzado a calentar la piedra caliza cuando Chris Bennett ya dirigía el caos controlado que había transformado ese día la Villa Barrington en una colmena de actividad. Andamios metálicos se alzaban contra las paredes como esqueletos industriales, mientras el sonido de martillos y taladros reverberaba por los pasillos abandonados.

—Tony, esa viga del salón principal está podrida —gritó Chris por encima del ruido, garabateando notas en su libreta mientras observaba a uno de sus trabajadores inspeccionar el techo—. Márcala para reemplazo completo.

El arquitecto y jefe de obra llevaba una camiseta gris que se pegaba a su torso sudoroso y unos vaqueros manchados de polvo. Sus botas de trabajo resonaban contra el suelo de mármol agrietado mientras se movía entre sus hombres con la autoridad natural de quien había pasado años en obras antes de obtener su título.

—Jefe, la fontanería del primer piso es un desastre —informó otro de sus trabajadores, emergiendo de las escaleras con las manos negras de óxido—. Las tuberías son originales, probablemente de los años veinte.

—Apuntado todo —gruñó Chris, sin levantar la vista de su libreta—. Y que alguien revise el cuadro eléctrico. No quiero que nos electrocutemos el primer día.

Lily apareció en el umbral de la entrada principal como una aparición elegante en medio del caos industrial. Llevaba unos pantalones de lino beige y una blusa blanca impoluta, claramente vestida para una oficina londinense más que para una obra en construcción. Su cabello recogido en un moño pulcro contrastaba dramáticamente con el ambiente polvoriento.

Esperó varios minutos junto a la puerta, observando cómo los trabajadores pasaban a su lado cargando herramientas sin dirigirle ni una mirada. El ruido era ensordecedor, y cada intento de aclararse la garganta para llamar la atención quedaba ahogado por el martilleo constante.

—¿Disculpe? —gritó, dirigiéndose hacia Chris, que seguía absorto en sus notas.

Él levantó la vista con expresión de fastidio, como si acabara de darse cuenta de que había una intrusa en su territorio.

—¿Sí?

—Soy Lily Carter, la interiorista —se presentó, alzando la voz por encima del ruido—. Chiara me dijo que empezarían a trabajar aquí hoy.

Chris la miró de arriba abajo con una evaluación que claramente la encontró inadecuada para el entorno.

—Ah, la decoradora —dijo con un tono que convertía su profesión en algo frívolo—. Un poco pronto para ti, ¿no? Todavía estamos averiguando si las paredes se van a quedar en pie.

Lily sintió que le subía el calor a las mejillas. La palabra "decoradora" había salido de su boca como un insulto deliberado.

—Interiorista —corrigió con firmeza—. Y necesito evaluar los espacios para coordinar el diseño con las reparaciones estructurales.

—Pues entonces tendrás que esperar —replicó Chris, volviendo a su libreta—. Esto no es un museo donde puedas pasear con tus muestras de colores. Es una obra, y es peligrosa.

—No soy una turista —espetó Lily, su paciencia evaporándose—. Soy una profesional que necesita hacer su trabajo.

Chris soltó una risa corta y áspera.

—¿Profesional? ¿Viniendo vestida como si fueras a tomar el té con la reina? Aquí necesitamos cascos, botas de seguridad y sentido

común.

—Mario, cuidado con esa escalera —gritó hacia uno de sus trabajadores, ignorando la presencia de Lily.

—¿Me estás ignorando? —preguntó ella, incrédula.

—Te estoy explicando que este no es tu momento —respondió Chris sin mirarla—. Vuelve en un mes cuando hayamos terminado con la parte que requiere músculos en lugar de muestras de tela.

La furia se apoderó de Lily como una ola mediterránea. Sus ojos grises se encendieron con una intensidad que habría puesto nervioso a cualquiera que la conociera bien.

—¿Músculos? ¿En serio? ¿Ese es tu argumento profesional?

—Es la realidad —gruñó Chris, girándose para enfrentarla—. No sé cómo funcionan las cosas en Londres, princesa, pero aquí primero hacemos que los edificios no se caigan encima de la gente, y después nos preocupamos por el color de las cortinas.

Lily abrió la boca para responder, pero la indignación la dejó momentáneamente sin palabras. Chris volvió a sus notas, claramente considerando la conversación terminada.

—Esto no ha acabado —dijo Lily, dándose la vuelta hacia la puerta con pasos furiosos.

—¡Tony! —gritó Chris a sus espaldas—. Que alguien ponga un cartel que diga "Prohibido el paso a gente ajena a la obra". No queremos más interrupciones.

Lily salió de la villa con la dignidad hecha jirones y la determinación renovada de quejarse muy detalladamente a Chiara sobre el troglodita australiano que había contratado como arquitecto.

* * *

El aire acondicionado del lobby del hotel proporcionó un alivio inmediato al sofoco que Lily había acumulado durante su confrontación con Chris. Sus tacones repiquetearon contra el mármol

pulido mientras se dirigía hacia los ascensores con pasos decididos, la mandíbula tensa por la indignación.

Encontró a Chiara en su oficina de los pisos superiores, rodeada de pantallas de ordenador y hablando por teléfono en italiano con lo que parecía ser un proveedor problemático. La directora del hotel levantó un dedo indicándole que esperara mientras terminaba de regañar a alguien sobre un retraso en la entrega de toallas.

—Basta di scuse, voglio le tovaglie entro domani o cambiamo fornitore —colgó el teléfono con un suspiro—. Los proveedores malteses tienen su propio concepto del tiempo. ¿Cómo ha ido tu primera visita a la villa?

—Tu arquitecto es un troglodita insufrible —estalló Lily sin preámbulos—. Me ha tratado como si fuera una turista estúpida, me ha llamado decoradora con desprecio y básicamente me ha echado de mi propio proyecto.

Chiara miró su reloj Cartier y frunció el ceño, claramente distraída.

—¿Chris? Bueno, es un poco… directo —dijo mientras tecleaba algo en su ordenador—. Pero es uno de los mejores arquitectos de restauración que tenemos en la isla.

—¿Directo? ¡Me ha dicho que vuelva en un mes cuando hayan terminado la parte que requiere músculos en lugar de muestras de tela! —Lily gesticuló furiosamente—. ¡Como si mi trabajo fuera elegir el color de las cortinas!

Chiara cerró su portátil con un clic satisfecho.

—¿Has visto los brazos que tiene? ¿Y esa espalda? —comentó con un tono claramente apreciativo—. Da muchísimo morbo, la verdad. Si yo no fuera lesbiana, me encantaría que me diera un buen revolcón. Quizás debería probar algún día con un hombre, solo para experimentar.

Lily se quedó boquiabierta, parpadeando varias veces como si hubiera oído mal.

—¿En serio? ¿Esa es tu respuesta profesional? ¡Tu empleado me ha faltado al respeto!

—Lily, cariño —suspiró Chiara, levantándose para servirse un café de la máquina de su oficina—. No soy niñera de adultos. Soluciona tú los problemas con Chris. Seguro que no es el primer machirulo que te encuentras en uno de tus proyectos.

—Pero es que…

—Chris es uno de los mejores, punto —la interrumpió Chiara, consultando su teléfono donde parpadeaban varias notificaciones—. Y francamente, no tengo tiempo para mediar en peleas de patio de colegio. Tengo una reunión con inversores en veinte minutos.

Lily apretó los puños, sintiendo cómo la frustración se convertía en algo más profundo e hiriente.

—¿Sabes qué? —añadió Chiara con una sonrisa maliciosa—. Ten cuidado de que las cartas de Selene no tengan razón. A lo mejor ese "amor extraño" que predijo se produce ahí. Sería irónico, ¿verdad?

El rostro de Lily se encendió como si le hubieran abofeteado.

—¿Cómo puedes…? ¡Ese hombre es lo más alejado de…! ¡Es imposible!

—Las predicciones de Selene rara vez se equivocan —dijo Chiara, recogiendo sus papeles—. Pero tranquila, no todos los revolcones tienen que acabar en amor verdadero.

Lily salió de la oficina dando un portazo. Chiara esperó a que los pasos se alejaran por el pasillo y entonces volvió a su agenda. Los pasillos del hotel parecían haberse vuelto más estrechos, más claustrofóbicos, mientras Lily caminaba hacia los ascensores con el corazón latiendo de indignación.

El dilema se instaló en su mente como una piedra pesada. ¿Cómo diablos iba a trabajar con ese australiano arrogante? ¿Y por qué todo el mundo parecía encontrar divertida su frustración? La imagen

de Chris con su camiseta sudorosa y su sonrisa despectiva se le clavó en la mente como una astilla irritante.

La predicción de Selene resonó en su cabeza con una claridad molesta: amor extraño.

Imposible, se repitió Lily mientras esperaba el ascensor. Absolutamente imposible.

* * *

Lily arrojó su bolso sobre la cama king-size del hotel ME con más fuerza de la necesaria. El edificio entero parecía conspirar contra ella: el aire acondicionado zumbaba con un ritmo irritante, las gaviotas chillaban en el balcón, incluso la luz del atardecer maltés le resultaba demasiado intensa.

Se quitó los zapatos de una patada y se dejó caer sobre el edredón blanco, mirando el techo con los puños apretados. La cara de Chris Bennett seguía flotando en su mente: esa sonrisa arrogante, esos brazos musculosos cruzados sobre el pecho, ese acento australiano que pronunciaba cada palabra como si fuera un desafío personal.

Y Chiara. No soy niñera de adultos. Las palabras resonaban con un eco amargo.

Lily se incorporó bruscamente y rebuscó en su bolso el cargador del móvil. Sus dedos rozaron algo duro y olvidado entre el desorden de billetes de avión arrugados y paquetes de chicles. El diario de Lady Constance.

Lo había guardado ahí después de su primera visita a la villa y lo había olvidado entre el desastre con Chris y la reunión con Chiara. Ahora lo sostuvo entre sus manos, sintiendo el peso del cuero desgastado, los bordes dorados que alguna vez brillaron.

Lily pasó el pulgar sobre la cubierta antes de abrirlo al azar. La letra cursiva se extendía por las páginas amarillentas con una elegancia que pertenecía a otra época. No era exactamente un diario convencional, descubrió. Parecía más bien un libro de oraciones

personalizado, con pensamientos intercalados entre pasajes bíblicos copiados a mano.

15 de marzo de 1915

El Dr. Caldwell dice que debo descansar más, que el aire de Malta me hará bien. Pero, ¿cómo puedo descansar cuando la tos no me deja dormir? Cada noche escucho el mar golpeando contra las rocas y me pregunto cuántas noches más podré escucharlo. Los niños merecen una madre más fuerte.

Lily sintió un nudo en el estómago.

Pasó varias páginas, encontrando más oraciones escritas con mano temblorosa, reflexiones sobre sus hijos, descripciones melancólicas del jardín visto desde su ventana. De repente, el tono cambió.

22 de agosto de 1917

Hace mucho que dejé de reconocer al hombre con quien me casé. Reginald ya no es el caballero que conocí en Londres. Observo cómo moldea a Arthur como si fuera arcilla blanda, intentando crear una réplica exacta de sí mismo. Le enseña rigidez donde debería haber compasión, control donde debería haber amor. Mi pobre Arthur, tan ansioso por complacer a su padre.

Al menos Edmund se resiste. Veo cómo aprieta la mandíbula durante las cenas cuando Reginald pontifica sobre el honor y el deber. Mi primogénito tiene fuego en el alma que su padre nunca podrá extinguir, gracias a Dios.

Beatrice es todavía muy pequeña para comprender estas dinámicas. La veo jugar en el jardín y rezo porque conserve esa inocencia el mayor tiempo posible.

La nueva criada que Reginald trajo de Londres me inquieta profundamente. Martha Jennings. Una joven de aspecto inocente que aparece demasiado seguido donde está mi marido. No soy tonta ni ciega. Reconozco las miradas, los roces casuales que no lo son. Sé

exactamente qué se trae Reginald entre manos con ella. Ya lo ha hecho antes con otras.

Lily se enderezó, intrigada a pesar de sus propios problemas.

Capítulo 5: 1917 - Los últimos días de Lady Constance

La lluvia matutina había sido una rareza maltesa, breve y descolocada en pleno verano de 1917. Ahora el sol radiante reclamaba su dominio mientras los pájaros celebraban el cambio desde los limoneros del jardín. Una mariposa dorada se coló por la ventana abierta, revoloteó sobre las sábanas de lino y se posó cerca de la mano translúcida de Lady Constance.

La tos la sacudió antes de que pudiera admirar la delicadeza de sus alas. Tosió contra el pañuelo bordado, manchándolo de rojo pálido. La tuberculosis la había convertido en prisionera de esta habitación alejada del ala principal, donde su enfermedad no pudiera contaminar a los demás. Llevaba años así, observando la vida familiar desde la distancia de un fantasma viviente, viendo crecer a sus hijos mientras su propio cuerpo se marchitaba.

—Buenos días, mi señora. —Florence entró con la bandeja del almuerzo, cerrando la puerta con el pie—. Hoy traje caldo de pollo con verduras frescas. Necesita recuperar fuerzas.

Constance sonrió débilmente.

—Siempre tan optimista, querida Florence.

—El señorito Edmund preguntó por usted esta mañana. Dijo que vendría a leerle después del té —Florence acomodó las almohadas con manos expertas—. Y la señorita Beatrice escogió flores del jardín para su habitación. Tiene once años ya, ¿puede creerlo?

—¿Y Arthur? —preguntó Constance por su hijo de quince años.

Florence no dijo nada. No hacía falta.

—Arthur partió con su padre antes del amanecer —Florence acomodó la bandeja sobre el regazo de Constance—. Ya sabe cómo

es el muchacho; necesita la aprobación de Sir Reginald más que el aire que respira.

Constance miró hacia la ventana. Reginald no había subido a verla en semanas. Meses, quizá. El tiempo se difuminaba como acuarela bajo la lluvia cuando cada día transcurría idéntico al anterior entre estas cuatro paredes. Él la evitaba con una deliberación calculada, escudándose en asuntos parlamentarios, reuniones del club, inspecciones de propiedades rurales. Cualquier excusa servía para mantener la distancia con la esposa enferma que ya no cumplía función social alguna.

Su matrimonio había sido transacción pura desde el principio. Las familias Barrington y Ashford uniendo fortunas y linajes, sellando alianzas políticas con votos matrimoniales pronunciados en Westminster Abbey. Reginald necesitaba el prestigio de los Ashford. Ella necesitaba aumentar aún más la seguridad financiera de su familia. Habían cumplido sus respectivos papeles con eficiencia profesional: tres hijos sanos, apariciones públicas impecables, separación de dormitorios desde que Beatrice nació.

Ahora Constance era solo otra pieza de mobiliario deteriorado, confinada donde los invitados no pudieran verla.

—Edmund vendrá —repitió Florence con firmeza maternal—. Ese muchacho la adora.

Edmund. Su primogénito de dieciocho años, con ojos demasiado viejos para su edad. El único que subía estas escaleras sin que nadie se lo ordenara, que se sentaba junto a su cama durante horas leyendo poesía de Keats y Shelley con voz melodiosa. Edmund le traía flores silvestres robadas del jardín, intentaba incluso ayudarla a bordar pañuelos con torpeza conmovedora, le sostenía la mano cuando las toses peores la sacudían hasta dejarla sin aliento.

Arthur, en cambio, visitaba por obligación. Entraba con rigidez militar aprendida de Reginald, preguntaba por su salud con formalidad distante, permanecía exactamente quince minutos cronometrados antes de escapar hacia actividades más importantes. El niño de

quince años ya era una réplica perfecta de su padre: ambicioso, pragmático, incapaz de demostrar ternura sin considerarla debilidad.

Y Beatrice… la pequeña de seis años apenas comprendía qué significaba tener una madre fantasma.

La tos regresó con violencia súbita. Constance se dobló sobre sí misma mientras sus pulmones ardían. Florence corrió a sostenerla, presionando otro pañuelo contra sus labios. Cuando el espasmo cedió, manchas carmesí decoraban el lino blanco como pétalos macabros.

Florence escondió el pañuelo en su delantal antes de que Constance pudiera verlo completo.

—Descanse ahora, mi señora. Edmund llegará pronto.

* * *

El disparo resonó entre los acantilados malteses, seguido del graznido agónico de la paloma que cayó del cielo como piedra.

—Excelente, muchacho —Sir Reginald palmeó el hombro de Arthur con aprobación marcial—. Mucho mejor que antes. Estás aprendiendo a no dudar.

Arthur recargó el rifle con movimientos precisos, concentración absoluta grabada en su rostro de quince años. Sudor empapaba su camisa a pesar de la brisa marina. Llevaban casi tres horas cazando por los alrededores de la villa, reduciendo bandadas enteras a montones de plumas ensangrentadas.

—Otra vez —ordenó Reginald—. Esa de allí, la que vuela sola.

El rifle se alzó. Arthur entrecerró los ojos, calculó viento y distancia, apretó el gatillo. El ave explotó en una nube carmesí.

—Perfecto —Reginald sonrió con satisfacción fría—. Un Barrington nunca vacila. Recuérdalo.

Regresaron a la villa cuando el sol estaba en su punto más alto. Albert Rigby esperaba en los establos, cubierto de polvo y paja,

reparando arneses de cuero con manos callosas. Se enderezó al verlos acercarse.

—Sir Reginald, señorito Arthur —saludó con acento irlandés marcado —. El caballo sigue mal. La pata no mejora desde que se la dobló hace tres semanas.

Reginald entró al establo sin responder. El animal relinchó débilmente desde su compartimento, sosteniendo el peso sobre tres patas mientras la cuarta colgaba inútil.

—¿Le diste los tratamientos que ordené? —preguntó Reginald.

—Todos, señor. Pero la infección avanzó demasiado. Ya no come.

—Me voy a asear para el té —anunció Arthur, escapando rápidamente hacia la casa principal.

La puerta del establo se abrió de nuevo. Edmund apareció con un ramo de flores silvestres en las manos y tierra bajo las uñas. Traía un libro grueso bajo el brazo.

—Encontré un método en la biblioteca para disecar flores —explicó con entusiasmo inadecuado para sus dieciocho años—. Usa glicerina y…

—Deja esas tonterías —cortó Reginald—. Albert, trae mi otro rifle de los garajes y llévate estos al armario de la villa.

Edmund palideció.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que cualquier hombre haría. Terminar con el sufrimiento inútil del animal.

Albert regresó con el arma. Reginald la cargó con eficiencia mecánica.

—Hazlo tú —le ofreció el rifle a Edmund—. Es hora de que aprendas.

—No.

—¿Cómo dices?

—Dije que no —Edmund retrocedió un paso horrorizado—. No voy a matar al caballo.

Reginald mantuvo la mirada sobre su hijo como si lo pesara en una balanza. Albert fingía invisibilidad, inmóvil junto a los arneses.

—Por supuesto que no —dijo Reginald finalmente, cargando de desprecio cada sílaba—. ¿Cómo podría esperarlo de mi primogénito? Tu madre siempre metiendo sensiblerías en tu cabeza. Peor ahora que está enferma y no tiene nada mejor que hacer que leeros poesía y llenaros de debilidades.

Edmund apretó las flores hasta romper varios tallos.

—Esto no tiene nada que ver con madre.

—Tiene todo que ver —Reginald alzó el rifle—. Míralo, Albert. Mi heredero. Incapaz de hacer lo necesario porque prefiere jugar con flores como una niñita.

—Sois despreciable —escupió Edmund, dándose la vuelta.

—Vuelve aquí cuando te hable…

Pero Edmund ya había salido del establo, dejando un rastro de pétalos aplastados sobre la paja.

Reginald ni siquiera se molestó en llamarlo de nuevo. Entró al compartimento del caballo enfermo con la misma expresión fría que usaría para revisar cuentas. El animal gimió, intentando alejarse sobre tres patas temblorosas.

—Patético —dijo Reginald entre dientes.

Albert cerró los ojos.

El disparo retumbó entre las paredes de madera. El caballo se desplomó sin gracia, sangre expandiéndose bajo su cabeza como charco oscuro. Reginald salió del compartimento limpiándose las

manos en un pañuelo como si hubiera terminado cualquier tarea doméstica rutinaria.

—Que retiren el cuerpo antes de que se sirva el té —ordenó—. No quiero que las damas se alteren con el olor.

Dejó el rifle apoyado contra la pared y caminó hacia la casa sin mirar atrás.

Albert permaneció inmóvil hasta que las pisadas de Sir Reginald se desvanecieron. Sólo entonces se acercó al caballo muerto, arrodillándose junto al animal que había cepillado y alimentado durante años.

* * *

El reloj del recibidor marcaba las tres cuando Martha Jennings subió la escalera principal cargando la bandeja de plata. Las tazas de porcelana tintineaban levemente con cada paso, té Earl Grey humeando junto a galletas de mantequilla que ella misma había horneado esa mañana bajo la supervisión de Florence.

Roberts emergió del salón justo cuando Martha alcanzaba el descansillo. Recorrió la bandeja con la mirada, luego el rostro sonrojado de la muchacha, y no dijo nada.

—El té de Sir Reginald debería llevarlo yo —su voz cortó el aire con frialdad profesional—. Usted tiene otras responsabilidades, señorita Jennings.

—Sir Reginald pidió específicamente que fuera yo quien lo atendiera —Martha bajó la mirada, aunque sus mejillas ardieron más intensamente—. Dijo que preparo el té exactamente como le gusta.

Roberts no respondió, pero tampoco se apartó del camino. Martha esperó conteniendo el aliento, los brazos comenzando a temblar bajo el peso de la bandeja.

—Por supuesto —Roberts se hizo a un lado con rigidez glacial—. Como Sir Reginald ordene.

Martha continuó hacia el despacho privado de Sir Reginald, situado al fondo del pasillo. Llamó dos veces con los nudillos antes de escuchar la voz grave ordenándole entrar.

La habitación olía a tabaco de pipa y brandy caro. Sir Reginald permanecía junto a la ventana contemplando los jardines, manos entrelazadas tras la espalda. No se giró cuando Martha depositó la bandeja sobre el escritorio de caoba.

—Cierra la puerta.

Los dedos de Martha temblaron contra el pomo de latón. Lo giró hasta escuchar el clic suave del pestillo.

—¿Preparaste las galletas tú misma?

—Sí, Sir Reginald —Martha mantuvo la vista clavada en el suelo—. Usé la receta que mencionó que le recordaba a su infancia.

—Muy considerado de tu parte.

Algo en su tono hizo que el estómago de Martha se contrajera. Él se acercó despacio, cada paso resonando contra la alfombra persa. Se detuvo tan cerca que Martha percibió el aroma a tabaco impregnado en su chaleco de seda.

—Mírame cuando te hablo.

Martha alzó la cabeza. Los ojos azules de Sir Reginald brillaban con algo que ella no comprendía completamente, algo que la hacía sentir desnuda pese a llevar su uniforme de criada perfectamente abotonado.

—Eres una muchacha muy atenta —su voz descendió hasta convertirse en murmullo—. Me agrada tener gente competente cerca. Gente que comprende la importancia de la discreción.

—Yo… yo nunca diría nada inapropiado, señor.

—Lo sé. —Sir Reginald sonrió con la boca solamente—. Por eso confío en ti para tareas especiales. Siéntete honrada, Martha. No todos los empleados reciben mi atención personal.

Su mano se extendió para ajustar el cuello torcido del vestido de Martha. Los dedos rozaron su piel durante un segundo eterno. Ella se quedó paralizada, incapaz de retroceder, incapaz de respirar.

—Puedes retirarte.

Martha huyó del despacho con las piernas temblorosas. En el pasillo encontró a Florence emergiendo del cuarto de Lady Constance, brazos cargados con sábanas y ropa para lavar.

El ama de llaves se detuvo al verla. Sus ojos recorrieron el rostro descompuesto de Martha, luego se desviaron hacia la puerta cerrada del despacho.

—¿Estás bien, muchacha?

—Sí, señora Norris. —Martha intentó sonreír, pero sus labios temblaron—. Sólo… sólo llevé el té como Sir Reginald pidió.

Florence sostuvo su mirada durante un largo momento. Algo cruzó su expresión maternal, algo parecido a la pena, quizá a la rabia contenida. Pero finalmente asintió.

—Vuelve a la cocina. Hay plata que pulir.

Martha descendió las escaleras casi corriendo. Detrás, Florence permaneció inmóvil abrazando las sábanas, mirando hacia el despacho con mandíbula apretada antes de continuar su camino.

* * *

Florence descendió las escaleras de servicio con las sábanas todavía prensadas contra su pecho. El corredor estrecho olía a cera de abejas y pan recién horneado. Voces amortiguadas escapaban de la cocina donde Martha ya habría comenzado su tarea con la plata.

La puerta de la oficina de Roberts permanecía entreabierta. Florence llamó con los nudillos antes de empujarla.

Roberts alzó la vista desde su escritorio atestado de correspondencia. Sobres color crema descansaban en pilas ordenadas junto a varios telegramas que Albert debería llevar a La

Valeta antes del anochecer. Sus manos ágiles clasificaban el correo con precisión mecánica.

—Señora Norris —dejó la carta que sostenía—. ¿Sucede algo?

Florence cerró la puerta tras ella. Las sábanas cayeron sobre la única silla disponible.

—Lady Constance tosió sangre nuevamente. Tres veces durante el almuerzo.

Los dedos de Roberts se detuvieron sobre un sobre lacrado.

—¿Llamó al doctor Caldwell?

—Ella se niega —Florence apretó las manos contra su delantal—. Dice que no quiere alarmar a los niños. Como si Edmund no escuchara cada acceso de tos desde su habitación.

Roberts asintió despacio. La misma impotencia que Florence sentía comprimiéndole la garganta era legible en cada rasgo de su rostro. Lady Constance llevaba mucho tiempo deteriorándose, pero Sir Reginald apenas preguntaba por ella más allá de formalidades vacías durante el desayuno.

—La tuberculosis no mejora por ignorarla —Florence pasó la mano por su rostro—. Pero ella es terca. Dice que prefiere morir dignamente en su cama que convertirse en espectáculo médico.

—Es decisión suya.

—Lo sé —Florence exhaló largamente—. Solo que… es duro verla desvanecerse.

Roberts retomó su clasificación del correo sin mirarla directamente, respetando su dolor con discreción profesional.

Florence se acercó al escritorio. Bajó la voz hasta convertirla en susurro ronco.

—Roberts, necesito hablar de otro asunto. Más delicado.

Los dedos del mayordomo se detuvieron. Alzó la vista.

—La nueva muchacha —Florence lanzó una mirada nerviosa hacia la puerta cerrada—. Martha Jennings.

Roberts depositó la correspondencia sin prisa. Su rostro permaneció impasible, pero algo cambió en su postura, una rigidez reconocible.

—¿Qué ocurrió?

—Subió sola al despacho de Sir Reginald. Cuando bajó… —Florence buscó las palabras correctas—. La encontré alterada. Asustada.

—Entiendo.

Dos palabras que contenían décadas de servicio, de secretos guardados, de situaciones similares presenciadas en silencio impotente.

—No es la primera vez —Florence apretó los puños contra su delantal—. Pero esta muchacha… Roberts, él la trajo específicamente desde Londres. La eligió personalmente de entre todas las candidatas.

—Lo sé —Roberts juntó las manos sobre el escritorio—. Estuve presente cuando revisó las referencias.

Florence cerró los ojos brevemente. Sabía lo que eso significaba. Sir Reginald nunca se involucraba en contrataciones de servicio doméstico menor a menos que tuviera motivos particulares.

—Es demasiado confiada —continuó Florence—. Otras muchachas habrían captado las señales, habrían mantenido distancia. Pero Martha… ella sonríe cuando él la elogia. Cree que es especial, que él aprecia genuinamente su trabajo.

—Ingenua.

—Peligrosamente ingenua —Florence bajó aún más la voz—. Tenemos que vigilarla, Roberts. Mantenerla ocupada con tareas que no requieran contacto directo con Sir Reginald.

—¿Y si él ordena específicamente su presencia?

La pregunta quedó suspendida entre ambos. Florence no tenía respuesta. No podían desobedecer órdenes directas del señor de la casa. Su autoridad era absoluta sobre todos ellos, desde Roberts hasta el último mozo de cuadra.

—Haremos lo posible —Roberts retomó el correo con mandíbula tensa—. Pero nuestras opciones son limitadas.

Florence recogió las sábanas de la silla sin decir nada y se dirigió hacia la puerta. Antes de abrirla, se detuvo.

—Martha está en la cocina puliendo plata. Mantengámosla allí el mayor tiempo posible.

—Por supuesto, señora Norris.

Florence abandonó la oficina. En el corredor, el sonido metálico del pulido llegaba desde la cocina.

* * *

El doctor Caldwell guardó su estetoscopio en el maletín con movimientos precisos. Había descendido del cuarto de Lady Constance con expresión más grave que de costumbre, señal que Sir Reginald interpretó de inmediato desde su posición junto a la chimenea del salón.

—¿Y bien? —Sir Reginald no se molestó en ocultar su impaciencia.

—La enfermedad avanza, Sir Reginald —Caldwell aceptó la copa de jerez que Roberts le ofreció—. Este último mes ha sido particularmente agresivo. Los accesos de tos son más frecuentes y violentos. La hemoptisis empeora.

—Háble me sin rodeos, doctor.

Caldwell bebió un sorbo antes de responder.

—Recomiendo encarecidamente trasladar a Lady Constance a un sanatorio suizo especializado. Los Alpes ofrecen el aire más puro de Europa, fundamental para estos casos. Además, los suizos están

realizando avances considerables con una técnica nueva: el neumotórax artificial.

—¿Neumotórax?

—Colapsan deliberadamente el pulmón enfermo mediante inyecciones de aire en la cavidad pleural. —Caldwell hizo un gesto con las manos como si delimitara un espacio—. Esto permite que el tejido tubercular descanse y cicatrice. Los resultados preliminares son prometedores, aunque no garantizan la curación completa.

Sir Reginald giró su copa, observando cómo la luz del fuego atravesaba el líquido ámbar. La idea no le disgustaba en absoluto. De hecho, resolvía varios problemas simultáneamente.

—El riesgo de contagio aumenta dramáticamente con la progresión de la enfermedad —continuó Caldwell—. Sus hijos están en edad vulnerable. Edmund especialmente, dado que insiste en visitarla con tanta frecuencia.

Ahí estaba el argumento definitivo. Sir Reginald no podía permitir que la tuberculosis destruyera su legado. Edmund como heredero principal, Arthur con su carrera militar en unos años, incluso Beatrice necesitaba salud para conseguir un matrimonio ventajoso.

—Lord Montgomery envió a su esposa al sanatorio de Davos el año pasado —Sir Reginald dejó la copa sobre la repisa—. Habló maravillas del tratamiento.

—Davos es excelente. También Leysin. Ambos cuentan con médicos formados en las técnicas más modernas.

—Haga los arreglos necesarios —la decisión emergió fría y definitiva —. Quiero que Lady Constance viaje antes del invierno. El clima maltés claramente no está ayudando en su recuperación.

Caldwell cerró el maletín con un clic, reconociendo lo que ambos comprendían sin palabras: aquello era exilio médicamente justificado, no tratamiento compasivo.

—Prepararé toda la documentación. El viaje debe realizarse con extremo cuidado dado su estado delicado.

—Por supuesto —Sir Reginald ya contemplaba los jardines por la ventana, calculando presupuestos y explicaciones socialmente aceptables—. Florence supervisará el traslado.

* * *

Roberts abrió la puerta del dormitorio de Lady Constance apenas lo suficiente para permitir el paso de los tres hermanos. Florence aguardaba en el umbral con paños empapados en vinagre y alcohol.

—Acercaos, pero no demasiado —indicó con voz firme mientras ataba cada paño sobre las narices y bocas de cada uno—. Y bajo ningún concepto toquéis nada.

Edmund asintió con seriedad, sus dieciocho años otorgándole la autoridad tácita del hermano mayor. Beatrice, a sus seis, apenas podía contener su entusiasmo por ver a su madre. Arthur permanecía junto a la puerta con expresión reticente.

—Yo puedo quedarme fuera —dijo.

—Tonterías —Edmund lo empujó suavemente—. Mamá preguntará por ti.

—Además, has estado todo el día alardeando sobre tu viaje con papá —Beatrice lo tomó de la mano—. Seguro que quieres contárselo.

Lady Constance yacía reclinada contra una montaña de almohadas, el cabello rubio ceniza extendido sobre los hombros como un sudario pálido. Sus ojos se iluminaron cuando vio entrar a sus hijos, aunque la sonrisa que intentó dibujar se deshizo en una mueca de dolor.

—Mis tesoros —la voz emergió débil pero cargada de amor—. Venid, dejad que os vea.

Se acomodaron en semicírculo al pie de la cama. Edmund mantuvo la distancia prescrita, pero se inclinó hacia delante con atención.

Beatrice se balanceaba sobre los talones, rebosante de historias que contar.

—¿Cómo os ha ido el día?

—Edmund consiguió tocar en el piano tres páginas enteras de la partitura sin equivocarse —Beatrice habló primero, como siempre—. Y yo bordé un pañuelo casi perfecto, aunque Florence dice que mis puntadas aún son irregulares.

—Estoy segura de que es hermoso, querida.

Arthur permanecía callado, con las manos entrelazadas. Lady Constance buscó su mirada.

—¿Y tú, Arthur? ¿Qué tal tu expedición con tu padre?

El rostro del joven se iluminó instantáneamente.

—Fuimos al puerto, mamá. Padre conoce a todos los capitanes. Me dejaron subir a un barco mercante enorme —las palabras salieron atropelladas—. Y me enseñó cómo leer los mapas náuticos. Dice que en pocos años seré tan importante como él, que llevaré el nombre Barrington con orgullo.

Lady Constance cerró los ojos brevemente. Cuando los abrió, contenían una intensidad febril que hizo que Edmund se incorporara alerta.

—Arthur, cariño —eligió las palabras con cuidado—. Tu padre es un hombre de grandes logros, sí. Pero ningún hombre es perfecto. Ni siquiera él.

—Padre es uno de los hombres más importantes de toda Inglaterra —Arthur frunció el ceño.

—Los hombres relevantes pueden cometer errores terribles —la voz de Constance adquirió urgencia—. Pueden herir a quienes dicen amar. Pueden anteponer su orgullo al bienestar de otros.

—¡No diga eso!

—Escúchame, por favor. —Intentó incorporarse, pero la tos la doblegó. Florence corrió a sostenerla mientras Edmund sujetaba a Beatrice, que había retrocedido asustada—. Solo quiero que sepas que el poder y el respeto no siempre significan bondad. Cuando seas mayor de edad…

—¡Padre es una persona increíble! —Arthur dio un paso atrás, con las mejillas encendidas—. ¡Es valiente y fuerte y todos lo admiran! Usted solo está enferma y dice cosas horribles.

—Arthur…

—¡No! No voy a escuchar calumnias contra él —se arrancó el paño del rostro y lo arrojó al suelo—. ¡Es mi ejemplo a seguir!

Salió del dormitorio dando un portazo que resonó por todo el pasillo. Roberts, que aguardaba afuera, lo vio pasar como un vendaval.

Edmund intercambió una mirada con su madre. Beatrice se acercó a la cama ignorando las protestas de Florence.

—Mira, mamá —le tocó la mano con cuidado—. También te hemos traído flores.

Lady Constance bajó la cabeza un instante, aunque no pudo apartar la vista de la puerta por donde su hijo menor había desaparecido.

* * *

El fuerte viento llegó tres días después, arrastrando arena del Sahara que tiñó el cielo de ocre. Las palmeras se doblaban como súplicas mientras las contraventanas de la Villa Barrington golpeaban contra los muros de piedra.

Lady Constance murió al amanecer, cuando el viento alcanzó su punto más feroz.

Florence la encontró con los ojos abiertos, fijos en la ventana que daba al mar. Un hilo de sangre descendía de la comisura de sus labios hasta manchar la almohada de lino blanco. El pañuelo

bordado que Beatrice le había regalado permanecía aferrado en su mano.

Roberts informó a Sir Reginald con voz neutra. El patriarca recibió la noticia en su despacho, con un vaso de brandy a medio terminar sobre el escritorio.

—Preparad todo según corresponde a su posición —ordenó sin levantar la vista de los documentos que revisaba—. El funeral será discreto pero respetable. Nada de exageraciones sentimentales.

—Por supuesto, señor.

Sir Reginald esperó a que Roberts cerrara la puerta antes de terminar el brandy de un trago.

Las cortinas negras aparecieron en todas las ventanas antes del mediodía. Florence vistió a Lady Constance con su mejor traje de seda gris, el que había llevado en su boda. Martha Jennings trenzó el cabello rubio ceniza en una corona perfecta, con manos que temblaban ligeramente.

Los tres hermanos fueron convocados al salón principal. Sir Reginald aguardaba junto a la chimenea apagada, vestido de luto riguroso que acentuaba la severidad de su rostro.

—Vuestra madre ha fallecido —anunció con la misma inflexión que usaría para comentar el clima—. Era una mujer de noble cuna que cumplió con su deber hasta el final. La lloraremos como se merece.

Edmund apretó los puños. Beatrice sollozó abiertamente hasta que Florence la tomó en brazos. Arthur permaneció inmóvil, con la mirada clavada en las botas pulidas de su padre.

—No quiero lágrimas innecesarias —Sir Reginald continuó—. Los Barrington no hacemos espectáculos públicos de nuestra pena. ¿Entendido?

—Sí, padre. —Edmund habló con pesar por los tres.

Esa noche, Arthur permaneció despierto en su habitación escuchando el viento que aullaba contra los cristales. Las últimas palabras de su madre resonaban en su memoria con claridad incómoda. Ningún hombre es perfecto. Ni siquiera él.

Se cubrió los oídos con las almohadas.

El funeral se celebró dos días después en una capilla privada. El párroco recitó las oraciones apropiadas mientras la lluvia golpeaba el techo de tejas. Sir Reginald ocupó el primer banco con expresión impenetrable. Edmund sostenía a Beatrice, que lloraba con la cabeza hundida en su hombro. Arthur observó cómo su padre no derramaba una sola lágrima.

Cuando bajaron el ataúd, Sir Reginald arrojó el primer puñado de tierra con gesto mecánico. Se volvió hacia sus hijos.

—Ya está hecho —declaró—. Ahora debemos continuar.

Regresaron a la villa donde Florence había preparado el almuerzo fúnebre. Sir Reginald recibió condolencias de oficiales británicos y aristócratas malteses con cortesía fría. Bebió whisky escocés y discutió sobre la guerra con naturalidad perturbadora.

Arthur lo observaba desde la escalera, oculto entre las sombras.

—Siento mucho tu pérdida —escuchó decir al Capitán Morrison.

—Estas cosas suceden —Sir Reginald respondió con indiferencia estudiada—. La vida continúa.

Algo se retorció en el pecho de Arthur. Una pregunta pequeña que no se atrevía a formular. ¿Su padre habría mostrado más emoción si hubiera perdido un perro de caza?

Sacudió la cabeza con violencia. No. Su padre era fuerte, eso era todo. Los hombres verdaderos no se quebraban ante la adversidad. Madre simplemente no lo había comprendido porque estaba enferma.

Edmund apareció a su lado en la escalera.

—¿Estás bien?

—De maravilla —mintió Arthur.

Pero esa noche, cuando Florence fue a arropar a Beatrice y controlar si los jóvenes varones necesitaban algo antes de dormir, encontró a Arthur acurrucado en su cama con los ojos secos pero brillantes.

—Ella me odiaba —susurró—. Por eso dijo esas cosas horribles sobre papá.

Florence le acarició el cabello sin responder. Algunas mentiras eran más piadosas que cualquier verdad.

Capítulo 6: 1930 - Una aparición del pasado

Aquella mañana de 1930 en la Villa Barrington transcurría con el ritmo frenético que siempre acompañaba las ausencias de Sir Reginald. Florence supervisaba el lavado de cortinas en el patio trasero mientras Roberts reorganizaba la correspondencia acumulada en el despacho del patriarca.

—Cada vez que se marcha a Londres, esta casa se convierte en un gallinero —dijo Florence entre dientes, sacudiendo una alfombra persa con movimientos enérgicos—. Los señoritos se comportan como niños sin vigilancia.

Roberts asomó la cabeza por la ventana del despacho, las gafas resbalándole por la nariz sudorosa.

—La difunta señora nunca habría permitido que la casa funcionara de esta manera —suspiró—. Ella tenía mano firme para todo, desde las comidas hasta los horarios. Ahora…

Un golpeteo decidido en la puerta principal interrumpió sus lamentaciones. Roberts frunció el ceño, consultando el reloj de bolsillo. No esperaban visitas, y el cartero ya había pasado esa mañana.

Abrió la puerta para encontrarse con una joven de aspecto desaliñado, con el cabello castaño escapándose de un recogido improvisado y el vestido arrugado como si hubiera dormido con él puesto. Sus ojos grises, sin embargo, brillaban con una determinación que contrastaba con su apariencia descuidada.

—¿Qué desea? —preguntó Roberts con la frialdad protocolaria que reservaba para los desconocidos.

—Estoy buscando trabajo —respondió la joven, enderezando los hombros—. Cualquier cosa que tengan disponible.

Roberts ya abría la boca para despedirla cuando los pasos alegres de Beatrice resonaron en el sendero de grava. La señorita Barrington regresaba de un paseo matutino con las mejillas sonrosadas y un ramo de flores silvestres en las manos.

—Roberts, no debería perder el tiempo hablando con esta señorita cuando dentro le espera una montaña de tareas pendientes —bromeó acercándose—. No vaya a ser que mi padre regrese antes de tiempo y encuentre todo patas arriba.

El mayordomo se irguió, claramente incómodo.

—Señorita Beatrice, esta joven…

—¡Que entre y dele un poco de agua! —exclamó Beatrice, observando a la desconocida con curiosidad genuina—. Parece agotada.

La joven miró a Beatrice con una mezcla de gratitud y sorpresa, como si no esperara encontrar amabilidad en esa casa imponente.

—¿Qué hace una chica tan joven como usted recorriendo puertas en busca de trabajo? —preguntó Beatrice mientras Florence aparecía con un vaso de agua—. No es habitual, y sin recomendaciones apropiadas no la aceptarán en ninguna casa respetable.

La joven aceptó el agua con manos temblorosas, bebiendo con avidez antes de responder.

—Me llamo Eliza Jennings —dijo finalmente, su voz apenas un susurro—. Y creo… creo que mi madre, Martha Jennings, trabajó hace años en esta casa.

El nombre de Martha Jennings flotó en el aire del vestíbulo como una piedra arrojada a un estanque en calma. Beatrice frunció el ceño, buscando en su memoria algún rastro de esa mujer.

—Martha Jennings… —repitió, mordisqueándose el labio inferior—. No consigo recordarla, pero yo seguro que era muy pequeña cuando… Roberts, ¿usted la conoció?

El mayordomo intercambió una mirada significativa con Florence, quien había palidecido visiblemente al escuchar el nombre. Sus manos se crisparon sobre el delantal almidonado.

—Sí, señorita Beatrice —respondió Roberts tras aclararse la garganta —. Martha trabajó aquí durante varios años. Era una criada ejemplar, muy trabajadora y discreta. Creo que fue hace unos trece años.

—¿Y qué pasó con ella? —preguntó Beatrice, notando la tensión que se había instalado entre los dos sirvientes.

Florence miró nerviosamente hacia las escaleras, como si temiera que alguien pudiera escucharlas.

—Su padre decidió… prescindir de sus servicios —explicó Roberts con cuidado—. Fue muy repentino, de un día para otro. No nos dio explicaciones.

—Nada de explicaciones —confirmó Florence en voz baja—. Una mañana nos dijo que Martha ya no trabajaría más aquí. Nunca supimos por qué.

Beatrice observó a Eliza, quien había palidecido durante el intercambio. Llevaba en el rostro una tristeza que parecía demasiado profunda para alguien tan joven.

—Roberts, prepare té en el saloncito azul —ordenó Beatrice con decisión—. Quiero hablar con la señorita Jennings en privado.

—Señorita Beatrice, no creo que sea apropiado…

—Roberts —lo interrumpió con una sonrisa que no admitía discusión —. El té, por favor.

Mientras se dirigían al saloncito, Beatrice buscó una excusa creíble para justificar su curiosidad.

—Verá, Eliza, siempre me ha interesado conocer a las personas que trabajaron con mi madre cuando yo era pequeña —mintió con naturalidad—. Ella murió cuando yo tenía apenas ocho años, y cualquier recuerdo de esa época me resulta precioso.

Una vez instaladas en las butacas de terciopelo azul, Eliza se llevó la mano al cuello y extrajo un pequeño medallón que brilló tenuemente bajo la luz que se filtraba por las ventanas.

—Mi madre murió hace tres semanas —susurró, abriendo el medallón para revelar una diminuta fotografía—. Esta es la única imagen que conservo de ella.

Beatrice se inclinó para observar el retrato borroso de una mujer joven con rasgos delicados y ojos bondadosos.

—Era muy hermosa —comentó con sinceridad—. Y usted se le parece mucho.

—Cuando se puso enferma, hablaba constantemente de esta villa —continuó Eliza, cerrando el medallón con cuidado—. Decía que había sido el lugar más feliz de su vida, hasta que… hasta que todo cambió. No tengo a nadie más en el mundo, señorita. Ninguna familia, ningún conocido. Cuando recordé sus historias sobre la Villa Barrington, pensé que tal vez…

Su voz se quebró y bajó la mirada.

—Desde que llegué de Londres estoy durmiendo en un establo a dos kilómetros de aquí. El granjero me deja quedarme por unas monedas, pero no podré pagárselo mucho más tiempo. Todas mis pertenencias caben en una maleta pequeña.

Roberts apareció con la bandeja del té, moviéndose con más cautela que de costumbre. Al servir las tazas, sus manos temblaron imperceptiblemente.

—Roberts, haga el favor de llamar a Florence —pidió Beatrice mientras añadía azúcar a su té—. Quiero consultarle algo.

Cuando Florence llegó, secándose las manos en el delantal, Beatrice fue directa al grano.

—Eliza puede hacer cualquier tarea doméstica. Limpiar, fregar, ayudar en la cocina, lo que sea necesario. Florence, ¿cree que podríamos encontrarle trabajo aquí?

Florence miró a la joven con expresión maternal, claramente conmovida por su situación.

—Bueno, señorita Beatrice, siempre hay trabajo de sobra en una casa de este tamaño, pero…

—Sin la autorización de Sir Reginald no podemos tomar decisiones sobre el personal —interrumpió Roberts con firmeza—. Es imprescindible su aprobación.

—Roberts, por favor —lo silenció Beatrice con una mirada severa.

Florence se retorció las manos, indecisa.

—Algo se le podría buscar, supongo, pero… al final quien debe decidir es su padre cuando regrese.

—Ya escucharemos su opinión cuando vuelva —replicó Beatrice—. Pero mi hermano también tiene autoridad para tomar decisiones en su ausencia.

Todos sabían que Edmund no estaba en condiciones de decidir sobre nada que no fuera su próxima botella de whisky.

Unos minutos después, el salón azul se había transformado en un campo de batalla de voluntades cuando Arthur entró con el ceño fruncido, claramente molesto por haber sido interrumpido en su lectura.

—¿Qué es todo este alboroto? —preguntó, aflojándose la corbata mientras observaba el pequeño corro que formaban ahora Beatrice, Violet y una desconocida junto a la ventana.

—Arthur, esta es Eliza Jennings —explicó Beatrice con entusiasmo—. Su madre, Martha, trabajó aquí hace años y ahora ella necesita…

—Me acuerdo de su madre. ¿Trabajo? —la interrumpió Arthur, dirigiendo una mirada evaluadora a la joven—. Supongo que no importa tener un empleado más o menos en esta casa. Florence siempre se queja de que falta personal para las limpiezas profundas.

Violet se acercó al grupo, una mano extendida hacia Eliza.

—La pobre no tiene a nadie en el mundo, Arthur —intervino suavemente—. Y Beatrice tiene razón, siempre hay trabajo en una casa como esta. No podemos dejarla en la calle con tan solo doce años.

—Es lo más sensato que he escuchado en semanas —añadió Beatrice, tomando la mano de Eliza en un gesto protector—. No podemos dejarte durmiendo en un establo cuando tenemos habitaciones vacías en el ala de servicio.

Arthur se encogió de hombros con indiferencia característica.

—Como gustes, Beatrice, pero recuerda que Edmund es quien debe…

Los pasos pesados y descompasados en la escalera interrumpieron la conversación. Edmund apareció en el umbral del salón, el cabello revuelto y la camisa arrugada, con el inconfundible aroma a whisky flotando a su alrededor como una nube tóxica.

—¿Por qué hay siempre tanto escándalo últimamente en esta casa? —gruñó, pasándose una mano por el rostro sin afeitar—. Una persona no puede descansar en paz sin que armen un circo en el piso de abajo.

—Edmund, en ausencia de padre necesitamos tu autorización para contratar a Eliza como criada —explicó Beatrice, acercándose a su hermano mayor con cautela—. Su madre, Martha, que trabajó aquí, ha muerto y…

—¡Contratadla! —exclamó Edmund con un gesto brusco de la mano —. Haced lo que queráis. A mí me trae sin cuidado. Su madre me caía bien. Nunca entendí por aquel entonces por qué se marchó.

Se dirigió al mueble bar con pasos vacilantes, rebuscando entre las botellas hasta encontrar el coñac. Sus movimientos eran torpes, claramente afectados por el alcohol que ya había consumido.

—Donde una boca come, comen dos más —dijo mientras se servía una copa generosa—. ¿No es así, mujercita?

Se volvió hacia Violet con una sonrisa forzada y sarcástica, intentando acercarse a ella con la copa en alto. Al dar el primer paso, tropezó con la esquina del sofá, tambaleándose peligrosamente hasta casi caer.

Violet retrocedió instintivamente, el disgusto claramente visible en su rostro.

—Edmund, por favor…

—¡Perfecto! —declaró Beatrice, aplaudiendo para zanjar la discusión antes de que la situación empeorara—. Eliza, bienvenida a la familia Barrington. Florence se encargará de instalarte adecuadamente.

Roberts suspiró con resignación, comprendiendo que cualquier protesta sería inútil ante la determinación de los hermanos.

—Muy bien, señorita Beatrice. Procederé según sus instrucciones.

Florence sonrió cálidamente a Eliza, haciéndole un gesto para que la siguiera.

—Ven conmigo, querida. Te mostraremos tu habitación y conseguiremos uniforme apropiado. Mañana temprano podrás comenzar con tus tareas.

Mientras ambas se dirigían hacia la puerta, Arthur se aclaró la garganta.

—Yo me encargaré de explicarle la situación a padre cuando regrese de Londres —prometió—. No habrá problemas.

Edmund soltó una carcajada amarga, tomando un largo trago de coñac.

—A nuestro querido padre no le importa nada de lo que pase en esta casa —masculló—. Seguramente no conoce ni los nombres de la mitad del servicio que tenemos. Una criada más o menos, ¿qué diferencia puede hacer?

Violet intercambió una mirada preocupada con Beatrice mientras Edmund se dejaba caer pesadamente en su butaca favorita, la copa

balanceándose peligrosamente en su mano.

* * *

Una claridad oblicua, tamizada por los cristales emplomados, teñía la biblioteca de reflejos cambiantes sobre las estanterías de caoba cuando Arthur empujó la puerta entreabierta. La estancia parecía vacía. Esperaba encontrar la soledad que necesitaba para sumergirse en las memorias de Wellington, pero se detuvo al descubrir a Violet sentada junto a la ventana con un libro abierto en el regazo.

—Disculpa —dijo, dando un paso atrás—. No sabía que estabas aquí.

—No te vayas —se apresuró a decir ella, cerrando su libro—. Hay espacio de sobra para los dos.

Arthur titubeó un momento antes de dirigirse hacia las estanterías del fondo, manteniendo una distancia prudente. El espacio entre ellos se cargó de esa incomodidad particular que surge cuando dos personas se sienten obligadas a ser corteses.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Arthur, por romper el hielo.

Violet levantó el volumen con una sonrisa tímida.

— "Sentido y sensibilidad". Lo encontré perdido en el estante de poesía. Alguien debió colocarlo mal.

—Beatrice, seguramente —rio Arthur—. Tiene la costumbre de dejar los libros donde se le antojan. Una vez encontré "El origen de las especies" entre los libros de cocina.

La risa espontánea de Violet llenó la habitación, transformando toda la atmósfera.

—¿Y tú? —señaló hacia el libro que Arthur sostenía.

—Wellington en Waterloo. Supongo que sigo siendo soldado incluso en tiempos de paz.

—Arthur, ¿te molesta si te pregunto algo sobre la guerra?

Él se acercó y tomó asiento en la butaca frente a ella.

—Depende de la pregunta.

—¿Echas de menos la vida militar? Beatrice dice que eras muy feliz en el regimiento.

Arthur reflexionó un momento, girando el libro entre sus manos.

—Echo de menos la claridad —confesó—. En el ejército sabías quién eras y qué se esperaba de ti. Aquí todo parece… más complicado.

—Entiendo esa sensación —dijo Violet—. Antes de casarme, mi vida tenía cierto orden. Ahora me siento como navegando sin brújula.

—¿Te arrepientes? —preguntó Arthur con suavidad, sorprendiéndose de su propia audacia.

Violet tocó su colgante nerviosamente.

—No me arrepiento de haber ayudado a mi familia. Pero a veces me pregunto si el sacrificio valió la pena.

Arthur inclinó la cabeza.

—El deber familiar puede ser tanto una bendición como una carga.

—Exactamente —exclamó Violet—. Nadie más parece entenderlo.

—Porque nadie más vive con el peso de las expectativas como nosotros.

La conversación fluyó entonces con naturalidad sorprendente, como si hubieran encontrado a alguien que comprendía sus luchas internas.

* * *

El estruendo de cristales rotos resonó de nuevo por toda la villa, seguido de un grito desgarrador que heló la sangre de quienes lo escucharon. Violet, que bordaba en el salón junto a Beatrice, dejó caer la labor sobre su regazo.

—¿Qué ha sido eso?

—Edmund —suspiró Beatrice, sin levantar la vista de su revista—. Otra de sus crisis, seguro.

Un segundo estrépito, esta vez acompañado de maldiciones ahogadas, hizo que Violet se levantara instintivamente hacia la puerta.

—No vayas —la detuvo Beatrice con firmeza—. Cuando está así es mejor dejarlo solo. Roberts se encargará.

—Pero es mi marido…

—Y por eso mismo debes quedarte aquí.

Violet se dejó caer en el sofá, desconcertada por la naturalidad con que Beatrice trataba la situación.

—¿Siempre ha sido así?

—No. —Beatrice cerró la revista y la dejó sobre la mesa auxiliar—. Antes de la guerra era diferente. Más… luminoso, supongo. Pero al poco de regresar del frente, algo en él cambió.

El sonido de pasos apresurados en el pasillo confirmó que Roberts había leído la situación antes de que nadie lo llamara.

—¿Qué le pasó exactamente?

Beatrice vaciló, jugando con los pliegues de su falda.

—Perdió a alguien muy importante. Su compañero de batallas, Thomas. Arthur me ha contado algunas veces historias. Edmund también lo menciona cuando bebe demasiado.

—¿Murió en batalla?

—No lo sé. Arthur no me dio detalles. Solo que fue una pérdida terrible y que Edmund quedó muy afectado. Decía que Thomas había sido como un hermano para él.

Violet frunció el ceño; algo en el tono de Beatrice sugería más de lo que estaba diciendo.

—Debió ser una amistad muy profunda.

—Sí —dijo Beatrice—. Supongo.

El eco lejano de la voz de Roberts intentando tranquilizar a Edmund era lo único que rompía la tensión entre ellas.

—¿Crees que algún día superará su dolor?

Beatrice la miró con ojos tristes.

—Hay heridas que nunca sanan completamente, Violet. Solo aprendemos a vivir con ellas.

Lo que quedó en el aire fue más ensordecedor que los gritos anteriores, cargado de una verdad que ninguna de las dos se atrevía a pronunciar.

* * *

Los primeros rayos del sol mediterráneo se filtraban por las ventanas de la villa cuando Eliza terminó de hacer la cama en su pequeña habitación del servicio. Llevaba ya cinco días instalada en la rutina doméstica, y poco a poco había logrado ganarse un lugar entre el personal. Florence la había tomado bajo su ala con cierta cautela maternal, mientras que Roberts mantenía su distancia profesional habitual.

—Buenos días, Eliza —la saludó una de las doncellas mientras bajaba las escaleras hacia la cocina.

—Buenos días, Mary.

La jornada transcurrió con normalidad hasta que Florence reunió al personal femenino para distribuir las tareas de limpieza profunda de la tarde.

—Hoy tocan los salones principales —anunció Florence consultando su lista—. Mary, tú te encargas del comedor. Sarah, la biblioteca necesita una limpieza a fondo de los estantes.

Eliza esperó su momento, fingiendo revisar el trapo de su delantal.

—¿Y el pasillo del primer piso, señora Norris? Vi que acumula bastante polvo cerca de las ventanas.

—Cierto —Florence frunció el ceño—. Puedes encargarte de esa zona, pero recuerda: el despacho de Sir Reginald está terminantemente prohibido en su ausencia. Órdenes suyas.

—Por supuesto, señora Norris. Solo limpiaré el pasillo y las habitaciones adyacentes.

Una hora después, Eliza subió al primer piso con su balde y trapos. Se aseguró de que el pasillo estuviera vacío antes de acercarse sigilosamente a la puerta del despacho. Sus manos temblaron ligeramente al girar el pomo.

La habitación olía a tabaco rancio y cuero viejo. Pesados cortinajes bloqueaban la luz natural, sumiendo el espacio en penumbras. Eliza se dirigió directamente al escritorio de roble macizo.

—Madre, espero que estés muy satisfecha por lo que he hecho — dijo mientras abría el primer cajón—. He conseguido entrar a trabajar aquí y ahora estoy más cerca que nunca de dar a conocer la verdad sobre lo que pasó contigo aquí.

Sus dedos exploraron entre documentos y correspondencia comercial. Nada revelador.

—¿Dónde puede haber algo comprometedor? ¿Dónde hay algo sucio e importante que pueda emplear en nuestra venganza? —siguió susurrando mientras rebuscaba en el segundo cajón.

Al fondo encontró un sobre que no correspondía a documentos oficiales. Lo tomó con cuidado.

—Tiene que haber algo, madre. Alguna cosa que ponga en aprieto a Sir Reginald…

El crujido de las tablas del suelo en el pasillo la hizo congelarse. Rápidamente devolvió el sobre a su lugar y cerró el cajón.

Violet caminaba despacio por el pasillo, disfrutando de la tranquilidad vespertina, cuando percibió una voz ahogada proveniente del despacho. Se detuvo extrañada. La puerta estaba entreabierta y pudo distinguir la silueta de Eliza inclinada sobre el escritorio.

—…necesito encontrar respuestas…

¿Con quién hablaba? Violet se acercó un paso más, intrigada.

Deliberadamente dejó caer su libro al suelo. El golpe seco resonó por toda la habitación.

Eliza apareció en la puerta segundos después, trapo en mano y expresión inocente.

—Lady Violet, disculpe. Estaba limpiando el pasillo y noté que había mucho polvo acumulado cerca de la puerta. Creí conveniente sacudirlo.

—Claro. —Violet recogió su libro, observándola detenidamente—. ¿Todo en orden?

—Sí, mi lady. Perdone si la interrumpí.

—No te preocupes.

Violet siguió su camino, pero la extraña sensación no la abandonó. Una hora después encontró a Florence en la cocina supervisando la preparación de la cena.

—Florence, ¿habéis limpiado hoy el despacho de Sir Reginald?

—¿El despacho? —Florence la miró sorprendida—. Por supuesto que no, mi señora. Sir Reginald fue muy específico antes de partir: nadie debe tocar esa habitación durante su ausencia. Siempre doy instrucciones precisas a las muchachas al respecto.

—Ya veo —dijo Violet—. Solo curiosidad.

Pero mientras subía las escaleras hacia sus aposentos, su mente no podía dejar de repasar la escena. La voz de Eliza hablando sola, su

presencia en una habitación prohibida, esa extraña forma de mostrarse vulnerable, pero ocultando cosas…

Algo no encajaba en la historia de la nueva doncella, y Violet tenía la intención de descubrir qué era.

* * *

La puerta del dormitorio de Violet se abrió de golpe sin previo aviso. Beatrice entró como una ráfaga de aire fresco, sosteniendo una pila de revistas francesas.

—Violet, mira lo que conseguí en La Valeta. La última edición de Vogue París y…

Se detuvo en seco. Violet estaba sentada en la cama con dos cartas sobre el edredón. Una llevaba el nombre de sus padres escrito en caligrafía cuidadosa. La otra, más breve, decía simplemente: Edmund.

Beatrice cerró la puerta con suavidad. Las revistas resbalaron de sus manos al suelo.

—¿Violet? ¿Qué es esto?

Violet no intentó ocultarlas. Su rostro palideció, pero su voz sonó firme.

—Son posibilidades.

El silencio se extendió entre ellas como un abismo. Beatrice se acercó despacio, observando las cartas como si fueran artefactos peligrosos. Luego giró el pestillo de la puerta.

—Cuéntame todo.

Violet respiró hondo. Sus dedos acariciaron el papel con una ternura extraña, casi maternal.

—Llevo semanas escribiéndolas —confesó—. Descartando versiones, reescribiendo cada palabra. Todavía no sé si tendré el valor de enviarlas.

—¿Qué dicen?

—La carta a Edmund… —Violet tomó el sobre más pequeño—. Le explico mi dolor. Pero también mi resolución. No es una súplica, Beatrice. Es una declaración.

Beatrice se sentó en el borde de la cama, fascinada por la calma de Violet.

—¿Y tus padres?

—Les pido que me recojan en La Valeta. Dentro de tres semanas exactamente.

—Tres semanas —repitió Beatrice—. Has calculado el tiempo.

—Necesito estar segura. Necesito saber que no es un impulso emocional, sino una decisión meditada.

Beatrice tomó la carta dirigida a los Wyndham, sintiendo su peso entre las manos. En ese gesto había algo revolucionario, algo que desafiaba todo lo que les habían enseñado sobre matrimonio y deber.

—¿Y qué pasa conmigo si te marchas?

La pregunta flotó en el aire como una acusación suave. Violet desvió la mirada hacia la ventana donde el sol mediterráneo pintaba sombras.

—No lo tomes a mal, lo he pensado mil veces —admitió—. Pero comprende que mi deber es primero conmigo misma.

Beatrice parpadeó sorprendida. Había esperado una confesión de amor prohibido, lágrimas de culpa, justificaciones desesperadas. Pero Violet no ofrecía nada de eso. Solo una verdad desnuda y valiente.

—Eres más fuerte de lo que creía —dijo Beatrice.

—O más cobarde. No lo sé todavía.

—No —Beatrice apretó su mano—. Esto no es cobardía. Esto es… libertad.

Violet la miró con ojos húmedos.

—Beatrice, si alguien se entera de que estoy planeando esto…

—Nadie se enterará.

—Edmund podría…

—Guardaré las cartas en mi habitación, hasta que decidas enviarlas —interrumpió Beatrice con determinación—. Tengo un libro de poesía de Byron que Edmund nunca tocaría. Estarán seguras allí hasta que decidas qué hacer.

—No puedo pedirte eso.

—No me lo estás pidiendo. Te lo estoy ofreciendo.

Beatrice se levantó y caminó hacia la ventana, mirando hacia los jardines donde Albert arrancaba malas hierbas.

—Porque yo seré la única que sabe, y yo nunca traicionaría a una mujer que elige su propia vida —continuó—. Dios sabe que yo también quiero elegir la mía.

Violet se acercó. Ambas permanecieron junto a la ventana, dos mujeres jóvenes atrapadas en un mundo que no les pertenecía pero que intentaban redefinir.

—¿Qué es lo que quieres elegir tú? —preguntó Violet suavemente.

Beatrice sonrió con melancolía.

—Todavía no lo sé. Pero cuando lo descubra, espero tener tu mismo coraje.

Violet tomó las cartas y se las entregó. Beatrice las guardó contra su pecho como si fueran documentos sagrados.

—Así que tres semanas —repitió Beatrice—. Te ayudaré a contactar con tus padres cuando estés lista.

—Gracias.

No hubo más palabras. El pacto estaba sellado en ese silencio cómplice, en esa alianza femenina que desafiaba al patriarcado, a Edmund, a Sir Reginald, a todas las convenciones que las aprisionaban.

* * *

La villa dormía sumida en el silencio de la medianoche cuando Violet abandonó sus aposentos descalza, la bata de seda rozando apenas el suelo de mármol. El insomnio la había derrotado tras horas de dar vueltas entre sábanas que se sentían como mortajas. Las imágenes del día —Edmund bebiendo hasta perder el sentido, Eliza husmeando en el despacho prohibido, aquella sensación constante de vivir entre secretos— se repetían sin tregua.

Decidió bajar a buscar la cocina. Quizás un poco de leche tibia o algún dulce la ayudarían a sosegar los nervios.

Descendió por la escalera de servicio, guiándose por el débil resplandor de la luna que se filtraba por las ventanas. El corredor estrecho que conducía al ala del servicio parecía más angosto en la oscuridad.

De pronto, una figura emergió de las sombras.

Violet ahogó un grito. Arthur extendió las manos instintivamente para evitar la colisión, atrapándola por los codos. Sus rostros quedaron a centímetros de distancia.

—Violet —exhaló él, sorprendido.

El contacto los atravesó como corriente eléctrica. Arthur la soltó de inmediato, retrocediendo un paso.

—Perdona, yo… no esperaba encontrar a nadie despierto.

—Yo tampoco —susurró ella, ajustándose el cinturón de la bata con manos temblorosas—. No podía dormir.

La luz de la luna trazaba líneas plateadas sobre el rostro de Violet, revelando el brillo de lágrimas recientes en sus mejillas. Arthur sintió algo contraerse en su pecho.

—Has estado llorando.

No fue una pregunta.

Violet desvió la mirada, avergonzada.

—Es solo… —tragó saliva—. Nada importante.

—Mentirosa terrible —dijo Arthur, con una suavidad que ella no esperaba—. ¿Ibas sola a la cocina del servicio?

Violet bajó la vista, confirmando.

—Déjame acompañarte. Conozco ese lugar mejor que nadie.

Caminaron por el pasillo estrecho, sus cuerpos demasiado conscientes de la cercanía forzosa. Arthur empujó la puerta de la cocina y encendió una lámpara de aceite. La luz dorada reveló el dominio inmaculado de Florence.

—Florence guarda los mejores dulces aquí —Arthur abrió un armario alto, alcanzando una lata de hojalata decorada—. Bizcochos de limón. Lleva escondiéndolos en el mismo sitio desde que yo tenía ocho años.

A Violet se le escapó una sonrisa genuina. Era la primera que Arthur le veía desde su llegada a Malta.

—¿Solías robarle dulces a Florence?

—Edmund y yo éramos expertos saqueadores nocturnos —Arthur depositó la lata sobre la mesa—. Beatrice nos delataba siempre, pero Florence fingía no saber nada.

Violet tomó un bizcocho. Sus dedos rozaron los de Arthur al retirar la mano. El contacto duró apenas un segundo, pero ambos lo sintieron como descarga.

Ella apartó la mano de golpe, consciente del peligro que representaba ese roce inocente.

Arthur apretó la mandíbula, luchando contra el impulso de alcanzarla de nuevo.

—Algunos encuentros lo cambian todo —dijo, sin apartar la mirada de esos ojos verdes que lo perseguían incluso despierto.

Violet mordió el bizcocho, nerviosa, dejando una migaja diminuta en la comisura de sus labios. Arthur extendió la mano antes de pensarlo, rozando con el pulgar la piel suave de su boca para retirar la migaja.

El gesto fue demasiado íntimo. Demasiado deliberado.

Violet retrocedió como si la hubieran quemado, el bizcocho cayendo olvidado sobre la mesa.

—No… no debería estar aquí —su voz sonó quebrada—. Esto no está bien.

Huyó de la cocina antes de que Arthur pudiera responder, dejando tras de sí el aroma tenue de su perfume y el eco de su respiración agitada.

Arthur permaneció inmóvil, mirando la migaja que todavía descansaba en su pulgar. La aplastó despacio mientras el odio hacia sí mismo crecía como veneno.

Era la mujer de su hermano.

La esposa de Edmund.

Intocable. Prohibida. Imposible.

Y, sin embargo, cada fibra de su ser gritaba ahora lo contrario.

Capítulo 7: 2025 - Sombras en las paredes

El sol matutino arrancaba destellos dorados a la piedra caliza mientras Lily aparcaba el Fiat 500 alquilado frente a la Villa Barrington. El maletero apenas podía contener su arsenal de supervivencia urbana: saco de dormir, hornillo portátil, linterna LED y una bolsa isotérmica repleta de provisiones.

Una semana entera había perdido explorando Mdina, fotografiando las aguas cristalinas de Comino y degustando pastizzi en cafeterías locales mientras esperaba que su majestad el arquitecto le concediera audiencia. Pero esa mañana había despertado con una claridad meridiana: se acabó el turismo forzoso.

—Buenos días, Chris —anunció desde la entrada, cargando la primera tanda de equipaje.

El ruido de taladros cesó abruptamente. Chris apareció entre los andamios, casco amarillo ladeado, camiseta gris pegada al torso por el sudor. La recorrió de arriba abajo, deteniéndose en el saco de dormir.

—¿Vas a acampar?

—Algo así.

Lily dejó caer las bolsas en el suelo de mármol agrietado con un golpe seco que resonó por toda la estancia.

—He decidido instalarme aquí. Para trabajar, obvio. No puedo diseñar un espacio desde la distancia.

—¿Estás loca? —Chris bajó de los andamios de dos saltos—. Esto es una obra, no un campamento.

—Es mi proyecto tanto como el tuyo —replicó, dirigiéndose hacia la escalera con el hornillo bajo el brazo—. Chiara está encantada con la

idea.

—¿Has hablado con Chiara?

—Esta mañana. Se rio durante cinco minutos y después me dijo que era la primera vez en años que alguien plantaba cara a un australiano cabezota.

Los operarios habían dejado de trabajar, observando el intercambio con curiosidad apenas disimulada. Chris se acercó a ella, invadiendo su espacio personal con esa forma suya de ocupar el aire.

—Escúchame bien, princesa. Esto no es un hotel. Hay cables pelados, agujeros en el suelo, y mis muchachos y yo empezamos a las siete de la mañana.

—Perfecto —Lily le sostuvo la mirada sin retroceder—. Soy madrugadora.

—No hay agua caliente.

—Tengo toallitas húmedas.

—Las paredes están llenas de humedad.

—Para eso está el saco de dormir.

Chris soltó una carcajada que sonó más a rugido.

—Joder, eres más terca que una mula.

—Y tú más machista que un dinosaurio, pero aquí estamos.

La tensión se espesó entre ellos como el polvo flotando en los rayos de sol. Lily pudo percibir el aroma a sudor masculino mezclado con cemento y algo indefiniblemente salvaje que la hacía sentir mareada.

—Vale —Chris se cruzó de brazos—. Pero hay reglas. Nada de quejas sobre el ruido, nada de estorbar a mis operarios, y si te pasa algo, yo no me hago responsable.

—Perfecto.

—¿Y dónde piensas acampar exactamente?

Lily echó un vistazo a la obra, evaluando las posibilidades. Se acordó de uno de los estudios de la planta superior.

—Arriba —señaló hacia la escalera—. Hay un estudio pequeño arriba que da al pasillo.

Chris siguió su mirada y frunció el ceño.

—Esa habitación da escalofríos.

—No seas supersticioso.

—No lo soy. Pero hay algo raro en ese cuarto. Los muchachos evitan trabajar allí solos.

Lily sintió un pequeño escalofrío, pero se obligó a mantener el tipo.

—Mejor. Así tendré privacidad.

Mientras subía las escaleras con su equipaje, pudo sentir la mirada de Chris clavada en su espalda. Al llegar al rellano se giró.

—Una cosa más, Chris.

—¿Qué?

—Ya puedes dejar de llamarme princesa. Mi nombre es Lily.

—Como quieras… Lily.

La forma en que pronunció su nombre, grave y con ese acento australiano que hacía que sonara diferente, le provocó una sensación extraña en el estómago. Se apresuró a atravesar el pasillo y dirigirse al estudio antes de que él pudiera ver cómo se sonrojaba.

El cuarto permanecía igual que el día de su primera visita: botellas vacías, mapas militares amarillentos por los años, muebles cubiertos de polvo.

Lily extendió su saco de dormir cerca de una de las paredes, decidida a no dejarse intimidar por arquitectos arrogantes.

La guerra había comenzado.

* * *

El rugido de los motores se desvaneció por el sendero de grava, arrastrando consigo las voces ásperas de los operarios y el eco de las herramientas al chocar en la furgoneta. Chris fue el último en salir, deteniéndose en el umbral del estudio con esa sonrisa ladeada que ya empezaba a reconocer como peligrosa.

—Que duermas bien, princesa. Espero que no te dé frío en tu primera noche de acampada.

Lily agarró un vaso vacío de plástico del escritorio.

—¡He dicho que no me llames princesa!

El vaso voló por el aire y se estrelló contra el marco de la puerta justo cuando Chris se apartaba, riéndose.

—¡Tienes una puntería horrible!

—¡Vete al infierno, Chris Bennett!

El sonido de sus carcajadas se perdió escaleras abajo, seguido del portazo que resonó por toda la villa como un trueno lejano.

Lily se dejó caer en una silla de plástico que usaban los trabajadores, respirando entrecortadamente. La quietud la envolvió como una manta demasiado pesada. Sin el caos de la obra, la Villa Barrington revelaba su verdadera naturaleza: un mausoleo de piedra donde cada crujido de la madera y cada susurro del viento a través de las persianas rotas en las habitaciones contiguas parecían cargados de intención.

Sacó su libreta de bocetos del bolso, decidida a concentrarse en algo productivo y dio un paseo por la casa. Aún se veía el sol en el horizonte. Los trazos fluyeron sin esfuerzo: líneas limpias que transformaban el caos de los salones en espacios luminosos, esquemas de color que devolvían vida a las paredes manchadas. Una mesa de lectura junto a la ventana de la antigua biblioteca,

estanterías que aprovecharan la altura del techo, quizás un rincón con sillones tapizados en lino claro en otro de los salones.

Mañana iría a La Valeta. Las tiendas locales siempre guardaban tesoros inesperados: textiles malteses, cerámicas artesanales, antigüedades que podrían conectar el presente con el pasado de la casa.

Un movimiento en el jardín captó su atención periférica mientras pasaba cerca de una ventana.

Lily alzó la vista de la libreta, el lápiz suspendido en el aire. Una sombra había cruzado frente a la ventana, demasiado grande para ser un gato, demasiado definida para ser el viento moviendo las ramas.

El corazón se le aceleró. Se acercó a la ventana y escrutó los jardines salvajes. Nada. Solo limoneros y rosales que se balanceaban con la brisa marina de la tarde.

Pero allí, cerca del embarcadero en ruinas, dos figuras emergieron de entre los arbustos.

Lily bajó corriendo las escaleras, cruzó el salón principal y salió al jardín. Sus zapatillas se hundían en la hierba húmeda mientras se acercaba a los extraños.

Un joven extremadamente delgado, vestido con un traje demasiado grande, sostenía de la mano a una jovencita regordeta con un vestido amarillo chillón que le quedaba ajustado en lugares equivocados. Ambos se giraron hacia ella con ojos enormes y expresiones de sorpresa infantil.

—¿Quiénes sois? —preguntó Lily, intentando sonar firme pese al temblor en su voz.

El chico tartamudeó algo ininteligible. La joven soltó una risita y se escondió detrás de él como una niña tímida.

—Yo… yo Mattew —logró articular el chico—. Ella… Caterina. Vivimos… allí.

Señaló hacia una villa vecina apenas visible entre los árboles.

—¿Qué hacéis aquí?

—Caterina… gustan… flores —Mattew habló despacio, como si cada palabra requiriera esfuerzo—. Siempre… venimos aquí.

La chica asomó la cabeza desde detrás de su hermano y sonrió con una dulzura que desarmaría a cualquiera.

—Las flores… bonitas —dijo con voz cantarina—. Tú… también bonita.

—Ah, sois vecinos —Lily se relajó ligeramente—. Me habéis asustado.

—¡Caterina! ¡Mattew!

Una voz autoritaria resonó desde la colina. Una mujer corpulenta con uniforme de enfermera se acercaba a grandes zancadas, obviamente molesta.

—¿Cuántas veces os he dicho que no salgáis sin avisar?

Se dirigió a Lily con expresión de disculpa.

—Perdone las molestias, señorita. Soy Clara, la cuidadora. Estos dos tienen costumbre de escaparse cuando menos atención les presto.

—No ha pasado nada…

—El señor serio se alegra —interrumpió Caterina de repente, mirando directamente a Lily con esos ojos verdes enormes—. Se alegra… porque has venido a casa.

Lily no entendía nada.

—¿El señor serio?

—Caterina tiene… amigo invisible —explicó Mattew en voz baja—. Siempre… habla con él.

Clara puso los ojos en blanco.

—Imaginaciones. Vamos, que se hace tarde para la cena.

Lily observó a los hermanos con nueva comprensión. Sus movimientos desiguales, la forma en que Mattew luchaba con las palabras, la mirada inocente de Caterina que parecía ver el mundo a través de ojos infantiles.

—Clara, ¿puedo preguntarte… ellos…?

—Discapacidad congénita —respondió Clara sin rodeos—. Ambos nacieron así. El padre hizo lo que pudo hasta que murió hace cinco años.

—¿Y viven solos en esa mansión vecina?

Clara respondió con un gesto de cansancio.

—Me pagan por horas para venir tres veces por semana. El viejo Camilleri era viudo y muy adinerado; se encargó de dejar una fundación que cubre todos sus gastos. Pero el resto de la familia…

Hizo un gesto despectivo.

—Se niegan a saber nada de ellos. Dicen que es una vergüenza social. Han intentado convencerlos de mudarse a algún centro especializado, pero estos dos son más tercos que mulas. No se van de aquí ni a tiros y, como ya son mayores de edad.

Lily sintió una punzada de indignación. La villa Camilleri era tan imponente como la Barrington, demasiado grande para dos personas que necesitaban cuidados especiales.

—Trabajo para Chiara Barrington Moretti —explicó—. Estoy aquí para la renovación interior de la villa.

Los ojos de Caterina se iluminaron como faros.

—¡Yo también sé pintar! —exclamó, aplaudiendo—. Pinto flores… y soles… y caras sonrientes en las paredes de mi cuarto.

—Yo… busco tesoros —añadió Mattew con orgullo tímido—. En jardines… Villa Barrington. Encuentro… cosas preciosas. Botellas…

llaves… papeles viejos.

—¿Has estado explorando la villa?

—Sí —dijo Mattew, animándose al instante—. Años… muchos años. Conozco… escondites secretos.

—Bueno, ahora que estoy viviendo aquí temporalmente, podéis pasar cuando queráis —ofreció Lily espontáneamente—. Quizás Caterina pueda ayudarme con algunos detalles de pintura decorativa.

Clara la miró como si hubiera perdido el juicio.

—Señorita, mejor no ofrezca algo de lo que se va a arrepentir. Estos dos son como niños grandes. Si les da permiso, aparecerán aquí a todas horas.

—No me importaría la compañía…

—El señor serio dice… que pareces muy amable —interrumpió Caterina, mirando hacia una de las ventanas de la villa—. Dice que… hacía mucho tiempo que nadie era amable en su casa.

Un escalofrío recorrió la espalda de Lily.

—¿Quién es exactamente ese señor serio?

—Vive… en villa como tú —respondió Mattew—. Siempre… triste. Caterina… puede verlo. Yo… no.

—Imaginaciones, ya se lo he dicho —cortó Clara firmemente—. Vamos, que se enfría la cena y sabéis cómo os ponéis cuando tenéis hambre.

Empezó a conducir a los hermanos hacia la salida de los jardines.

—¡Hasta mañana! —gritó Caterina por encima del hombro—. ¡Mañana volveremos otra vez!

Sus voces se perdieron colina arriba, mezclándose con los regaños de Clara y las risitas espontáneas de Caterina. Lily se quedó sola en el jardín, con la brisa marina levantando mechones de su cabello.

Miró hacia donde Caterina había dirigido su conversación con el invisible "señor serio". Nada más que una ventana rota y madera podrida.

* * *

El viento nocturno susurraba entre los limoneros del jardín cuando Lily logró conciliar el sueño. El saco de dormir, ahora extendido sobre una alfombra deteriorada de la habitación contigua al estudio, proporcionaba escasa comodidad contra la dureza del suelo de piedra. Sus músculos protestaban por la posición incómoda, pero el cansancio acumulado de los últimos días podía más que la incomodidad.

Mañana buscaré una cama plegable, pensó mientras se acomodaba de lado, algo que no estorbe demasiado a Chris y sus orangutanes.

Los grillos cantaban su sinfonía nocturna desde los jardines salvajes, mezclando sus voces con el rumor lejano del mar contra las rocas. La brisa mediterránea se colaba por las rendijas de las ventanas rotas de ese cuarto, refrescando el aire cargado de polvo y memorias. Era una noche perfecta para dormir, serena y tibia como solo las noches maltesas sabían serlo.

Pero el descanso de Lily no tardó en transformarse en algo inquietante.

En el sueño, se encontraba de pie en el estudio contiguo a donde dormía, pero todo lucía diferente. Las paredes brillaban con barniz fresco, los muebles relucían pulidos y una lámpara de aceite proyectaba sombras danzantes sobre mapas militares desplegados en el escritorio. El aire olía a whisky y tabaco, a cuero envejecido y desesperación.

Un hombre joven se hallaba desplomado en un sillón de cuero junto a la ventana, con el uniforme militar desabrochado y arrugado. Su cabello oscuro caía sobre la frente sudorosa, y en sus manos temblorosas sostenía una botella de cristal medio vacía. Sus ojos

grises, vidriosos por el alcohol, miraban fijamente un reloj de bolsillo plateado.

—Thomas… —murmuró con voz quebrada—. ¿Por qué tú? ¿Por qué tuvo que ocurrir algo así?

El hombre llevó la botella a los labios, y las lágrimas surcaron sus mejillas sin que hiciera esfuerzo alguno por detenerlas. Su dolor era tan tangible que Lily sintió cómo se le oprimía el pecho con una angustia que no era suya.

—Debería haber sido yo quien muriera —continuó, dirigiéndose al reloj como si fuera una persona—. Tú tenías toda la vida por delante. Tenías música en las manos, esperanza en el corazón…

De pronto, una voz autoritaria resonó desde el pasillo:

—¡Edmund! ¡Baja inmediatamente a cenar!

El hombre del uniforme —Edmund— levantó la cabeza y su mirada se clavó directamente en la de Lily. Por un momento que pareció eterno, se miraron fijamente a través del tiempo y el espacio, como si una membrana invisible se hubiera rasgado entre sus realidades.

—¿Quién eres tú? —preguntó Edmund con voz ronca, entornando los ojos—. Tu rostro… me resulta familiar.

Lily intentó responder, pero descubrió que no tenía voz en aquel lugar extraño.

—¿Eres la nueva ama de llaves? —Edmund se incorporó ligeramente, estudiándola con curiosidad borracha—. ¿Dónde está Florence? ¿La ha despedido mi padre también a ella? Ese viejo miserable…

El grito volvió a resonar desde el pasillo, más furioso esta vez, y Edmund maldijo entre dientes.

—¡Ya voy, maldita sea!

Se puso en pie tambaleándose, sin apartar la vista de Lily.

—¿Cómo has entrado aquí? Este lugar está cerrado…

Un golpe seco la despertó de golpe.

Lily se incorporó jadeando, con el corazón desbocado y el cuerpo empapado en sudor frío. La realidad la golpeó como una bofetada: estaba sola en una habitación polvorienta, envuelta en su saco de dormir, y una de las ventanas golpeaba rítmicamente contra el marco debido al viento que había arreciado.

Clac, clac, clac.

Con manos temblorosas, buscó a tientas la botella de agua que había dejado junto a su improvisada cama. El líquido fresco calmó su garganta seca, pero no logró aplacar el temblor que se había apoderado de sus extremidades.

Solo ha sido un sueño, se repitió mientras intentaba controlar su respiración. Un sueño muy vívido, pero solo un sueño.

Pero la sensación de haber estado realmente allí, de haber mirado a los ojos de aquel hombre atormentado, persistía con una intensidad que la inquietaba.

* * *

El amanecer del Mediterráneo se filtraba entre las ventanas rotas cuando los pasos firmes de Chiara resonaron en el pasillo de la villa. Lily despertó sobresaltada al escuchar una voz femenina en el vestíbulo, seguida del tintineo de llaves y el crujir de bolsas de papel.

—¿Lily? ¿Estás despierta? —la voz de Chiara llegó desde la planta baja, cálida y enérgica como siempre.

—Sí, ya voy —respondió Lily, desenredándose del saco de dormir. Sus músculos protestaron por la noche en el suelo, y las ojeras delataban el sueño inquieto.

Encontró a Chiara en la improvisada cocina, despejando espacio entre unos tablones y caballetes para extender unos pasteles y dos cafés humeantes.

—Dios mío, pareces un alma en pena —observó Chiara, estudiando el rostro demacrado de Lily—. ¿No has pegado ojo?

—Digamos que esta casa tiene mucha personalidad nocturna —dijo Lily, aceptando el café con gratitud—. Ventanas que golpean, maderas que crujen… y sueños extraños.

—¿Sueños sobre qué?

Lily vaciló, removiendo el café con más fuerza de la necesaria.

—Nada importante. Por cierto, te quería preguntar por un tal Edmund, creo que se llamaba. ¿Conoces a alguien con ese nombre en tu historia familiar?

El rostro de Chiara se iluminó con reconocimiento.

—¡Edmund! Sí, era el hermano mayor de mi abuelo Arthur. No sé mucho de él, la verdad. Murió siendo muy joven, y mi padre Henry siempre decía que Arthur se ponía reservado cuando se mencionaba su nombre o las historias antiguas de esta casa.

—¿Sabes cómo murió?

—Ni idea. Arthur nunca quiso hablar del tema, y cuando mi padre intentaba preguntar, cambiaba de conversación —Chiara masticó pensativa un pastel—. ¿Por qué te interesa?

—Curiosidad, encontré su nombre en un trozo de papel antiguo —mintió Lily, sin estar preparada para explicar la intensidad de su sueño.

—Bueno, hablando de historia familiar —continuó Chiara, animándose—, he venido temprano porque quiero que veas algo conmigo. Antes de que tú llegaras a Malta, Chris trasladó gran parte del mobiliario original a un almacén en las afueras para protegerlo de la humedad. Mucho está en mal estado, pero tal vez quieras salvar alguna pieza o darle una segunda vida con una buena restauración. Puedes empezar trayéndote al menos alguna de las camas antiguas para no dormir en el suelo.

—¿Aún conserváis entonces todo el mobiliario original? —los ojos de Lily se iluminaron por primera vez esa mañana—. No tenía ni idea. Pensaba que solo quedaban las cuatro cosas que se ven tapadas con sábanas.

—No, mi familia nunca tuvo corazón para deshacerse de nada. —Somos acumuladores sentimentales —rio Chiara—. Podríamos ir en un rato a echar un vistazo.

—Es una idea excelente. Mi espalda te lo agradecerá eternamente.

El rugido de una motocicleta interrumpió su conversación, seguido del estrépito de puertas de furgonetas y voces masculinas. Chris había llegado con su equipo.

—¡Buenos días! —la voz grave de Chris resonó desde la entrada—. ¿La fierecilla no podía dormir y ya está invadiendo mi territorio?

Lily cerró los ojos, respiró profundo y contó hasta cinco antes de responder.

—Buenos días, Chris. Solo evaluando el progreso de ayer.

—El progreso de ayer fue evitar que te cayera un trozo de cornisa en la cabeza —replicó él, apareciendo en el umbral de la cocina con su camiseta ajustada y ese gesto burlón en la comisura del labio que tanto la irritaba—. Pero veo que sobreviviste a tu primera noche en el campin de lujo.

—Sobreviví, gracias.

—¿Ningún problema con los mosquitos o los murciélagos? —preguntó Chris con una sonrisa burlona—. Los chicos dicen que entran continuamente desde el jardín.

Lily mantuvo la compostura.

—El único chupa sangre aquí eres tú, que no paras de retrasar el trabajo con estúpidos comentarios.

Chiara soltó una carcajada, dirigiéndose hacia Chris.

—Vamos, machote, enséñame cómo van las obras. Y tú, Lily, termina de desayunar en paz antes de que os matéis mutuamente.

Chris guiñó un ojo a Lily antes de seguir a Chiara hacia la escalera.

—Como quieras, princesa.

Capítulo 8: 1930 - El peso de los secretos

El atardecer pintaba los jardines de la Villa Barrington con tonos dorados y rosados. Violet caminaba entre los rosales, ajena a la hermosura del crepúsculo mediterráneo. Su vestido de lino claro se movía con la brisa marina, rozando los pétalos que bordeaban el sendero de grava. Llevaba tres días evitando los espacios comunes, tomando sus comidas en la habitación y saliendo únicamente cuando sabía que Edmund permanecía encerrado en su estudio.

Desde la terraza, Arthur la observaba. Llevaba allí diez minutos, fingiendo revisar unos documentos que había olvidado sobre la mesa de hierro forjado. Pero las palabras en el papel se difuminaban mientras sus ojos seguían la figura esbelta que se perdía entre las flores.

No pudo resistirse.

Dejó los papeles y bajó los escalones de piedra, sus pasos crujiendo sobre la grava. Violet no lo escuchó aproximarse hasta que estuvo a pocos metros.

—¿Te gustan los rosales? —preguntó Arthur, intentando sonar casual mientras su corazón latía desbocado.

Violet giró bruscamente, llevándose una mano al pecho.

—Arthur, me has asustado.

—Perdóname, solo buscaba un poco de aire fresco.

—Yo también —respondió ella, mirando hacia los pétalos carmesí—. Son hermosos, pero algunos tienen espinas terribles.

Arthur se acercó, señalando una variedad particularmente delicada de color rosa pálido.

—Esos eran los preferidos de mi madre. Los trajo de Inglaterra hace años. Decía que las cosas más bellas siempre vienen con su propio mecanismo de defensa.

Comenzaron a caminar juntos, separados por una distancia apropiada pero conscientes de cada respiración del otro.

—¿La echas de menos? —preguntó Violet suavemente.

—Cada día —admitió Arthur, tocando distraídamente una hoja—. Murió cuando yo tenía quince años. Tuberculosis. Fue una enfermedad larga. Tenía meses mejores y otros peores, pero al final pudo con ella.

—Lo siento.

—Le hubiera gustado conocerte —dijo Arthur, sorprendiéndose a sí mismo con la sinceridad—. Le gustaban las personas con espíritu. Las que no se conformaban con ser meros adornos.

Violet rio amargamente.

—No estoy segura de ser tan valiente como crees.

—¿Valiente? No, Violet. Eres extraordinaria. Cualquiera puede ver eso.

Ella se detuvo junto a un rosal blanco, sus dedos acariciando los pétalos sin arrancarlos.

—Nunca me imaginé que mi matrimonio sería… así.

Las palabras flotaron entre ellos, cargadas de significado. Arthur sintió algo apretarse en su pecho.

—Edmund está… perdido ahora.

—No hablo solo de Edmund —susurró Violet—. Hablo de mí. De quién creí que sería. De las decisiones que tomé pensando que era lo correcto.

Arthur se acercó un paso, embriagado por su cercanía, por el aroma a jazmín que emanaba de su piel.

—Violet, mereces más que esto. Mereces ser feliz de verdad.

Ella levantó la vista. En su rostro había lágrimas contenidas y algo más. Sorpresa. Tal vez esperanza.

—Arthur…

Él se dio cuenta demasiado tarde de que había cruzado una línea invisible pero innegable. Abrió la boca para disculparse, pero en ese instante Violet tropezó ligeramente con una raíz que sobresalía del sendero.

El instinto actuó más rápido que el pensamiento. Arthur la sostuvo del codo, sus dedos cerrándose firmes alrededor de la tela de lino y la piel cálida debajo. Ella se estabilizó contra él, su otra mano apoyándose brevemente en su pecho masculino.

El contacto duró tres segundos. Tal vez cuatro.

Pero en esos segundos, Violet sintió el calor de su mano, la fuerza contenida en sus dedos, la protección incondicional que irradiaba de cada uno de sus poros. El corazón de Arthur latía fuerte bajo su palma, descontrolado.

Cuando se recuperó, Arthur retiró la mano con una lentitud deliberada, como si cada milímetro le costara un esfuerzo físico tremendo.

—Arthur, no debería…

Pero las palabras murieron en sus labios. No pudo terminar la frase porque ambos sabían qué hubiera continuado. No debería sentir esto. No debería desearte. No debería imaginar cómo sería si las cosas fueran diferentes.

—Lo sé —respondió Arthur con voz ronca.

Se dio la vuelta, permitiéndole partir primero, porque quedarse un segundo más habría sido su perdición.

Violet caminó hacia la villa sin mirar atrás, pero sus manos temblaban.

* * *

Esa mañana, Edmund bajó las escaleras con una determinación inusual. Florence, que pulía con esmero los marcos de plata del vestíbulo, alzó la vista sorprendida al verlo completamente vestido antes del mediodía.

—Buenos días, Florence —dijo Edmund, deteniéndose junto a ella—. Ese arreglo floral está particularmente hermoso hoy.

Florence dejó caer el paño de pulir, mirándolo como si hubiera aparecido un fantasma benévolo.

—Buenos días, señorito Barrington —balbuceó, recuperando la compostura—. ¿Desea que informe para que se le prepare el desayuno?

—No es necesario. Solo busco algo de lectura.

Florence lo observó dirigirse hacia la biblioteca con una mezcla de esperanza cautelosa y desconcierto. Hacía meses que Edmund no mostraba tal cordialidad, y mucho menos interés por actividades que no involucraran una botella.

En la biblioteca, Edmund recorrió los estantes con los dedos, buscando algo que pudiera distraer su mente de los fantasmas habituales. Se detuvo ante un volumen de cuero gastado, medio oculto entre tratados de agricultura. Su diario de campaña de Palestina.

Lo extrajo con cuidado, sintiendo el peso familiar del cuero desgastado entre sus manos. Las páginas amarillentas se abrieron en una entrada de diciembre de 1917, escrita con su letra joven y esperanzada.

—¿Encontraste algo interesante?

Edmund se sobresaltó al escuchar la voz de Arthur en el umbral.

—Solo recuerdos polvorientos —respondió, cerrando el diario con suavidad.

Arthur se acercó, notando el título grabado en el lomo.

—Palestina, 1917. Menudos tiempos aquellos —sonrió Arthur, sentándose en el sofá de terciopelo verde—. ¿Recuerdas cuando llegamos a Jerusalén por primera vez? Jamás había visto tus ojos brillar tanto.

Edmund vaciló un momento antes de acomodarse junto a su hermano, abriendo de nuevo el diario.

—Thomas dijo que la ciudad parecía hecha de luz dorada —dijo, pasando las páginas hasta encontrar una entrada específica—. Mira, aquí está. "Thomas ha conseguido que los heridos sonrían esta noche con su violín. Hay algo mágico en cómo transforma el dolor en música."

—Era extraordinario con ese violín —asintió Arthur—. ¿Te acuerdas de aquella noche en el campamento cerca de Belén? Los turcos habían sido repelidos, la luna estaba llena, y Thomas tocó esa melodía melancólica.

Los ojos de Edmund se suavizaron, una sonrisa genuina asomando por primera vez en meses.

—Greensleeves. Dijo que le recordaba a los campos ingleses en primavera —pasó otra página—. Aquí escribí sobre eso. "Esta noche hemos sido inmortales bajo las estrellas. Thomas, con su música, me ha hecho recordar que existe la belleza incluso en este infierno."

—Y luego llegó ese telegrama con la noticia de que habíamos tomado Gaza definitivamente —continuó Arthur—. Thomas te abrazó tan fuerte que pensé que te rompería las costillas.

Edmund rio, un sonido extraño en la biblioteca que llevaba semanas sin escuchar voces humanas.

—Estaba tan emocionado que casi se cae encima de la tienda de campaña. Decía que por fin podríamos regresar a casa victoriosos —su voz se volvió más suave—. Cuando llegamos a Malta después de

la campaña, los tres juntos… fue como si hubiéramos conquistado el mundo entero.

—Thomas estaba fascinado con los jardines de la villa —recordó Arthur—. Decía que nunca había visto jazmines tan blancos, y que el aroma le recordaba a un poema que había leído sobre el Paraíso.

—Pasábamos horas en el embarcadero —Edmund cerró los ojos, sumido en el recuerdo—. Él tocaba, yo escribía en este diario, y tú intentabas pescar sin éxito alguno. Era… perfecto.

Arthur observó a su hermano con cuidado, notando cómo la tensión habitual había abandonado sus hombros.

—Eran días buenos, Edmund. Días en los que sabíamos quiénes éramos y qué habíamos logrado juntos.

—Sí —suspiró Edmund, acariciando la página del diario—. Los mejores días de mi vida.

De pronto, la sonrisa se desvaneció del rostro de Edmund como una vela apagada por el viento.

—Pero luego todo cambió —dijo, su voz quebrándose—. Todo se torció de la peor manera posible.

Arthur se inclinó hacia delante, alarmado por el cambio súbito en el semblante de su hermano.

—Edmund, no. Concéntrate en lo bueno que vivisteis. En la música, en la amistad, en esos momentos perfectos bajo las estrellas maltesas.

—¿Los momentos perfectos? —Edmund apretó el diario contra su pecho, sus nudillos blancos—. ¿Sabes lo que es despertar cada mañana recordando su risa? ¿Saber que jamás volverá a tocar esa maldita melodía?

—Hermano, por favor…

—Estaba vivo, Arthur. Vivo y sonriendo esa última mañana. Me dijo que había soñado con construir una casa junto al mar cuando

regresáramos a Inglaterra —las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas—. Una casa con jardín donde pudiéramos estar juntos los dos para siempre, sin tener que dar explicaciones a nadie.

Arthur extendió la mano, pero Edmund se apartó bruscamente.

—Y de repente, sin explicación, sin razón alguna… un accidente. Un maldito accidente que no tenía que haber ocurrido nunca —su respiración se volvió errática—. Thomas no era descuidado. Conocía cada rincón de esos acantilados malteses. Jamás se habría caído por…

—Edmund, detente. Estás torturándote otra vez.

—¡No fue un accidente! —gritó Edmund, poniéndose en pie de un salto—. Yo lo sé, Arthur. En mis entrañas lo sé. Alguien… alguien quería que desapareciera.

—Eso son imaginaciones del dolor. Thomas murió trágicamente, pero…

—¿Imaginaciones? —Edmund se río con amargura—. Thomas era todo lo que me mantenía cuerdo en este mundo podrido. Era mi luz, mi esperanza, mi…

Se detuvo abruptamente, dándose cuenta de lo que había estado a punto de confesar. Arthur lo miraba con una mezcla de comprensión y terror crecientes.

—Edmund…

—No. No puedo. No puedo seguir fingiendo que era solo amistad —sollozó Edmund—. Era mucho más que eso, y ahora está muerto, y yo estoy atrapado en esta farsa matrimonial, en esta villa que huele a su recuerdo en cada rincón.

Con un gesto violento, arrojó el diario contra la estantería. Las páginas se esparcieron por el suelo como mariposas heridas.

—¡Edmund, espera!

Pero ya había desaparecido, corriendo escaleras arriba con la desesperación de un alma atormentada, rumbo a su despacho donde las botellas lo esperaban con su falso consuelo.

Violet subía lentamente las escaleras cuando notó que la puerta del estudio de Edmund permanecía entreabierta. La ausencia de cualquier sonido la desconcertó; normalmente se escuchaban murmullos ebrios o el tintineo de cristal contra cristal.

Se acercó con cautela, asomando la cabeza por la abertura. La habitación parecía vacía, envuelta en la penumbra habitual que Edmund cultivaba como un santuario personal. Los mapas militares colgaban torcidos de las paredes, y botellas vacías se amontonaban de nuevo sobre el escritorio como soldados caídos.

"Quizás haya salido", pensó, empujando la puerta.

El aire olía a whisky rancio y algo más… desesperación, si tal cosa pudiera tener aroma. Violet se aventuró un paso más, curiosa por primera vez de estudiar a solas el refugio donde su esposo se ocultaba del mundo.

Sobre el escritorio yacían esparcidas un montón de páginas manuscritas, algunas con tinta corrida por las lágrimas o el alcohol. Su mirada se detuvo en una fotografía borrosa de tres hombres uniformados, sonriendo bajo un sol extranjero.

—¿Qué diablos haces aquí?

La voz de Edmund la golpeó como un latigazo. Se había materializado en el umbral, con el rostro desencajado por la ira y los ojos inyectados en sangre.

—Yo… la puerta estaba abierta y pensé que…

—¡Pensaste que podrías hurgar entre mis cosas como una vulgar ladrona!

Edmund se abalanzó hacia ella, agarrándola por los hombros con una fuerza brutal que la hizo tambalear.

—¡Todo esto es culpa tuya! —le gritó, zarandeándola como a una muñeca de trapo—. Tu presencia, tu existencia misma, todo me recuerda lo que he perdido. ¡Debería estar muerto en lugar de atado a ti!

—Edmund, por favor, solo quería…

—¡No quiero tus explicaciones! —rugió, empujándola contra la estantería—. ¡No quiero tu compasión ni tu matrimonio de mentira!

Una botella de cristal rodó y se estrelló contra el suelo. Edmund se agachó, recogiendo un fragmento afilado que brillaba amenazadoramente bajo la luz del atardecer.

—Quizás debería terminar con esto de una vez por todas…

Violet retrocedió, horrorizada, mientras Edmund alzaba el fragmento de cristal con mano temblorosa. Algo en su expresión se había roto: ya no quedaba en él ningún rastro del hombre que ella creía conocer.

—¡Edmund!

Arthur irrumpió como una tormenta, evaluando la situación en una fracción de segundo. Su puño se estrelló contra la mandíbula de Edmund con un sonido seco y definitivo.

Edmund se desplomó contra la pared, el cristal volando de su mano para hacerse pedazos en el suelo. Violet aprovechó el momento para escapar, corriendo escaleras abajo con el corazón desbocado.

—¡Basta ya! —rugió Arthur, plantándose sobre su hermano caído—. ¡Diez años, Edmund! ¡Diez malditos años arrastrando este dolor como si fueras el único que ha perdido algo en esta vida!

Edmund se tocó la mejilla hinchada, con sangre goteando de su labio partido. Las lágrimas comenzaron a brotar sin control, transformando al hombre violento en algo quebrado y patético.

—Arthur… yo no quería… ella estaba aquí y yo…

—¡Si no eres capaz de recomponer tu vida después de tantos años, por mí también puedes saltar por el acantilado como él! —gritó Arthur, la voz cargada de una furia que jamás había mostrado—. ¡Pero no destruyas a todos los demás en tu camino hacia el abismo!

Edmund se acurrucó contra la pared, sollozando como un niño perdido, con la sangre manchando su camisa blanca. Su llanto era un sonido primitivo, desgarrador, el lamento de un alma rota.

Arthur lo contempló un momento más antes de darse la vuelta, dejándolo solo con sus demonios y el eco de sus propias lágrimas.

* * *

Los talones de Violet golpearon la escalera de mármol como piedras cayendo por un precipicio. Su respiración entrecortada resonaba en el vestíbulo mientras Roberts emergía del salón con una bandeja de plata entre las manos.

—Lady Violet, ¿se encuentra usted…?

Pero ella ya había atravesado las puertas francesas que daban al jardín, con las faldas ondeando tras de sí como las alas de un pájaro herido.

Albert alzó la vista desde los rosales que podaba, sus tijeras suspendidas en el aire al ver la figura femenina corriendo entre los senderos de grava. El irlandés siguió con la mirada el rastro de desesperación que dejaba Lady Violet hasta que desapareció tras el seto de lavanda que bordeaba la glorieta más alejada de la casa.

Frunció el ceño, limpiándose las manos callosas en el delantal de cuero. Los gritos desde la casa habían llegado hasta sus oídos mientras trabajaba, y ahora esto.

Roberts apareció en el umbral, escudriñando el jardín con expresión preocupada.

—¿Has visto a Lady Violet?

—Hacia la glorieta, como alma que lleva el diablo —respondió Albert, señalando con el mentón—. ¿Problemas en la casa?

Antes de que Roberts pudiera responder, Arthur emergió de la villa con el rostro ensombrecido y los nudillos aún manchados de sangre.

—¿Dónde está Violet?

—La glorieta del fondo, señor Arthur —indicó Albert, observando las marcas rojizas en los puños del joven—. No parecía… en condiciones de conversar con alguien.

Arthur hizo un gesto seco con la cabeza y se dirigió hacia los jardines con pasos largos y decididos.

La encontró acurrucada en el banco de piedra de la glorieta, parcialmente oculta por las enredaderas de jazmín que creaban una cortina natural. Sus hombros temblaban con sollozos silenciosos, y mechones de cabello dorado se habían escapado de su peinado, enmarcando su rostro como hebras de luz.

—Violet…

Ella levantó la vista, los ojos verdes anegados en lágrimas.

—Por favor, Arthur. No ahora. No puedo… no quiero que nadie me vea así.

Él se detuvo a unos pasos, con las manos colgando impotentes a los costados.

—¿Te ha lastimado? Si Edmund te ha puesto una mano encima, yo…

—No ha sido nada —dijo ella, secándose las mejillas con el dorso de la mano—. Al menos, no físicamente.

Arthur se acercó midiendo cada paso, como quien se aproxima a un animal herido.

—¿Puedo sentarme?

Violet se apartó ligeramente hacia un lado del banco sin mirarlo.

—No sé cuánto tiempo más podré vivir esta farsa sin volverme loca —susurró, con la voz quebrada—. Dormimos en habitaciones separadas desde la boda, como extraños bajo el mismo techo. Siento que estoy enjaulada. A veces pienso en escapar como un pajarito… si pudiera volar, si pudiera…

—Pero estás completamente atada —completó Arthur en voz baja.

—Sí. —La palabra salió como un suspiro—. A veces sueño que tengo alas y que vuelo sobre el mar, lejos de todo esto.

Arthur se demoró un momento, contemplando las manos entrelazadas de Violet sobre su regazo.

—Si te marcharas —dijo finalmente, con una voz tan queda que apenas se distinguía del susurro del viento—, me quedaría muy dolido.

Violet alzó la vista, sorprendida por la intensidad que percibió en sus palabras.

—Arthur…

—No porque Edmund se quedara solo. Sino porque… porque yo me quedaría sin ti.

El aire entre ambos se espesó, cargado de algo que ninguno se atrevía a nombrar. Violet sintió que el corazón le galopaba en el pecho de una manera completamente nueva.

—No deberías decir esas cosas —dijo, pero no apartó la mirada.

—Quizás no. Pero son verdad. No sé qué me pasa contigo en los últimos días.

Arthur extendió la mano lentamente, rozando apenas los dedos temblorosos de Violet. Ella se estremeció como si la hubiera tocado una chispa eléctrica, pero no retiró la mano.

—Nunca he sentido algo así antes por nadie —continuó Arthur, con la voz ronca de emoción—. Pensaba que el amor no era para mí. Que quizás no estaba hecho para… para esto.

Sus dedos se entrelazaron más firmemente con los de Violet, como si temiera que fuera a desvanecerse.

—Lo he notado cuando hablábamos de libros en la biblioteca. La manera en que tus ojos se iluminan cuando describes una historia que te ha emocionado. O cuando paseamos con Beatrice y compartes esas risas espontáneas que hacen que todo parezca más luminoso.

Violet sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. La intensidad en la voz de Arthur, la manera en que la miraba como si fuera algo precioso y frágil, despertaba sensaciones que había creído muertas desde su matrimonio.

—Arthur, yo… no puedo. Estoy casada.

—Casada con un hombre que no te quiere —replicó él, acercándose más en el banco hasta que sus rodillas se rozaron—. Casada con alguien que no ve lo extraordinaria que eres. Que no te da lo que necesita una mujer como tú.

Las mejillas de Violet se encendieron con un calor que nada tenía que ver con el sol mediterráneo que se filtraba entre las hojas del jazmín. Su respiración se volvió irregular.

—No sabes lo que dices…

—Sé exactamente lo que digo. —Arthur alzó la mano libre para rozar con los nudillos la mejilla sonrojada de Violet—. Mi padre te tiene aprisionada en una vida que no elegiste, con un hombre que te trata como un objeto decorativo. Pero yo… yo veo quién eres realmente.

Violet cerró los ojos ante la caricia, sintiendo que todo su mundo se tambaleaba. El contacto de Arthur era tan diferente al de Edmund. Donde su esposo había mostrado frialdad o violencia, Arthur ofrecía ternura y fuego contenido.

—Es imposible —susurró, pero no se apartó cuando él se acercó más, hasta que pudo sentir su aliento cálido contra la frente.

—Quizás. Pero está sucediendo de todas formas.

Arthur deslizó la mano hasta la nuca de Violet, sus dedos perdiéndose entre los mechones dorados que habían escapado de las horquillas. Ella tembló bajo su toque, alzando finalmente los ojos para encontrarse con la mirada azul que la contemplaba con una intensidad que la desarmaba por completo.

—Arthur…

Sin embargo, ya no importaban las palabras. Arthur se inclinó lentamente, dándole tiempo para apartarse si lo deseaba; no obstante, Violet no se movió. No podía moverse. Necesitaba saber qué se sentiría besar esos labios que sonreían con tanta facilidad, que pronunciaban su nombre como si fuera algo sagrado.

Cuando sus bocas se encontraron, el mundo se detuvo. El beso comenzó suave, casi reverente, pero pronto se transformó en algo más urgente cuando Violet respondió con una pasión que la sorprendió a ella misma. Sus manos se aferraron a la camisa de Arthur mientras él la atraía más cerca, como si quisiera fundirse con ella.

Violet sintió que se ahogaba en sensaciones nuevas: el sabor ligeramente salado de los labios de Arthur, la manera en que sus manos temblaban contra su espalda, el sonido ahogado que escapó de su garganta cuando él mordisqueó suavemente su labio inferior.

El tiempo se suspendió bajo la glorieta perfumada de jazmín, donde dos almas encontraron en un beso prohibido lo que habían estado buscando sin saberlo.

* * *

Unos días más tarde, el salón de té estaba bañado por los rayos dorados de la tarde maltesa, creando un ambiente de aparente tranquilidad que contrastaba con la tensión palpable entre los hermanos ese día. Beatrice sirvió el té con movimientos precisos, pero sus ojos azules brillaban con una determinación que Arthur reconoció inmediatamente. Era la misma expresión que tenía cuando

niña antes de enfrentarse a alguna travesura particularmente arriesgada.

—¿Azúcar? —preguntó con una dulzura peligrosa, extendiendo las pinzas plateadas.

Arthur aceptó la taza sin apartar la mirada de su hermana. Solo se oía el tintineo de la porcelana y los ronquidos distantes de Edmund, que se filtraban desde el estudio.

—Florence vino a verme hace una hora —dijo Beatrice, removiendo su té con más fuerza de la necesaria—. Parecía bastante… preocupada.

—Florence siempre se preocupa por algo. Es su naturaleza.

—Esta vez parece que tenía motivos. —Beatrice dejó la cucharilla con un clic decidido—. Al parecer, Albert y Roberts te vieron en la glorieta a solas el otro día con Violet. En una situación bastante… inusual.

Arthur sintió que la sangre se le subía al rostro, pero mantuvo la compostura. Tomó un sorbo de té, ganando tiempo antes de responder.

—No sabía que los jardines de nuestra propia casa estuvieran bajo vigilancia constante.

—Arthur, por favor. —Beatrice se inclinó hacia delante, bajando la voz—. No finjas que no sabes de qué estoy hablando. Los criados tienen ojos y lenguas. Y por mucho que los respete, no son estatuas mudas.

El joven apretó la mandíbula, un músculo temblándole en la mejilla. La manera en que Beatrice lo miraba, como si fuera un niño pillado robando mermelada, lo irritaba profundamente.

—Que hablen lo que quieran —replicó con más brusquedad de la que pretendía—. Esta es mi casa. O lo será algún día.

—¿Tu casa? —Beatrice arqueó una ceja con elegancia letal—. Que yo sepa, Edmund sigue siendo el hermano mayor. Y mientras respire, esta casa será suya.

—Edmund. —Arthur pronunció el nombre con un desdén que sorprendió incluso a Beatrice—. Edmund, que se pasa los días borracho perdido en ese estudio, huyendo de fantasmas pasados. Edmund, que trata a su esposa como si fuera un mueble molesto. Edmund, que…

—Edmund es nuestro hermano mayor —interrumpió Beatrice firmemente—. Y es el marido de Violet. Marido, Arthur. No sé qué te ha pasado últimamente, pero estás jugando con fuego.

Arthur se levantó de un salto y comenzó a caminar de un lado al otro del salón como un animal enjaulado. Su agitación era palpable, cargando el aire de electricidad.

—Sabes perfectamente que ese matrimonio es una farsa. Una transacción comercial orquestada por padre con los Wyndham.

—Una farsa o no, es real a los ojos de Dios y de la ley. —Beatrice se levantó también, plantándose frente a él con toda su determinación de un metro sesenta—. Y Violet es mi cuñada, no tu… lo que sea que pretendas que sea.

—No pretendo nada. —Arthur se detuvo, girándose para enfrentar a su hermana—. Simplemente… sucede. No puedo controlarlo.

—Arthur. —La voz de Beatrice se suavizó ligeramente—. Comprendo que sientes algo por ella. Violet es encantadora, inteligente, hermosa. Pero esto no puede continuar.

—¿Por qué no? ¿Por qué las apariencias sociales lo prohíben? ¿Por qué padre así lo decidió?

—Porque destruirás a tres personas en el proceso. A ti, a ella y sí, incluso a Edmund.

Arthur soltó una risa amarga que resonó por todo el salón.

—Edmund se está destruyendo solo perfectamente bien.

Los ojos de Beatrice se endurecieron.

—Entonces no le facilites el trabajo.

—Edmund es como una sombra —espetó Arthur, el dolor y la frustración tiñendo cada palabra—. Un alma en pena que deambula por esta casa, aferrándose a recuerdos que lo están matando. ¿Qué vida puede ofrecerle a Violet? ¿Qué futuro?

Beatrice cruzó los brazos, su expresión endureciéndose como mármol.

—Es su marido, Arthur. Su marido. No importa lo que pienses de él o de su estado. Violet es una mujer casada, y tú estás jugando con fuego que nos quemará a todos.

—¿Juego? —Arthur se acercó un paso, su voz cargada de una intensidad que hizo retroceder ligeramente a Beatrice—. ¿Crees que esto es un juego para mí?

—Entonces deja de comportarte como si lo fuera.

El sonido de pasos arrastrándose por el pasillo interrumpió la confrontación. Ambos hermanos se giraron hacia la puerta justo cuando Edmund apareció en el umbral, apoyándose contra el marco con una mano mientras con la otra sostenía una botella medio vacía. Su cabello oscuro estaba revuelto, y sus ojos grises brillaban con el resplandor vítreo del alcohol.

—Vaya, vaya —dijo Edmund, arrastrando las palabras—. Una reunión familiar tan… intensa.

—Edmund, deberías volver a tu estudio —dijo Beatrice con voz controlada, pero Arthur pudo notar el nerviosismo que se filtraba en su tono.

—¿Para qué? —Edmund soltó una risa ronca y desagradable—. Aquí parece estar toda la diversión. ¿De qué discutían tan apasionadamente, mis queridos hermanos?

Arthur y Beatrice intercambiaron una mirada cargada de advertencia, pero Edmund no necesitaba respuesta. Sus ojos entrecerrados se clavaron en Arthur con una perspicacia sorprendente para alguien en su estado.

—Ah, ya veo. —Edmund se enderezó ligeramente, tambaleándose—. Se trata de mi querida esposa, ¿verdad? De la encantadora Violet.

—Edmund…

—¡No, no! —Edmund levantó la botella como si brindara—. Déjame adivinar. Mi hermano pequeño está preocupado por el bienestar de mi esposa. Qué noble de tu parte, Arthur.

El sarcasmo goteaba de cada palabra, venenoso y cruel.

—Si estás compartiendo cama con mi mujer, me da completamente igual —continuó Edmund, su voz subiendo de volumen—. Puedes usarla las veces que quieras. A mí no me interesa en absoluto.

—¡Edmund! —Beatrice se llevó las manos a la boca, horrorizada.

—¿Sabes por qué? —Edmund avanzó hacia el centro del salón, gesticulando exageradamente—. Porque yo solo he querido a Thomas. ¡Siempre! ¡Solo a Thomas!

Arthur sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—He estado enamorado de Thomas desde el primer día que lo conocí en Palestina —gritó Edmund, las palabras saliendo como una cascada imparable—. ¡Ya es hora de decir la verdad a gritos! ¡Thomas era todo para mí! ¡Todo!

—¡Calla! —rugió Arthur, lanzándose hacia su hermano—. ¡Deja de decir esas cosas! ¿Qué pensará padre si te escucha decir esas barbaridades?

Edmund retrocedió tambaleándose, pero su sonrisa se volvió feroz.

—¿Barbaridades? ¿Es una barbaridad amar?

—¡Los hombres no se enamoran de hombres! —Arthur estaba fuera de sí—. ¡Eso es antinatural! ¡Enfermo!

—¿Antinatural? —Edmund soltó una carcajada histérica—. ¿Sabes qué es antinatural? ¡Vivir esta mentira! ¡Este matrimonio!

Arthur se abalanzó sobre Edmund, pero su hermano mayor, debilitado por el alcohol y el dolor, apenas pudo mantenerse en pie. El golpe lo envió al suelo con facilidad; la botella no llegó a romperse contra las baldosas de milagro.

Edmund permaneció caído unos instantes, respirando pesadamente. Cuando se incorporó, había lágrimas en su rostro.

—Thomas está muerto —susurró, su voz quebrada—. Y yo debería olvidarlo, pero es imposible.

Sin decir una palabra más, Edmund se las arregló para ponerse en pie y salió del salón tambaleándose, dejando tras de sí solo el eco de sus confesiones.

Beatrice miró hacia el techo con expresión angustiada, como si pudiera atravesar la madera y el yeso para asegurarse de que nadie más había presenciado el espectáculo.

—Espero que Violet no haya escuchado esos gritos desde su habitación —dijo, llevándose una mano temblorosa a la frente—. O peor aún, que el servicio haya oído todo esto.

Arthur se dirigió al mueble bar con pasos decididos, abriendo las puertas de caoba con más fuerza de la necesaria. El tintineo de las botellas de cristal resonó en el salón mientras buscaba el whisky.

—El servicio ya está acostumbrado a esta casa de locos desde hace años —respondió con amargura, sirviendo una generosa porción del líquido ámbar—. Roberts y Florence han visto cosas peores.

—No todos —replicó Beatrice, arrugando el ceño—. Eliza, la nueva, solo lleva varios días aquí. No conoce nuestras… particularidades familiares.

Arthur se llevó el vaso a los labios, saboreando el ardor del alcohol que le calmaba los nervios alterados. Observó a su hermana, que parecía perdida en sus pensamientos.

—¿Una copa? —le ofreció, alzando la botella.

—Las señoritas no beben —respondió Beatrice automáticamente, pero tras una pausa añadió—: Aunque… quizás podrías añadir solo un poco a mi taza de té.

Arthur sonrió levemente por primera vez en toda la tarde y vertió una pequeña cantidad del licor en la porcelana delicada. Beatrice tomó un sorbo cauteloso e hizo una mueca ante el sabor.

—Hablando de Eliza —continuó, su voz adquiriendo un tono preocupado—, Violet me comentó el otro día algo extraño. La vio rebuscando entre los papeles del despacho de padre cuando creía que nadie la observaba.

Arthur frunció el ceño, dejando su vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—¿En el despacho de padre? Eso está terminantemente prohibido, al menos si no está él presente.

—Exactamente. Me pregunto si nos precipitamos contratándola. Quizás quiere robar u oculta algo raro, algo que no nos ha contado sobre sus verdaderas intenciones.

La expresión de Arthur se endureció, y por un momento, el parecido con su padre se hizo evidente en la línea tensa de su mandíbula.

—La observaré de cerca —prometió, su voz adquiriendo un tono autoritario—. Y, de todas maneras, cuando padre regrese en unos días, lo mismo decide echarla. Aún no sabe nada del tema de su contratación.

Beatrice hizo un gesto breve con la cabeza, pero la preocupación no abandonó su rostro. Entre los gritos de Edmund y ahora este nuevo misterio con Eliza, la Villa Barrington parecía acumular secretos como las nubes acumulan tormenta.

Capítulo 9: 2025 - Guardianes silenciosos

El Ford Ranger de Chris rugió al arrancar, levantando una pequeña nube de polvo calcáreo que se dispersó sobre los jardines salvajes de la villa. Lily ajustó el cinturón de seguridad y observó de reojo cómo las manos de Chris manejaban el volante con una confianza que resultaba irritantemente atractiva.

—El almacén está en Marsa —informó él sin mirarla, concentrado en la carretera estrecha que descendía del acantilado—. Unos veinte minutos.

Lily miró por la ventanilla sin responder, contemplando cómo el paisaje cambiaba de la vegetación salvaje a las primeras construcciones urbanas. El olor a mar se mezclaba con el polvo de las obras que salpicaban Malta entera.

—¿Por qué te dedicaste a esto? —preguntó de pronto—. A restaurar edificios viejos en lugar de construir cosas nuevas.

Chris cambió de marcha con más fuerza de la necesaria.

—Pagan bien.

—No te creo.

Él la miró de soslayo, y por un momento algo parpadeó en sus ojos.

—Porque lo viejo tiene historia. Lo nuevo es solo… cemento y cristal sin alma.

Lily sintió que la respuesta contenía más verdad de la que él pretendía revelar. Se atrevió a ir más allá.

—¿Tu padre también se dedicaba a la construcción?

La mandíbula de Chris se tensó visiblemente. Sus nudillos se pusieron blancos sobre el volante.

—No hablemos de mi padre.

—Solo preguntaba…

—Pues no lo hagas —cortó él, su voz adquiriendo un filo peligroso.

Lily levantó las manos en gesto defensivo, sorprendida por la intensidad de la reacción. Chris respiró hondo, como intentando recuperar el control.

—Hay cosas que los padres no deberían contarles a sus hijos —dijo por fin, casi para sí mismo.

El comentario quedó suspendido en el aire del coche, cargado de un peso que Lily no comprendía pero que sentía visceralmente. No se atrevió a preguntar más. Chris aceleró ligeramente, como si pudiera dejar atrás la conversación con la velocidad.

El resto del trayecto transcurrió sin palabras, con solo el ruido del motor y el ocasional cambio de marcha. Lily observaba el perfil de Chris, las líneas duras de su rostro, preguntándose qué secreto familiar guardaba con tanta fiereza.

Cuando entraron en el polígono industrial de Marsa, Chris señaló hacia un enorme almacén de chapa metálica.

—Hemos llegado.

* * *

Unas horas más tarde, Chris consultó su reloj por quinta vez en diez minutos, apoyado contra la pared del almacén con los brazos cruzados. El lugar olía a madera vieja y polvo acumulado, y las sábanas que cubrían los muebles parecían fantasmas inmóviles en la penumbra.

—Joder, tía, son las cinco de la tarde —gruñó, observando cómo Lily examinaba por enésima vez el mismo escritorio de caoba—. Llevamos aquí dos horas y solo has elegido una mesita de noche.

Lily ni siquiera levantó la vista, pasando los dedos por las tallas decorativas del mueble.

—Necesito asegurarme de que cada pieza encaje con la visión del proyecto.

Chris resopló, pero Lily apenas registró el sonido. Había abierto el cajón superior de un escritorio de caoba oscura cuando sus dedos rozaron algo inesperado: un sobre amarillento, escondido en una esquina. Lo sacó con cuidado. Más cartas, todas con el mismo membrete militar. Palestina, 1918. El nombre en la esquina superior derecha la detuvo: Mayor Edmund Barrington.

El corazón le dio un vuelco. Edmund. El hombre de su sueño, borracho y destrozado, sosteniendo ese reloj mientras lloraba por Thomas.

—¿Has encontrado algo interesante?

La voz de Chris la sobresaltó. Lily cerró el cajón de golpe con las cartas dentro.

—Nada. Solo polvo y telarañas.

Chris la observó con los ojos entrecerrados, como si no la creyera del todo, pero no insistió.

—Me llevo este escritorio también —anunció, demasiado rápido—. Y aquella cómoda del rincón.

Chris soltó un gruñido de frustración cuando Lily se dirigió hacia el fondo del almacén, donde las camas y literas se apilaban contra la pared.

—No me jodas. ¿Ahora vas a elegir una cama también?

Lily ignoró la pregunta, evaluando una litera de hierro forjado con cabeceros decorativos. Pasó la mano por el metal oxidado, comprobando su solidez.

—Esta servirá.

—Esa mierda debe tener cien años. El colchón está podrido.

—Entonces conseguiré uno nuevo —replicó Lily sin mirarlo—. Solo necesito el armazón.

Chris se acercó, examinando la estructura con ojo crítico. Le dio una patada a una de las patas. El metal tembló, pero aguantó.

—Está oxidada. Va a colapsar mientras duermes.

—Pues lija el óxido y refuérzala.

—¿Ahora soy tu maldito carpintero personal?

Lily se volvió, plantándose frente a él con las manos en las caderas.

—Si no eres capaz ni de arreglar una cama vieja, quizás debería Chiara buscar a alguien más competente.

Los ojos de Chris brillaron, oscureciéndose con algo que no era solo irritación.

—Estas piezas tienen historia. No puedo elegir cualquier cosa sin estudiar su procedencia y estado.

—Es una cama, no el Santo Grial.

—Para ti todo es igual de simple, ¿verdad? —Lily se incorporó, girándose hacia él con los ojos brillando de irritación—. Martillo, clavo, listo. Sin pensar en la belleza o el significado.

Chris se despegó de la pared con un movimiento fluido.

—Mira, bonita, tengo otros trabajos esperando. Chiara me pidió que te trajera, pero no firmé para ser tu chófer personal toda la tarde.

—Nadie te obligó a venir.

—¿Ah, no? —Chris soltó una risa seca—. Chiara "sugirió" que te acompañara. Y cuando Chiara sugiere algo…

—Pobre de ti, obligado a pasar tiempo conmigo. —Lily se volvió hacia un armario antiguo, apartando la sábana con gesto brusco—. Me pregunto por qué me tienes tanta manía.

Chris frunció el ceño.

—No te tengo manía.

—Por favor. Desde el primer día me tratas como si fuera una molestia.

—Eso no es verdad.

Lily se volvió, estudiando su rostro con atención.

—A lo mejor es que es tu forma de tratar a una chica cuando te interesa —dijo, casi sin pensar.

Chris la miró como si hubiera dicho la mayor barbaridad del mundo.

—¿Perdona?

—Nada, olvídalo —Lily sintió el calor subiéndole por el cuello—. Ha sido una tontería.

—No, no, repítelo. —Chris dio un paso hacia ella, su voz cargada de algo peligroso—. ¿Crees que me gustas?

—¡No! Es decir, obviamente no. Jamás me liaría con un tipo como tú.

—¿Un tipo como yo?

—Sí. Bruto, directo, que resuelve todo a golpes…

Chris soltó una carcajada que resonó entre las paredes del almacén.

—No te creo ni una palabra.

—¿Cómo que no me crees?

Antes de que Lily pudiera reaccionar, Chris se acercó con dos zancadas largas, acorralándola contra la pared de ladrillo. Sus manos se apoyaron a ambos lados de su cabeza, su cuerpo irradiando un calor que la envolvió por completo.

—Porque cada vez que me acerco —murmuró, su aliento rozándole la mejilla—, se te acelera la respiración.

Lily sintió sus piernas convertirse en gelatina. La presencia de Chris era abrumadora, su pecho ancho bloqueando toda su visión, el aroma a colonia masculina y trabajo físico mareándola.

—Apártate —susurró, pero su voz sonó más como una súplica que como una orden.

—¿En serio quieres que me aleje?

Las pupilas de Lily se dilataron. Durante un segundo que pareció eterno, sus miradas se mantuvieron fijas, la tensión sexual crepitando entre ellos como electricidad estática.

Lily lo empujó con las dos manos, apartándolo con más fuerza de la que esperaba.

—¡Para ya! —gritó, respirando agitadamente.

Chris retrocedió, pero su sonrisa era ahora pura provocación.

—Seguro que ya te has masturbado pensando en mí.

—¡Eres un cerdo asqueroso!

—Y tú una manipuladora que finge que no le gusta lo que ve.

—¡Déjate de tonterías y carga esas tres cosas en la furgoneta! —Lily señaló hacia la mesita, una cama y una lámpara vintage—. ¡Ahora!

Chris se dirigió hacia los muebles silbando una melodía despreocupada, mientras Lily intentaba controlar los latidos desbocados de su corazón.

* * *

Esa noche, ya de vuelta en la villa, la cama antigua crujía suavemente bajo el peso de Lily mientras se revolvía entre las sábanas por enésima vez. Las improvisadas cortinas que había colgado esa tarde bloqueaban la luz de la luna, sumiendo la habitación en una oscuridad casi absoluta. Solo el ulular de alguna lechuza en el jardín.

Maldito sea, pensó, apretando los ojos con fuerza. Cada vez que intentaba relajarse, la imagen de Chris acorralándola contra la pared regresaba con una nitidez que la irritaba profundamente. El recuerdo de su pecho ancho bloqueando su visión, el aroma masculino que la había envuelto, la forma en que sus ojos la habían devorado con esa sonrisa arrogante…

Se incorporó de golpe, apartando el cabello húmedo de sudor de su frente.

—Esto es ridículo —dijo en voz alta, golpeando la almohada con frustración—. Es un paleto machista que resuelve todo a puñetazos.

Pero su cuerpo parecía tener una opinión muy diferente. Desde el encuentro en el almacén, una corriente eléctrica le recorría la piel cada vez que recordaba la proximidad de Chris, la forma en que había pronunciado esas palabras obscenas con esa voz ronca que la había hecho temblar.

Lily se tumbó boca abajo, hundiendo la cara en la almohada. Después de media hora más de dar vueltas, el agotamiento pudo más que sus pensamientos descontrolados.

El sueño llegó gradualmente, envolviéndola en una bruma cálida que distorsionaba la realidad. En algún momento de la madrugada, Chris apareció en sus sueños como una presencia sólida y abrumadora. Esta vez no había paredes de ladrillo ni muebles antiguos entre ellos. Solo sus manos callosas recorriendo su piel con una seguridad que la hacía gemir suavemente entre sueños.

En el mundo onírico, Lily no protestaba ni lo empujaba. Sus dedos se enredaban en el cabello castaño de Chris mientras él susurraba palabras ásperas contra su cuello, palabras que en la vida real la habrían ofendido, pero que en sueños la hacían arquearse contra él con desesperación.

Su respiración se aceleró mientras dormía, las sábanas enredándose alrededor de sus piernas inquietas. En algún rincón de su subconsciencia, una parte de ella sabía que estaba soñando, pero se negaba a despertar de esa fantasía prohibida que su mente consciente jamás se permitiría.

La fantasía alcanzaba su punto más intenso cuando una voz áspera cortó el aire como un cuchillo.

—¿Qué demonios está haciendo, señorita?

Lily se giró en el sueño, encontrándose con la figura familiar de Edmund. Esta vez no llevaba uniforme militar, sino una camisa blanca arrugada y pantalones oscuros. Sus ojos grises la miraban con una mezcla de desaprobación y algo que parecía disgusto moral.

—¿Está usted teniendo pensamientos indecentes sobre ese obrero que viene todos los días a martillear por la casa?

La indignación de Lily fue tan intensa que casi la arrancó del sueño.

—¿Qué dices? —siseó, olvidando por completo que estaba hablando con una aparición—. ¿Quién coño te crees que eres para preguntarme eso?

Edmund retrocedió ligeramente, como si la vulgaridad lo hubiera abofeteado físicamente.

—Una señorita decente no se entrega a tales… depravaciones. Y mucho menos fantasea con un hombre de clase trabajadora que claramente está por debajo de su posición social.

—¡Esto es increíble! —Lily gesticuló furiosa, su sueño erótico hecho añicos—. ¿Un fantasma machista? ¿En serio? ¿Llevas muerto

decenas de años y sigues obsesionado con lo que las mujeres hacen con sus propios cuerpos?

—Yo no estoy muerto —replicó Edmund con frialdad—. Simplemente… atrapado.

—Pues desatrápate y déjame en paz. No necesito consejos sexuales de un espíritu victoriano reprimido.

Los ojos de Edmund se encendieron peligrosamente.

—Cuidado con sus palabras, señorita. Esta sigue siendo mi casa.

Lily despertó con un grito ahogado, incorporándose de golpe en la cama. El corazón le martilleaba contra las costillas mientras escudriñaba la habitación en busca de cualquier sombra sospechosa.

—Joder, joder, joder —masculló, pasándose las manos temblorosas por el cabello empapado de sudor.

Era la segunda vez que soñaba con ese tal Edmund, y ambas veces había sido tan vívido que parecía una conversación real. El detalle de sus ojos, la textura áspera de su voz, incluso el olor a whisky que lo rodeaba… todo era demasiado específico para ser producto de su imaginación.

Lily encendió la lámpara con manos temblorosas, iluminando la habitación en obras. Por supuesto, estaba sola. Pero la sensación de presencia persistía, como si alguien la observara desde las sombras que la luz no alcanzaba a disipar.

—No creo en fantasmas —susurró al aire, tratando de convencerse a sí misma—. Es solo estrés y una casa vieja que hace ruidos.

Pero sus manos seguían temblando mientras miraba el reloj: las tres y media de la madrugada. Demasiado nerviosa para volver a dormirse, demasiado asustada para apagar la luz.

Lily rebuscó entre su bolso hasta encontrar el blíster de diazepam que llevaba guardado desde los últimos meses con Elsie. Los peores días, cuando su madre apenas reconocía dónde estaba, Lily se había

refugiado en estas pequeñas pastillas azules para conseguir dormir algunas horas sin despertarse sobresaltada.

Tragó una con agua tibia de la botella que descansaba en el suelo.

Mientras esperaba que el fármaco hiciera efecto, su mirada se posó en el escritorio de caoba que Chris había traído del almacén. El sobre amarillento seguía allí donde lo había dejado, en el fondo del cajón superior.

Las cartas de Palestina.

Se dirigió al mueble descalza, el suelo frío contra sus pies desnudos. Abrió el cajón completamente y sacó el sobre con cuidado. Dentro había un fajo de cartas atadas con cordel deshilachado, los sobres manchados por el tiempo y el polvo.

Las extendió sobre la superficie de una mesa provisional, ordenándolas por fecha. La más antigua era de marzo de 1917, la más reciente de octubre de 1918. Todas dirigidas a "Sir Reginald Barrington", todas con el membrete militar del Royal Engineers Corps.

Lily tomó la primera carta con dedos temblorosos y deslizó el papel amarillento fuera del sobre.

Querido padre…

Parte 2: Revelaciones y tragedias



Capítulo 10: 1918 - Vuelta a casa

El desierto se extendía más allá de las trincheras como un océano infinito de arena y piedra calcinada. Edmund Barrington se protegió los ojos del sol implacable mientras observaba el horizonte ondulante, donde las fuerzas otomanas mantenían sus posiciones al norte de Gaza. Llevaba once meses en este infierno árido, once meses desde que el dolor por la muerte de su madre —apenas poco más de un año atrás, en 1917— lo había empujado a aceptar la recomendación de su padre y solicitar una comisión como oficial subalterno.

No era lo que quería. Nunca lo había sido.

Pero la Villa Barrington se había convertido en un mausoleo insoportable tras la muerte de Lady Constance, y la presencia opresiva de Sir Reginald lo asfixiaba más cada día. El ejército era una forma de escape, aunque significara cambiar una prisión por otra.

—Mayor Barrington, el convoy de suministros acaba de llegar —informó un soldado con acento cockney marcado, saludando brevemente.

Edmund mantuvo la vista en el horizonte. A sus diecinueve años, el peso de la autoridad militar se sentía tan artificial como el uniforme que llevaba puesto. Los hombres bajo su mando lo respetaban porque la jerarquía así lo exigía, pero él sabía que no poseía el instinto natural para el liderazgo que su padre había intentado inculcarle a golpes verbales durante toda su infancia.

—Capitán, permiso para acompañar a su hermano al puesto médico. —Una voz familiar rompió sus pensamientos.

Edmund se giró para encontrar a Thomas Ashcombe acercándose desde las trincheras de comunicación. El joven soldado de veintiún

años caminaba con esa confianza tranquila que Edmund había llegado a admirar profundamente desde su primer encuentro hacía meses. Cabello rubio ceniza cubierto de polvo, ojos azules que mantenían la calma incluso cuando los proyectiles otomanos silbaban sobre sus cabezas; Thomas era todo lo que Edmund no lograba ser: sereno, eficiente, imperturbable.

—¿Arthur ha vuelto a lesionarse? —preguntó Edmund con un suspiro cansado.

—Corte profundo en la mano mientras descargaba camillas. Nada grave, pero necesita sutura.

Edmund frunció el ceño. Su hermano menor había aparecido en el campamento tres meses atrás, voluntario del Royal Army Medical Corps a sus apenas dieciséis años. Las excepciones se hacían constantemente para familias aristocráticas importantes, y Sir Reginald había movido los hilos necesarios para que Arthur demostrara su valía como hombre.

O para alejarlo de Malta antes de que se volviera demasiado blando, como solía decir su padre.

—Ve con él —ordenó Edmund—. Y Thomas… gracias por vigilarlo.

Una media sonrisa cruzó el rostro severo de Thomas.

—Es un buen chico. Demasiado joven para estar aquí, pero tiene agallas.

Mientras Thomas se alejaba entre las trincheras serpenteantes, Edmund recordó cómo había comenzado su amistad. Thomas había sido asignado originalmente para supervisar a Arthur cuando el muchacho llegó con los ojos brillantes de idealismo patriótico. Pero su cercanía en edad con Edmund y su educación técnica habían llamado la atención del oficial, y pronto se encontraron compartiendo conversaciones nocturnas bajo las estrellas del desierto.

Thomas le enseñaba cosas prácticas que ninguna academia militar había cubierto: cómo leer las dunas para anticipar tormentas de arena, cómo reparar equipos de comunicación con alambre y creatividad, cómo mantener la calma cuando el mundo estallaba en fuego y metralla. Pero más importante aún, Thomas ofrecía algo que Edmund nunca había experimentado: una presencia paternal sin crueldad, una guía sin juicios, una compañía que no exigía nada excepto honestidad.

En las noches más oscuras, cuando los recuerdos de su madre Constance lo ahogaban con su peso, Thomas se sentaba a su lado y no decía nada. No intentaba consolarlo con palabras vacías ni le ordenaba ser fuerte como habría hecho Sir Reginald. Simplemente estaba allí, sólido y constante como las rocas antiguas del desierto.

Edmund había descubierto que Thomas tocaba el violín con una delicadeza sorprendente para manos acostumbradas a manejar herramientas y armas. En ocasiones especiales, cuando el frente se calmaba temporalmente, Thomas sacaba el instrumento y tocaba melodías que hacían llorar a hombres curtidos por la batalla.

—Es el hermano que nunca tuve —dijo Edmund al viento cálido—. El padre que merecía tener.

* * *

La noche cayó sobre el campamento como una bendición después del calor sofocante del día. Las estrellas parpadeaban con una claridad imposible en el cielo del desierto, tan numerosas que parecían formar un manto blanco continuo sobre las cabezas de los soldados exhaustos.

Thomas sacó el violín de su estuche maltratado, acariciando las cuerdas con dedos cuidadosos antes de comenzar. La primera nota flotó sobre las trincheras como un pájaro solitario buscando hogar.

Arthur se sentó en el suelo pedregoso junto a otros tres soldados, con la mano vendada descansando sobre su regazo. Sus ojos brillaban con admiración mientras Thomas ejecutaba una melodía

irlandesa que uno de los hombres había tarareado días atrás. El muchacho había rogado a Edmund que lo dejara quedarse escuchando en lugar de retirarse al área médica, prometiendo descansar la mano herida.

—Joder, toca como un ángel —dijo uno de los soldados, limpiando una lágrima disimuladamente.

Edmund permanecía de pie junto a la entrada de su tienda, con los brazos cruzados y la espalda apoyada contra el poste de madera. No se había unido al círculo de hombres sentados alrededor de Thomas. Desde su posición podía observar sin ser observado, o eso creía.

La luz temblorosa de las lámparas de aceite bañaba el rostro de Thomas con un resplandor dorado. Sus ojos permanecían cerrados mientras tocaba, absorto en la música. El arco se deslizaba sobre las cuerdas con movimientos fluidos que parecían demasiado delicados para manos acostumbradas a desarmar equipos de comunicación y tender cables bajo fuego enemigo.

Edmund estudió cada detalle: la forma en que Thomas inclinaba ligeramente la cabeza hacia el instrumento, como si le susurrara secretos; el mechón de cabello rubio que caía sobre su frente sudorosa; la concentración absoluta que suavizaba las líneas de tensión que usualmente marcaban su expresión.

Algo se removió dentro del pecho de Edmund, algo incómodo y urgente que no sabía nombrar. No era simple admiración ni gratitud fraternal. Era diferente a cualquier emoción que hubiera experimentado antes.

Thomas abrió los ojos súbitamente, como si hubiera sentido el peso de aquella mirada. Sus pupilas encontraron las de Edmund a través del espacio iluminado irregularmente. El arco vaciló sobre las cuerdas por una fracción de segundo, produciendo una nota discordante que nadie más pareció notar.

Edmund no apartó la vista. No podía.

Los ojos azules de Thomas lo sostuvieron con una intensidad que le aceleró el pulso. El momento se estiró como melaza, denso y dulce, cargado de algo innombrable que pulsaba entre ellos como electricidad estática antes de una tormenta.

Arthur aplaudió cuando terminó la melodía, rompiendo el hechizo.

—¡Otra! ¡Toca la que nos enseñaste la semana pasada!

Thomas pestañeó y desvió la mirada hacia el muchacho, sonriendo con afecto genuino.

—Tu hermano me despellejará si no te mando a descansar esa mano.

—Edmund no se atreverá —Arthur miró desafiante hacia donde su hermano mayor seguía inmóvil—. ¿Verdad, Ed?

Edmund tragó saliva, intentando recuperar la compostura.

—Ya basta por hoy. A dormir o le escribo a padre sobre tu temeridad el otro día.

La amenaza era vacía y todos lo sabían, pero Arthur se rio de todas formas. Los demás soldados comenzaron a dispersarse hacia sus respectivas tiendas, agradeciendo a Thomas con palmadas en el hombro.

Thomas guardó el violín con cuidado ritual, cerrando el estuche con el mismo respeto que dedicaría a un objeto sagrado. Cuando levantó la vista nuevamente, Edmund seguía allí, observándolo.

—¿No duermes? —preguntó Thomas, acercándose con pasos medidos.

—Demasiado calor.

—Es mentira. Hace frío desde que cayó el sol.

Edmund no respondió. Thomas se detuvo a medio metro de distancia, lo suficientemente cerca para que Edmund percibiera el

olor a polvo y sudor masculino que emanaba de él, mezclado con algo más limpio, casi metálico.

—Gracias por cuidar de Arthur —dijo Edmund.

—No es carga. Es buen chico.

Las palabras flotaron entre ellos, inadecuadas para llenar el espacio cargado de tensión. Los ojos de Thomas recorrieron el rostro de Edmund con una expresión indescifrable antes de asentir brevemente.

—Descansa, Edmund.

Se alejó hacia su propia tienda, dejando a Edmund temblando ligeramente bajo las estrellas indiferentes del desierto.

* * *

La noticia llegó tres días después de que Thomas guardara su violín por última vez en el campamento. El General Allenby había completado la toma de Damasco. Los otomanos firmaban el armisticio en Mudros. La campaña de Palestina había terminado.

Edmund leyó el telegrama oficial dos veces. Casi un año de arena, sangre y sed llegaba a su fin. Los batallones comenzarían el repliegue progresivo hacia la costa. Primero los heridos graves a Malta, luego las unidades de apoyo, finalmente la infantería y caballería.

—Volvemos a casa —dijo Arthur, asomándose por encima de su hombro con los ojos brillantes de emoción juvenil—. ¡Padre se pondrá orgulloso!

Edmund dobló el papel con manos que temblaban imperceptiblemente.

—Sí. A casa.

La palabra sabía amarga en su boca. Casa significaba la Villa Barrington sin su madre. Significaba enfrentar nuevamente a Sir Reginald con su mirada de decepción perpetua, sus expectativas

imposibles, su frialdad calculada. Significaba regresar a ser el heredero inadecuado en lugar del oficial que había encontrado cierto propósito entre el caos de la guerra.

—¿Crees que organizarán algún tipo de recepción? —Arthur se ajustó el pañuelo del cuello, todavía manchado de polvo palestino—. Ya sabes, algo con la prensa. Padre conoce a medio Westminster.

—Oh, seguramente. —Edmund dobló el telegrama y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta con calma estudiada—. Con banda militar, discursos patrióticos y toda la pompa que el dinero puede comprar. Quizás hasta contraten actores para que finjan estar orgullosos de nosotros.

Arthur frunció el ceño.

—No tiene gracia, Edmund.

—¿Quién dice que estoy bromeando?

El aire entre ambos se espesó. A lo lejos, los soldados comenzaban a desmontar las tiendas de campaña con eficiencia mecánica, levantando nubes de arena dorada bajo el sol de mediodía. El sonido metálico de las estacas arrancadas del suelo resonaba como campanadas funerarias.

—Siempre usas el sarcasmo cuando tienes miedo —dijo Arthur en voz baja, con una madurez que no le correspondía a sus años.

Edmund se giró bruscamente hacia su hermano menor. Por un momento, la máscara de desdén cuidadosamente construida amenazó con resquebrajarse. Arthur lo miraba con esos ojos tan parecidos a los de su madre, con esa combinación desconcertante de compasión e insistencia que Lady Constance había dominado antes de que la tuberculosis la consumiera.

—No sé de qué hablas.

—Claro que sí. —Arthur dio un paso hacia él, bajando la voz para que los soldados cercanos no pudieran escuchar—. Lo haces desde que éramos niños. Cuando madre murió, cuando padre te gritaba

por tus calificaciones, cuando te obligaron a presentarte ante el comité militar. Siempre la misma sonrisa torcida, siempre las palabras afiladas.

Edmund apretó la mandíbula, desviando la mirada hacia las colinas áridas que habían sido su hogar durante once meses interminables.

—No tengo miedo de volver a casa, Arthur.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo?

La pregunta flotó entre ellos como el polvo que el viento levantaba en espirales perezosas. Edmund no respondió. No podía. Porque la verdad era que tenía miedo de muchas cosas: de enfrentar a su padre, de regresar a una vida sin propósito, de perder la única cosa que había encontrado de valor en este desierto olvidado por Dios.

Thomas apareció cuando el sol comenzaba a hundirse tras las dunas distantes. Edmund estaba solo junto a los restos de lo que había sido su tienda de campaña, ahora siendo desmontada por soldados rasos que preparaban el equipaje.

—Arthur me dijo que recibiste noticias.

Edmund no se giró.

—Partimos en una semana. Primero a Haifa, luego en barco a Malta.

Thomas tardó varios segundos antes de acercarse más.

—Deberías alegrarte.

—¿Debería?

La pregunta salió más áspera de lo que Edmund pretendía. Thomas rodeó su posición hasta quedar frente a él, estudiando su rostro con esa capacidad desconcertante que tenía para leer lo que Edmund intentaba ocultar.

—Tu padre —no fue pregunta, sino afirmación suave.

Edmund soltó una risa sin humor.

—Mi padre esperará al hijo perfecto que nunca fui. Esperará que ocupe el lugar que me corresponde. Como si eso fuera posible.

Las palabras brotaron contra su voluntad, años de frustración condensados en frases entrecortadas. Thomas no interrumpió. Escuchaba con esa quietud absoluta que invitaba a confesiones imprudentes.

—Y mi madre ya no estará allí para… —Edmund se detuvo, apretando la mandíbula—. No sé cómo enfrentarlo sin ella.

Thomas dio un paso más cerca. Estaban solos. Los demás soldados trabajaban al otro lado del campamento, demasiado ocupados desmontando estructuras para prestar atención a dos figuras junto a las dunas.

—No estarás solo.

La simple declaración cayó entre ellos como promesa sagrada. Edmund levantó la vista bruscamente y encontró los ojos azules de Thomas fijos en los suyos con una intensidad que le robó el aliento.

—Thomas…

—Iré contigo —interrumpió Thomas, con voz más baja—. Me asignaron como el asistente de campo de tu hermano. Esa orden sigue vigente hasta nueva instrucción. Donde vaya él, iré yo.

Algo caliente y peligroso floreció en el pecho de Edmund. No tenía nombre para aquello, pero lo reconocía en la forma en que su corazón golpeaba contra sus costillas, en el temblor involuntario de sus manos, en el deseo absurdo de acortar la distancia entre ellos.

—No puedo pedirte eso.

—No lo pides. Lo ofrezco.

Thomas extendió la mano lentamente, dándole tiempo suficiente para apartarse si quería. Sus dedos rozaron el hombro de Edmund con presión firme y cálida a través de la tela del uniforme.

Edmund se quedó paralizado. El contacto era inocente, fraternal incluso, pero su cuerpo reaccionaba como si Thomas hubiera puesto fuego a cada terminación nerviosa bajo su piel.

—Has sido más valiente de lo que crees —dijo Thomas—. Sobreviviste esto. Sobrevivirás a tu padre también.

La mano se deslizó desde su hombro hasta su brazo en un gesto reconfortante. Edmund cerró los ojos, permitiéndose por un instante peligroso inclinarse hacia aquel calor humano, hacia la promesa de no estar completamente solo.

Cuando abrió los ojos, el rostro de Thomas estaba más cerca. Podía contar las motas doradas en sus iris azules, ver la línea de sudor que corría por su sien, sentir el aliento tibio contra su mejilla.

Ninguno se movió.

El momento se estiró como cristal fino a punto de quebrarse. Edmund quería… algo. Quería alargar la mano y sostener a Thomas con la misma firmeza con que este lo sostenía a él. Quería nombrar aquella emoción que latía salvaje bajo su piel.

No se atrevió.

Thomas retrocedió primero, dejando caer la mano con expresión indescifrable.

—Será mejor que ayude a los demás —su voz sonaba ligeramente ronca.

Edmund apretó los labios, sin confiar en su voz. Thomas se alejó hacia las tiendas distantes, pero miró hacia atrás una vez más antes de desaparecer entre las sombras del crepúsculo.

Edmund permaneció inmóvil bajo el cielo que oscurecía, con el fantasma de aquel toque ardiendo sobre su piel como una marca invisible.

Arthur llegó al amanecer con una taza de café aguado en una mano y un trozo de pan duro en la otra. Encontró a Edmund y Thomas

junto a los caballos árabes que pronto serían devueltos al ejército británico para redistribución.

—Necesito hablar contigo —dijo Edmund sin preámbulos.

Arthur masticó su pan, esperando.

—Thomas… —Edmund vaciló, buscando las palabras correctas—. Thomas necesita tiempo para decidir qué hacer ahora que la campaña ha terminado. Ha propuesto venir con nosotros a Malta durante unos meses.

—Me parece bien —interrumpió Arthur con su pragmatismo característico—. A padre le encantará tener a tres héroes de guerra en casa.

Edmund parpadeó, sorprendido por la respuesta.

—¿Estás seguro?

—Thomas, me salvó de perder un brazo cuando aquella granada explotó cerca de mi puesto —Arthur señaló su mano izquierda con la cicatriz visible—. Y me enseñó a mantener la calma cuando veía llegar heridos con… —Se detuvo, su rostro juvenil oscureciéndose brevemente—. Cuando veía cosas que me daban ganas de huir. Es un buen amigo. Nos vendrá bien tenerle cerca una temporada más.

Thomas, que había esperado apartado junto a los caballos, se acercó e inclinó la cabeza en agradecimiento.

—Además —continuó Arthur, recuperando su entusiasmo natural—, padre estará muy orgulloso de mí. Thomas le puede hablar en primera mano de todas nuestras batallas. Tres veteranos volviendo juntos a casa. Imagina la cena de bienvenida que organizará. Invitará a medio Malta para presumir.

La mención de Sir Reginald hizo que los hombros de Edmund se tensaran visiblemente, pero Arthur no pareció notarlo. Ya estaba pensando en voz alta sobre los preparativos del viaje, sobre qué uniforme llevaría para impresionar a su padre, sobre las historias que podría contar.

—Entonces está decidido —dijo Arthur, dando una palmada satisfecha—. Thomas viene con nosotros. Ahora debo ir a ayudar con los últimos heridos que embarcan hoy. ¿Vienes, Thomas?

—En un momento —respondió Thomas—. Debo revisar primero el equipaje médico que dejaste en mi tienda.

Arthur respondió con un gesto y se alejó silbando una melodía desafinada, ajeno a la corriente subterránea que fluía entre los dos hombres que dejaba atrás.

Cuando Arthur desapareció, Edmund acarició el cuello del caballo árabe, incapaz de mirar directamente a Thomas.

—Gracias.

—No hay nada que agradecer. Voy encantado con vosotros.

Edmund sacudió la cabeza con fuerza.

—Sí lo hay. Lo sabes. Yo… —Las palabras se atascaban en su garganta como cristales rotos—. No quiero que te vayas. Nunca. Necesito que estés…

Se interrumpió, horrorizado por lo que casi confesaba. Thomas se acercó hasta quedar junto a él, sus brazos rozándose mientras ambos fingían observar al caballo.

—Siento algo por ti —dijo Edmund con voz apenas audible—. No sé qué es. No sé cómo nombrarlo. Pero cuando pienso en volver a Malta sin ti, cuando imagino enfrentar a mi padre solo… —apretó los puños—. Estoy muy confundido.

Thomas esperó varios segundos antes de responder, con tono suave pero firme.

—No hay que dar nombre a todo.

Edmund lo miró de lado, encontrando el perfil sereno de Thomas bañado por la luz dorada del amanecer.

—¿Qué quieres decir?

—Que hay cosas que simplemente existen —Thomas se giró hacia él, sosteniéndole la mirada con intensidad tranquila—. Sentimientos que no necesitan etiquetas ni explicaciones. Solo necesitan… vivirse.

La mano de Thomas rozó brevemente la de Edmund entre los cuerpos de ambos, invisible para cualquiera que pudiera observarlos desde la distancia. Fue un toque fugaz, casi accidental, pero intencionado.

—Estaré contigo el tiempo que me necesites —prometió Thomas—. En Malta o donde sea. No te abandonaré.

Edmund cerró los ojos, absorbiendo aquellas palabras como si fueran agua en el desierto. Algo dentro de su pecho se aflojó ligeramente, permitiéndole respirar más profundo.

—Hay que vivir —repitió en voz baja, probando las palabras en su lengua.

Thomas sonrió levemente.

—Exactamente.

Permanecieron allí mientras el campamento despertaba a su alrededor, dos siluetas junto a los caballos que pronto dejarían atrás, unidas por algo sin nombre que ninguno se atrevía a definir, pero ambos sentían latir entre ellos como pulso compartido.

* * *

Unos días más tarde, el Mediterráneo brillaba oscuro bajo la luna llena mientras el vapor británico avanzaba hacia Malta. Edmund permanecía frente al camarote de Thomas, con la mano levantada sobre la puerta de metal, reuniendo coraje. Arthur dormía en otro camarote con oficiales de su rango, ajeno a la batalla interna que libraba su hermano mayor.

Llamó con los nudillos. Thomas abrió en mangas de camisa, con el cuello desabrochado.

—¿Edmund? ¿Ocurre algo?

—Necesito hablar contigo.

Thomas se apartó, dejándolo entrar. El camarote era estrecho, con dos literas pegadas a las paredes y un pequeño ojo de buey que dejaba entrar la luz plateada del mar. El compañero de camarote de Thomas estaba bebiendo con otros en la cubierta del barco. Edmund cerró la puerta tras de sí, apoyándose contra ella como si necesitara el soporte físico.

—Llevo mucho tiempo intentando hablar contigo sobre eso. Aquella noche en la tienda de campaña —comenzó sin preámbulos, con voz tensa—. Cuando llovía y habíamos bebido ese whisky horrible que conseguiste del sargento.

Thomas se quedó inmóvil junto a su litera, observándolo con expresión inescrutable.

—¿Qué pasa con esa noche?

—Yo… te besé. Me acuerdo perfectamente.

El silencio se extendió entre ellos, roto solo por el leve crujido del casco contra las olas. Entonces Thomas soltó una carcajada suave que tomó a Edmund por sorpresa.

—Dios mío, Edmund. Pensaba que nunca ibas a sacar el tema.

Edmund parpadeó, confundido.

—¿Qué?

—Creí que no te acordabas de nada. —Thomas se sentó en su litera, y algo en su expresión se relajó por primera vez en días—. Estabas bastante borracho. Y cuando al día siguiente actuaste como si no hubiera pasado nada, asumí que lo habías olvidado o que preferías fingir que nunca ocurrió.

—¿Que lo había olvidado? —Edmund dio un paso adelante, con incredulidad tiñendo su voz—. Debo ser un idiota, pero he soñado con ese momento cada noche desde entonces. Cada maldita noche, Thomas. Por eso estoy tan contento de que vengas con nosotros.

Se interrumpió, tragando con dificultad. Thomas se puso de pie lentamente, acortando la distancia entre ambos hasta quedar a apenas centímetros.

—¿Por qué no dijiste nada antes?

—Porque tenía miedo —admitió Edmund, con vulnerabilidad desnuda en su rostro—. Miedo de que tú no sintieras lo mismo y todo fueran solo imaginaciones mías. Miedo a ser algo raro…

—¿Qué? ¿Valiente? —Thomas alzó la mano, rozando suavemente la mejilla de Edmund con los nudillos—. Porque hace falta mucho valor para sentir lo que sientes y seguir adelante cada día fingiendo que no existe.

Edmund cerró los ojos ante el contacto, inclinándose involuntariamente hacia la mano de Thomas.

—A mí me gustó —murmuró Thomas—. Me gustó mucho. Y si quieres saber la verdad, también he estado soñando con ello. Esperando que algún día tuvieras el coraje de volver a hacerlo. Ya que yo tampoco me he atrevido.

Los ojos de Edmund se abrieron de golpe, encontrando los de Thomas a escasos centímetros. La respiración de ambos se había acelerado, llenando el espacio reducido del camarote.

—¿De verdad?

—De verdad.

Edmund no supo quién cerró la distancia primero. De repente sus labios se encontraron con los de Thomas, con hambre acumulada de meses de anhelo contenido. El beso fue torpe al principio, desesperado, pero Thomas guio a Edmund con paciencia hasta que encontraron un ritmo que encajaba perfectamente entre ellos.

Las manos de Edmund se aferraron a los hombros de Thomas mientras el mundo se reducía a ese punto de contacto, a la sensación de los labios de Thomas moviéndose contra los suyos, al sabor salado del mar y algo más profundo que no sabía nombrar.

Thomas lo atrajo más cerca, con una mano enredada en el cabello oscuro de Edmund.

Cuando se separaron, ambos respiraban con dificultad. Edmund apoyó su frente contra la de Thomas, temblando ligeramente.

—No sé qué nos deparará el destino —susurró Edmund—. No sé qué pasará cuando lleguemos a Malta, cuando mi padre descubra que…

—Ahora nada de eso importa —interrumpió Thomas suavemente, besando la esquina de su boca—. Estamos aquí. Estamos juntos. El resto… ya lo resolveremos.

Edmund lo apretó contra su pecho mientras el barco los llevaba hacia Malta, hacia un futuro incierto, pero que por primera vez en años no le parecía completamente oscuro.

* * *

La Villa Barrington recibió a los tres jóvenes militares una mañana de septiembre con el sol mediterráneo resplandeciendo sobre la piedra caliza. Florence y Roberts esperaban en la entrada principal junto a Sir Reginald, cuya postura rígida contrastaba con la expresión de orgullo contenido al ver a sus hijos descender del automóvil.

—Edmund. Arthur —saludó Sir Reginald con un gesto seco de cabeza antes de volverse hacia el tercer ocupante—. Y usted debe ser el soldado Ashcombe.

Thomas se cuadró instintivamente, con uniforme impecable bajo el sol maltés.

—Sí, señor. Es un honor conocerlo.

—Mi hijo Arthur me ha escrito sobre su dedicación —Sir Reginald lo evaluó con mirada penetrante—. Entiendo que tiene formación de ingeniero.

—Royal Engineers, señor. Tercera generación de mi familia.

Sir Reginald asintió con aprobación apenas perceptible. Durante el almuerzo en el comedor principal, Thomas respondió a las preguntas

del patriarca con precisión militar: su padre supervisaba la construcción de puentes ferroviarios en Yorkshire, su madre provenía de una familia de comerciantes respetables de Manchester, había estudiado en una academia técnica antes de alistarse.

—Disciplina y oficio honrado —concluyó Sir Reginald, limpiándose la boca con la servilleta—. Cualidades que escasean en estos tiempos. Considérese invitado a permanecer con nosotros el tiempo que sea necesario, soldado Ashcombe. Arthur podría beneficiarse de su influencia, y Edmund también.

Edmund mantuvo la expresión neutra mientras su corazón se aceleraba. Thomas aceptó la invitación con cortesía formal, pero bajo la mesa su rodilla rozó brevemente la de Edmund.

La pequeña Beatrice irrumpió en el salón aquella misma tarde como un torbellino de encaje blanco y rizos dorados. A sus siete años, la muerte de Constance la había convertido en una niña más seria, pero la presencia de los soldados despertó su curiosidad natural.

—¿Es verdad que tocas el violín? —preguntó directamente a Thomas, ignorando las protestas de Florence sobre modales apropiados.

Thomas sonrió con genuina calidez.

—Es verdad. ¿Te gustaría escucharlo?

Los ojos de Beatrice se iluminaron con un entusiasmo que no mostraba desde hacía meses. Aquella noche, Thomas tocó para ella en la terraza mientras el sol se hundía en el mar. La niña se sentó a sus pies, embelesada, y Edmund observó desde la sombra del arco de entrada cómo algo en su hermana pequeña revivía.

—Nunca la había visto así desde que mamá… —Arthur apareció junto a Edmund, con voz suave—. Es bueno tenerlo aquí.

—Sí —Edmund tragó con dificultad—. Lo es.

Por primera vez desde que Constance había cerrado los ojos para siempre, la villa no se sentía como un mausoleo. Los pasillos

resonaban con conversaciones y pasos, la risa de Beatrice llenaba los jardines, y Thomas… Thomas iluminaba cada espacio que ocupaba con esa serenidad que Edmund había aprendido a amar en las trincheras.

Tres noches después, Edmund encontró a Thomas en la biblioteca pasada la medianoche. La casa dormía, incluido Sir Reginald en su ala separada. Thomas levantó la vista del libro que leía, con una sonrisa lenta extendiéndose por su rostro.

—Empezaba a pensar que no vendrías.

—Tuve que esperar a que Roberts terminara su ronda —Edmund cerró la puerta con cuidado, girando la llave—. Mi padre lo tiene vigilando todo.

Thomas dejó el libro a un lado, poniéndose de pie. La luz de la lámpara de aceite tallaba sombras en su rostro mientras acortaba la distancia entre ambos.

—¿Tienes miedo?

—Aterrado —admitió Edmund—. Pero más aterrado estoy de desperdiciar esto. De desperdiciar lo que tenemos.

Thomas lo besó entonces, despacio y profundo, con manos ahuecando el rostro de Edmund como si fuera algo precioso y frágil. Edmund se derritió contra él, aferrándose a los hombros de Thomas mientras el mundo se reducía a ese punto de contacto, a la sensación de estar finalmente, gloriosamente en casa.

—No es desperdiciar nada —murmuró Thomas contra sus labios—. Es vivir.

Capítulo 11: 1920 - El fin de la inocencia

La cala escondida en Malta se extendía como un abrazo dorado bajo el sol mediterráneo de la tarde. Protegida por acantilados de piedra caliza que la ocultaban de miradas curiosas, había sido su refugio secreto desde que regresaran de Palestina hacía casi dos años. Edmund reposaba contra una roca lisa, con Thomas acurrucado entre sus brazos, ambos con las camisas desabrochadas y los pantalones remangados después de un baño improvisado.

—¿Te acuerdas de la primera vez que me seguiste hasta esa playa en Palestina? —murmuró Thomas, trazando círculos perezosos sobre el pecho de Edmund—. Fue hace mucho tiempo ya. Pensé que habías venido a matarme.

Edmund rio en voz baja, su respiración agitando el cabello rubio de Thomas.

—No estaba muy lejos de esa idea. Durante semanas no conseguía quitarme de la cabeza lo que había pasado en Jerusalén.

—Aquella noche en el hospital de campaña —Thomas alzó la cabeza para mirarlo—. Cuando me encontraste llorando por Williams.

—Te abracé sin pensar. Solo quería consolarte, pero cuando me miraste… —Edmund trazó la línea de la mandíbula de Thomas con el pulgar—. Supe que estaba perdido.

Thomas se incorporó ligeramente, apoyándose en un codo.

—¿Perdido? Entonces huiste durante días. Me evitabas como si tuviera la peste.

—Porque me aterrorizaba lo que sentía —Edmund capturó la mano de Thomas entre las suyas—. Había sido educado para ser heredero de los Barrington. Los hombres como yo no… no sienten estas cosas.

—Pero las sentías.

—Las sentía con una intensidad que me destrozaba. Cada vez que te veía hablando con otros soldados, compartiendo bromas o cigarrillos, me invadían unos celos tan feroces que temía hacer alguna locura.

Thomas sonrió con melancolía.

—Por eso me gritaste aquel día en las trincheras. Delante de todo el pelotón.

—Te había visto demasiado cerca de Harrison. La forma en que te reías con él… —Edmund cerró los ojos—. Me volví loco. Te grité que eras un irresponsable, que tu actitud ponía en peligro a todos.

—Y yo te dije que eras un bastardo estirado que se creía mejor que todos nosotros.

—Merecía cada palabra.

Thomas se inclinó para besar suavemente los labios de Edmund.

—Pero luego viniste a buscarme esa misma noche. A mi tienda, empapado por la lluvia, tartamudeando disculpas. Totalmente borracho.

—Y tú me dijiste que, si no era capaz de admitir lo que realmente sentía, debería dejar de atormentarnos a los dos.

—Estaba tan harto de tus miradas ardientes seguidas de frialdad glacial. Decidí que o me besabas de una vez o dejaba de hablarte para siempre.

Edmund rio, apretando a Thomas contra su pecho.

—Así que te besé. Aunque sin todo ese whisky que llevaba dentro no me habría atrevido.

—Y yo te devolví el beso como si me fuera la vida en ello. Porque así era.

Escucharon el susurro de las olas contra las rocas.

—Edmund —la voz de Thomas se volvió seria—. He estado pensando en nuestro futuro.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo quedarme aquí para siempre. Tu familia ha sido increíblemente generosa acogiéndome estos dos años, pero es hora de seguir adelante.

Edmund se quedó inmóvil, las palabras de Thomas resonando en su mente como campanas de alarma. El sol seguía calentando sus hombros desnudos, pero una frialdad extraña se extendía por su pecho.

—¿Volver a Inglaterra?

—Tengo algo de dinero ahorrado de mi sueldo militar. Tú también debes tener —Thomas se incorporó completamente, su mirada azul brillando con una esperanza que partía el corazón de Edmund—. Podríamos alquilar una casa pequeña en algún pueblo tranquilo, lejos de Londres. Yo podría trabajar como mecánico, tú podrías…

—¿Qué podría hacer? —Edmund se pasó las manos por el cabello—. Soy el heredero de los Barrington. No sé hacer nada más que dar órdenes y firmar papeles.

—Aprenderías. Los dos aprenderíamos —Thomas le tomó las manos —. Trabajaríamos con nuestras propias manos, viviríamos de lo nuestro. Sin criados, sin protocolos, sin mentiras.

Edmund sintió cómo su mundo se tambaleaba. Los Barrington eran una de las familias más conocidas de Londres. Sir Reginald tenía contactos en todas partes, influencia que se extendía como una red invisible por toda Inglaterra.

—Mi familia jamás lo aceptaría.

—Tu familia no tiene por qué saberlo —Thomas apretó sus manos—. Les dirías que necesitas tiempo, que la guerra te dejó… diferente. Nadie sospecharía.

—¿Y si nos descubren?

—Entonces nos marchamos a América. O a Australia —la voz de Thomas se volvió más urgente—. Edmund, el mundo es enorme. Hay lugares donde podríamos ser libres.

Edmund cerró los ojos, imaginando una vida donde no tuviera que esconderse, donde pudiera despertar cada mañana junto al hombre que amaba sin miedo al escándalo o la ruina. Pero la realidad se imponía como un muro de piedra.

—No sé… no sé si podría.

—¿No puedes o no quieres?

—¡Te amo como a nada en el mundo! —la confesión salió de Edmund como un grito ahogado—. Daría todo por ti, Thomas. Todo. Pero…

Las palabras murieron en sus labios cuando Thomas lo besó con desesperación, vertiendo toda su esperanza y miedo en ese contacto. Edmund respondió con la misma intensidad, sus manos enredándose en el cabello húmedo de Thomas, saboreando la sal del mar en sus labios.

—Entonces ven conmigo —murmuró Thomas contra su boca—. Olvidemos todo lo demás.

Edmund lo besó otra vez, y otra, como si pudiera detener el tiempo con sus labios, como si pudiera borrar las complicaciones del mundo exterior. Se perdió en la calidez de Thomas, en la promesa imposible de una vida diferente.

Un grito ahogado los separó de golpe.

Arthur se había quedado petrificado en el sendero que bajaba a la cala, con una toalla en las manos y la boca abierta por la impresión. Durante dos segundos que parecieron eternos, los tres se miraron en el estupor de los descubiertos.

—¡Por el amor de Dios! —Arthur dejó caer la toalla—. ¿Qué diablos…?

Edmund se apartó de Thomas como si hubiera recibido una descarga eléctrica, alcanzando su camisa con manos temblorosas.

—Arthur, puedo explicarte…

—¿Explicarme qué? —Arthur bajó el sendero con pasos vacilantes—. ¿Que mi hermano mayor está…? ¿Que los dos estáis…?

Thomas se puso en pie con dignidad, abrochándose la camisa sin prisa.

—Estamos enamorados.

—¡Eso es imposible! —Arthur los miró alternativamente—. Los hombres no se… ¡Edmund, por Dios santo! ¿Cuánto tiempo lleváis con esto?

Nadie respondió. Ninguna respuesta era necesaria.

Arthur permaneció inmóvil en el sendero rocoso, mientras las imágenes que acababa de presenciar se grababan en su mente como hierro candente. De repente, fragmentos dispersos de los últimos años cobraron un significado terrible y cristalino.

Las noches en Palestina cuando Edmund desaparecía de su tienda durante horas. Thomas siempre cerca, demasiado cerca, con esas miradas que Arthur había interpretado como simple camaradería militar. Los susurros que cesaban abruptamente cuando él se acercaba. La forma obsesiva en que Edmund había insistido en que Thomas los acompañara a Malta, como si su vida dependiera de ello. Thomas, que parecía haberse instalado definitivamente en la villa.

—Dios mío —dijo, y las palabras salieron como una oración desesperada—. Todo este tiempo…

Edmund se había puesto en pie, con la camisa mal abrochada y el rostro desencajado por el pánico.

—Arthur, por favor, escúchame…

—¡No digas nada! —Arthur retrocedió como si las palabras fueran puñales—. Ni una palabra más.

Thomas observaba la escena con una calma extraña, como si hubiera estado esperando este momento desde hacía meses. Sus ojos azules se fijaron en Arthur con una mezcla de desafío y resignación.

—Sabías que esto acabaría pasando —le dijo a Edmund en voz baja —. No podíamos escondernos para siempre.

Arthur sintió como si el suelo se desplomara bajo sus pies. No era solo la revelación, sino la naturalidad con que Thomas lo había dicho, como si aquello fuera… normal. Como si los hombres pudieran amarse de esa manera sin que el mundo se viniera abajo.

—Estáis enfermos —las palabras salieron de Arthur como un gemido —. Los dos. Esto es… esto es una abominación.

Edmund se acercó un paso, con las manos extendidas en súplica.

—Arthur, sé que es difícil de entender, pero…

—¡¿Difícil de entender?! —Arthur gritó, y su voz rebotó contra los acantilados—. ¡Eres mi hermano! ¡Te admiro más que a nadie en el mundo y… esto!

Se dio la vuelta, incapaz de seguir mirándolos. Sus piernas temblaron y tuvo que apoyarse contra una roca para no caer. Todo lo que creía saber sobre Edmund, sobre Thomas, sobre la amistad y el honor y la decencia, se desintegraba como arena entre sus dedos.

El viaje de regreso a la villa transcurrió con Arthur varios metros por delante, los hombros rígidos y la mirada fija en el sendero. Edmund y Thomas lo seguían a cierta distancia, sin atreverse a hablar.

Los siguientes días se convirtieron en una tortura para los tres. Arthur evitaba cualquier habitación donde estuvieran Edmund y Thomas juntos. Durante las comidas, apenas levantaba la vista del plato, respondía con monosílabos y desaparecía en cuanto terminaba de comer.

Sir Reginald no tardó en notar el cambio.

—¿Qué le pasa a Arthur? —preguntó una mañana, observando cómo su hijo menor se marchaba del comedor sin haber tocado apenas el desayuno—. Cuando volvisteis de Palestina, los tres erais inseparables. Risas, juegos, esas interminables partidas de cartas y ahora de repente…

Edmund se tensó sobre su taza de café.

—Está pasando una mala fase. Adaptándose a la vida civil. Todos lo estamos.

—Tonterías, ya han pasado varios años —Sir Reginald golpeó la mesa con el puño—. Ese muchacho huye de vosotros como si tuviera la peste. ¿Habéis discutido por algo?

—Nada importante, padre.

—No me mientas, Edmund. Conozco a mis hijos mejor de lo que pensáis —los ojos grises de Sir Reginald se clavaron en Edmund como dagas—. Arthur está enfadado por algo. Y tú… tú tienes cara de culpable.

Thomas carraspeó desde su asiento, pero Sir Reginald apenas le prestó atención. Para él, Thomas seguía siendo poco más que un invitado temporal, un compañero de guerra que Edmund había traído consigo por sentimentalismo.

—Hablaré con Arthur —anunció Sir Reginald—. Esta situación es inaceptable. Una familia debe mantenerse unida.

Edmund sintió cómo el pánico le subía por la garganta como bilis.

—No es necesario, padre. Las cosas se solucionarán solas.

—¿Solas? —Sir Reginald se levantó de la mesa—. Hijo mío, los problemas familiares nunca se solucionan solos. Requieren mano firme y autoridad.

* * *

Las siguientes semanas se arrastraron como heridas abiertas. Edmund intentó acercarse a Arthur en múltiples ocasiones, buscando momentos en que estuvieran solos, pero su hermano menor siempre encontraba excusas para escapar.

Una tarde en que Sir Reginald había salido a La Valeta, Edmund acorraló a Arthur en los establos.

—Tenemos que hablar.

Arthur siguió cepillando al caballo con movimientos mecánicos, sin levantar la vista.

—No hay nada de qué hablar.

—Arthur, por favor —Edmund se acercó despacio, como si se aproximara a un animal herido—. Sé que lo que viste te perturbó, pero necesito que entiendas…

—¡No quiero entender! —Arthur se volvió bruscamente, con el cepillo aún en la mano—. No quiero saber nada más. Lo que vi… lo que hacíais… es antinatural.

Edmund sintió como si le clavaran una espada en el pecho.

—Lo que siento por Thomas no es una enfermedad, Arthur. Es amor. Tan real como cualquier amor entre un hombre y una mujer.

—¡No compares esa… aberración con el amor verdadero! —Arthur arrojó el cepillo al suelo—. ¡Sois dos hombres, por el amor de Dios!

—¿Y eso nos convierte en monstruos?

Arthur no respondió durante largos minutos, luchando consigo mismo. Sus hombros se hundieron en derrota.

—No lo entiendo, Edmund. Nunca lo entenderé. Pero… —Respiró profundamente—. Eres mi hermano. Y por el bien de esta familia, haré como que nunca vi nada. Nadie sabrá jamás lo que pasa entre vosotros.

Edmund sintió una oleada de alivio tan intensa que le mareó.

—Arthur, gracias. No sabes lo que significa…

—No me las des —Arthur lo cortó con dureza—. Lo hago por padre, por Beatrice, por el honor de los Barrington. No por ti.

—Lo acepto. Cualquier cosa con tal de que podamos seguir siendo hermanos.

Arthur tensó la mandíbula.

—Pero mantenéos alejados de mí. No quiero veros juntos nunca más si puedo evitarlo.

Edmund tragó saliva e inclinó la cabeza.

—¿Podrías… podrías ir a hablar con Thomas? Está sufriendo mucho. Piensa que le odias.

—No lo odio —dijo Arthur—. Es que no puedo… no puedo fingir que me parece normal.

—Por favor. Solo dile que no habrá problemas. Se alegrará de saber que podemos llevarnos bien otra vez.

Arthur lo miró durante un momento interminable.

—¿Dónde está?

—Ha ido solo a la cala. Dice que necesita pensar.

Esa tarde, Arthur caminó hacia los acantilados con pasos pesados. El viento mediterráneo le revolvía el cabello mientras bajaba por el sendero serpenteante que llevaba a la cala privada de la familia. A medio camino, vislumbró una figura solitaria en lo alto del acantilado, recortada contra el cielo dorado del atardecer.

Thomas no había bajado a la playa. Permanecía inmóvil en el borde más alto de las rocas, contemplando el mar infinito con esa expresión melancólica que Arthur había aprendido a reconocer en los últimos meses.

Arthur cambió de dirección y trepó por las rocas hacia donde se encontraba Thomas. El viento era más fuerte allí arriba, cargado de

sal y de la promesa de tormenta.

Thomas estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no oyó los pasos que se acercaban. Cuando por fin percibió el sonido de pisadas sobre la roca, se volvió sorprendido.

—No esperaba…

No tuvo tiempo de terminar la frase. Unas manos lo empujaron con fuerza brutal hacia el vacío. Thomas cayó gritando, su voz perdiéndose en el rugido del viento y las olas que se estrellaban contra las rocas, treinta metros más abajo.

* * *

Arthur irrumpió en la villa con el rostro desencajado, jadeando como si hubiera corrido kilómetros. Sus gritos resonaron por los pasillos de mármol, desgarrando la tranquilidad vespertina.

—¡Thomas ha caído! ¡Se ha caído por el acantilado!

Edmund levantó la vista del libro que fingía leer en el salón, con el corazón deteniéndose por completo.

—¿Qué has dicho?

—¡El acantilado! ¡Thomas! —Arthur se tambaleaba, con las manos temblorosas— ¡Tenemos que ir, ahora!

Edmund se levantó tan bruscamente que volcó la mesita del té. Las tazas se estrellaron contra el suelo mientras corría hacia la puerta.

—¡Edmund, espera! —Sir Reginald se cruzó con él en la puerta de entrada a la villa, pero su hijo mayor ya había desaparecido por el camino.

Beatrice bajó corriendo las escaleras al escuchar el estruendo, con Florence pisándole los talones.

—¿Qué sucede? ¿Por qué grita Arthur?

Nadie le respondió. Todos corrían ya hacia afuera.

Los acantilados se llenaron de voces desesperadas que cortaban la creciente oscuridad. Edmund se asomó al borde de las rocas con una temeridad que hizo que Albert tuviera que sujetarlo por la cintura.

—¡Thomas! ¡Thomas, respóndeme!

Solo el eco de su propia voz. Las olas se estrellaban contra las rocas con violencia hipnótica, como si el mar hubiera despertado hambriento.

Sir Reginald organizó el rescate con eficiencia militar. Roberts corrió a buscar cuerdas y algunos farolillos para alumbrar, mientras Albert y otros empleados preparaban una de las barcas pequeñas. El patrón del puerto, alertado por un mensajero, llegó con dos pescadores experimentados.

—La corriente es traicionera a esta hora —advirtió el patrón—. Si cayó aquí, el mar lo habrá arrastrado hacia las cuevas.

Edmund insistió en bajar con la primera barca, ignorando las protestas de su padre. Beatrice se quedó en lo alto del acantilado, abrazada a sí misma, observando las luces que se movían sobre las aguas oscuras como luciérnagas perdidas.

Encontraron el cuerpo tres horas después, flotando entre las rocas dentadas de una cala cercana. Thomas yacía inmóvil, con los brazos extendidos y el rostro sereno, como si simplemente durmiera bajo las estrellas.

Edmund se arrojó al agua sin pensarlo, nadando hacia él con brazadas desesperadas. Cuando llegó hasta Thomas y tocó su piel fría, algo se quebró definitivamente en su interior. Un gemido animal brotó de su garganta mientras lo abrazaba, negándose a aceptar lo evidente.

Tuvieron que arrastrarlo de vuelta a la barca.

De regreso en la villa, Edmund subió a su estudio y comenzó a beber. Whisky, brandy, cualquier alcohol que encontrara. Beatrice intentó entrar varias veces, pero él había cerrado la puerta con llave.

Los días siguientes transcurrieron en una neblina de dolor y formalidades. Sir Reginald se encargó de todos los preparativos del funeral, contactó con la familia de Thomas en Inglaterra y redactó los informes oficiales sobre el accidente.

Edmund no bajó a comer ni una sola vez. Florence le llevaba bandejas que encontraba intactas horas después. Solo las botellas desaparecían.

El día del entierro, Arthur tuvo que subir físicamente a buscarlo. Lo encontró sentado en el suelo de su estudio, aún vestido con la misma ropa de hacía días, con los ojos vidriosos y el rostro demacrado.

—Tienes que venir, Edmund. Es lo mínimo que puedes hacer por él.

Edmund levantó la vista como si no reconociera a su hermano. Se dejó guiar hacia abajo sin resistencia.

En el cementerio de Addolorata, Edmund permaneció inmóvil junto a la tumba. No lloró, no habló, apenas respiraba. Los asistentes lo observaban con una mezcla de lástima e incomodidad, porque ya no parecía pertenecer al mundo de los vivos.

Cuando el último puñado de tierra cubrió el ataúd, Edmund se volvió y caminó de regreso a la villa sin mirar atrás. Desde ese día, se había convertido en una sombra que vagaba por los pasillos, bebiendo hasta perder el conocimiento y susurrando el nombre de Thomas en sueños.

Capítulo 12: 2025 - Despertar de memorias

Las obras en la Villa Barrington avanzaban con un ritmo que incluso había sorprendido a Chris. El martilleo constante y el rugido de las máquinas se habían convertido en la banda sonora de los últimos días, pero era música esperanzadora. Si mantenían ese paso, en dos semanas más todas las reparaciones estructurales acordadas con Chiara estarían completadas.

Chris se secó el sudor de la frente con el antebrazo mientras observaba el trabajo de su equipo desde el andamio del salón principal. La semana había traído sus desafíos. El martes, una tubería vieja había cedido durante la instalación del nuevo sistema de fontanería, convirtiendo el elegante salón en un lago improvisado que casi arruina los suelos de mármol originales.

—Madonna mía —había murmurado Giuseppe, su fontanero siciliano, contemplando el desastre con las manos en la cadera—. Questa villa ha una maledizione con l'acqua.

Habían trabajado toda la noche para drenar el agua y salvar lo que pudieran. Chris había permanecido allí hasta las cuatro de la madrugada, dirigiendo la operación con la determinación férrea que lo caracterizaba. Lily había aparecido en pijama y botas de goma, con café para todo el equipo y una eficiencia sorprendente para coordinar la retirada de los pocos muebles, que no habían sido trasladados al almacén en su momento.

Esa colaboración forzada había cambiado algo entre ellos. Ya no se lanzaban pullas constantemente, aunque las miradas cargadas de tensión persistían.

Ahora, viernes por la tarde, Chris recogía sus herramientas con la satisfacción del trabajo bien hecho. Los muros principales estaban reforzados, la nueva instalación eléctrica funcionaba perfectamente,

y el sistema de fontanería —después del percance— corría sin problemas por toda la villa.

—Nos vemos el lunes, jefe —se despidió Giuseppe, cargando sus herramientas en la furgoneta—. Este fin de semana mi esposa me tiene amenazado si no arreglo la ducha de casa.

Chris sonrió mientras veía partir a su equipo. Lily apareció en la puerta del salón principal, con varios planos de papel enrollados bajo el brazo y una expresión más relajada de lo habitual.

—Por fin os marcháis —comentó ella, aunque sin malicia—. Pensé que nunca tendría silencio para concentrarme.

—Te va a resultar extraño sin el ruido —Chris cerró su caja de herramientas con un clic metálico—. ¿Planes emocionantes para el fin de semana?

—Los más emocionantes que puedas imaginar. Diseñar en serio, por fin.

Lily extendió uno de los planos sobre una mesa improvisada. Chris se acercó, incapaz de resistir la curiosidad profesional. Los bocetos mostraban el salón principal transformado: colores cálidos que respetaban la arquitectura original, mobiliario que combinaba elegancia clásica con comodidad moderna, detalles que capturaban la esencia mediterránea sin caer en clichés.

—No está mal —dijo Chris, genuinamente impresionado—. Aunque supongo que ahora viene lo caro.

—He estado explorando la isla. Hay talleres artesanos increíbles en Mdina, y encontré un anticuario en Birgu que tiene piezas perfectas. También contacté con un ceramista local que puede hacer azulejos personalizados.

La pasión en su voz era evidente. Chris observó cómo sus ojos se iluminaban mientras describía sus planes, cómo gesticulaba con las manos manchadas de carboncillo. Era una versión de Lily distinta a la mujer defensiva que había conocido días atrás.

—Chiara estará contenta —Chris recogió su chaqueta—. Ha llamado tres veces esta semana preguntando por los avances.

—Está emocionada. Dice que es el proyecto más personal que ha emprendido nunca.

—¿Y para ti? ¿También es personal?

La pregunta surgió espontáneamente, cargada de una curiosidad que Chris no había pretendido revelar. Lily lo miró durante un momento, como si evaluara qué responder.

—Más de lo que esperaba.

Chris no respondió. La villa tenía ese efecto. Incluso él, pragmático y centrado en lo tangible, había sentido la extraña atracción del lugar.

Chris debería haberse marchado ya, pero sus pies parecían pegados al suelo de mármol recién limpio.

—¿Qué tal con tu familia? —preguntó Lily de pronto, enrollando los planos—. ¿Les has contado que trabajas en un proyecto tan importante?

La pregunta lo pilló desprevenido. Chris se tensó automáticamente, pero algo en la expresión de Lily —genuina curiosidad sin segundas intenciones— lo desarmó.

—Mi madre murió hace unos años —las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. Ella habría estado orgullosa, supongo.

—Lo siento.

—Fue duro.

Lily bajó la vista, y Chris vio comprensión real en su expresión. Chiara le había mencionado algo sobre la madre de Lily, información que había captado a medias durante una conversación con los obreros en la terraza.

—Lo peor no fue eso —continuó, sorprendiéndose a sí mismo—. Sino lo que mi padre me contó después. Un mes después del funeral,

cuando todavía estaba procesándolo todo.

Se pasó la mano por el cabello, un gesto nervioso que raramente mostraba.

—Me soltó algo que… joder. Algo que cambió todo lo que creía saber sobre mi familia, sobre ellos. Como si los años anteriores hubieran sido una mentira, ¿entiendes?

—Sí —la voz de Lily sonó más suave de lo habitual—. Me lo puedo imaginar.

Chris la miró entonces, realmente la miró. Vio el cansancio en sus ojeras, la tensión en sus hombros que nunca desaparecía del todo, la forma en que sus dedos jugaban constantemente con esa pulsera vintage.

—Chiara mencionó que tu madre… —Dejó la frase sin terminar.

—Cáncer. —Lily se cruzó de brazos, pero fue un gesto protector más que defensivo—. También complicado.

—Parece que tenemos más en común de lo que pensaba.

Las palabras flotaron entre ellos, cargadas de significado. La luz del atardecer maltés entraba por las ventanas, bañando el salón en tonos dorados que suavizaban los ángulos duros de la realidad.

—Por eso estás aquí, ¿verdad? —Chris dio un paso hacia ella—. Huyendo del pasado.

—No estoy huyendo —protestó Lily, aunque sin convicción—. Estoy… trabajando.

—Claro. Y yo soy el puto arquitecto del año.

Lily sintió algo aflojarse en el pecho.

—Que tengas buen fin de semana, Chris.

—Tú también, Lily.

Cuando el rugido de su Ford Ranger se desvaneció por el camino de acceso, Lily permaneció en el vestíbulo, escuchando la quietud que se extendía por la villa como una presencia viva. Por primera vez en días, tenía tiempo y espacio para trabajar de verdad.

Extendió sus bocetos sobre la mesa del salón y sonrió. Las ideas fluían con una claridad que había perdido en Londres, como si la villa misma estuviera susurrándole secretos de diseño al oído.

La villa dormía alrededor de Lily mientras trabajaba en sus bocetos. Las horas pasaron sin que se diera cuenta, perdida en el flujo creativo que había recuperado desde su llegada a Malta.

Por primera vez en meses, Lily se permitió sonreír sin reservas. Llevaba días —quizás una semana entera— sin pensar en su madre. Sin sentir el peso aplastante de la culpa que la había perseguido desde Londres, sin escuchar la voz acusadora de Elsie resonando en su cabeza. La Villa Barrington había conseguido algo que ningún terapeuta o cambio de rutina había logrado: liberarla del pasado que la atormentaba.

La sensación la reconfortaba de una manera profunda y sanadora. Ahí, entre esas paredes de piedra caliza dorada, podía ser simplemente Lily Carter, la interiorista talentosa que transformaba espacios. No la hija, que no estuvo presente cuando su madre más la necesitaba.

Cuando las sombras se alargaron y el cansancio reclamó su atención, Lily recogió sus materiales con una satisfacción genuina. Había sido el día más productivo que recordaba en mucho tiempo. Su cama improvisada en una de las habitaciones la esperaba, y por primera vez desde su llegada, se acostó sin temor a los sueños inquietos.

El sueño la envolvió suavemente al principio, pero pronto las imágenes comenzaron a fragmentarse como cristales rotos en su mente.

Una chica caminaba por el pasillo principal, su vestido de los años treinta ondeando mientras hablaba con una de las criadas sobre arreglos florales. Sus voces llegaban como ecos distorsionados, palabras que se entrelazaban con el sonido del viento marino.

—Señorita Beatrice, su padre ha vuelto a preguntar por Edmund otra vez —murmuraba la mujer del servicio, sus manos nerviosas alisando el delantal—. No ha bajado a desayunar en tres días.

—Déjalo —respondía la chica con una dureza inusual en su voz habitualmente alegre—. Que se torture en su estudio con sus botellas.

Las imágenes se desdibujaron, transformándose en flashes violentos y desconectados. Gritos que se perdían en el viento. Una figura masculina corriendo hacia los acantilados. Brazos que se agitaban desesperadamente antes de desaparecer entre las rocas. El eco de un grito que se cortaba abruptamente, sustituido por el rugido constante del mar.

Lily intentó enfocar las imágenes, comprenderlas, pero se fragmentaban como arena entre sus dedos. Solo quedaba la sensación de tragedia, de algo terrible que había sucedido en esos acantilados.

Entonces lo vio.

Edmund apareció en el cuarto con la misma claridad como si estuviera realmente allí. Ya no era la figura borrosa de sus pesadillas anteriores. Cada detalle de su rostro demacrado era nítido: las ojeras violáceas, la barba descuidada, los ojos grises inyectados en sangre. Llevaba un uniforme militar arrugado y manchado. En su mano derecha sostenía de nuevo ese reloj de bolsillo dorado que no dejaba de mirar.

—¿Quién eres tú? —preguntó Edmund, su voz tan clara que Lily sintió el aliento alcohólico—. ¿Qué haces en mi casa?

Su tono era diferente esta vez. No la ira embriagada de encuentros anteriores, sino una confusión genuina, como si acabara de

despertar de un largo sueño y no comprendiera dónde se encontraba.

—No… no eres real —murmuró Lily, pero las palabras salieron débiles, sin convicción.

—¿Real? —Edmund se acercó, y Lily pudo ver las venas rojas en sus ojos, oler el whisky rancio en su ropa—. ¿Qué es real? ¿Esta casa que no para de cambiar? ¿Esas máquinas diabólicas que hacen ruido sin cesar? ¿Tú, con esas ropas extrañas y esa manera de hablar?

La desesperación en su voz era palpable. Edmund volvió a mirar el reloj, como si buscara respuestas en su esfera dorada.

—Thomas… —susurró—. Thomas debería estar ya aquí. Solo ha salido a dar un paseo por la playa para aclarar sus pensamientos.

Lily sintió una opresión en el pecho. La soledad que emanaba de Edmund era tan intensa que la ahogaba, como si absorbiera todo el oxígeno de la habitación.

—¿Quién es Thomas? —preguntó, sin saber por qué.

Edmund levantó la cabeza bruscamente, con ojos que ardían de esperanza y dolor.

—¿Lo has visto? ¿Ha venido?

El reloj de bolsillo se le resbaló de las manos, cayendo al suelo con un sonido metálico que resonó como un gong. Edmund se lanzó a recogerlo con desesperación, pero sus manos parecían atravesar el objeto.

—No puedo… no puedo tocarlo —murmuró, y su voz se quebró en un sollozo—. No puedo tocar nada.

Lily despertó con un grito ahogado, su corazón martilleando contra las costillas. El sudor empapaba su camiseta, y sus manos temblaban mientras buscaba a tientas el interruptor de la luz.

La habitación estaba vacía, pero la sensación de presencia persistía. Como si Edmund siguiera allí, observándola desde las sombras que

la luz no alcanzaba a disipar.

Lily nunca había creído en fantasmas, en energías sobrenaturales o en casas embrujadas. Pero algo en la Villa Barrington desafiaba sus convicciones racionales, algo que no quería dejarla descansar en paz.

* * *

La mañana mediterránea envolvió a Lily con una brisa suave que contrastaba con la pesadez que cargaba en el pecho. Había vuelto a dormir mal, fragmentada entre sueños inquietantes donde Edmund aparecía con una claridad perturbadora. Necesitaba aire fresco, caminar, alejar de su mente esas imágenes que no conseguía explicar.

Se dirigió hacia La Valeta, recordando haber visto un pequeño café no muy lejos de la villa. El paseo le haría bien, y un desayuno decente quizás la ayudaría a recuperar el equilibrio.

Al pasar por la entrada de la Villa Camilleri, divisó una figura familiar entre los rosales silvestres. Caterina se encontraba arrodillada junto a un macizo de flores, hablando en voz baja mientras recogía pétalos marchitos con la delicadeza de quien acaricia a un niño dormido.

—Buenos días, Caterina —la saludó Lily, acercándose a la verja de hierro forjado.

La joven levantó la cabeza, y todo su rostro se abrió como si acabara de ver algo que llevaba tiempo esperando.

—¡Lily! ¡Lily ha venido! —exclamó, poniéndose en pie con movimientos torpes pero entusiastas—. Las flores… las flores estaban tristes. Pero ahora… ahora están contentas.

Su manera peculiar de hablar, mezclando la inocencia infantil con una sabiduría extraña, seguía desconcertando a Lily. Caterina se acercó a la verja, limpiándose las manos en el delantal manchado de tierra.

—Tienes que… tienes que entrar. Mattew…, Mattew quiere conocerte mejor.

—No quiero molestar —comenzó Lily, pero Caterina ya había abierto la puerta del jardín con la determinación de una niña que no acepta un no por respuesta.

—No molestas nunca. Nunca, nunca —insistió, tomándola del brazo con una familiaridad cariñosa—. Ven, ven a ver nuestra casa.

Lily se dejó guiar a través del jardín salvaje, donde estatuas cubiertas de musgo vigilaban senderos serpenteantes. La Villa Camilleri desprendía un encanto desordenado, como si el tiempo hubiera decidido detenerse en un momento de felicidad imperfecta.

El interior confirmó esa primera impresión. Los muebles se amontonaban sin orden aparente, creando rincones acogedores donde convivían relojes antiguos, jarrones con flores silvestres y juguetes que parecían haber sido abandonados recientemente. En el salón principal, Mattew clasificaba meticulosamente una colección de objetos sobre una mesa cubierta por un mantel descolorido.

—Mattew… Mattew, mira quién…, quién ha venido —anunció Caterina con la excitación de quien presenta un regalo esperado.

El hermano levantó la vista, y Lily reparó en el parecido de sus ojos azules enormes, aunque los de Mattew brillaban con una intensidad diferente, más analítica.

—Lily… Carter —pronunció, saboreando cada sílaba—. Lily… vive ahora en… en la villa.

—Solo temporalmente, mientras trabajo en la restauración —aclaró ella, pero Caterina la interrumpió con urgencia.

—El señor serio… el señor serio está perdido, Lily. Muy, muy perdido —sus mejillas redondas se arrugaron con preocupación—. No sabe… no sabe quién es. Camina y camina… pero no encuentra… no encuentra el camino.

Un escalofrío recorrió la espalda de Lily. Sus sueños con Edmund volvieron a la superficie como olas inevitables.

—Se llama Edmund —dijo, sin saber por qué lo decía.

Los ojos de Caterina se agrandaron hasta volverse perfectos círculos de asombro.

—¡Edmund! ¡Sí, Edmund! —aplaudió con las manos manchadas de tierra—. Ahora… ahora puede recordar. Los nombres… los nombres son importantes.

Mattew se acercó a una vitrina polvorienta con pasos medidos y ceremoniosos. Sacó un cuaderno de cuero gastado, manipulándolo con el cuidado de quien maneja una reliquia sagrada.

—Encontré… encontré esto en… en la villa. Hace años… cuando estaba vacía —explicó, ofreciéndoselo a Lily—. Edmund… escribía. Escribía sobre… sobre Palestina.

Lily tomó el diario con manos temblorosas. Las páginas amarillentas se abrieron, revelando una caligrafía elegante en tinta desvaída. Leyó al azar: "Thomas ríe mientras afina el violín bajo las estrellas de Jerusalén. Su voz hace que esta guerra parezca menos real, menos terrible. Si pudiera detener el tiempo…"

La realidad se tambaleó a su alrededor. Era imposible. Tenía que serlo.

—A veces… a veces habla conmigo —continuó Caterina, sentándose en el brazo de un sillón desgastado—. Pero está enfadado… muy enfadado. No me… no me cae bien cuando está enfadado.

—¿Habla contigo? —la voz de Lily sonó extraña, como si viniera de muy lejos.

—Mattew no… no puede verlo. Solo yo… solo yo puedo.

Mattew frunció el ceño con la seriedad de quien lleva mucho tiempo pensando en eso, como si aquella diferencia entre hermanos fuera tan natural como el color de pelo.

—Caterina ve… ve cosas que otros… que otros no ven.

* * *

Una hora más tarde, Lily ya había abandonado a los hermanos, tras aparecer Clara de nuevo para hacerse cargo de ellos. Ahora estaba en un barco que se balanceaba suavemente mientras cortaba las aguas cristalinas entre La Valeta y Sliema. Lily se aferró a la barandilla, sintiendo la brisa mediterránea acariciar su rostro, pero ni la belleza del paisaje ni la calidez del sol lograban calmar el torbellino de pensamientos que se agitaba en su mente. El diario de Palestina de Edmund descansaba en su bolso como una bomba sin explotar.

Necesitaba distancia. Perspectiva. Cordura.

Al llegar al embarcadero de Sliema, sus pasos la llevaron instintivamente hacia un pequeño café con terraza que daba al mar. Se acomodó en una mesa bajo una sombrilla y pidió un cortado, sus manos temblando ligeramente mientras abría el cuaderno de cuero gastado.

La caligrafía de Edmund se desplegó ante ella como un mapa hacia el pasado:

"*Arthur me mira con esa mezcla de admiración y reproche que conozco tan bien. No comprende que algunos hombres no están hechos para la guerra, aunque la libremos con honor. Thomas dice que la valentía no se mide por la ausencia de miedo, sino por actuar a pesar de él. Cada día entiendo más por qué lo amo.*"

Lily cerró los ojos, sintiendo el café amargo en su lengua. Imposible. Todo esto era imposiblemente específico, imposiblemente detallado para ser una coincidencia. Las fechas, los nombres, la ubicación… cada pieza encajaba con una precisión que helaba la sangre.

Pasó varias páginas hasta encontrar una entrada que la dejó sin aliento:

"*Beatrice ha enviado una carta desde Malta, llena de noticias sobre fiestas y pretendientes. Su alegría contrasta dolorosamente con la melancolía que se ha apoderado de mí. Papá habla de casamientos convenientes y nuestro deber en Palestina está llegando a su fin. Thomas bromea diciéndome que nunca podré ser el hermano casado y responsable que esperan. Si supiera cuánta razón tiene…*"

Sus manos buscaron el teléfono casi por instinto propio. Marcó el número de Chiara con dedos que parecían moverse solos.

—¿Lily? —la voz cálida de Chiara resonó al otro lado de la línea—. ¿Cómo va todo en la villa?

—Chiara, necesito preguntarte algo sobre tu familia. Sobre Edmund Barrington.

Una pausa, apenas perceptible.

—Edmund… sí, mi padre Henry hablaba a veces de él. ¿Por qué?

—¿Tenía hermanos? ¿Arthur y Beatrice?

—Sí, exactamente. Arthur era su hermano menor y mi abuelo, y Beatrice la hermana pequeña. Lily, ¿estás bien? Tu voz suena extraña.

El café se enfrió mientras Lily procesaba la confirmación. No era una coincidencia. No era su imaginación. Era real, jodidamente real.

—¿Y… hubo alguien llamado Thomas?

Esta vez nadie habló durante demasiado tiempo.

—¿Cómo sabes sobre Thomas? —la pregunta de Chiara sonó cautelosa—. Ese nombre… Mi abuelo Arthur lo mencionó hace años, pero cuando preguntaba para obtener más detalles, cambiaba de tema. Dijo que había sido una pérdida terrible para su hermano Edmund.

Lily cerró el diario, su decisión cristalizándose como agua en hielo.

—Chiara, ¿podrías darme el número de Selene?

—¿Selene? Pensé que no creías en esas cosas.

—Es para… para preguntarle sobre la historia local. Ya sabes, para la restauración. Quiero que todo sea auténtico.

La mentira salió tan fácil que la asustó.

—Claro, te lo envío por mensaje. Pero Lily, ¿estás segura de que estás bien? Suenas muy extraña hoy.

—Estoy perfectamente. Solo curiosidad profesional.

Colgó antes de que Chiara pudiera insistir. Segundos después, el número de Selene apareció en su pantalla como una invitación al abismo.

Lily contempló los dígitos, consciente de que marcarlos significaría cruzar una línea que no podría deshacer. Significaría aceptar que algo imposible estaba ocurriendo, que los muertos podían hablar y que ella, la racional e incrédula Lily Carter, estaba a punto de pedir ayuda a una pitonisa para comunicarse con un fantasma.

Decidió no darle más vueltas y marcó el número.

Capítulo 13: 1930 - Corazones divididos (I)

El sol maltés descendía sobre La Valeta, pintando los muros de piedra caliza con tonos que recordaban demasiado a Rajastán. Raj Kumar Arjun Singh Rathore contempló el sobre que descansaba sobre su escritorio de caoba como si fuera una serpiente enroscada.

El lacre rojo sangre exhibía el emblema familiar: un león rampante sobre una luna creciente. El mismo símbolo que llevaba grabado en el anillo de su mano derecha, el mismo que había visto toda su vida en palacios, banderas y documentos de estado. El mismo que ahora se sentía como un grillete.

Rompió el sello con un movimiento preciso, casi quirúrgico. La caligrafía perfecta de su padre se desplegó ante él en papel vitela de la mejor calidad, cada trazo una demostración de poder y control:

"*Mi querido hijo,*

Confío en que tus responsabilidades en Malta te mantengan ocupado y que tu estancia como agregado cultural esté cumpliendo los propósitos diplomáticos que acordamos.

Sin embargo, ha llegado el momento de que regreses a casa y asumas las obligaciones que tu posición y tu linaje exigen. Su Alteza el Maharajá de Jodhpur y yo hemos finalizado las negociaciones para tu Enlace matrimonial con su hija, la princesa Priya. La alianza consolidará nuestras casas y fortalecerá nuestra posición en tiempos de incertidumbre política.

Espero tu regreso en tres semanas. Los preparativos para la ceremonia de compromiso ya han comenzado. No me decepciones cumpliendo con tu deber, como siempre has hecho.

Tu padre,

Maharajá Vikram Singh Rathore de Marawar"

Raj dejó caer la carta sobre el escritorio. Afuera, las campanas de alguna iglesia cercana marcaban las cuatro de la tarde, cada tañido resonando en su pecho como un recordatorio del tiempo que se agotaba.

Tres semanas.

Veintiún días para terminar una vida que apenas comenzaba a sentir como propia.

Se levantó y cruzó la habitación hacia el rincón donde descansaba su sitar, el único objeto puramente personal que había traído consigo desde la India. Lo tomó con manos que temblaban apenas perceptiblemente y se sentó junto a la ventana que daba al Gran Puerto.

Los primeros acordes brotaron suaves, melancólicos. Una raga vespertina que su maestro le había enseñado cuando era niño, cuando el mundo parecía más simple y el futuro aún no se había convertido en una jaula dorada.

Sus dedos se movían sobre las cuerdas con memoria muscular, pero su mente vagaba por territorios peligrosos. Priya era bella, educada, perfecta en todos los sentidos que importaban a su padre y al Consejo de Estado. Probablemente sería una esposa apropiada, una maharaní digna.

Y él la haría infeliz, porque jamás podría amarla.

La música se volvió más intensa, más desesperada. Raj cerró los ojos, viendo tras sus párpados el palacio de Marawar con sus jardines perfectos y sus salones llenos de retratos de antepasados que lo miraban con reproche silencioso. Veía los templos donde se celebraría la boda, las caras expectantes de miles de súbditos que esperaban continuidad, estabilidad, tradición.

Todo menos la verdad de lo que realmente era: un hombre de veintiséis años que había pasado la vida cumpliendo expectativas ajenas, interpretando un papel escrito antes de su nacimiento.

La última nota del sitar vibró en el aire quieto del despacho antes de desvanecerse como humo.

Raj dejó el instrumento con cuidado reverente y se puso de pie, alisándose la chaqueta con un gesto automático de años de entrenamiento en comportamiento apropiado. El anillo familiar pesaba en su dedo como plomo.

Tomó su sombrero del perchero junto a la puerta. En el exterior la Valeta lo esperaba con sus calles estrechas y sus secretos mediterráneos, tan diferentes de los palacios del desierto donde había crecido.

Necesitaba aire. Necesitaba olvidar, aunque fuera por una tarde, que no era libre.

* * *

El Bentley negro se deslizó por las calles empedradas de La Valeta mientras Albert maniobraba hábilmente entre carretas de pescadores y transeúntes matutinos. Beatrice observaba por la ventanilla la actividad del puerto, donde los barcos pesqueros regresaban con sus redes plateadas bajo el sol mediterráneo. Esa mañana de 1930 se aburría en la villa y había decidido acompañar a Florence y Albert para realizar unos encargos.

Beatrice sonrió, tocando inconscientemente el sombrero cloche azul adornado con plumas de avestruz que había pertenecido a su madre. Se lo había puesto para la ocasión sintiendo nostalgia, necesitando algo que la conectara con recuerdos felices. El sombrero hacía juego perfectamente con su vestido de día color lavanda, de corte moderno que llegaba justo debajo de las rodillas, escandalizando a la servidumbre más tradicional.

Albert detuvo el automóvil frente a la farmacia Sammut, donde Florence tenía primero que recoger medicamentos para la despensa doméstica. La mujer se apeó con su bolsa de mimbre y su lista meticulosamente escrita.

—Esperaré allí enfrente —anunció Beatrice un minuto después, señalando hacia los exuberantes jardines de Upper Barrakka que se extendían al otro lado de la calle.

—Señorita Beatrice, su padre no aprobaría que camine sola por La Valeta —protestó Albert, girándose desde el asiento del conductor—. Debería permanecer en el automóvil.

—Tonterías, Albert. Puedes verme perfectamente desde aquí.

Beatrice se apeó antes de que él pudiera objetar nuevamente, ajustándose los guantes de seda mientras cruzaba la calle con paso decidido. Su vestido color lavanda ondeaba suavemente con la brisa marina.

Albert suspiró, reposicionando el Bentley para mantener una vista clara de los jardines. Desde su ventanilla observó cómo Beatrice se dirigía hacia las arcadas de piedra caliza, donde las buganvillas púrpuras trepaban por las columnas barrocas.

La joven se detuvo junto a la balaustrada que dominaba el Grand Harbour, respirando profundamente el aire salado. Contempló los veleros que navegaban entre las aguas azul cobalto, sus manos apoyadas en la piedra tibia por el sol matutino.

Albert mantuvo la vista fija en ella, consciente de que Sir Reginald le haría responsable de cualquier impropiedad. Florence tardaría al menos veinte minutos más. El lugar estaba tranquilo a esa hora, con solo algunos caballeros leyendo periódicos en los bancos de piedra y niñas maltesas jugando entre las palmeras. Albert optó por abandonar el vehículo y entablar conversación con otro conductor conocido que acababa de estacionar en las proximidades y aguardaba igualmente a que sus patrones quisieran volver a casa.

En la balaustrada que dominaba el Gran Puerto, los cañones Saluting Battery montaban guardia silenciosa. Desde allí Beatrice también podía contemplar las Tres Ciudades al otro lado del agua azul cobalto, con sus fortificaciones doradas brillando bajo la luz matinal.

Una brisa marina ascendió desde el puerto, trayendo consigo el graznido de las gaviotas y el tintineo de las jarcias. Beatrice cerró los ojos, permitiendo que el viento le acariciara el rostro. Por primera vez en semanas se sentía libre de la tensión que últimamente envolvía la Villa Barrington como una manta asfixiante.

El viento arreció súbitamente, más fuerte y caprichoso. Beatrice sintió cómo sus cabellos se agitaban bajo el sombrero cuando una ráfaga especialmente violenta se lo arrebató de la cabeza.

—¡No!

El sombrero azul voló como un pájaro herido, las plumas de avestruz ondulando en el aire. Beatrice corrió tras él, pero el viento lo elevó por encima de la balaustrada hacia los cañones históricos que apuntaban al mar.

El sombrero aterrizó sobre el cañón central, las plumas meciéndose precariamente en el metal oxidado. Beatrice se asomó por encima de la baranda de piedra, calculando la distancia. El sombrero estaba a solo dos metros, pero el cañón se alzaba sobre una plataforma elevada.

—Disculpe, señorita. ¿Necesita ayuda?

Beatrice se volvió hacia la voz y se encontró con un hombre alto de piel dorada que se incorporaba elegantemente desde un banco cercano. Vestía un traje de lino color crema impecablemente cortado, con un chaleco de seda que reflejaba su educación europea, pero sus rasgos delataban un origen oriental que la intrigó inmediatamente.

Sus ojos color miel la observaron con una mezcla de cortesía y diversión contenida. El cabello negro, peinado hacia atrás con pomada, brillaba bajo el sol mediterráneo. En su mano derecha, un anillo de oro con el emblema de un león sobre una luna captó la atención de Beatrice.

—Permítame, señorita.

Su voz llevaba el acento refinado de Oxford, pero con una cadencia musical que sugería orígenes más exóticos. Sin esperar respuesta, se dirigió hacia los cañones con movimientos fluidos y atléticos.

Raj Kumar había estado leyendo un volumen de poesía persa cuando el viento caprichoso había interrumpido su concentración matinal. Ahora, mientras trepaba ágilmente sobre la plataforma de piedra, no podía apartar la vista de aquella joven inglesa cuya sonrisa espontánea había iluminado la mañana.

Con un movimiento preciso, rescató el sombrero de las plumas de avestruz antes de que otra ráfaga lo arrastrara hacia el agua. Las telas azules ondearon en sus manos como algo precioso y frágil.

—Su sombrero, señorita —dijo, aproximándose con una reverencia formal que no ocultaba del todo su sonrisa—. Aunque debo confesar que por un momento pensé que era un ave exótica intentando escapar.

Beatrice rio, un sonido cristalino que resonó entre las arcadas de piedra.

—¡No exagere! Aunque supongo que las plumas pueden resultar confusas desde la distancia.

Tomó el sombrero, sus dedos rozando brevemente los de él. Una electricidad inesperada le recorrió la mano.

—Beatrice Barrington —se presentó, olvidando por un momento las reglas estrictas de protocolo social.

—Raj Kumar Arjun Singh Rathore, agregado cultural del Raj británico en Malta. Seguro que mañana ha olvidado ya mi complicado nombre —respondió él con una segunda reverencia—. Es un honor, señorita Barrington.

—Espero que no señor Rathore. ¿Es usted príncipe? —preguntó ella con curiosidad genuina, señalando el anillo distintivo.

—Heredero de un estado que parece cada día más lejano —confesó Raj, sorprendiéndose por su propia honestidad—. Actualmente,

prefiero los títulos diplomáticos a los reales.

Beatrice se colocó el sombrero, asegurándolo con una horquilla mientras lo observaba con fascinación.

—¿Y qué le parece Malta comparada con la India?

—Curiosamente familiar. No son islas, pero ambas se sienten un poco aisladas del mundo en cierto sentido —Raj contempló el horizonte—. Rodeadas de agua, pero también de expectativas que a veces resultan… restrictivas.

Sus ojos se encontraron, y Beatrice percibió una melancolía que reconoció en sí misma. Este hombre comprendía la sensación de estar atrapado entre mundos, entre deberes y deseos.

—¿Lee usted poesía en los jardines habitualmente? —preguntó ella, notando el libro que él había dejado sobre el banco.

—Hafez. Sus versos sobre el amor y la libertad resultan reconfortantes cuando uno se siente… lejos de casa.

—¿Conoce a Shelley? "Music, when soft voices die, vibrates in the memory" —recitó Beatrice con voz suave.

La expresión de Raj se transformó, iluminándose con una comprensión profunda.

—"Rose leaves, when the rose is dead, are heaped for the beloved's be" —completó él—. No esperaba encontrar una amante de la poesía romántica en los jardines malteses.

—Ni yo esperaba encontrar a alguien que la citara en perfecto inglés —replicó ella, sonrojándose ligeramente.

El momento se extendió entre ellos, cargado de una comprensión mutua que trascendía las convenciones sociales. Raj sintió que por primera vez en meses respiraba libremente, mientras Beatrice experimentaba una curiosidad que iba más allá de la cortesía.

—¡Señorita Beatrice!

La voz de Albert cortó el aire como un cuchillo. El chófer se aproximaba con paso decidido, claramente preocupado por la prolongada conversación con un desconocido.

Beatrice suspiró, la realidad regresando como una ola fría.

—Debo marcharme —murmuró, sin poder evitar una última mirada a aquellos ojos color miel—. Gracias por rescatar mi sombrero, señor Rathore.

—El placer ha sido enteramente mío, señorita Barrington.

Mientras ella se alejaba junto a Albert, Raj permaneció inmóvil, grabando en su memoria la imagen de aquella joven que, por un instante, había hecho que Malta se sintiera como libertad en lugar de exilio.

* * *

Al día siguiente, Beatrice irrumpió en la habitación de Violet con una energía contagiosa que contrastaba marcadamente con el ambiente melancólico que había dominado la villa durante semanas.

—¡Violet, prepárate! Nos vamos a La Valeta inmediatamente —anunció, sentándose en el borde de la cama con los ojos brillando de entusiasmo.

Violet apartó la vista del libro que tenía entre manos, parpadeando confundida.

—¿La Valeta? Pero si ya fuiste ayer con Florence…

—Sí, pero se me olvidaron cosas —Beatrice se inclinó hacia delante, bajando la voz conspirativamente—. Necesito comprar cintas para mi vestido azul marino y algunas postales para enviar a Londres.

La excusa sonaba plausible, aunque Violet percibió algo extraño en el brillo de los ojos de su cuñada. Beatrice jamás olvidaba los detalles de la moda, y sus cartas a Londres siempre estaban meticulosamente planificadas.

—¿No puede esperar hasta la próxima semana? Arthur mencionó que…

—¡No! —interrumpió Beatrice con una urgencia que sorprendió a ambas—. Es decir, necesito las cintas para el vestido de esta noche. Ya sabes cómo se pone Edmund cuando no estamos presentables en la cena.

La mención de Edmund bastó para convencer a Violet. Cualquier excusa para alejarse de la villa y de las miradas hostigantes de su esposo era bienvenida.

Media hora después, Albert esperaba junto al Bentley con expresión resignada mientras las dos jóvenes subían al automóvil. Sus vestidos de muselina blanca y azul pálido ondeaban suavemente con la brisa mediterránea.

—No entiendo por qué no se acordó ayer de las cintas, señorita Beatrice —rezongó Albert, arrancando el motor—. Florence no tenía nada de eso ayer en la lista y estuvieron horas en diferentes tiendas.

Beatrice se sonrojó ligeramente, fingiendo absorción en el paisaje que desfilaba por la ventanilla.

—A veces la mente se distrae con tantas cosas, Albert. Seguramente usted lo comprende.

—Comprendo que voy a pasar dos días seguidos esperando en La Valeta en lugar de atender los jardines que necesitan poda urgente —replicó él, aunque sin malicia real.

Violet observó el intercambio con curiosidad creciente. Conocía a Beatrice lo suficiente para detectar cuando ocultaba algo, y su comportamiento nervioso confirmaba sus sospechas.

—¿Estás segura de que solo necesitas cintas? —preguntó en voz baja mientras Albert navegaba las calles empedradas hacia el centro de la ciudad.

—Por supuesto. ¿Qué más podría necesitar?

Pero la respuesta llegó demasiado rápido, demasiado defensiva. Violet decidió esperar y observar.

Una vez en La Valeta, Albert, por insistencia de Beatrice, estacionó el Bentley cerca de los jardines de Upper Barrakka, exactamente donde habían estado el día anterior. Las jóvenes descendieron del automóvil con movimientos gráciles, sus sombrillas creando círculos de sombra sobre el pavimento caliente.

—Albert, ¿sería demasiado pedir que primero nos permitas caminar solas por los jardines un rato? —preguntó Beatrice con su sonrisa más persuasiva—. Hace tanto calor, y usted necesita también una pausa con tanta conducción…

El chófer frunció el ceño, claramente reacio.

—No sé si es apropiado, señorita. Su padre fue muy claro sobre mantenerlas acompañadas en lugares públicos.

—Solo serán veinte minutos —insistió Violet, sorprendiéndose por su propio apoyo a la misteriosa misión de Beatrice—. Podemos verlo desde los jardines, y usted puede vernos a nosotras.

Albert miró alternativamente a las dos jóvenes, notando la determinación inusual en sus rostros. La combinación del calor sofocante y su genuino cariño por ambas venció su resistencia.

—Muy bien. Pero no se alejen de mi vista, y regresen en quince minutos exactos.

Beatrice tomó del brazo a Violet y la dirigió hacia los jardines con paso decidido. Sus corazones latían con la emoción de la aventura, aunque solo una de ellas sabía verdaderamente qué esperaba encontrar entre las arcadas de piedra y los cañones históricos.

Mientras caminaban por los senderos de piedra caliza de Upper Barrakka, Violet notó cómo la respiración de Beatrice se aceleraba. Sus ojos escaneaban cada banco, cada arco, cada rincón sombreado con una intensidad que nada tenía que ver con admirar el paisaje mediterráneo.

—¿Buscas algo específico? —preguntó Violet, ajustando su sombrilla para protegerse del sol matutino.

—Solo… disfruto observar a la gente —dijo Beatrice, aunque su voz sonaba tensa—. Malta tiene visitantes tan interesantes…

Entonces lo vio. Sentado en el mismo banco donde había rescatado su sombrero el día anterior, Raj leía un libro encuadernado en cuero. La luz dorada se filtraba entre las hojas de los árboles, creando un patrón de sombras danzantes sobre su perfil concentrado. Llevaba un traje de lino color crema que contrastaba elegantemente con su piel dorada, y el anillo con el emblema del león brillaba discretamente en su mano.

Beatrice se detuvo abruptamente, fingiendo sorpresa con una actuación que habría sido convincente para cualquiera excepto para Violet, que poco a poco ya iba conociendo mejor a su cuñada.

—¡Qué casualidad extraordinaria! —exclamó, llevándose una mano al pecho—. Es el caballero que rescató mi sombrero ayer.

Raj alzó la vista del libro, y por un instante, su máscara diplomática se resquebrajó lo suficiente para revelar la satisfacción genuina que sintió al verla. Se puso en pie con movimientos fluidos, guardando el libro en su chaqueta.

—Señorita Barrington, qué sorpresa inesperada —dijo, con una inclinación formal de cabeza—. Confiaba en que pudiera volver a verla pronto, aunque no hubiera imaginado que fuera justamente al día siguiente de haber rescatado su sombrero.

—Una completa casualidad —respondió Beatrice, extendiendo su mano enguantada—. Permítame presentarle a mi cuñada, Lady Violet Barrington.

Violet observó el intercambio con curiosidad creciente. El protocolo era impecable, pero había algo en la manera en que se miraban que sugería una familiaridad que iba más allá de un encuentro casual del día anterior.

—¿Señor…? —inquirió Violet educadamente.

—Raj Kumar Arjun Singh Rathore, a su servicio —respondió él, besando brevemente el dorso de la mano de Violet—. Agregado cultural del Raj británico en Malta.

—¡Es diplomático! —Corroboró Beatrice—. ¡Qué fascinante debe ser su trabajo aquí!

—Malta ofrece una perspectiva única sobre las confluencias culturales del Mediterráneo —respondió Raj, manteniendo su tono profesional, aunque sus ojos se suavizaron al hablar con ella—. La isla ha sido un crisol de civilizaciones durante milenios.

Decidieron pasear un rato por los senderos; Raj mantuvo una conversación culta sobre la historia maltesa, pero Violet notó cómo su atención se dirigía constantemente hacia Beatrice. Habló de los templos megalíticos, de los Caballeros de San Juan, de la arquitectura barroca, pero sus pausas coincidían perfectamente con las preguntas entusiastas de su cuñada.

—¿Conoce los jardines de Argotti? —preguntó Beatrice cuando se alejaron gradualmente hacia una zona más apartada, donde las arcadas de piedra los ocultaban de la vista de Albert—. Son espectaculares en esta época del año.

—He tenido el placer de visitarlos en varias ocasiones oficiales —respondió Raj—. La variedad botánica refleja perfectamente la posición geográfica privilegiada de Malta.

Violet se adelantó hacia un pequeño puesto de flores silvestres que una anciana maltesa había instalado cerca de los cañones históricos, fingiendo interés en los ramilletes de jazmín y buganvillas. Sus pasos se alejaron lo suficiente para otorgar cierta intimidad a la conversación que claramente había estado esperando desarrollarse.

Beatrice aprovechó el momento, bajando la voz hasta convertirla en un susurro conspirador.

—Nuestra villa se encuentra en los acantilados, a unas tres millas de aquí hacia el oeste —dijo, tocando discretamente su collar de perlas —. Villa Barrington. Los jardines ofrecen vistas espectaculares al atardecer, y Sir Reginald, mi padre, siempre recibe con mucho gusto a visitantes distinguidos.

Raj sintió el pulso acelerársele, pero mantuvo su compostura diplomática.

—Su hospitalidad es muy generosa, señorita Barrington. Los Barrington tienen una reputación excelente en los círculos oficiales de La Valeta. Aunque aún no he tenido el placer de conocer a su padre.

—Entonces quizás algún día podamos mostrarle esos jardines que tanto admiramos —murmuró ella, con una mirada que prometía mucho más que una simple visita social.

Raj sostuvo la mirada de Beatrice un instante más largo de lo socialmente apropiado, permitiendo que sus ojos transmitieran lo que sus palabras no podían expresar abiertamente. El mensaje había sido recibido con absoluta claridad.

—Será un honor para mí solicitar una audiencia con Sir Reginald —murmuró, con una inclinación apenas perceptible de la cabeza—. Los jardines que describe suenan verdaderamente extraordinarios.

El aire entre ellos se espesó con significados no pronunciados. Beatrice sintió el calor subir por su cuello, y por un momento, el protocolo social pareció disolverse bajo el sol.

Pero la voz de Violet, cada vez más cercana, los arrancó de aquel instante.

—Beatrice, querida, estas flores son preciosas. Deberíamos llevar algunas a la villa —anunció, regresando con un pequeño ramillete de jazmín entre las manos—. El aroma llenará el salón durante días.

Albert apareció tras ella, caminando con pasos largos y decididos que delataban su impaciencia creciente. Su expresión reflejaba la

preocupación de quien había estado buscando a sus protegidas sin éxito durante los últimos minutos.

—Señoritas, he estado recorriendo todo el perímetro de los jardines —declaró, con el sudor perlando su frente—. Las busqué por todos los senderos pensando que se habían perdido o que algo había ocurrido.

Su mirada se posó en Raj con curiosidad mal disimulada, evaluando al desconocido que acompañaba a las jóvenes en un rincón apartado de los jardines. Ya era la segunda vez que lo veía hablando con la señorita Beatrice.

—Albert, permíteme presentarte al señor Raj Rathore —intervino Beatrice, recuperando rápidamente su compostura social—. Es agregado cultural del gobierno británico. Es el caballero que salvó mi sombrero ayer y nos volvimos a encontrar por casualidad y nos ha estado contando eventos fascinantes sobre la historia de Malta.

Albert hizo una inclinación breve, aunque su postura seguía tensa.

—Mucho gusto, señor. Pero me temo que debemos partir. Se espera a las señoritas para el almuerzo, y aún tenemos que comprar los lazos y las postales, y el trayecto de regreso requerirá al menos cuarenta minutos con el tráfico del mediodía.

Raj comprendió inmediatamente que el momento había llegado a su fin. Se irguió con elegancia diplomática, dirigiéndose primero a Violet con una reverencia formal.

—Lady Barrington, ha sido un placer conocerla. Espero que disfrute de las flores que ha adquirido.

Luego se volvió hacia Beatrice, y sus ojos se encontraron una vez más con esa intensidad contenida que los había conectado desde el primer instante.

—Señorita Barrington, nuestro encuentro ha sido verdaderamente enriquecedor. Enviaré una nota a Sir Reginald en los próximos días para solicitar el honor de una visita oficial a la Villa Barrington. Los

jardines que describe despiertan mi curiosidad académica más profunda.

Beatrice sonrió, captando perfectamente cada matiz de sus palabras.

—Estoy segura de que padre recibirá su solicitud con el mayor agrado. Siempre aprecia conocer a representantes tan distinguidos del gobierno.

El grupo se dirigió hacia el Bentley, Albert manteniendo un paso ligeramente más rápido que delataba su urgencia por partir. Mientras las jóvenes subían al automóvil, Raj permaneció inmóvil entre las arcadas de piedra, observando cada detalle de la despedida.

El motor rugió, y Albert maniobró el vehículo hacia la salida de los jardines. Beatrice se asomó discretamente por la ventanilla trasera, encontrando a Raj en el mismo sitio de donde lo habían dejado: de pie bajo los arcos históricos, con la luz filtrada creando halos dorados alrededor de su figura.

Mientras el Bentley se perdía por calles repletas de diferentes establecimientos en La Valeta, Violet se volvió hacia su cuñada con expresión severa.

—Beatrice Barrington, me has tendido la trampa más elaborada que he presenciado en meses —susurró, manteniendo la voz lo suficientemente baja para que Albert no pudiera escucharlas—. Y cuando lleguemos a casa, quiero conocer cada detalle de lo que realmente ocurrió ayer con ese caballero.

* * *

Esa tarde de 1930, Arthur ajustaba los gemelos de su camisa blanca frente al espejo del tocador cuando la puerta de su habitación se abrió sin previo aviso. Se volvió sobresaltado, los tirantes colgando de sus hombros —hacía una década, Thomas o Edmund se habrían encargado de ayudarle a vestirse—, y frunció el ceño al ver a Beatrice irrumpir en su espacio privado.

—¡Por todos los santos, Beatrice! —exclamó, cruzándose de brazos sobre el pecho parcialmente desnudo—. ¿No te enseñaron a llamar a la puerta?

—Arthur, necesito hablar contigo ahora mismo —replicó Beatrice, cerrando la puerta tras ella con un chasquido decidido.

Él se giró hacia el armario, tomando una chaqueta de tweed gris.

—Pues tendrá que esperar. He quedado con Pemberton y Ashworth en el club dentro de una hora, y no pienso llegar tarde por una de tus crisis dramáticas.

—¡No es una crisis dramática! —Beatrice se plantó frente a él, sus ojos azules brillando con una mezcla de preocupación y determinación—. Es sobre Eliza.

Arthur se detuvo, la chaqueta a medio abrochar.

—¿Qué pasa con ella ahora?

—Florence vino a verme esta mañana. Y Roberts también. —Beatrice se retorció las manos—. Han vuelto a verla husmeando donde no debe.

—¿Husmeando? —Arthur terminó de abrocharse la chaqueta, su expresión endureciéndose—. Explícate.

—La encontraron rebuscando en los armarios del salón azul, donde guardamos algunas cosas de valor. Y ayer Roberts la vio revisando los cajones del escritorio de la biblioteca cuando pensaba que no había nadie.

Arthur se acercó al espejo para ajustarse la camisa, pero sus movimientos se volvieron más bruscos.

—¿Le preguntaron qué diablos estaba haciendo?

—Florence lo intentó, pero Eliza dijo que solo estaba limpiando a fondo. —Beatrice se mordió el labio inferior—. Pero Arthur, no limpiaba. Estaba buscando seguro algo específico.

Él se volvió hacia su hermana, los gemelos tintineando mientras se los colocaba.

—Maldita sea. Sabía que esto era una estupidez desde el principio.

—¡Tú apoyaste mi decisión de contratarla!

—¡Porque Edmund estaba borracho como una cuba para variar y a ti se te metió en la cabeza ser la dama caritativa! —Arthur se pasó una mano por el cabello—. Y porque papá no estaba aquí para impedirlo.

Beatrice se hundió en la butaca de cuero junto a la ventana.

—Florence y Roberts están nerviosos. Quieren esperar a que regrese papá mañana, pero…

—Pero si resulta que es una ladrona y papá se entera de que la metimos en casa durante su ausencia, seré yo quien pague las consecuencias. —Arthur completó la frase, su voz cargada de amargura—. Edmund estaba bebido, tú eres una niña que actuó por impulso, pero yo soy el que debería haber usado el sentido común.

—No eres justo con Edmund. Está…

—Edmund está perdido en su propio mundo de whisky y autocompasión. —Arthur tomó su reloj de bolsillo del tocador—. No puede liderar esta familia, Beatrice. Y cuando papá se dé cuenta de eso completamente, todas las responsabilidades caerán sobre mí.

Beatrice se levantó, acercándose a su hermano.

—Entonces, ¿qué hacemos con Eliza?

Arthur suspiró, guardando el reloj en el chaleco.

—Tenemos que enfrentarla. Esta noche. Antes de que papá regrese mañana.

—¿Esta noche? ¿No puedes cancelar tus planes con Pemberton?

—No. —Arthur tomó su sombrero del perchero—. Pero cuando regrese del club, hablaremos con ella. A solas. Si está robando o

tramando algo, es mejor que lo sepamos y tomemos medidas antes de que se convierta en un escándalo.

Beatrice apretó los labios y no discutió, aunque la preocupación no desapareció de su rostro.

Salió de la habitación dejando a Beatrice sola con sus temores, mientras las sombras del atardecer se alargaban por los pasillos de la Villa Barrington como presagios de las verdades que estaban a punto de emerger.

* * *

Arthur se ajustó los tirantes mientras bajaba por las escaleras, el corazón acelerándosele con cada peldaño. La mentira a Beatrice le pesaba en el pecho, pero la perspectiva de ver a Violet lejos de las miradas inquisidoras de la villa lo llenaba de una electricidad que no había sentido jamás.

Albert esperaba junto al Bentley negro, el motor ya en marcha, con la discreción que caracterizaba al irlandés. Sus ojos verdes encontraron los de Arthur con una comprensión silenciosa.

—Ni una palabra de esto a nadie —dijo Arthur mientras se subía al asiento trasero.

—Por supuesto, señor Arthur —respondió Albert, ajustando el espejo retrovisor—. Mi boca está sellada.

En el interior de la villa, Violet se alisaba el vestido color marfil con manos temblorosas. Cada fibra de su ser le gritaba que lo que estaba a punto de hacer desafiaba todas las convenciones, pero la necesidad de escapar, de sentirse viva, aunque fuera por unas horas, superaba cualquier otra consideración.

Edmund apareció en el pasillo, tambaleándose ligeramente. Sus ojos grises la recorrieron con indiferencia glacial, como si fuera parte del mobiliario.

—Voy a dar un paseo por el jardín —balbuceó Violet, intentando que su voz sonara natural—. Bajaré hasta el embarcadero.

—Haz lo que te dé la gana —gruñó Edmund, sin detenerse—. Por mí puedes tirarte al mar.

Las palabras la atravesaron como dagas, pero también la liberaron del último vestigio de culpa hacia su marido. Con el corazón martilleándole contra las costillas, Violet esperó hasta que Edmund desapareciera por el pasillo antes de dirigirse hacia la entrada principal.

Cruzó el vestíbulo a hurtadillas, cada pisada resonando como un tambor en sus oídos. Roberts estaba ocupado en la biblioteca y Florence con Eliza y las otras criadas, atendían el piso superior. La puerta principal se abrió sin resistencia, y el aire del atardecer en Malta la recibió con su mezcla de salitre y buganvillas.

El Bentley la esperaba como una promesa de libertad. Arthur le tendió la mano para ayudarla a subir, y cuando sus dedos se tocaron, Violet sintió una descarga que la hizo estremecer.

—¿Estás segura? —susurró Arthur.

—Completamente —mintió ella, aunque el remordimiento ya empezaba a asentarse en su estómago como plomo fundido.

Albert arrancó hacia las Tres Ciudades, y Arthur no pudo contener una sonrisa que iluminó todo su rostro. Violet también sonrió, pero sus manos entrelazadas traicionaban la tormenta de emociones que la sacudía: alegría, culpa, miedo y una terrible certeza de que estaba cruzando una línea de la que no habría vuelta atrás.

* * *

Las Tres Ciudades se extendían ante ellos como un tapiz dorado bajo la luz del atardecer. Vittoriosa, Senglea y Cospicua formaban un anfiteatro de piedra caliza que descendía hacia el Gran Puerto, donde los barcos de vapor dejaban estelas plateadas en el agua cristalina. Arthur y Violet caminaban por los muelles de Vittoriosa, donde pescadores recogían sus redes mientras gaviotas danzaban sobre las barcas pintadas de azul y rojo.

El aire transportaba el perfume de jazmín que trepaba por las fachadas ocres de las casas, mezclándose con el salitre y el aroma a pan recién horneado que emanaba de alguna panadería. Mujeres vestidas de negro conversaban desde balcones adornados con macetas de geranios, mientras niños descalzos perseguían gatos entre callejones empedrados que bajaban serpenteando hacia el mar.

Violet mantenía los ojos fijos en el suelo, pero cuando Arthur deslizó su mano sobre la suya, un estremecimiento eléctrico la recorrió desde los dedos hasta el hombro, expandiéndose como ondas de calor por todo su cuerpo. No retiró la mano. No pudo.

—No recuerdo la última vez que me sentí tan feliz —murmuró Arthur, deteniéndose frente a una balaustrada que dominaba el puerto—. Violet, yo… te amo.

Las palabras cayeron entre ellos como piedras al agua. Violet abrió la boca, pero no salió sonido alguno. Sus mejillas se tiñeron de carmesí.

—Arthur, no puedo… soy una mujer casada.

—Con un hombre que no te ama —replicó él, girándose para mirarla de frente—. Edmund nunca ha amado a ninguna mujer, Violet. Nunca lo hará.

La confesión se escapó de sus labios como si hubiera estado esperando años para liberarse. Le habló de Thomas, del amor prohibido que había consumido a su hermano, de la caída desde el acantilado que había destrozado por completo al heredero Barrington.

—Edmund amaba a Thomas con una pasión que jamás podrá sentir por ti o por cualquier otra mujer. Su matrimonio contigo fue una imposición del dolor, no del corazón.

Violet se aferró a la balaustrada, las piernas temblándole. Todo encajaba de repente: la frialdad, el desprecio, la manera en que Edmund la miraba como si fuera una extraña.

—Dios mío… —susurró.

Arthur la guio hacia un café en la plaza principal, donde familias aristocráticas disfrutaban del fresco vespertino bajo toldos de rayas blancas y azules. Mesas de hierro forjado se desperdigaban entre palmeras enanas, y un violinista tocaba melodías italianas que flotaban sobre el murmullo de conversaciones en maltés e inglés.

—¿Y si nos reconocen? —musitó Violet, nerviosa.

—No somos tan conocidos aquí —la tranquilizó Arthur, escudriñando los rostros presentes—. Además, ¿qué hay de malo en que dos cuñados tomen el té juntos?

Pidieron Earl Grey y cannoli rellenos de ricotta. Cuando Violet mordió uno de los dulces, las migajas se adhirieron a la comisura de sus labios. Arthur extendió el pulgar y las limpió con una caricia que duró un segundo más de lo necesario.

El rubor volvió a encender las mejillas de Violet, pero esta vez no apartó la mirada. Los ojos azules de Arthur la envolvían con una ternura que jamás había experimentado, una promesa silenciosa de felicidad que parecía imposible, pero se extendía ante ella como el mar dorado que besaba los muelles.

Por primera vez en meses, sonrió sin esfuerzo. Por un momento mágico, no era la esposa infeliz de Edmund Barrington. Era simplemente Violet, una mujer enamorándose bajo el cielo mediterráneo.

* * *

El Bentley negro se deslizó por la carretera serpenteante que regresaba a la Villa Barrington, sus faros cortando la oscuridad mediterránea como cuchillos de plata. La noche había caído con esa rapidez característica del clima maltés, transformando el paisaje dorado del atardecer en un tapiz de sombras que bailaban bajo la luna creciente.

Violet guardó las manos entrelazadas sobre el regazo durante todo el trayecto, la mirada perdida en las luces distantes de La Valeta que titilaban como estrellas caídas. Arthur, sentado a su lado, tampoco habló, pero una sonrisa persistente curvaba sus labios mientras observaba el perfil delicado de su cuñada recortado contra la ventanilla.

Al llegar a la villa, Violet descendió del automóvil sin esperar que Arthur la ayudara. Roberts apareció en el vestíbulo principal, impecable como siempre pese a la hora tardía.

—Lady Violet —la saludó con una leve inclinación—. ¿Desea que ordene preparar la cena?

—Bajaré en un momento, Roberts —respondió ella sin detener su paso hacia la escalinata—. Necesito refrescarme primero.

Sus zapatos de tacón repiquetearon sobre el mármol hasta desvanecerse en el primer piso, dejando tras de sí un eco que parecía llevar consigo todos los secretos de la tarde.

Arthur fue al salón principal, donde el mueble bar de roble tallado aguardaba como un altar dedicado al olvido. Edmund ya estaba allí, hundido en una butaca de cuero con un coñac entre las manos, contemplando las llamas que crepitaban en la chimenea con ojos vidriosos, pero más lúcidos que de costumbre.

—Hermano —dijo Arthur, sirviéndose una copa de whisky escocés.

Edmund levantó la vista, sorprendido de encontrar compañía. Arthur se instaló en la butaca opuesta y extrajo del bolsillo una pipa de brezo que brilló a la luz del fuego.

—¿Desde cuándo fumas en pipa? —preguntó Edmund, arqueando una ceja—. Creí que eso era patrimonio exclusivo del viejo.

Arthur encendió la pipa con gestos deliberadamente pausados, aspirando hasta que el tabaco se avivó con un resplandor dorado.

—Un hombre puede cambiar sus hábitos —replicó, expulsando una bocanada aromática—. Además, me ayuda a reflexionar.

—¿Reflexionar sobre qué? —Edmund tomó un sorbo de coñac, estudiando a su hermano menor con curiosidad—. Vienes radiante, como si hubieras conquistado el mundo.

—Estuve en el club con Pemberton y los muchachos —mintió Arthur sin pestañear—. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una conversación civilizada.

—Ah, el club —Edmund sonrió con amargura—. Seguro que ya les has contado que su querido Mayor Barrington está demasiado ocupado ahogándose en alcohol para honrar su compañía.

—Tonterías. Te echan de menos, Edmund. Deberías acompañarme la próxima vez.

Edmund soltó una carcajada hueca que resonó contra las paredes forradas de libros.

—¿Yo? No creo que mi presencia resulte muy… inspiradora en estos días.

Arthur aspiró de nuevo de su pipa, observando cómo el humo se elevaba en espirales perezosas hacia el techo abovedado. Su hermano tenía razón: estaba radiante, pero no por las razones que podía confesarle. La tarde con Violet había encendido en su pecho una llama que amenazaba con consumirlo por completo.

La conversación se vio interrumpida por el repiqueteo decidido de tacones sobre el mármol. Beatrice irrumpió en el salón como una tormenta vestida de seda azul, con los ojos brillando de determinación y algo parecido a la indignación.

—Arthur, tenemos que hablar —anunció sin preámbulos.

—¿Ahora? —Arthur dio otra calada a su pipa—. Estoy conversando con Edmund.

—Ahora —insistió ella, agarrándolo del brazo con fuerza suficiente para dejar marcas—. Es importante.

Arthur suspiró y se levantó, siguiendo a su hermana hacia el salón de música contiguo. Una vez solos, Beatrice cerró las puertas correderas con un golpe seco.

—¡Por el amor de Dios, Arthur! —estalló—. ¿En qué estabas pensando?

—Cálmate, Beatrice. No sé de qué me hablas.

—¡Oh, no lo sabes! —Sus ojos azules chispearon—. Te vi marchar con Violet en el Bentley esta tarde. Solos. Durante horas. Soy una mujer moderna, hermano, pero no soy ciega.

Arthur dejó la pipa contra un cenicero de cristal, manteniendo la compostura.

—Violet necesitaba aire fresco. Le mostré las Tres Ciudades. No veo el escándalo.

—¿No ves el escándalo? —Beatrice se acercó hasta quedar a centímetros de él—. Arthur, está casada. Con nuestro hermano. Esto no puede acabar bien.

Arthur la miró fijamente, su sonrisa desvaneciéndose por primera vez en toda la tarde.

—Roberts —llamó hacia el vestíbulo—. Dígale a Eliza que queremos hablar con ella. Ahora.

Beatrice parpadeó, desconcertada por el cambio súbito de tema.

—Primero resolvamos el asunto de la señorita Jennings —dijo Arthur —. Después podremos discutir sobre… otros asuntos.

* * *

El sonido de pasos apresurados por el pasillo anunció la llegada de Eliza. Roberts la escoltó hasta el salón de música con expresión grave, como si condujera a una acusada ante el tribunal.

—Señores Barrington —dijo antes de retirarse, cerrando las puertas tras de sí.

Eliza permaneció de pie junto a la entrada, con las manos entrelazadas sobre el delantal blanco y la cabeza ligeramente inclinada. Sus ojos grises recorrieron la habitación decorada con instrumentos musicales y partituras, antes de posarse en Arthur y Beatrice con una mezcla de desafío y nerviosismo.

—Has estado revisando objetos de valor por toda la casa —comenzó Beatrice sin preámbulos—. Violet te ha visto en el escritorio de padre cuando se suponía que limpiabas el pasillo.

Eliza levantó la barbilla con una dignidad que contrastaba con su posición servil.

—Solo cumplía con mis labores, señorita Beatrice.

—¿Incluyen tus labores inspeccionar el contenido de los cajones? —Arthur se acercó, con la autoridad natural que había heredado de su linaje—. Roberts y Florence también te han visto examinando otros lugares donde guardamos documentos o cosas de valor, cuando creías que nadie te observaba.

—Admiro las cosas hermosas —replicó Eliza, pero su voz tembló ligeramente—. No hay crimen en ello. Jamás he tomado nada sin permiso.

Beatrice cruzó los brazos, estudiando a la joven con creciente suspicacia.

—¿Admiras o evalúas? Porque, según los rumores del servicio, pareces más interesada en catalogar que en limpiar.

Eliza apretó los puños, luchando contra algo que pugnaba por escapar de su pecho. Su respiración se aceleró y una lágrima solitaria rodó por su mejilla antes de que pudiera detenerla.

—¿Qué pretendes exactamente, robarnos? —insistió Arthur, con un tono aún más duro al percibir la angustia de la muchacha.

—¡Pretendo justicia! —estalló Eliza, con una voz que resonó contra las paredes—. Pretendo que ese hombre haga frente a su obligación por lo que le hizo a mi madre.

Beatrice y Arthur intercambiaron una mirada de sorpresa.

—¿De qué hombre hablas? ¿Qué obligación? —preguntó Arthur—.

—Tu madre era Martha, ¿verdad? —Beatrice frunció el ceño—. Florence y Roberts nos dijeron que se marchó de la casa sin más explicaciones.

La risa amarga de Eliza cortó el aire como un cristal roto.

—¿Se marchó? —Sus ojos grises brillaron con una mezcla de dolor y furia—. No se marchó por su propia decisión. Eso lo han entendido mal, y estoy segura de que lo pueden confirmar con Roberts o Florence si les preguntan la verdad.

Arthur sintió un frío extraño recorriéndole la espalda.

—Entonces, ¿qué pasó realmente?

—La echó Sir Reginald —la voz de Eliza se quebró, pero mantuvo la barbilla alta—. La echó después de haberla dejado embarazada de mí.

Arthur dio un paso atrás como si las palabras de Eliza fueran balas disparadas a quemarropa. Beatrice se tambaleó ligeramente, buscando apoyo en el respaldo del sofá. Arthur palideció hasta que sus labios se volvieron una línea blanca.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Beatrice.

—Que soy su hermanastra —completó Eliza—. Y que he venido a reclamar lo que me corresponde por derecho.

Las palabras cayeron como piedras en un estanque, creando ondas de choque que se extendieron por toda la habitación. Arthur no sabía qué decir, mientras Beatrice se llevó una mano al pecho.

—Eso es… eso es una acusación muy grave —balbuceó Arthur.

—No es una acusación —Eliza se irguió con orgullo feroz—. Es la verdad. Martha Jennings trabajó aquí durante años. Años limpiando,

cocinando, satisfaciendo todos los caprichos de esta familia. Hasta que Sir Reginald decidió que también podía satisfacer los suyos.

Beatrice palideció hasta adquirir el color de la cera.

—Estás diciendo que…

—Estoy diciendo que soy su hija —declaró Eliza, con cada palabra pronunciada como una sentencia—. Soy Eliza Barrington, aunque jamás haya tenido derecho a llevar ese apellido. Soy vuestra hermanastra.

El gramófono en el rincón permanecía mudo, mientras el eco de la confesión reverberaba entre las partituras dispersas. Arthur se dejó caer en uno de los sillones, con el rostro contraído por la sorpresa. Beatrice permaneció inmóvil junto a él, como si las palabras de Eliza la hubieran convertido en estatua.

—Mi madre murió en Londres, en una habitación miserable, sin un penique —continuó Eliza, con lágrimas fluyendo libremente—. Murió recordando esta villa, recordando al hombre que la había usado y desechado. Y yo… yo vine a reclamar lo que me corresponde.

—Dios mío —susurró Beatrice, recuperando la voz—. Dios santo, Eliza…

Capítulo 14: 1930 - Corazones divididos (II)

Arthur cerró la biblioteca tras apagar las últimas brasas de su pipa, dejando que el humo se disipara entre las estanterías como los fantasmas de sus pensamientos. El pasillo se extendía ante él, iluminado apenas por las lámparas de gas que proyectaban sombras sobre los retratos familiares. Cada rostro pintado parecía observarlo con reproche, como si conocieran los secretos que ahora carcomían los cimientos de la respetable fachada Barrington.

La conversación con Roberts y Florence había sido devastadora. Sus rostros demacrados, la forma en que evitaron su mirada al principio, hasta que cedieron ante la presión de la verdad. Sí, confirmaron; todo el servicio sabía de la relación entre Sir Reginald y Martha. Una relación que había durado meses, mientras la joven criada se desvanecía visiblemente bajo el peso de un secreto que crecía en su vientre.

Florence había llorado al recordar cómo Martha intentaba ocultar sus lágrimas mientras trabajaba, cómo se llevaba la mano al estómago cuando creía que nadie miraba. Roberts admitió, con voz quebrada, que había presenciado el momento en que Sir Reginald ordenó a Martha abandonar la villa, sin explicaciones, sin compensación, sin siquiera la posibilidad de despedirse de quienes habían sido su familia durante años.

—Era una muchacha buena —había susurrado Florence—. Trabajadora, dulce. No merecía ese destino.

—¿Y por qué ninguno de vosotros dijo nada? —había preguntado Arthur, luchando contra la rabia que amenazaba con consumirlo.

¿Qué podían hacer los criados contra el señor de la casa? Su posición dependía de su discreción, de su capacidad para ver sin observar, para saber sin recordar.

Arthur se detuvo frente al retrato de su padre en uniforme militar, con esa expresión severa que había dominado su infancia. El hombre que le había enseñado sobre honor, deber y respetabilidad resultaba ser un hipócrita de la peor calaña. Un hombre que predicaba moral mientras destruía vidas, que exigía rectitud mientras se aprovechaba de quienes dependían de él.

Los pasos de Arthur resonaron sobre el mármol mientras se dirigía hacia el ala este de la villa. La decisión había cristalizado en su mente como hielo sobre un estanque invernal. Si su padre podía romper todas las reglas que predicaba, si podía mancharse las manos con tal hipocresía, entonces él también tenía derecho a forjar su propio camino.

Violet. Su nombre pulsaba en sus venas como sangre caliente. Durante semanas había luchado contra sus sentimientos, había intentado respetar los códigos que su educación le había inculcado. Pero esas mismas reglas habían permitido que Martha muriera en la miseria, que Eliza creciera sin padre, que Edmund se casara con una mujer a la que no amaba mientras su corazón pertenecía a otro.

El pasillo que conducía a los aposentos de Violet se extendía ante él como un desafío. Arthur aflojó el cuello de su camisa, sintiendo cómo el aire nocturno se filtraba por las ventanas abiertas, llevando consigo el aroma de los jardines. Sus manos temblaron ligeramente al alisarse el cabello, consciente de que cada paso lo alejaba más de la vida que había conocido hasta ese momento.

La puerta de Violet se alzaba ante él como una frontera entre el pasado y el futuro. Arthur alzó la mano, dudó un instante, y golpeó con suavidad la madera pulida. Su corazón latía con tal fuerza que temió que todo el pasillo pudiera escucharlo.

—¿Violet? —susurró—. Soy Arthur.

Unos segundos eternos antes de que escuchara movimiento al otro lado de la puerta. Los pasos descalzos se acercaron con vacilación, como si ella también estuviera luchando contra sus propias dudas.

—Arthur… —Su voz sonó sorprendida, vulnerable—. Es muy tarde.

—Lo sé —respondió él, apoyando la frente contra la puerta—. Pero necesito verte. Por favor.

La puerta se abrió con un susurro, revelando a Violet envuelta en un camisón de seda marfil que la luz de la luna convertía en oro pálido. Sus ojos verdes brillaron con una mezcla de sorpresa y preocupación, el cabello castaño cayendo en ondas sobre sus hombros desnudos.

—Arthur, ¿qué ha pasado? ¿Es Edmund? ¿Está…?

Sus palabras se perdieron cuando él cruzó el umbral y la tomó entre sus brazos, sus manos enredándose en su cabello mientras capturaba sus labios con una desesperación que había estado conteniendo durante semanas. El beso fue profundo, hambriento, cargado de toda la pasión reprimida que había crecido entre ellos como una tormenta silenciosa.

Violet se tensó inicialmente, sus manos presionando contra el pecho de Arthur en un débil intento de resistencia.

—No podemos… —murmuró contra sus labios—. Aquí no, en la villa…

Pero Arthur ya no respondía a la lógica, solo al fuego que corría por sus venas. Sus labios se movieron hacia su cuello, dejando un rastro de besos que hicieron que Violet se estremeciera. El aroma de jazmín de su piel se mezclaba con el calor que emanaba de ambos cuerpos.

—Violet —susurró su nombre como una oración—. No puedo más. Te necesito.

La resistencia de ella se desmoronó como castillos de arena ante la marea. Sus brazos se deslizaron alrededor del cuello de Arthur, atrayéndolo más cerca, mientras un calor desconocido se extendía por todo su cuerpo como miel derretida. Nunca había experimentado

nada semejante, nunca había sentido cómo cada célula de su ser cobraba vida bajo el toque de otro.

Con movimientos lentos y reverentes, Arthur deslizó los tirantes del camisón por sus hombros, pendiente de cada gesto de ella, buscando cualquier signo de rechazo. Pero Violet dejó caer los hombros, temblando no de frío, sino de una anticipación que no comprendía completamente.

La seda susurró al caer al suelo, dejándola expuesta bajo la luz plateada que se filtraba por las ventanas. Arthur se quedó inmóvil, admirando la perfección de su forma, la delicadeza de su piel que parecía porcelana iluminada desde dentro.

—Eres tan hermosa —murmuró, su voz ronca de emoción.

Con manos torpes pero decididas, Violet comenzó a desabrochar la camisa de Arthur, sus dedos temblando contra los botones. Él la ayudó, despojándose de la prenda antes de que sus pantalones siguieran el mismo destino. Cuando por fin se encontraron piel contra piel, ella lo atrajo hacia sí con una fuerza que la sorprendió, sintiendo cómo los músculos de su espalda se tensaban bajo sus palmas.

Arthur la guio hacia la cama, sus labios sin abandonar los de ella, sus manos explorando la suavidad de su piel con una reverencia que la hacía sentir como algo precioso y sagrado. Cuando sus dedos encontraron la dureza de sus pezones, Violet arqueó la espalda, un gemido escapando de sus labios que la hizo sonrojarse.

—No sé qué hacer —confesó en un susurro, vulnerable y honesta.

—Déjame enseñarte —respondió él, sus ojos brillando con ternura—. Solo sígueme.

Sus cuerpos se entrelazaron en una danza antigua como el tiempo, Arthur guiándola con paciencia infinita mientras ella se perdía en sensaciones que jamás había imaginado. Cuando finalmente se unieron, ella se aferró a él como si fuera su salvación, sintiendo cómo algo fundamental cambiaba en lo más profundo de su ser.

El mundo exterior desapareció, dejando solo el susurro de sus respiraciones entrelazadas y el latido acelerado de dos corazones que habían encontrado su ritmo perfecto.

* * *

La mañana siguiente, el comedor de la Villa Barrington estaba mucho más concurrido que de costumbre. Arthur servía té de una tetera de porcelana mientras Violet untaba mermelada en una tostada con movimientos más lentos de lo habitual, como si cada gesto requiriera una concentración especial.

Beatrice observó a su cuñada por encima de su taza de café, notando algo diferente en ella. Había un brillo particular en sus ojos verdes, una luminosidad que no había visto antes, como si algo hubiera despertado en su interior durante la noche. La piel de Violet parecía más rosada, más viva, y sus labios tenían un color más intenso que de costumbre.

—¿Has dormido bien, Violet? —preguntó Beatrice con curiosidad—. Te ves… diferente esta mañana.

Arthur carraspeó, concentrándose intensamente en añadir azúcar a su té, aunque ya había puesto dos cucharadas. Su mente vagaba constantemente hacia las horas anteriores: la suavidad de la piel de Violet bajo sus manos, la forma en que había suspirado su nombre en la oscuridad, cómo la había hecho suya una y otra vez hasta que el amanecer los separó. Apenas habían dormido dos horas, pero se sentía más despierto que nunca.

—Sí, muy bien —respondió Violet, evitando la mirada de Arthur mientras sus mejillas se teñían de rosa—. Creo que el aire marino me sienta bien.

Edmund bajó al comedor arrastrando los pies, con el cabello revuelto y ojeras pronunciadas. Se sirvió café negro y se dejó caer en su silla habitual, observando vagamente a los demás.

Arthur se aclaró la garganta, decidiendo que era momento de abordar el tema que había mantenido despierto su cerebro tanto

como los brazos de Violet.

—Necesito contaros algo importante que descubrimos ayer —comenzó, dejando su taza en el platillo con un tintineo y mirando a Edmund y Violet—. Beatrice y yo hablamos con Eliza… y con Roberts y Florence.

La atención de Edmund se agudizó ligeramente, mientras Violet levantó la mirada con curiosidad.

—Eliza nos confesó algo un tanto extraordinario —continuó Arthur, midiendo sus palabras, pero dispuesto a no andarse con muchos preámbulos—. Afirma ser nuestra hermanastra. Hija ilegítima de nuestro padre y Martha Jennings, la criada que trabajó aquí hace años. Y que ya no estaba más en la villa cuando en 1918 volvimos de Palestina.

El tenedor de Violet se detuvo a medio camino hacia su boca, sus ojos abriéndose con sorpresa.

—¿Martha Jennings? —dijo Edmund, frunciendo el ceño—. La recuerdo perfectamente. Ahora que lo dices, ya por aquel entonces había una relación extraña entre padre y ella cuando madre estaba enferma. Pero jamás le di la más mínima importancia. Padre era siempre así con todas las mujeres guapas.

—Roberts y Florence confirmaron la historia —añadió Arthur—. Padre la despidió cuando descubrió su embarazo, sin proporcionarle ningún tipo de sustento.

Violet dejó escapar un suspiro ahogado, llevándose la mano al pecho.

—Pobre muchacha. Debe haber sufrido terriblemente. Con lo joven que es. ¿Y qué pretende ahora?

—Reconocimiento, justicia… No lo sé exactamente —admitió Beatrice—. No parecía vengativa, pero sí muy dolida. Ha vivido en la pobreza muchos años.

Edmund soltó una risa amarga, la primera expresión genuina que mostraba en días.

—Vaya, vaya. Parece que nuestro respetable patriarca no es tan perfecto como siempre se ha esforzado en aparentar —sus ojos grises brillaron con una satisfacción oscura—. Me pregunto cuántos otros secretos guardará el honorable Sir Reginald.

—Cuando regrese esta tarde, debemos confrontarlo —declaró Arthur con firmeza—. Eliza merece una explicación, y nosotros también.

—Sí —dijo Violet, con una firmeza que sorprendió a todos.

—Estoy completamente de acuerdo. Si realmente es vuestra hermana, tiene derecho a ser tratada como tal —su voz adquirió una fuerza inusual—. Ha sufrido bastante por los errores de otros.

Edmund la miró con algo parecido al respeto, quizás por primera vez desde su matrimonio concertado.

—Me alegra ver que tienes principios, Violet. Apoyo tu posición completamente.

Beatrice observó el intercambio con sorpresa. Era la primera vez que veía a Edmund y Violet coincidir en algo, y la primera vez que él la trataba con algo más que fría cortesía.

—¿Y después qué? —preguntó Beatrice—. Si todo resulta ser cierto, ¿qué haremos con Eliza?

Arthur intercambió una mirada fugaz con Violet, recordando su conversación de la noche anterior sobre la hipocresía familiar.

—Le ofreceremos lo que debería haber tenido desde el principio: un hogar, educación, una posición digna. Si ella lo desea, por supuesto.

Cada uno se perdió en sus propios pensamientos sobre lo que se avecinaba.

* * *

El sol de la tarde se filtraba por las ventanas del vestíbulo cuando Albert detuvo el Bentley negro frente a la entrada principal de la Villa Barrington. Sir Reginald descendió del vehículo con su habitual porte autoritario, aunque parecía ligeramente fatigado por el viaje en barco desde Londres.

Roberts apareció inmediatamente para recibir el equipaje, mientras Florence emergía de las profundidades de la casa con esa expresión de orden y hospitalidad que llevaba décadas perfeccionando.

—Bienvenido de vuelta, Sir Reginald —saludó Roberts con una reverencia—. Espero que el viaje haya sido satisfactorio.

—Productivo, diría yo —respondió Sir Reginald, entregando su bastón y sombrero—. Londres está lleno de oportunidades para quien sabe buscarlas.

La familia se reunió en el salón principal para el ritual de bienvenida. Arthur y Beatrice se mostraron cordiales, pero algo tensos, mientras Edmund permanecía inusualmente erguido, sin el aroma habitual de whisky emanando de su persona. Violet saludó con la cortesía apropiada, aunque sus pensamientos vagaban hacia la conversación que se avecinaba.

Florence se acercó discretamente.

—Sir Reginald, tenemos una nueva empleada que nos gustaría presentarle. Eliza Jennings, ha resultado muy útil durante su ausencia. Los señoritos Edmund y Arthur lo pondrán al día detalladamente en breve.

Eliza apareció en el umbral, vestida con su uniforme de doncella impecablemente planchado. Sus ojos grises se fijaron en Sir Reginald con una intensidad que habría inquietado a cualquier observador atento. Por primera vez contemplaba a su progenitor, al mismo hombre que había abandonado a su madre, cuyo semblante había recreado con rabia y dolor en tantas noches de escasez y miseria.

—Eliza Jennings, señor —dijo con una reverencia perfecta, su voz firme pero desprovista de cualquier calidez.

Sir Reginald la examinó brevemente, notando algo familiar en sus rasgos, pero sin detenerse a analizarlo profundamente.

—Muy bien. Espero que cumpla con sus obligaciones de manera satisfactoria.

—Por supuesto, señor —respondió Eliza, manteniendo la mirada baja, aunque sus puños se cerraran ligeramente.

Después de la cena, Edmund siguió a su padre hasta el despacho. Por primera vez en semanas, su mente estaba clara, libre de la neblina del alcohol que habitualmente la envolvía.

—Padre, necesito hablar con usted sobre un asunto importante.

Sir Reginald se acomodó detrás de su escritorio, encendiendo un puro con movimientos pausados.

—¿De qué se trata, Edmund?

—De Martha Jennings —las palabras salieron con una precisión que sorprendió a ambos—. La criada que despediste hace años cuando descubriste su embarazo.

La expresión de Sir Reginald se endureció inmediatamente. Ahora ya sabía por qué el apellido de esa nueva criada le resultaba tan familiar.

—Eso es agua pasada, Edmund. No veo qué relevancia puede tener ahora.

—La relevancia —continuó Edmund, acercándose al escritorio con una energía que no había mostrado en meses— es que su hija está ahora bajo nuestro techo. Eliza es su hija, padre. Nuestra hermanastra.

El puro se detuvo a medio camino hacia los labios de Sir Reginald.

—¿Cómo te atreves a…?

—¿Cómo me atrevo? —la voz de Edmund se alzó, cargada de una ira que había estado fermentando durante años—. ¿Cómo se atreve usted a predicar moralidad y honor familiar mientras abandona a sus propios hijos? ¿Cómo se atreve a casarme a la fuerza mientras usted mismo rompe todos los códigos que predica?

Sir Reginald se levantó de un golpe, pero Edmund no retrocedió.

—Ya basta, Edmund. No toleraré…

—Estoy harto de lo que tolere o no tolere —Edmund golpeó el escritorio con el puño—. Soy el primogénito de esta familia, y por primera vez en mi vida voy a ejercer ese derecho. Eliza se queda. Se le dará una posición digna y el reconocimiento que merece.

Sir Reginald estudió a su hijo con una mezcla de sorpresa y algo parecido al respeto.

—Veo que mi ausencia te ha cambiado —dijo al fin—. O quizás sea la responsabilidad de tu reciente matrimonio.

—Quizás sea simplemente que he dejado de fingir que respeto su hipocresía.

Sir Reginald se dejó caer en su silla, pareciendo súbitamente más viejo.

—Muy bien. La muchacha puede quedarse. Pero esto no sale de estas paredes, ¿entendido? Ni una palabra fuera de la familia.

Edmund apretó la quijada, saboreando esa victoria agria pero necesaria.

—He estado considerando trasladarme permanentemente a Londres en unas semanas —añadió Sir Reginald tras una pausa—. Como me habéis demostrado de nuevo en estos días, tú y tu hermano sois ya lo suficientemente mayores para manejar la villa. Aparte, aquí ya no tengo tantos… conocidos útiles.

Edmund levantó la vista por primera vez en semanas con algo parecido a la esperanza, aunque sin llegar a sus ojos.

* * *

La medianoche había pasado cuando Sir Reginald se incorporó en su cama, incapaz de conciliar el sueño. Las palabras de Edmund resonaban en su mente como campanadas obstinadas. "He dejado de fingir que respeto su hipocresía." La insolencia de su hijo mayor lo irritaba, pero también despertaba en él una extraña satisfacción. Finalmente, Edmund mostraba la columna vertebral que un Barrington debía poseer.

Pero perder el control sobre la familia era otro asunto completamente distinto.

Se levantó, ciñéndose la bata de seda, y caminó hasta la ventana que daba a los jardines sumidos en sombras. Los recuerdos de Martha Jennings comenzaron a filtrarse sin invitación. La joven criada de ojos grises y sonrisa tímida que había trabajado en la villa años atrás. Tan dispuesta a complacer, tan ansiosa por ganarse su favor.

Recordó sus manos delicadas sirviendo el té, la forma en que se ruborizaba cuando él la elogiaba. Los pequeños favores que comenzó a pedirle, excusas para tenerla cerca. La habitación del servicio donde solía llamarla después de que todos se hubieran retirado. Los juegos que inventaba para su diversión privada.

—Haz esto por mí, Martha —susurraba entonces, y ella obedecía con esa mezcla de nerviosismo y devoción que lo excitaba profundamente.

El calor se extendió por su cuerpo mientras revivía aquellas noches. Martha haciendo lo que él deseaba, sin cuestionar, sin resistirse. Hasta que se volvió complicada, hasta que su vientre comenzó a crecer y amenazó con convertirse en un escándalo.

Un ruido en el pasillo interrumpió sus pensamientos. Pasos ligeros, probablemente alguna criada terminando sus tareas nocturnas. Se dirigió hacia la puerta con renovada energía, ajustándose la bata.

Eliza recorría el corredor con pasos agotados después de ayudar a Florence con la limpieza final de la cocina. El medallón de su madre brillaba tenuemente sobre su uniforme cuando una figura emergió de las sombras.

—Eliza.

Se detuvo en seco, el corazón acelerándose al reconocer la voz de Sir Reginald.

—Señor —dijo, haciendo una reverencia rápida.

—Quiero hablar contigo —dijo, bloqueando su camino hacia las habitaciones del servicio—. Sobre tu madre.

Eliza sintió que se le erizaba la piel.

—No hay nada que discutir, señor.

—Oh, pero sí lo hay —dijo, y había algo depredador en su expresión —. Martha era muy… complaciente. Le gustaban nuestros pequeños juegos. ¿Te contó alguna vez sobre ellos?

El horror se apoderó de Eliza mientras comprendía las implicaciones.

—Mi madre era una mujer decente…

—Tu madre era exactamente lo que yo quería que fuera —se acercó más, arrinconándola contra la pared—. Y tú tienes sus mismos ojos, su misma boca dulce.

Sus manos se alzaron hacia ella y Eliza retrocedió violentamente.

—¡No me toque!

—Vamos, no seas tímida. Tu madre nunca lo era cuando…

Eliza lo empujó con todas sus fuerzas y corrió hacia su habitación. Sir Reginald la siguió algunos pasos, pero sus piernas jóvenes la llevaron más rápido por el pasillo. El medallón de Martha se desprendió durante la huida, cayendo al suelo con un tintineo metálico.

Llegó a su cuarto y cerró la puerta de golpe, echando el pestillo con manos temblorosas. Se dejó caer contra la madera, respirando entrecortadamente mientras las lágrimas comenzaban a brotar.

—Dios mío —susurró al vacío—. ¿En qué me he metido?

Los sollozos la sacudieron mientras comprendía la horrible verdad. Su madre no había sido simplemente una criada despedida por un embarazo inconveniente. Había sido víctima de los juegos perversos de este hombre. Y ahora él pretendía repetir la historia con ella.

La Villa Barrington, que había imaginado como la respuesta a sus plegarias, se revelaba como la boca del lobo. Todos estaban locos en esta casa. Edmund, borracho y violento; Arthur y Violet con sus miradas cómplices, Beatrice fingiendo bondad.

Y en el centro de todo, Sir Reginald, el hombre que había destruido a su madre y ahora la acechaba a ella.

¿Qué podía hacer? ¿Adónde podía ir? No tenía dinero, no tenía familia, no tenía refugio fuera de estos muros que ahora se sentían como una prisión.

Se acurrucó sobre el pequeño catre, tapándose con la manta fina, y lloró hasta quedarse dormida con el sabor salado de la desesperación en los labios.

Capítulo 15: 1918 - El pecado original

Martha Jennings se deslizaba con rapidez entre los pasillos de mármol de la Villa Barrington, absorta en sus quehaceres domésticos. Sus veinticinco años resplandecían con esa belleza sencilla pero cautivadora que había despertado más de una mirada furtiva entre la servidumbre, aunque ninguno osara acercarse desde que se había convertido en la protegida especial del señor de la casa. El año 1918 había marcado un punto de inflexión en la existencia de Martha; aproximadamente dos años antes, Sir Reginald la había seleccionado en persona durante una de sus habituales estancias laborales en Londres, arrancándola de su humilde realidad para conducirla hasta esta residencia maltesa donde la luminosidad dorada impregnaba cada espacio con augurios de un futuro más venturoso.

Martha podía sentir las miradas hostiles de las otras criadas cuando pasaba por los pasillos, sus susurros venenosos que se silenciaban abruptamente cuando ella aparecía. Le importaba poco. Por primera vez en su vida, se sentía importante, deseada, especial. El señor Reginald, desde que había perdido a su esposa, la miraba de una manera que ningún hombre había hecho antes, como si fuera algo más que una simple empleada.

Roberts apareció al final del pasillo, cargando una bandeja de plata. Su rostro, siempre serio pero bondadoso, se suavizó al verla.

—Martha, querida, ¿has terminado ya con el salón principal?

—Sí, señor Roberts. Ahora me dirijo a la biblioteca.

Florence emergió de la cocina, secándose las manos en el delantal. A diferencia de las otras criadas, nunca había mostrado malicia hacia Martha, solo una preocupación maternal que a veces la incomodaba.

—¿Estás segura de que quieres limpiar la biblioteca ahora? Podría esperar hasta mañana.

—No, señora Florence. Es mi trabajo.

Florence intercambió una mirada significativa con Roberts, pero no insistió. Martha recogió sus útiles de limpieza y se dirigió hacia la biblioteca, ignorando deliberadamente las expresiones preocupadas que había dejado atrás.

Se detuvo frente a la puerta de roble tallado y golpeó suavemente con los nudillos.

—¿Hay alguien? ¿Puedo entrar para la limpieza?

La voz de Sir Reginald resonó desde el interior, ronca y cargada de algo que hizo que el pulso de Martha se acelerara.

—Adelante, Martha.

Giró el picaporte y entró, cerrando la puerta tras ella. Sir Reginald estaba sentado en su sillón de cuero favorito, un vaso de whisky en una mano y el periódico en la otra. A los cuarenta años, era un hombre imponente, con el cabello apenas salpicado de gris y unos ojos azules que parecían desnudarla con la mirada.

Al verla, algo se encendió en su mirada, un brillo que no tenía nada de paternal ni apropiado.

—Mi querida Martha. Justo la persona que esperaba ver.

Se puso de pie con movimientos lentos y deliberados, dirigiéndose hacia la puerta. El sonido del pestillo al cerrarse resonó en la habitación como una promesa.

—Señor Reginald, yo solo venía a…

—Lo sé perfectamente para qué viniste —murmuró, acercándose hasta que pudo oler su sudor mezclado con el whisky—. Siempre tan obediente, tan… dispuesta.

Martha bajó la mirada, adoptando la pose tímida que sabía que él disfrutaba, aunque su corazón latía con una mezcla de nervios y anticipación. No era la primera vez que se encontraban así, a solas, con la puerta cerrada y el resto del mundo excluido.

—No debería… no es apropiado, los otros podrían sospechar…

—Deja que sospechen —gruñó, tomándola por la cintura—. Tú me perteneces, ¿verdad, Martha?

Ella asintió, perdida en la intensidad de su mirada, en la sensación de ser el centro del universo de alguien tan poderoso. Cuando él la besó, fue con una pasión voraz que la hizo olvidar todo lo demás: las miradas hostiles, las advertencias de Florence, la voz de su propia conciencia.

La arrastró bruscamente hacia el sofá, pero no llegaron tan lejos. Cayeron sobre la alfombra persa.

Las manos de Sir Reginald recorrieron el cuerpo de Martha con una posesividad que la estremeció hasta la médula. Cada caricia era una orden silenciosa, cada susurro una demanda que ella acataba sin resistencia. Se encontró perdida en la intensidad de su mirada azul, que la devoraba con una hambre que confundía con devoción.

—Eres mía —murmuró él contra su cuello, mordisqueando la piel delicada mientras sus manos la despojaban de las capas de tela que la separaban de él—. Solo mía.

Martha se arqueó bajo su toque, entregándose completamente a la experiencia. No había ternura en sus caricias, sino una urgencia dominante que la hacía sentir deseada de una manera que jamás había experimentado. Cuando él la empujó contra la alfombra, ella no protestó; cuando sus dedos se enredaron en su cabello tirando de él hasta hacerla gemir, lo interpretó como pasión desenfrenada.

Sir Reginald la tomó con una fiereza que rayaba en la brutalidad, pero Martha no veía crueldad en sus movimientos. Cada embestida la convencía más de que aquello era amor verdadero, puro y

arrebatador. Sus gemidos llenaron la biblioteca mientras él gruñía su nombre como una plegaria oscura.

Cuando finalmente se derramó dentro de ella con un rugido gutural, Martha sintió que el mundo se tambaleaba. Respiraba agitadamente contra su pecho, sintiendo cómo él se relajaba encima de ella, su peso una promesa de pertenencia.

Pero la magia se rompió abruptamente cuando Sir Reginald se incorporó, apartándose de ella con movimientos bruscos. Se ajustó la ropa con eficiencia mecánica, como si estuviera revisando correspondencia rutinaria.

—Vístete y márchate —ordenó sin mirarla, dirigiéndose hacia su escritorio—. Quiero estar solo. Ya limpiarás la biblioteca en otro momento.

Martha parpadeó, aturdida por el cambio súbito, pero se las arregló para recoger su ropa desperdigada. Sus dedos temblaron mientras se vestía, interpretando la frialdad repentina como el regreso necesario a las apariencias sociales.

—Por supuesto, señor Reginald —susurró, alisándose el cabello—. Lo que usted diga.

Salió de la biblioteca con las mejillas encendidas y el corazón palpitando de emoción. En el pasillo, Roberts y Florence se volvieron a cruzar con ella con expresiones preocupadas que ella malinterpretó como curiosidad servil.

—¿Todo está bien, querida? —preguntó Florence, observando su estado desaliñado y el brillo extraño en sus ojos.

—Mejor que nunca —respondió Martha con una sonrisa radiante—. Pero Sir Reginald prefiere no ser molestado ahora. Volveré a limpiar más tarde.

Roberts frunció el ceño, intercambiando otra mirada significativa con Florence, pero Martha ya se alejaba por el pasillo, flotando en una nube de dicha imaginaria.

Mientras caminaba hacia la zona de la servidumbre, su mente se llenó de fantasías doradas. Se veía a sí misma vestida de seda y terciopelo, presidiendo cenas elegantes del brazo de Sir Reginald. Los hijos de él la llamarían madre, y ella sería respetada en sociedad como la nueva señora Barrington. Las otras criadas la mirarían con envidia, pero una envidia justificada porque ella habría ascendido donde ninguna otra había logrado llegar.

No percibía la calculada frialdad en los toques de su amante, ni la satisfacción depredadora que había brillado en sus ojos cuando la había visto suspirar su nombre. Para Martha, cada encuentro era una confirmación más de que el destino les había unido contra todas las convenciones.

En su mente ingenua, aquello era el principio de un cuento de hadas donde Cenicienta por fin encontraba a su príncipe.

Para Sir Reginald, encerrado en su biblioteca ajustándose los puños de la camisa, simplemente había sido otra tarde de entretenimiento conveniente. Ya pensaba en la correspondencia que debía revisar.

* * *

Los meses siguieron su curso como páginas arrancadas de un calendario, y los encuentros entre Sir Reginald y Martha se volvieron más frecuentes, más salvajes, más temerarios. Para él, cada encuentro furtivo era una nueva conquista de territorio prohibido que alimentaba su apetito voraz por lo clandestino.

La llevaba a los establos entre el heno dorado, donde el olor a caballo y cuero se mezclaba con sus gemidos ahogados. Sus manos la empujaban contra las paredes de piedra del embarcadero, mientras las olas se estrellaban contra las rocas como testigos mudos de su desenfreno. Los jardines se convirtieron en su territorio de caza nocturna, donde la hacía suya contra los troncos de los limoneros o sobre la hierba húmeda del rocío matutino.

—Eres insaciable —jadeaba Martha después de cada encuentro, interpretando su hambre como prueba de amor eterno.

Sir Reginald la observaba recomponerse la ropa con una sonrisa que ella confundía con ternura, pero que en realidad era pura satisfacción depredadora. Mi pequeña puta privada, pensaba mientras la veía alisarse el cabello despeinado. Siempre disponible, siempre ansiosa, siempre mía para tomar cuando se me antoje.

Martha intentaba a veces llevar la conversación hacia terrenos más íntimos, más emocionales.

—¿Piensa usted en mí cuando está en La Valeta, señor Reginald? —preguntaba con voz temblorosa de esperanza.

—Tengo asuntos más importantes que atender —respondía él secamente, abrochándose la camisa—. No perdamos el tiempo en tonterías sentimentales.

Pero luego le regalaba pequeños detalles que a él no le costaban nada: un pañuelo de seda olvidado, una flor arrancada al pasar, una cinta que había sobrado de algún paquete. Martha guardaba estos tesoros como reliquias sagradas en una pequeña caja bajo su cama, acariciándolos por las noches mientras susurraba su nombre como una oración.

Debe amarme, se convencía mientras se acurrucaba con el pañuelo contra el pecho. Los hombres de su clase no regalan nada sin sentimiento verdadero. Solo está esperando el momento adecuado para declararse oficialmente.

Sir Reginald, por su parte, había encontrado en Martha la perfecta válvula de escape para sus impulsos más primitivos. No tenía que cortejar, ni fingir respeto, ni preocuparse por las consecuencias sociales. Era carne fresca y dispuesta, un juguete que respondía a cada uno de sus caprichos sin exigir nada a cambio, excepto migajas de atención que él podía dispensar a su antojo.

La criatura perfecta, reflexionaba mientras la observaba desde la ventana de su despacho, cargando cubos de agua con más dificultad de la habitual. Obediente, silenciosa, y lo suficientemente estúpida como para no hacer preguntas incómodas.

Pero Martha había comenzado a notar cambios en su cuerpo que no podía ignorar. Su delantal se ajustaba de manera extraña alrededor de la cintura, y la parte superior de su sencillo vestido, le apretaba los senos hinchados. Las náuseas matutinas la asaltaban mientras preparaba el desayuno, y ya no podía soportar el olor del tocino frito.

Lo que más la alarmaba era la ausencia. Tres lunas habían pasado sin su visita mensual, y cada mañana se despertaba esperando encontrar las manchas familiares en su muda interior. Nada llegaba.

Debe ser el nerviosismo, se decía mientras se miraba de perfil en el pequeño espejo agrietado de su habitación. El amor verdadero a veces altera el cuerpo de una mujer.

El retortijón le llegó como una puñalada mientras Martha fregaba los suelos del vestíbulo principal. Dejó caer el trapo y corrió hacia el pequeño lavabo de la servidumbre, una mano presionada contra la boca y la otra sujetándose el estómago convulso.

Las arcadas la sacudieron con violencia, vaciando el escaso desayuno que había logrado ingerir esa mañana. Se aferró al borde del lavabo de porcelana agrietada mientras su cuerpo se rebelaba contra ella una vez más.

—¿Martha? —La voz de Agnes, una de las criadas de cocina, resonó desde la puerta—. ¿Te encuentras bien?

—Solo… solo un poco mareada —dijo Martha, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Debe ser algo que comí anoche.

Agnes entró sin pedir permiso y cerró la puerta tras ella. Sus ojos experimentados recorrieron el rostro pálido de Martha, su postura encorvada, la manera en que se sujetaba el vientre.

—Déjame verte —dijo Agnes con voz firme, extendiendo las manos hacia el delantal de Martha.

—No hace falta, de verdad que estoy…

—¡Quieta! —Agnes desató las cintas del delantal y lo apartó, revelando cómo el vestido se tensaba ligeramente sobre el vientre de Martha—. Dios santo, muchacha.

Martha se miró hacia abajo, viendo por primera vez lo que Agnes había detectado inmediatamente: la curva sutil pero inconfundible que comenzaba a formarse bajo la tela.

—No es nada, solo he comido más últimamente, eso es todo —balbuceó Martha, intentando cubrirse con las manos.

Agnes la agarró por los hombros y la obligó a mirarla a los ojos.

—¿Cuándo fue tu última sangre mensual?

Martha abrió la boca, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Los números bailaron en su mente: marzo, abril, mayo… junio ya casi terminando.

—Yo… no recuerdo bien…

—¡Tres meses! —Agnes soltó una carcajada amarga—. Tres malditos meses, y me vienes con que no sabes qué te pasa.

—No puede ser… eso no puede ser cierto…

—¿Cierto? —Agnes se cruzó de brazos—. Mírate, niña tonta. Las náuseas, el vientre hinchado, los pechos que ya no te caben en el corpiño. Media casa sabía que esto iba a pasar con todos tus jueguecitos con el señor.

El mundo de Martha se tambaleó. Se apoyó contra la pared fría, sintiendo cómo la realidad se filtraba a través de sus fantasías románticas como agua helada.

—Él… él me cuidará —susurró, más para convencerse a sí misma que para responder a Agnes—. Sir Reginald no permitirá que…

—¿Cuidarte? —Agnes rio con desprecio—. Muchacha, eres más ingenua de lo que pensaba. Los hombres como él no cuidan a las criadas preñadas; las descartan como perros hartos de sus juguetes rotos.

—¡Eso no es verdad! —Martha se enderezó, con las mejillas encendidas—. Lo que tenemos es especial; él me ha dado regalos, me trata con ternura…

—Te trata como lo que eres para él: un agujero caliente donde derramarse cuando se le antoja —escupió Agnes—. Y ahora que vas a hincharte como un globo y perder toda tu utilidad, ¿qué crees que va a hacer contigo?

Las palabras crudas de Agnes golpearon a Martha como bofetadas, pero una parte obstinada de su corazón se aferró a la esperanza.

—No quiero escuchar más —dijo, dirigiéndose hacia la puerta—. Esto no es asunto tuyo.

Agnes la detuvo con una mano en el brazo.

—Escúchame bien, Martha Jennings. Yo no sé nada de esto, ¿me oyes? No he visto nada, no he dicho nada. Pero cuando todo se vaya al infierno, no vengas llorando a mi puerta.

Martha se liberó del agarre y salió del lavabo con paso tembloroso. En el pasillo vacío, se detuvo y se llevó una mano al vientre, donde ahora podía sentir una presencia extraña y nueva.

Quizás, pensó con desesperación, quizás esto sea lo que necesitábamos. Un hijo suyo… Él tendrá que hacer lo correcto. Tendrá que casarse conmigo.

Pero incluso mientras se aferraba a esa fantasía, una voz pequeña y cruel en el fondo de su mente susurraba las palabras de Agnes como una profecía siniestra.

* * *

Martha pasó la noche entera despierta en su estrecho catre, las manos entrelazadas sobre el vientre mientras las horas se arrastraban como siglos. Cada crujido de la casa le parecía un susurro burlón, cada sombra que se movía con la luna una confirmación de sus peores temores.

Al amanecer, cuando los primeros rayos de sol se filtraron por la pequeña ventana de su cuarto, se incorporó con determinación férrea. Se alisó el cabello con manos temblorosas y se ciñó el delantal con más fuerza de la habitual, como si esa tela pudiera darle el valor que necesitaba.

La villa dormía cuando descendió las escaleras de servicio. Sus pasos resonaron contra el mármol frío mientras se dirigía hacia el despacho de Sir Reginald, donde una luz dorada ya se filtraba por debajo de la puerta maciza.

Alzó la mano para golpear, pero la detuvo en el aire. Su corazón galopaba contra las costillas como un caballo desbocado.

Él me ama, se repitió como un mantra. Cuando sepa lo del bebé, todo cambiará. Tendrá que hacer lo correcto.

Golpeó tres veces, suave pero firme.

—Adelante.

Sir Reginald levantó la vista de sus papeles, la pluma dorada suspendida entre sus dedos. Su expresión no cambió al verla, como si su presencia fuera tan irrelevante como la de una mosca.

—Señor —comenzó Martha, cerrando la puerta tras ella—. Necesito hablar con usted de algo… importante.

—Habla rápido. Tengo correspondencia que atender.

Las palabras que había ensayado toda la noche se le atascaron en la garganta. Se acercó al escritorio, las piernas como gelatina.

—Estoy… estoy esperando un hijo suyo, señor.

Sir Reginald dejó la pluma sobre el papel secante con deliberada lentitud. Sus ojos azules la estudiaron como si fuera un insecto bajo una lupa.

—¿Y qué quieres de mí?

La pregunta la golpeó como un puñetazo en el estómago. Había esperado sorpresa, preocupación, incluso alegría. No esa frialdad glacial.

—Yo… pensaba que… que usted me quería —balbuceó, sintiendo cómo se desmoronaba todo su mundo—. Pensaba que esto significaría algo para usted.

Sir Reginald se recostó en su silla de cuero, la crueldad instalada abiertamente en su rostro.

—Eres una ilusa, Martha. Una criada estúpida que confundió lujuria con amor.

—¡Pero me daba regalos! ¡Me trataba con ternura!

—Te trataba como a lo que eres: un entretenimiento. Deberías haber tenido más cuidado, hacer algo para evitar esto.

Martha se aferró al borde del escritorio, las piernas a punto de fallarle.

—¿Qué está diciendo?

—Deshacerte de esa cosa. Ahora. No es mi problema lo que hagas con tu cuerpo, pero no voy a cargar con las consecuencias de tu estupidez.

—¡No! —gritó Martha, toda compostura desaparecida—. ¡Es su hijo! ¡Tiene que…!

—¡SILENCIO! —rugió Sir Reginald, poniéndose en pie de un salto—. No quiero saber nada de ese bastardo que llevas dentro. Te deshaces de él y abandonas esta casa inmediatamente. Mañana no quiero verte aquí. Ya no me sirves para nada.

Martha se tambaleó hacia atrás como si la hubiera abofeteado. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras todo su castillo de sueños se desplomaba piedra a piedra.

—Por favor… no puede hacerme esto… no tengo a dónde ir…

—Eso debiste pensarlo antes de abrir las piernas tan fácilmente.

Martha salió del despacho dando tumbos, los sollozos desgarrándole la garganta. Se arrastró hasta su cuarto, donde se derrumbó sobre el catre, llorando hasta que no le quedaron lágrimas.

Con manos temblorosas, comenzó a meter sus escasas pertenencias en la maleta de cartón que había traído de Londres. El pañuelo bordado que él le había regalado cayó al suelo, y lo contempló como si fuera una serpiente venenosa antes de arrojarlo a la basura.

El abismo se abría bajo sus pies, negro e infinito.

Esa misma tarde, Martha se dirigió al puerto de La Valeta arrastrando su maleta de cartón por los adoquines irregulares. El sol mediterráneo se burlaba de su miseria, dorado y despiadado sobre sus hombros encorvados. No había mirado atrás ni una sola vez al abandonar la Villa Barrington, porque sabía que de todas formas a nadie le caía bien y seguro que encima le echarían en cara que todo era culpa suya y que se lo tenía merecido.

Los muelles bullían de actividad: estibadores gritando órdenes, mercaderes regateando precios, gaviotas graznando sobre montañas de pescado. Martha se sintió invisible entre esa multitud que vivía sin conocer su dolor.

Con dedos temblorosos, sacó las pocas monedas que había logrado ahorrar durante meses de trabajo. El dinero que una vez había imaginado usar para un vestido de novia ahora se convertiría en su salvación. Se acercó al mostrador de la naviera con paso vacilante.

—El siguiente vapor para Londres —dijo al empleado, un hombre calvo que ni siquiera alzó la vista de sus papeles.

—Sale mañana a las ocho. Tercera clase, dos libras y seis chelines.

Martha contó las monedas con manos que apenas podían sostenerse firmes. El empleado le entregó un billete arrugado sin ceremonia alguna.

Ya no le quedaba nada en esta isla extraña tan alejada de todo lo que conocía. Malta había sido su perdición disfrazada de oportunidad, un espejismo cruel que la había engañado con promesas de amor y futuro. Ahora solo eran rocas doradas que guardaban su humillación.

Encontró refugio en una pensión mugrosa cerca del puerto, donde el olor a pescado podrido se mezclaba con el sudor de marineros borrachos. Se acurrucó en el catre de hierro, las manos protegiendo instintivamente su vientre.

Londres la esperaba como una madre fría pero familiar. Allí podría perderse entre los millones de almas anónimas, trabajar en alguna fábrica, criar a su bebé lejos de los juicios y las miradas despectivas.

Capítulo 16: 2025 - Ecos de culpa

El aroma a chocolate caliente llenaba el rincón improvisado que Lily había convertido en cocina provisional. Sobre el poyete de obra descansaba el pequeño horno portátil que había comprado en La Valeta, junto a una cafetera de cápsulas y algunos utensilios básicos. La mesa que Chris había rescatado del desastre de la tubería se alzaba en el centro, flanqueada por dos sillas desparejadas que ella misma había limpiado hasta dejarlas relucientes.

—¡Muffins! —exclamó Caterina con su sonrisa radiante, aplaudiendo con esas manos mullidas que parecían almohadas—. ¡Como en las películas inglesas!

Mattew recorrió la transformación de la villa con los ojos muy abiertos, balanceándose sobre los talones. Los andamios habían desaparecido del salón principal, dejando al descubierto los frescos restaurados que brillaban como si acabaran de pintarse.

—La casa… está despertando —dijo Mattew, tocando con reverencia el marco de una ventana recién reparada—. Como si… hubiera estado durmiendo.

Lily sonrió mientras abría el pequeño horno microondas, aunque su expresión se desplomó al ver los bultos marrones que habían emergido de la masa. Los muffins parecían meteoritos carbonizados, duros como adoquines y con la consistencia de ladrillos secos.

—Bueno… he usado harina sin gluten —intentó justificarse, golpeando uno contra la mesa—. Pensé que quizás…

El sonido que produjo el muffin al impactar resonó como una piedra contra el mármol. Los tres se quedaron mirando el proyectil comestible, boquiabiertos.

Caterina fue la primera en romper a reír, una carcajada cristalina que rebotó por las paredes recién pintadas. Mattew la siguió con sus risitas entrecortadas, y Lily no pudo resistirse a unirse al coro de hilaridad.

—¡Podríamos… usarlos para… los cimientos! —jadeó Mattew entre risas, señalando los muffins con un dedo tembloroso.

—O como martillos para Chris —añadió Lily, secándose las lágrimas —. Definitivamente, son más duros que sus herramientas.

Caterina cogió uno y lo sostuvo como si fuera una pelota de cricket.

Se echaron a reír de nuevo mientras Lily servía el chocolate caliente en tres tazas desparejas. El líquido humeante compensaba con creces el desastre culinario, creando una atmósfera acogedora en medio del caos de la renovación.

—La villa está… mucho mejor —comentó Mattew, bebiendo a sorbitos pequeños—. Antes daba… miedo. Ahora parece… viva.

—¿Venías antes a menudo? —preguntó Lily, curiosa por las exploraciones que la asistenta Clara había mencionado.

Mattew bajó la vista, removiendo el chocolate con nerviosismo.

—A veces… encuentro cosas… que otros olvidan.

Se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta raída y sacó algo envuelto en un pañuelo desgastado. Lo desenvolvió con cuidado reverencial, revelando un medallón de metal empañado.

—Para usted —dijo, tendiéndoselo a Lily—. Por… la invitación. Por ser… amable.

Lily tomó el medallón entre sus dedos, sintiendo el peso de los años en el metal frío. Al abrirlo, una pequeña fotografía en sepia la miró desde el interior: una mujer joven de cabello castaño claro recogido en un moño sencillo, ojos grises que parecían mirar directamente al alma, y una expresión de dulce vulnerabilidad.

—Es… precioso —dijo Lily, estudiando el rostro—. ¿Dónde lo encontraste?

—En el… despacho viejo —respondió Mattew—. Detrás de… un libro. Llevaba… mucho tiempo allí.

Lily no podía apartar los ojos de la fotografía. Algo en esos rasgos le resultaba perturbadoramente familiar, como un eco lejano en su memoria. La mujer tenía una belleza sencilla pero luminosa, el tipo de rostro que uno no olvida fácilmente.

—¿Sabes quién es?

Mattew negó con la cabeza, pero Caterina se inclinó hacia delante, entornando los ojos como si pudiera ver algo que los demás no percibían.

—Una señora… triste —dijo—. El señor serio… la menciona a veces. Martha… creo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Lily al escuchar el nombre. Había visto a esa mujer en alguna parte, pero la memoria se le escurría como arena entre los dedos.

—¿Martha? ¿Estás segura?

Caterina lo sabía. Lo llevaba escrito en esa expresión suya, extrañamente sabia para su edad.

—Dice que… ella se fue… pero que su corazón… se quedó aquí.

* * *

Las horas pasaron entre risas y chocolate caliente, hasta que la tarde se rindió ante el anochecer y los hermanos Camilleri se despidieron con sus sonrisas características. La villa se quedó vacía, solo el crepitar ocasional de las vigas antiguas rompiendo la calma de la noche.

Lily se había refugiado en su dormitorio provisional, aunque el descanso que la aguardaba no ofrecía la tranquilidad esperada. El sueño llegó envuelto en las sombras familiares de la culpa. Lily se

encontró de nuevo en el hospital de Londres, los pasillos blancos extendiéndose infinitamente mientras el pitido monótono de las máquinas marcaba los últimos latidos del corazón de Elsie. Pero esta vez, la cara de su madre se difuminaba y transformaba en la de la mujer del medallón, Martha, con esos mismos ojos grises que la acusaban desde la fotografía sepia.

—Debiste haber estado aquí —susurraba la voz de Elsie, pero los labios que se movían eran los de Martha—. Las hijas no abandonan a sus madres.

Lily intentaba correr hacia la cama del hospital, pero sus piernas se hundían en un suelo que se volvía arena, arena que se escurría bajo sus pies como el tiempo que nunca podría recuperar. El peso de la ausencia la aplastaba: todas esas llamadas sin responder, esas visitas canceladas por el trabajo, esas mentiras piadosas sobre "la próxima semana" que nunca llegó.

La habitación del hospital se transformó de repente en un despacho polvoriento de la Villa Barrington en otra época. Edmund estaba allí, sentado tras el escritorio con su uniforme arrugado y una botella de whisky medio vacía entre las manos. Sus ojos grises—tan parecidos a los de Martha—la observaban con una mezcla de desprecio y comprensión.

—Su abuela volvió a esta villa hecha una mujercita —dijo Edmund, dando un trago largo—. Años después de que mi padre dejara preñada y echara de la casa a su madre, Martha.

Edmund se puso en pie, tambaleándose ligeramente, y se acercó a la ventana que daba al jardín, borrado por una niebla espesa.

—No fue una buena idea contratarla, por supuesto. Pero Beatrice y Violet fueron muy pesadas con el asunto, y yo no tenía ganas de escuchar sus súplicas humanitarias.

Se volvió hacia Lily, y por un momento su expresión se suavizó.

—Eliza Jennings… así se llamaba la chica. La hija bastarda de mi padre, Sir Reginald. Su abuela, señorita Carter.

Lily intentaba procesar la información, pero las palabras se difuminaban como humo mientras el despacho comenzaba a desmoronarse a su alrededor. Edmund siguió hablando, pero su voz se volvía cada vez más lejana, mezclándose con el pitido de las máquinas del hospital que regresaba como un eco persistente.

Despertó con un grito ahogado, el corazón martilleando contra las costillas como un pájaro desesperado por escapar de su jaula. La habitación estaba en penumbra, iluminada apenas por la luna que se filtraba a través de las cortinas nuevas. El sudor le empapaba el camisón y las sábanas se habían enredado alrededor de sus piernas como enredaderas caprichosas trepando por un muro antiguo.

Se sentó en el borde de la cama, respirando entrecortadamente mientras los fragmentos del sueño se reorganizaban en su mente como piezas de un rompecabezas macabro. Eliza Jennings. Su abuela.

De repente, la memoria se iluminó como un relámpago en la oscuridad. La caja. La maldita caja de cosas antiguas que había encontrado mientras buscaba las cremas de Elsie en el armario. Había estado tan sumida en sus problemas y pensamientos, que apenas había prestado atención a esos objetos polvorientos, limitándose a hacer algunas fotografías rápidas con el móvil antes de guardarlo todo de nuevo.

Con manos temblorosas, buscó su teléfono que había dejado cargando. La pantalla se iluminó, proyectando un resplandor azulado en su cara pálida mientras navegaba por la galería de fotos hasta encontrar la carpeta marcada como “Cosas de mamá - papeles”.

Allí estaban. Fotografías borrosas de documentos amarillentos, cartas atadas con cintas descoloridas, y… ahí. Una fotografía en sepia de una mujer joven con cabello castaño recogido en un moño sencillo, ojos grises que parecían mirar directamente al alma.

El mismo rostro. Los mismos ojos. La misma expresión de dulce vulnerabilidad.

Eliza Jennings. Su abuela. La niña bastarda que había regresado a la Villa Barrington después de que Sir Reginald destruyera la vida de su madre Martha.

Lily dejó caer el teléfono sobre la cama, las manos temblando incontrolablemente. No era casualidad que estuviera ahí. No era una simple coincidencia que hubiera aceptado ese trabajo, que se sintiera extrañamente conectada con esta villa llena de secretos y fantasmas o que se le apareciera siempre en sueños ese pesado de Edmund.

Había vuelto a casa.

* * *

Los pasillos de la Villa Barrington resonaban con el eco de los pasos descalzos de Lily, que llevaba casi dos horas recorriendo las estancias como un alma en pena. Sus pensamientos se arremolinaban en círculos viciosos, cada vez más frenéticos.

Es imposible, se repetía mientras subía las escaleras por tercera vez. Los fantasmas no existen. Los sueños premonitorios son cuentos de viejas. Y las coincidencias son solo eso… coincidencias.

Pero el parecido entre Martha y Eliza era demasiado evidente para ignorarlo. Los mismos ojos grises, la misma expresión vulnerable, la misma forma de inclinar la cabeza. Y Edmund… Edmund sabía demasiado para ser producto de su imaginación. Detalles específicos, nombres, fechas. Información que ella nunca había conocido.

Se detuvo frente al ventanal del salón principal, observando cómo el sol teñía de dorado los jardines. Quizás la muerte de su madre Elsie la había afectado más profundamente de lo que quería admitir. Quizás necesitaba ayuda profesional. O quizás debían encerrarla directamente en un hospital psiquiátrico antes de que perdiera completamente la cordura.

Con manos temblorosas, marcó el número de Chiara. Los tonos sonaron una, dos, tres veces antes de que una voz adormilada

respondiera.

—¿Lily? Dios mío, son las siete y media de la mañana. ¿Estás bien?

—Chiara, perdona que te despierte, pero necesito preguntarte algo sobre la villa. Sobre la gente que trabajó aquí hace… digamos, cien años.

Un suspiro somnoliento llegó desde el otro lado de la línea, seguido del murmullo de otra voz femenina preguntando qué pasaba.

—Lily, cariño, no tengo ni idea de quién trabajó ahí hace un siglo. No conozco ningún registro de personal de hace décadas, y mi abuelo Arthur nunca habló mucho del servicio. ¿Por qué me preguntas esto tan temprano?

—Es que… encontré algunas cosas y… da igual. Siento haberte despertado.

—¿Estás segura de que estás bien? Suenas alterada.

—Estoy bien. Vuelve a dormir.

Colgó antes de que Chiara pudiera insistir. Sus dedos vacilaron sobre la pantalla del móvil antes de buscar otro número, uno que había guardado años atrás cuando Elsie aún vivía. Margaret Whitmore. La amiga de toda la vida de su madre, una mujer que conocía mejor que nadie la historia familiar de los Carter.

—¿Lily? Querida, qué sorpresa escucharte, aunque sea tan temprano.

—Hola, Margaret. Siento la hora, pero necesito preguntarte algo sobre nuestra familia. Sobre mi abuela.

—¿Eliza? Ay, cariño, hace años que no pienso en la pobre Eliza Jennings.

El corazón de Lily se detuvo. Margaret había dicho el nombre completo sin que ella lo mencionara.

—¿Jennings? ¿Ese era su apellido de soltera?

—Por supuesto, querida. Tu madre te contó mil veces la historia cuando eras pequeña. Eliza Jennings era una muchacha que trabajó de criada en Malta antes de volver a Londres y conocer a tu abuelo George Carter. Una historia romántica, aunque algo trágica como todo en aquellos tiempos. La pobre había tenido una vida muy dura antes de encontrar el amor.

Las palabras de Margaret resonaban en su cabeza como campanas funerarias. Lily se dejó caer en una silla, las piernas de repente incapaces de sostenerla.

—¿En Malta? ¿Estás segura?

—Completamente. Yo la conocí cuando era joven, aunque la pobre ya estaba muy mayor. Por aquel entonces tu madre y yo aún éramos inseparables. Solía contarnos historias que nos fascinaban a las dos. Decía que había trabajado para una familia muy importante, gente con títulos y dinero. Solo recuerdo que había sido muy infeliz hasta que conoció a George.

Lily cerró los ojos, sintiendo cómo el mundo se tambaleaba bajo sus pies. Demasiadas coincidencias. Demasiados detalles que encajaban perfectamente con los sueños, con las apariciones, con esa sensación de familiaridad que había sentido desde el primer momento en la villa.

—Margaret, ¿sabes el nombre de esa familia?

—No, querida. Esos detalles se perdieron con el tiempo. Pero recuerdo que tu abuela siempre decía que Malta la había cambiado para siempre, tanto para bien como para mal.

Después de colgar, Lily permaneció inmóvil en la silla, procesando la información. Ya no podía negarlo. Ya no podía convencerse de que todo era producto de su imaginación traumatizada.

La idea de llamar a Selene ya no le parecía tan descabellada. Era desesperado, sí, pero necesitaba respuestas. Necesitaba entender qué estaba pasando antes de que la locura la consumiera.

* * *

Lily caminaba de un lado a otro del salón principal como un animal enjaulado, sus pasos resonando contra los suelos de mármol recién pulidos. La tarde maltesa se desvanecía tras los ventanales, pintando las paredes de tonos dorados que en cualquier otro momento habría encontrado hermosos. Ahora solo le recordaban que el tiempo se agotaba.

Chris apareció en el umbral por tercera vez en una hora, el martillo aún en la mano y una expresión cada vez más desconcertada.

—Lily, ¿seguro que estás bien? Pareces…

—Estoy perfectamente.

Las palabras salieron más cortantes de lo que pretendía. Chris se detuvo, estudiándola con esos ojos grises que parecían ver demasiado.

—Vale, pero llevamos aquí desde las ocho de la mañana y apenas has dicho tres palabras. Ayer estabas normal y hoy actúas como si tuviéramos la peste.

Normal. Qué concepto más extraño. ¿Qué era normal cuando tu vida se había convertido en una pesadilla donde los fantasmas te hablaban y descubrías conexiones familiares imposibles?

—Solo tengo cosas en la cabeza. ¿Habéis terminado ya?

Chris intercambió una mirada con Tony, su capataz, que estaba recogiendo las herramientas en el rincón.

—Casi. Nos quedan unos retoques en la moldura de la ventana y…

—¿Cuánto tiempo?

—Media hora, quizás menos si…

—Perfecto. Necesito que os vayáis pronto.

La expresión de Chris se endureció. Se acercó a ella, bajando la voz para que los demás no pudieran escuchar.

—¿Qué cojones te pasa hoy? Tengo la impresión de que me evitas desde hace días, luego actúas como si fuera invisible y ahora me echas de mi propio trabajo.

Lily sintió una punzada de culpa, pero la enterró bajo capas de ansiedad. No podía explicarle que había quedado con una mujer que leía cartas del tarot para intentar comunicarse con el fantasma de un hombre muerto hacía casi un siglo. Sonaría como una lunática.

—No te estoy echando. Solo… tengo una reunión importante esta tarde.

—¿Una reunión? ¿Aquí?

Los pasos infantiles de Mattew resonaron desde el vestíbulo, seguidos por la risa musical de Caterina. Lily los había invitado porque necesitaba testigos, alguien que pudiera confirmar que no se estaba volviendo loca. Y ellos parecían tener una conexión especial con lo sobrenatural de la villa.

—¡Lily! ¡Hemos traído… galletas de Clara!

Caterina apareció primero, con sus mejillas sonrosadas y una sonrisa radiante. Mattew la seguía con una cesta de mimbre, sus movimientos torpes pero determinados.

Chris miró a los hermanos, luego a Lily, y su expresión se volvió aún más suspicaz.

—¿Ellos son tu reunión importante?

—Es… es complicado.

—¿Vendrá Edmund también?

La pregunta inocente de Caterina hizo que Lily se pusiera rígida. Chris frunció el ceño.

—¿Quién es Edmund? ¿De qué habla?

—Caterina siempre inventa amigos imaginarios.

Mattew dejó la cesta en el suelo y miró directamente a Chris con esos ojos grandes e inocentes.

—No es… imaginario. Seguro que está enfadado… hoy. Caterina puede… hablar con él… Chris no entiende.

Chris miró alternativamente a los hermanos y a Lily, como si intentara descifrar un acertijo imposible.

—Vale, esto se está poniendo muy raro. ¿Hay algo que no me estáis contando?

—No hay nada que contar. Mattew y Caterina tienen imaginación.

—Funciona mejor… cuando hay menos… ruido.

—¿Qué funciona mejor?

—Nada importante.

—Lily…

—¿Chris, podéis terminar de una vez y marcharos? Por favor.

Su voz sonó desesperada incluso para sus propios oídos. Chris la estudió durante un momento más; luego se giró hacia el plano sin decir nada.

—Tony, recoge las herramientas. Nos vamos.

Chris se dirigió hacia la salida, pero se detuvo en el umbral y se volvió hacia ella.

—No sé qué está pasando aquí, pero cada día te entiendo menos, Lily.

Cuando se fueron, Lily se dejó caer en una silla, temblando. Solo quedaban veinte minutos hasta que llegara Selene, y ya no sabía si estaba preparada para las respuestas que pudiera obtener.

* * *

El Peugeot blanco de Selene apareció entre las sombras del atardecer como una aparición fantasmal. Lily sintió que su estómago

se contraía cuando la figura envuelta en chales coloridos emergió del vehículo, cargando una bolsa de cuero gastada y varias velas gruesas.

—Buenas tardes, querida. Esta casa… respira dolor.

Selene no había cruzado siquiera el umbral y ya sus ojos oscuros recorrían las paredes con una intensidad que hizo que Lily se estremeciera.

—Quizás esto sea una mala idea. Deberíamos…

—¡No! Alguien está aquí… esperando.

Caterina saltó de su silla, sus mejillas redondas brillando de emoción. Mattew dio un paso adelante, entusiasmado.

—Ha estado… inquieto… todo el día. Como si… supiera.

Selene avanzó por el vestíbulo, sus pasos resonando contra el mármol mientras sus manos extendidas parecían tocar energías invisibles. Sus múltiples anillos tintinearon como campanillas funerarias.

—Hay espíritus aquí. Uno muy fuerte al menos, muy confundido. Quizás dos más débiles. Y algo más… algo violento que se oculta.

—Esto es una locura. Tengo que llamar a Chiara, decirle que…

—Lily.

La voz de Selene se había vuelto grave, autoritaria. Sus ojos se clavaron en los de ella con una intensidad hipnótica.

—Hiciste bien en llamarme. Alguien te trajo aquí por una razón. No huyas ahora.

La noche había caído como un manto pesado sobre la villa cuando Selene terminó de disponer sus elementos en el salón principal. Las velas gruesas formaban un círculo perfecto en el suelo de mármol, sus llamas danzando inquietamente pese a la ausencia de corrientes de aire. En el centro había colocado cartas del tarot gastadas,

cristales que parecían absorber la luz, el medallón de Martha y el diario de Edmund de Palestina.

—Sentaos en círculo. Daos las manos.

Caterina se acurrucó junto a Selene con una confianza que resultaba perturbadora en una niña. Mattew tomó la mano sudorosa de Lily, quien se sentía como si fuera a vomitar.

—No sé si puedo hacer esto.

—Ya está aquí. Siento… su tristeza.

Los ojos de Caterina se habían vuelto vidriosos, perdidos. Selene comenzó a murmurar palabras en un idioma que Lily no reconocía, mientras los cristales parecían vibrar con energía propia.

—Espíritus de esta casa, mostraros. Hablad a través de quienes pueden escucharos.

El aire se espesó. Las velas parpadearon violentamente y una de ellas se apagó con un siseo. Mattew apretó la mano de Lily con fuerza, temblando.

—Está… está viniendo.

La respiración de Caterina se volvió pesada, laboriosa. Cuando habló, su voz infantil había desaparecido, reemplazada por un acento inglés aristocrático que helaba la sangre.

—¿Dónde… dónde están todos? ¿Roberts? ¿Florence?

Lily sintió que el mundo se tambaleaba. Era la misma voz de sus sueños, pero ahora salía de los labios de una niña maltesa.

—¿Cómo te llamas?

—Edmund, ¿quién… quién habla? No reconozco esa voz.

—Soy Selene. Estás en tu casa, pero han pasado muchos años.

—Imposible. Acabo de… de hablar con Arthur esta mañana. ¿Dónde está mi hermano? ¿Y Beatrice? ¿Por qué está todo tan silencioso?

Los ojos de Caterina se movían erráticamente, como si buscara algo que no podía encontrar. Lily sentía que su corazón latía tan fuerte que pensó que todos podrían escucharlo.

—Bienvenido Edmund, ¿ves a la joven que está frente a ti?

La mirada vidriosa de Caterina se fijó en Lily con una intensidad que la hizo encogerse.

—¿Eliza? ¿Qué haces aquí tan tarde? Padre se enfadará si te encuentra vagando por la casa a estas horas.

—No soy Eliza. Soy… soy Lily.

—No, no. Tienes sus mismos ojos, su misma… ¿Pero por qué vistes esas ropas extrañas? ¿Qué le has hecho a tu cabello?

Selene se inclinó hacia delante, su voz suave pero penetrante.

—Edmund, ¿esta joven se parece a alguien de tu familia?

—Es nuestra hermanastra. La hija bastarda de padre. Pobrecilla Eliza, siempre tan sola, siempre buscando un lugar donde pertenecer.

Las palabras cayeron como piedras. Lily sintió que las lágrimas le quemaban los ojos.

—¿Tu hermanastra?

—Sí, la hija de Martha Jennings. Padre la trató terriblemente, pero nosotros… nosotros la acogimos como familia. ¿Verdad, Eliza? ¿Recuerdas cómo te protegimos?

Selene estudió el rostro pálido de Lily con la intensidad de alguien que descifraba un enigma ancestral.

—Edmund, esta joven no es Eliza. Podría ser su descendiente.

La postura de Caterina se irguió bruscamente, como si una corriente eléctrica hubiera atravesado su pequeño cuerpo. A través de sus labios, la voz de Edmund se volvió áspera, cargada de una emoción que parecía desgarrar el aire.

—Ahora lo veo, es su nieta. Pero…

¿Cómo

Se detuvo abruptamente, las palabras muriendo en la garganta de Caterina. Sus ojos vidriosos se llenaron de confusión.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Qué año es?

—2025, Edmund. Han pasado casi cien años desde lo que cuentas.

Un gemido ronco escapó de los labios infantiles, un sonido tan desgarrador que Lily se encogió. Mattew apretaba su mano con tanta fuerza que sus nudillos se habían vuelto blancos.

—¿Cien años? No, eso es imposible. Solo estoy esperando. Esperando que Thomas regrese de su paseo por los acantilados.

Selene intercambió una mirada significativa con Lily antes de continuar.

—Edmund, Thomas no va a regresar. ¿Recuerdas qué le pasó?

El cuerpo de Caterina comenzó a temblar violentamente. Su respiración se volvió errática, como si luchara contra algo invisible.

—No… no quiero recordar. Thomas fue al acantilado y luego… luego gritaron. Arthur gritó. Había sangre en las rocas, y Thomas… Thomas no respiraba.

La voz se quebró en un sollozo que sonaba extraño viniendo de una niña.

—Pero no fue un accidente, ¿verdad? Él… él lo mató. Quería que desapareciera porque nosotros… porque él y yo…

—¿Quién lo mató, Edmund?

—¡No! ¡No puedo! Si lo recuerdo completamente, entonces será real. Y no puede ser real porque Thomas prometió que volveríamos a Londres juntos. Prometió que encontraríamos una manera de estar juntos.

Caterina comenzó a convulsionar, sus pequeñas manos aferrándose al aire como si buscara algo que no podía alcanzar. Su rostro se contorsionó en una expresión de agonía que no pertenecía a sus años.

—Edmund, tienes que recordar la verdad para poder descansar.

—¡No quiero descansar! ¡Quiero que Thomas regrese! ¡Quiero que todo vuelva a ser como antes!

Mattew saltó hacia delante con una agilidad inesperada, rompiendo el círculo al agarrar a su hermana por los hombros.

—¡Caterina! ¡Déjala… en paz!

El movimiento fracturó la energía concentrada como un cristal al estrellarse contra el suelo. Caterina se desplomó contra su hermano, jadeando y temblando, mientras sus ojos recuperaban lentamente su inocencia habitual.

En ese preciso instante, Selene entró en trance, su cabeza cayendo hacia atrás mientras sus ojos se ponían en blanco. Un gemido gutural escapó de su garganta, como si algo antiguo y doloroso hubiera tomado posesión de ella.

La bombilla de la habitación, apagada hasta ese momento, empezó a brillar con una luz cada vez más intensa, hasta que explotó con un estruendo. Lily dio un salto mientras las chispas de cristal se dispersaban, brillando un instante como estrellas fugaces. Inmediatamente después, el sonido de cristales haciéndose añicos resonó desde detrás de los presentes.

Un murciélago negro atravesó la ventana recién reparada en una cascada de fragmentos brillantes, sus alas desplegadas en un vuelo errático y desesperado. El animal se estrelló contra el suelo de mármol en el centro exacto donde habían estado las cartas del tarot, sus pequeñas extremidades retorciéndose una vez antes de quedar inmóvil.

Las velas restantes parpadearon y se apagaron una por una, como si la villa entera hubiera contenido la respiración, dejando únicamente la luz de la luna filtrándose a través del agujero irregular en el cristal.

Selene levantó la cabeza, sus ojos volviendo a enfocar con dificultad. Cuando habló, su voz temblaba con una preocupación profunda.

—Esto no debería haber pasado. Romper el círculo de esa manera… deja las cosas a medias. Cabos sueltos. Energías sin resolver.

Miró el murciélago muerto con expresión sombría.

—Los espíritus no pueden regresar a donde pertenecen cuando se interrumpe bruscamente la comunicación. Edmund sigue aquí, pero ahora está más confundido que antes, más presente.

Lily observó los cristales esparcidos por el suelo, el animal muerto, la ventana rota que dejaba entrar la brisa nocturna de Malta. Su cuerpo temblaba incontrolablemente.

* * *

A la mañana siguiente, los fragmentos de cristal aún brillaban como diamantes dispersos sobre el mármol del salón principal. Todos se habían marchado hacía horas y Lily permanecía inmóvil en su cama provisional del cuarto del piso superior, observando cómo los rayos del sol creaban pequeños arcoíris al entrar en contacto con las partículas de polvo.

Había conseguido dormir unas pocas horas sin pesadillas, sin Edmund susurrándole secretos desde las sombras, sin voces del pasado reclamando su atención. Un milagro, considerando la intensidad de la sesión con Selene. Cuando todos se habían marchado la noche anterior, ella había barrido los cristales más grandes y cubierto el murciélago con una toalla, pero el resto del desastre seguía ahí, esperando una explicación que no existía.

¿Cómo iba a justificar ante Chris que una bombilla había explotado sola? ¿Que la ventana recién instalada tenía ahora un agujero

perfectamente redondo? ¿Y que había un murciélago muerto en el centro del salón, formando una mancha oscura de sangre que parecía una firma en el recién pulido mármol blanco?

El sol ascendía rápidamente, calentando su rostro y devolviendo cierta normalidad al mundo. Los sucesos de la noche anterior se difuminaban con la luz del día, volviéndose menos reales, más distantes. Casi podía convencerse de que había sido un sueño particularmente vívido.

Estaba considerando levantarse para preparar café y enfrentar las explicaciones inevitables cuando un ruido la detuvo. Algo se movía en una habitación del piso inferior, el espacio que Chris y ella habían improvisado como cocina provisional para los trabajadores.

Se incorporó, aguzando el oído. El sonido llegaba otra vez: pasos suaves pero deliberados, como si alguien se moviera con cuidado entre los suministros abajo. Lily frunció el ceño. Chris y su equipo no llegaban hasta las ocho, y apenas eran las siete y media.

Un tintineo metálico siguió a los pasos, como si alguien manipulara herramientas o utensilios. Después, el inconfundible sonido de agua corriendo y el golpe sordo de algo pesado contra la superficie de trabajo.

Lily se puso en pie con cautela, descalza sobre el mármol frío. Su corazón comenzó a latir más rápido mientras bajaba la escalera y se acercaba a la habitación.

—Maldita sea esta invención del demonio…

La voz de Edmund flotaba desde la cocina improvisada, cargada de frustración aristocrática. Lily se asomó por el marco de la puerta y casi se desmayó.

Allí estaba él, tan sólido y real como cualquier persona viva, vestido con una camisa blanca arrugada y chaleco oscuro, manipulando torpemente la cafetera de cápsulas como si fuera un artefacto alienígena. Su cabello oscuro caía sobre la frente mientras

examinaba el aparato con el ceño fruncido, girándolo en todas las direcciones posibles.

—¿Dónde diablos está la tetera? ¿Y el fogón?

Edmund había logrado abrir varios armarios improvisados, dejando un rastro de destrucción entre latas de pintura y herramientas. Sobre la superficie de trabajo se amontonaban objetos que claramente lo desconcertaban: una lata de capuchino instantáneo que sostenía como si contuviera explosivos, otra verde de té matcha que había alejado con evidente desconfianza.

—Esto debe ser veneno para ratas —dijo, empujando el matcha hacia un rincón—. ¿Qué clase de almacén es este?

Lily se pellizcó el brazo con fuerza. El dolor fue real, inmediato. No estaba soñando. Edmund Barrington, muerto desde hace décadas, estaba intentando prepararse un café en su cocina provisional del siglo XXI a pie de obra.

Había descubierto las cápsulas del café y las examinaba con fascinación científica, sosteniéndolas contra la luz matutina que se filtraba por la ventana.

—Ah, aquí está el café. Encerrado en estas… ¿Latas minúsculas de metal? ¿Qué clase de invento es este?

Con la determinación de un arqueólogo, Edmund tomó un destornillador cercano y comenzó a atacar una cápsula, intentando extraer el café molido. El contenido se desparramó por toda la superficie mientras él gruñía de satisfacción.

—¡Por fin! Ahora solo necesito agua caliente y…

Se detuvo al notar la presencia de Lily en el umbral. Sus ojos grises la recorrieron de arriba abajo con esa mirada aristocrática que había perfeccionado en vida, como si evaluara a una nueva criada.

—¿Se va a quedar ahí plantada toda la mañana, señorita Carter, o va a ayudarme con este maldito artilugio del demonio a preparar el desayuno?

Lily abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua. Su cerebro se negaba a procesar la situación.

—Tú… tú no puedes estar aquí. Estás…

—¿Muerto? —Edmund dejó el destornillador y se cruzó de brazos—. Sí, bueno, ese es un detalle menor. Lo importante ahora es que necesito un café decente y la villa hoy día parece estar gestionada por lunáticos. ¿Dónde está el servicio competente aparte de usted?

—¿El servicio? —Lily encontró su voz, aunque salió como un chillido —. ¡No hay servicio! ¡Esto es una obra! ¡Y tú eres un fantasma, no eres real!

Edmund la miró con el desdén reservado para empleados particularmente obtusos.

—Fantasma es una palabra muy dramática, señorita. Prefiero 'temporalmente desplazado'. Y francamente, después de casi un siglo esperando un café decente, creo que merezco un poco de consideración.

Señaló la cafetera con aire imperioso.

Lily se quedó plantada en el umbral, dividida entre la incredulidad absoluta y una irritación creciente que no sabía si dirigir contra Edmund o contra su propia cordura. Esto tenía que ser un sueño, el más vívido y frustrante de todos. Pero el frío del mármol bajo sus pies descalzos se sentía demasiado real, y el aroma del café derramado llenaba sus fosas nasales con una intensidad que ningún sueño podía replicar.

—Está bien —dijo entre dientes, acercándose a la máquina—. Si esto es una pesadilla, mejor que termine pronto.

Tomó una cápsula nueva, la insertó en la máquina y pulsó el botón para hacer un café expreso. El rugido familiar de la máquina rompió la calma de la mañana.

Edmund retrocedió como si hubiera presenciado un milagro, sus ojos grises abiertos de par en par.

—¡Por todos los santos! ¿Cómo funciona esto? —Se agachó para examinar la base del aparato, buscando desesperadamente alguna fuente de calor—. ¿Dónde están las llamas? ¿El carbón? ¿De dónde sale el vapor?

—Electricidad —dijo Lily, observando cómo el café negro goteaba en la taza—. Se llama electricidad.

—¿Electricidad para calentar un café? —Edmund siguió inspeccionando la máquina como si fuera un artefacto de otro planeta—. Esto es brujería pura.

El café terminó de gotear y Lily le entregó la taza. Edmund la tomó con reverencia, inhaló el aroma y dio un sorbo cauteloso. Su expresión se transformó en algo parecido a la adoración.

—Dios mío, esto es… esto es excelente. Casi compensa el ruido infernal que ha plagado mi villa durante semanas.

—No es tu villa —replicó Lily automáticamente.

—Por supuesto que es mi villa. Y hablando de ruidos, ese capataz conocido suyo, el grosero, es particularmente ofensivo. ¿Cuándo planean casarse?

—¿Casarnos? —La voz de Lily subió una octava—. ¡No vamos a casarnos! ¡Ni siquiera somos pareja!

Edmund la miró con el ceño fruncido, como si hubiera admitido algo escandaloso.

—¿Cómo que no son pareja? ¿Entonces cómo permite que ese hombre pase tanto tiempo a solas con usted? Sin dama de compañía… —Dejó la taza con un golpe que resonó por toda la habitación—. ¡Van a pensar que es usted una mujer de mala vida!

—¡¿Una qué?! —Lily sintió que su temperatura corporal se elevaba peligrosamente—. ¡No necesito alcahueta! ¡Estamos en 2025, no en 1930!

Edmund ignoró su protesta y comenzó a hojear una revista de decoración que Lily había dejado sobre la superficie de trabajo. Sus comentarios se volvieron progresivamente más despectivos mientras pasaba las páginas.

—Qué horror. Mire este sofá, parece un saco de dormir gigante. ¿Y esta mesa? —¿De qué madera de color rosa está hecha? —Señaló una imagen de un diseño minimalista escandinavo—. En mis tiempos, los muebles tenían clase, personalidad. Esto parece el interior de un hospital para locos.

Un pitido agudo interrumpió su crítica. El móvil de Lily se había iluminado con un mensaje entrante. Edmund se quedó petrificado, observando la pantalla brillante como si se acabara de materializar el mismísimo demonio.

—¿Qué es eso? —Su voz bajó a un susurro reverencial—. ¿Es una máquina de telegramas? Pero… ¿Dónde están los cables? ¿Cómo llegan los mensajes?

Lily miró la pantalla y su corazón se detuvo. El mensaje era de Chris: "Llegamos en 10 minutos. Espero que ya estés despierta."

Diez minutos. Chris y todo su equipo llegarían en diez minutos y Edmund seguía allí, sólido como cualquier persona viva, preparado para crear el caos más monumental de la historia de las obras.

—Tienes que irte —susurró Lily, sintiendo pánico genuino—. Ahora mismo. Chris viene con sus hombres y…

—¿Irme? —Edmund se irguió con toda su arrogancia aristocrática—. Esta es mi casa, señorita Carter. Si alguien debe irse, es ese capataz impertinente y sus ruidos molestos.

Un sonido de un motor diésel resonó desde el camino de acceso. Demasiado tarde. Los obreros habían llegado antes de tiempo.

Lily miraba desesperadamente a su alrededor. Edmund había desaparecido de repente como si nunca hubiera estado allí, pero las pruebas de su presencia permanecían: la taza de café humeante, el

café derramado sobre la superficie de trabajo, las cápsulas destrozadas esparcidas por todas partes.

Los pasos pesados de Chris resonaron en el vestíbulo, seguidos por las voces de sus trabajadores. Lily corrió hacia el salón, recogió la toalla que cubría el murciélago muerto y la lanzó detrás de un sofá cubierto con una sábana.

—¡Lily! —La voz de Chris atravesó la villa como un trueno—. ¿Qué coño ha pasado aquí?

Se quedó plantado en el umbral del salón, con las manos en las caderas y una expresión que mezclaba incredulidad con algo parecido a la furia. Sus ojos recorrieron los cristales esparcidos, el agujero perfecto en la ventana recién instalada, los restos de la bombilla que colgaba del techo como un esqueleto de vidrio.

—Ha sido… una noche larga —dijo Lily, intentando sonar casual mientras apartaba algunos fragmentos con el pie.

—¿Una noche larga? —Chris avanzó hacia el centro del salón, esquivando los cristales—. ¿Qué clase de noche larga incluye reventar bombillas y romper ventanas? ¿Has montado aquí una fiesta ilegal?

Detrás de él, Mario y Giuseppe intercambiaron miradas significativas. Nunca habían visto a su jefe tan alterado por los desperfectos de una obra.

—No es lo que parece. Hubo un… accidente. Un murciélago entró por la ventana y…

—¿Un murciélago? —Chris se rio con amargura—. ¿Un murciélago que maneja explosivos?

Se dirigió hacia la cocina improvisada, donde el desastre era aún más evidente. Al ver las dos tazas de café, una vacía y otra aún humeante, se detuvo en seco.

—Ah, claro. Ya entiendo la situación.

Su voz había bajado a un tono peligrosamente tranquilo mientras tomaba la taza caliente entre sus manos.

—Has estado de fiesta con tu amiguito Edmund toda la noche, ¿verdad?

Lily sintió que la sangre se le subía a la cabeza.

—¿Mi amiguito Edmund? ¿De qué hablas?

—El tipo que mencionó el crío ayer. El que ahora vive aquí contigo, aparentemente. —Chris comenzó a revisar los armarios improvisados, abriendo puertas con golpes secos—. ¿Dónde se ha metido? ¿En el baño? ¿Escondido detrás de las cortinas?

—¡Estás completamente loco!

—¿Loco? —Chris se volvió hacia ella con los ojos brillando de una forma que Lily no había visto antes—. Dos tazas de café recién hecho, cristales por todas partes, tú con esa cara de resaca… ¿Qué conclusión quieres que saque?

Mario y Giuseppe habían dejado de trabajar, observando el espectáculo con fascinación. El gran Chris Bennett, que nunca perdía los nervios con nadie, estaba comportándose como un adolescente celoso.

—¡Para tu información, machirulo de mierda! —Lily se plantó las manos en las caderas—. Si yo quisiera liarme con Edmund o con quien me diera la gana, a ti no te importaría nada. ¡No tenemos nada juntos!

—¿Machirulo? —La voz de Chris subió una octava—. ¿Por preocuparme porque mi compañera de trabajo está destrozando la obra que compartimos?

—¡Tu compañera de trabajo no te debe explicaciones sobre su vida privada!

—¡Cuando afecta al proyecto, sí!

Los trabajadores se habían quedado inmóviles, boquiabiertos ante el intercambio. Giuseppe le susurró algo a Mario en italiano sin apartar los ojos del espectáculo, en la discusión, como si estuvieran viendo una telenovela.

—¡Sabes qué! —Chris arrojó la taza a un cubo que hacía de fregadero improvisado, donde se estrelló con un ruido seco—. Haz lo que te dé la gana. Pero cuando tu noviete rompa más cristales borracho, tú te haces cargo de los gastos y le das las explicaciones pertinentes a Chiara.

Salió del salón con pasos que retumbaron por toda la villa. La puerta principal se cerró con un portazo que hizo temblar las ventanas restantes.

Lily se quedó en medio del desastre, con las mejillas ardiendo y el corazón latiendo como un tambor de guerra. Los trabajadores la miraban con una mezcla de compasión y curiosidad mal disimulada.

—Bueno —dijo Mario en su inglés fracturado—. El jefe está… ¿Cómo se dice? ¿Jealous?

—Celoso —corrigió Giuseppe, asintiendo sabiamente—. Muy celoso.

—¡No está celoso! —protestó Lily—. ¡Está siendo un idiota!

Pero mientras recogía los cristales con manos temblorosas, no pudo evitar preguntarse si los trabajadores tenían razón. Y lo que era peor, no sabía si la idea la molestaba o la emocionaba.

Lo único que sabía con certeza era que cada día estaba más loca.

* * *

Unas horas más tarde, la tensión en la villa se había vuelto espesa como el alquitrán maltés bajo el sol del mediodía. Mario y Giuseppe trabajaban con martillos neumáticos en el vestíbulo, pero incluso su estruendo no conseguía ocultar la tensión que flotaba entre Lily y Chris como un gas tóxico.

Lily extendía muestras de tela sobre la mesa improvisada del salón, fingiendo concentración absoluta en los tonos crema y dorado. Pero sus ojos se desviaban constantemente hacia las esquinas, esperando que Edmund se materializara de la nada como había hecho esa mañana. Cada sombra la sobresaltaba, cada crujido de la madera antigua la ponía en alerta.

Chris, por su parte, revisaba planos estructurales con una intensidad feroz, trazando líneas con tanta fuerza que la punta del lápiz se partió dos veces. No había dirigido ni una mirada hacia Lily desde su explosión matutina, pero Giuseppe notó que se las arreglaba para trabajar siempre en zonas desde donde podía observarla de reojo.

—¿Jefe? —Mario se acercó con cautela—. ¿Paramos para comer?

Chris gruñó algo que sonó como asentimiento. Los trabajadores recogieron sus herramientas con alivio, ansiosos por escapar de la atmósfera cargada que llenaba la villa.

—Nos vemos a las dos, jefe —dijo Giuseppe, dando palmaditas comprensivas en el hombro de Chris antes de salir.

Lily esperó hasta escuchar el motor de la furgoneta alejándose por el sendero. Recogió sus muestras de tapicería con movimientos mecánicos, decidida a seguir trabajando en las habitaciones del primer piso donde podría evitar cualquier encuentro incómodo con Chris, que parecía no tener plan de ir a comer a ningún sitio.

Subió las escaleras gastadas, sus pasos resonando en la penumbra del pasillo. El pasillo superior conservaba un aire de abandono que los trabajos de restauración aún no habían tocado, con puertas entornadas que se abrían a habitaciones llenas de sombras y polvo.

Se dirigió hacia lo que había sido el despacho privado de Edmund, una habitación que habían designado para convertir en un estudio de lectura. Al empujar la puerta, las bisagras protestaron con un gemido metálico.

Edmund estaba allí, de pie junto a la ventana, gesticulando violentamente mientras hablaba con alguien invisible. Su voz se

alzaba y bajaba en una discusión acalorada, las palabras entrecortadas por la furia.

—¡No tenías derecho! ¡Era mi decisión! ¡Mi vida!

Lily se quedó paralizada en el umbral, observando cómo Edmund se volvía hacia un espacio vacío junto a la chimenea apagada.

—¡Tu decisión nos llevó al abismo! —gritó al aire—. ¡A todos nos arrastraste contigo!

—Edmund —susurró Lily, y él se giró hacia ella con ojos que brillaban de rabia.

—¡Lily Cárter! —señaló con un dedo acusador—. ¡Siempre juzgando, siempre creyendo que sabe lo que es mejor!

—¿De qué hablas? ¿Con quién discutías?

—¡Con mi padre! —escupió las palabras como veneno—. No me deja en paz ni muerto.

Lily miró alrededor de la habitación vacía, sintiendo un frío que no tenía nada que ver con la brisa marina.

—No hay nadie aquí, Edmund.

—¡Claro que está aquí! —Edmund se acercó a ella con pasos furiosos —. ¡Igual que está usted aquí metiéndose donde no la llaman! ¡Esta sigue siendo mi casa!

Tomó una botella de whisky que había aparecido de la nada sobre el escritorio polvoriento y la arrojó contra la pared. El cristal estalló en mil pedazos, y el alcohol se derramó sobre la madera seca como gasolina.

Una vela que Lily no recordaba haber visto antes ardía sobre la repisa de la chimenea, su llama danzando con violencia sobrenatural. De pronto, como empujada por una mano invisible, se precipitó al suelo.

El fuego se extendió por el alcohol derramado con la velocidad de una serpiente, lamiendo las cortinas descoloridas y trepando por las paredes con hambre voraz. El humo negro llenó la habitación en segundos.

—¡Edmund!

Pero él había desaparecido, dejándola sola con las llamas que se alzaban como demonios naranjas.

Lily corrió hacia la escalera, tosiendo mientras el humo le quemaba los pulmones. Sus pies resbalaron en el primer escalón, el pánico nublando su coordinación. Perdió el equilibrio y rodó por la escalera. Su tobillo derecho chocando contra los escalones con cracs secos que resonaron como disparos.

Aterrizó en el vestíbulo, jadeando de dolor y terror, incapaz de levantarse mientras el humo comenzaba a descender como una cortina gris.

—¡Ayuda! —gritó con toda la fuerza que le quedaba—. ¡Ayuda, por favor!

El estruendo de pasos corriendo resonó por el vestíbulo de mármol. Chris había estado en la furgoneta buscando unas herramientas antes de dirigirse a un lugar apartado en los jardines para disfrutar de su bocadillo. Escuchó los gritos desesperados que atravesaban las paredes centenarias como cuchillos y entró de inmediato en la villa.

—¡Lily! ¿Dónde estás?

La encontró tendida al pie de la escalera, el cabello castaño revuelto y una expresión de terror absoluto grabada en el rostro. Su tobillo derecho formaba un ángulo antinatural que hizo que Chris maldijera entre dientes.

—¿Qué cojones ha pasado? —se arrodilló junto a ella, las manos grandes y callosas evaluando los daños con sorprendente delicadeza.

—El fuego… —Lily intentó incorporarse, pero el dolor la hizo gemir—. Edmund… la habitación de arriba está ardiendo…

Chris alzó la vista hacia el primer piso. No había humo, no había llamas, no había nada excepto el ambiente polvoriento de siempre.

—No hay ningún fuego, Lily.

—¡Sí que lo hay! —gritó, aferrándose a su camiseta con dedos desesperados—. ¡En el despacho! ¡Edmund tiró la botella y…!

Chris la levantó del suelo sin esfuerzo, ignorando sus protestas. El cuerpo de Lily se amoldó contra su pecho como si hubiera nacido para estar allí, pero él se concentró en caminar sin sacudir su tobillo herido.

—Tranquila. Te llevo al hospital.

La depositó en el asiento del copiloto de la furgoneta con cuidado, ajustando el cinturón de seguridad alrededor de su cintura temblorosa. Durante el trayecto hacia Mater Dei, marcó el número de Giuseppe con el manos libres.

—Giuseppe, necesito que subas al primer piso y revises el despacho. Lily dice que había un incendio.

La voz confundida de su capataz llenó el habitáculo.

—¿Un incendio? Jefe, acabamos de llegar. No hay rastro de fuego en ninguna parte. Todo está igual que esta mañana.

Lily se hundió en el asiento, las lágrimas rodando por sus mejillas como ríos salados.

—No entiendo qué me está pasando —susurró—. Créeme, Chris, había fuego. Edmund estaba allí, discutiendo con alguien invisible, y después todo ardía…

Chris aparcó en el área de urgencias y volvió a tomarla en brazos, sintiendo cómo su cuerpo se estremecía contra el suyo.

—Vamos a conseguir que te vean ese tobillo primero. Después hablamos.

* * *

El doctor confirmó que era una torcedura limpia que sanaría en unas semanas con una bota ortopédica. Pero Lily apenas registró las palabras del médico. Estaba sentada en la camilla, las manos tapándose el rostro mientras sollozaba sin control.

—Debo estar volviéndome loca —dijo entre lágrimas—. Ya me lo decía mi madre… que era demasiado imaginativa, que veía cosas que no existían… Ay, Dios, Chris, lo siento tanto. Siento haberte causado problemas, siento haber sido una idiota contigo esta mañana. Bueno, en realidad toda la semana. No sé qué me pasa, no sé por qué…

Chris la observó desmoronarse, toda su coraza profesional desintegrándose hasta dejar al descubierto a una mujer frágil y aterrorizada. Algo se removió en su pecho, una ternura que no había sentido nunca.

—Eh, para. —Se acercó hasta quedar entre sus piernas, las manos grandes enmarcando su rostro húmedo—. No eres una idiota.

—Sí que lo soy. Veo fantasmas, imagino incendios, y te trato como si fueras mi enemigo cuando…

—¿Cuándo qué?

Lily alzó los ojos grises hacia él, brillantes de lágrimas y vulnerabilidad.

—Cuando no puedo dejar de pensar en ti.

Chris no pudo resistirse más. Sus labios encontraron los de ella con una intensidad que había estado conteniendo durante días, semanas. El beso fue hambriento, desesperado, cargado de toda la tensión que había crepitado entre ellos desde el primer día.

Lily se derritió contra él, sus brazos rodeando su cuello mientras el mundo se desvanecía. El hospital, Edmund, el tobillo roto, todo desapareció excepto el calor masculino que la envolvía y el sabor de los labios de Chris.

Por primera vez en meses, tenía la mente en blanco. En solo unos segundos se habían desvanecido de repente meses de preocupaciones. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía completamente feliz.

Parte 3: El precio de la venganza



Capítulo 17: 2025 - La promesa de una matriarca

A finales del verano, el calor no daba tregua en Sicilia. Sobre los viñedos flotaba un zumbido denso de insectos, como si la estación se negara a marcharse. Alessandro Barrington Moretti caminaba entre las hileras con paso pausado, las manos manchadas de tierra evaluando los racimos con la delicadeza de un artista ante su lienzo.

Los viñedos se extendían hasta perderse en las colinas ondulantes, un mar verde que susurraba secretos antiguos con cada brisa mediterránea. El aroma dulce de las uvas maduras se mezclaba con el perfume salvaje del romero y la lavanda que crecía entre las piedras volcánicas. Alessandro se detuvo junto a una vid centenaria, sus dedos rozando los racimos como si pudiera leer su historia en la piel cerosa de las uvas.

A los cincuenta y ocho años, conservaba la elegancia mediterránea heredada de ambos padres. El cabello oscuro, salpicado de plata en las sienes, se agitaba con la brisa mientras sus ojos marrones estudiaban el fruto con concentración absoluta. La camisa de lino blanco, arrugada por el trabajo, se adhería a su torso atlético mantenido por décadas de labor en los campos.

—Perfecta acidez —dijo para sí mismo, aplastando una uva entre los dedos y probando el jugo—. Dos días más y estarán listas.

Su bodega se alzaba a lo lejos como un templo dedicado al dios Baco, las paredes de piedra dorada reflejando los últimos rayos del sol. En el interior, barricas de roble francés descansaban en filas ordenadas, cada una conteniendo el fruto de años de paciencia y arte. Alessandro había convertido este rincón de Sicilia en su santuario personal, lejos de las complicaciones emocionales que habían marcado su vida.

Sacó el teléfono del bolsillo para revisar la hora cuando la pantalla se iluminó con una llamada entrante. El nombre "Residenza Santa Lucia" apareció en letras negras que le helaron la sangre.

—Pronto —contestó, la voz ronca de preocupación.

—Signor Moretti, soy la hermana Francesca. Su madre ha empeorado esta mañana. El médico… cree que debería venir lo antes posible.

Alessandro cerró los ojos, la mano libre aferrándose a la vid como si fuera un ancla.

—¿Qué ha pasado?

—Se desplomó durante el desayuno. Está consciente, pero muy débil. Pregunta por usted constantemente.

El teléfono se le resbaló ligeramente entre los dedos sudorosos. Su madre, Giulia, había sido siempre el pilar emocional de la familia, la que mantenía unidas las piezas dispersas de los antiguos Barrington con amor incondicional y comidas dominicales.

—Salgo ahora mismo hacia el coche.

Colgó y permaneció inmóvil entre las vides, el peso de la culpa aplastándolo como una prensa de vino. Llevaba casi tres meses sin visitar a su madre en la residencia, refugiándose en el trabajo para evitar enfrentar su deterioro. Siempre había mañana, siempre había una excusa: la vendimia, una degustación importante, cualquier cosa que le permitiera mantener la distancia emocional que había cultivado como escudo protector.

La cadena masiva de oro que llevaba al cuello, regalo de su padre Henry años atrás, se sintió pesada contra su pecho. Se la tocó con reverencia antes de echar a correr hacia la casa, el corazón latiendo con una urgencia que no había sentido en años.

Mientras conducía hacia la residencia en el viejo Alfa Romeo, los viñedos se difuminaron en una mancha verde tras las lágrimas que no había derramado en décadas.

La tierra no juzgaba, pero los corazones sí guardaban cuenta de las ausencias.

* * *

El Alfa Romeo rugió por las carreteras serpenteantes de Sicilia, levantando nubes de polvo dorado que se asentaban sobre las chumberas del camino. Alessandro conducía con la urgencia de quien huye del remordimiento, las manos aferradas al volante mientras el paisaje mediterráneo se desdibujaba en manchas de ocre y verde esmeralda.

La Residenza Santa Lucia se alzaba entre limoneros como una villa aristocrática convertida en refugio para ancianos acomodados. Los muros de piedra caliza brillaban bajo el sol siciliano, decorados con azulejos de Caltagirone que narraban escenas pastorales en azul cobalto. Jardines cuidados se extendían en terrazas escalonadas, donde residentes paseaban entre rosales que perfumaban el aire con dulzura nostálgica.

Alessandro aparcó bajo una pérgola cubierta de jazmín y atravesó el vestíbulo de mármol rosa, sus pasos resonando contra las columnas que sostenían un techo abovedado pintado con querubines. Enfermeras vestidas de blanco se deslizaban silenciosas entre sillones tapizados, donde algunas ancianas bordaban mientras sonaba música clásica en una radio.

La habitación de Giulia estaba en el primer piso, con vistas a los jardines y el mar lejano que brillaba como metal fundido. Alessandro empujó la puerta con el corazón martilleando contra las costillas, esperando encontrar a su madre postrada y moribunda.

En cambio, Giulia Moretti estaba sentada en su butaca favorita, un mueble tapizado en brocado verde que había pertenecido a su casa de Palermo. Sus casi noventa años se asentaban con dignidad sobre la estructura menuda pero resistente, el cabello blanco como nieve recogido en un moño impecable. Los ojos marrones, idénticos a los de Alessandro, brillaban con una vivacidad que desmentía cualquier enfermedad grave.

—Mamma —dijo Alessandro, arrodillándose junto a la butaca.

Giulia alzó una mano arrugada pero firme para acariciar la mejilla de su hijo, sus dedos trazando las líneas que el tiempo había grabado en ese rostro tan parecido al de su esposo Henry.

—Alessandro, figlio mio. Finalmente, has venido.

—Me dijeron que te habías desmayado, que estabas muy mal…

En los ojos de Giulia volvió a encenderse aquella chispa de décadas atrás, la misma con la que había convencido a Henry de comprarle vestidos caros en Palermo.

—Ho mentito —confesó sin rastro de culpa—. Fingí el mareo para que vinieras. Ni tú ni tu hermana Chiara os preocupáis lo más mínimo por vuestra madre. Tres meses, Alessandro. Tres meses sin verte.

Alessandro bajó la cabeza, avergonzado. El peso de la cadena de oro se sintió en ese momento como una soga al cuello.

—Mamma, sabes que el trabajo…

—Il lavoro, sempre il lavoro —lo interrumpió con tono severo—. Tu padre también se escondía en los viñedos cuando no quería enfrentar la realidad.

Giulia se incorporó en la butaca, su espalda manteniéndose erguida pese a los años. En la mesilla, fotografías de boda con Henry se mezclaban con rosarios de perlas y un recetario manuscrito de cocina siciliana manchado por décadas de uso.

—Mi tiempo se acaba, figlio. Lo siento en los huesos, en el aire que respiro. Y tengo una promesa que cumplir.

Alessandro alzó la vista, encontrando una determinación férrea en los ojos maternos que no había visto nunca antes.

—¿Qué promesa?

—Una que le hice a tu padre antes de morir. Algo que he postergado demasiado tiempo por cobardía, pero que no puedo llevarme a la tumba.

El aire de la habitación se volvió pesado, difícil de respirar.

Giulia se levantó de la butaca y se dirigió hacia el escritorio que dominaba un rincón de la habitación. Sus dedos, temblorosos pero decididos, abrieron el cajón superior y extrajeron una carta amarillenta, con un sello roto de lacre rojo que llevaba el escudo antiguo de los Barrington.

—Tu padre me entregó esto tres días antes de morir —murmuró, acariciando el sobre como si fuese una reliquia sagrada—. Era una confesión que había guardado durante casi setenta años su padre, una culpa que lo carcomía por dentro como el óxido devora el hierro.

Alessandro se acercó, intrigado por el temblor en la voz de su madre. Nunca había visto a Giulia manifestar tal gravedad, ni siquiera durante el funeral de Henry.

—Mamma, ¿de qué hablas? Papá nunca mencionó nada sobre culpas o confesiones.

Los ojos de Giulia se empañaron mientras contemplaba el retrato de boda que presidía la mesilla. Henry sonreía desde el marco dorado, joven y radiante en su traje siciliano, ajeno al peso que llevaría durante décadas.

—Tu nonno Arthur era un hombre bueno, Alessandro. Aunque también cometió errores como todo el mundo. En la Villa Barrington ocurrieron cosas por aquel entonces que jamás debían haber ocurrido. Después se casó con esa chica de Londres tras la muerte de su hermano Edmund, y juntos se mudaron a Sicilia para escapar de los fantasmas de Malta.

Giulia abrió el sobre con cuidado ceremonial, desplegando páginas escritas con la caligrafía elegante de Arthur. Las palabras danzaron ante sus ojos como mariposas nocturnas.

—Tu abuelo Arthur nunca pudo perdonarse por no haber salvado a su hermano Edmund. Sabía que Thomas no había caído accidentalmente por el acantilado. Lo vio empujado por alguien, pero cobardemente decidió callar para proteger a la familia de un escándalo mayor. Eran otros tiempos.

Alessandro sintió que el aire se espesaba en la habitación. Los olores del jazmín y los limoneros se volvieron asfixiantes.

—¿Quién es Thomas? ¿Un asesinato en la Villa Barrington?

—Thomas era el amante de Edmund. Sí, figlio mio. El hermano de tu abuelo era homosexual, o como quiera que se diga ahora. Y Arthur vivió con esa culpa hasta el día de su muerte. Se lo confesó a tu padre cuando Henry ya era adulto, y la culpa se transmitió como una herencia maldita. Henry me hizo jurar que yo iría a Malta, que visitaría la villa antigua familiar de los Barrington y pediría perdón a Edmund en nombre de Arthur. Honraría de alguna forma su memoria. Tampoco me dio muchos detalles. Ya sabes cómo era tu padre.

Las manos de Alessandro temblaron mientras procesaba la revelación. Su abuelo, el hombre que recordaba riendo en los viñedos y enseñándole a distinguir uvas maduras, había cargado con el secreto de un asesinato.

—¿Y quién asesinó a ese Thomas?

Giulia negó con la cabeza.

—Eso Henry nunca lo supo. Tu abuelo Arthur se llevó ese secreto a la tumba. Solo sabía que había sido testigo silencioso de un crimen y que su silencio había condenado a Edmund a vivir en el infierno de la culpa y el alcohol. Al parecer, tu abuelo tardó tiempo en aceptar que las inclinaciones de su hermano Edmund no eran nada malo. Los tiempos fueron cambiando, hijo.

La carta crujió entre los dedos de Giulia mientras la plegaba de nuevo.

—Tengo ochenta y nueve años, Alessandro. Mi corazón no resistirá mucho más tiempo, y no puedo fallarle a Henry. Debo ir a Malta, debo visitar la villa y cumplir la promesa.

Alessandro contempló a su madre, frágil pero férrea, comprendiendo que ningún argumento la disuadiría de esa misión final.

—Mamma, estás demasiado mayor para viajar. Malta está lejos, y yo tampoco he salido nunca de Sicilia. Chiara es la obsesionada con esa villa como tú ahora. A saber el dinero que lleva gastado para devolverle su esplendor pasado. Solo sé lo que me ha ido contando por teléfono.

—Entonces ven conmigo —dijo Giulia, tomando las manos de su hijo —. Ayúdame a liberar a nuestra familia de este capítulo negro. Ayúdame a darles paz a tu abuelo Arthur y a tu padre Henry.

* * *

El restaurante Zeri's rebosaba del bullicio típico del mediodía maltés, con turistas y locales mezclándose entre el tintineo de copas y el aroma a pescado fresco. Chiara cortó su branzino con precisión mientras observaba a Chris desenvolver su sándwich de atún como si fuese un regalo de Navidad.

Chiara apartó su plato y se inclinó hacia su bolso, sacando una caja de cartón desgastado que depositó sobre la mesa con cuidado.

—Casi lo olvido. Las fotografías que me pediste.

Lily alzó la vista de su ensalada y parpadeó sorprendida.

—¿Las encontraste?

—Estaban en la casa de Sofía; me las llevé allí cuando vaciamos la villa antes de empezar la reforma. —Chiara empujó la caja hacia ella —. No sé si te servirán de algo.

—Son perfectas. —Lily retiró la tapa con dedos ansiosos, fingiendo despreocupación—. Pensaba enmarcar algunas para la decoración final. Ya sabes, darle ese toque de historia auténtica al proyecto.

Pero mientras hojeaba las fotografías en sepia y blanco y negro, su corazón latía desbocado. Reconoció a Edmund de inmediato, más joven, sin las sombras que lo perseguían en la villa. Arthur junto a él, ambos en uniforme militar. Violet con un vestido de encaje, los ojos tristes incluso a través del tiempo.

Una imagen particular llamó su atención. Beatrice, radiante en un vestido de novia muy exótico, junto a un hombre de rasgos marcadamente hindúes, su sonrisa tan luminosa como la de ella.

—¿Quién es este?

Chiara se inclinó para ver mejor.

—Ah, ese es el marido de Beatrice. Se casaron en 1930, poco después de que mi abuelo… —Se interrumpió, sonriendo—. Bueno, poco después de que las cosas se complicaran. Se marcharon a la India juntos. Un escándalo para la época, por supuesto.

—¿La India?

—Beatrice nunca volvió. —Chiara bebió de su vino—. Fue la única que realmente se separó para siempre de la Villa Barrington.

Chris se inclinó sobre el hombro de Lily, examinando las fotografías con curiosidad descarada.

—¡Mira! —Chris robó una fotografía donde aparecían trabajadores de la villa, estudiándola con genuino interés—. Mira a estos pobres bastardos. Seguro ganaban una miseria mientras los Barrington bebían champán francés.

Chiara rescató la foto de sus manos con cuidado calculado.

—Hablando de trabajo, ¿cómo van las obras?

Chris se reclinó en su silla, recuperando su tono profesional.

—Los muros exteriores están casi listos. La grifería nueva quedará instalada para el fin de semana.

Lily guardó las fotografías cuidadosamente en la caja, su mente ya catalogando cada rostro, cada fecha, cada pista que pudiera ayudarla a entender el pasado que ahora reclamaba su presente.

—La estructura del techo del segundo piso está terminada —informó Chris, masticando con entusiasmo—. Los suelos de mármol han quedado impecables después del desastre de hace unas semanas. Diría que mi parte estará lista esta semana.

Lily removió su ensalada mediterránea sin mucho apetito, las muletas apoyadas contra su silla como recordatorio de su torpeza. El tobillo aún le dolía por las mañanas, pero había mejorado considerablemente desde el accidente.

—Perfecto timing —dijo Chiara, sirviéndose más vino blanco—. Porque Lily necesitará al menos un mes para terminar todo el diseño interior una vez que pueda moverse sin esos trastos.

Chris lanzó una mirada hacia las muletas de Lily con expresión culpable.

—Todavía no entiendo cómo te caíste por esas escaleras.

Lily evitó su mirada, concentrándose en pinchar unas aceitunas.

—Tropecé como una idiota. No hay mucho más que explicar.

—Al menos el médico dice que te liberarán la pierna la próxima semana —intervino Chiara—. Podrás volver a la villa y terminar lo que empezaste. ¿Estás ansiosa por regresar?

Nadie habló por un momento. Lily había evitado cuidadosamente mencionar sus encuentros con Edmund, especialmente después de aquel día caótico cuando Chris la encontró en el suelo. La ausencia total del fantasma durante las últimas semanas la había tranquilizado, pero también la inquietaba. ¿Había desaparecido para siempre? ¿O simplemente esperaba su regreso en la villa?

—Supongo que sí —respondió finalmente—. Aunque será extraño volver después de tanto tiempo de nuevo en el hotel. Me he vuelto a acostumbrar a las comodidades modernas.

Chris se limpió las manos con la servilleta, estudiando el rostro de Lily.

—¿Seguro que no hay nada más? Has estado rara desde el accidente. Como si tuvieras miedo de algo.

—No seas ridículo.

Chiara levantó una ceja, percibiendo la tensión entre ambos.

—¿Ha pasado algo que deba saber? Porque si hay problemas serios en la villa…

—No hay ningún problema, que no se pueda resolver —interrumpió Lily demasiado rápido—. Solo necesito tiempo para readaptarme. Es una casa grande y vieja; hace ruidos extraños por la noche. Nada más.

Chris se inclinó hacia delante, sus ojos grises fijos en ella.

—Ruidos extraños. Interesante descripción para una casa en reformas.

—¿Qué insinúas?

—Que desde que llegaste a esa villa has estado comportándote de manera extraña. Primero las pesadillas, luego el incidente del café…

—¿Qué incidente del café? —preguntó Chiara, confundida.

Lily fulminó a Chris con la mirada.

—No hubo ningún incidente. Chris tiene demasiada imaginación.

—Dos tazas de café usadas cuando supuestamente habías dormido sola —dijo Chris, sin apartar los ojos de los de ella—. Y luego ese accidente inexplicable en las escaleras. Si no te conociera ya algo mejor, diría que alguien más estaba viviendo en esa villa contigo.

Chiara dejó su tenedor en el plato, preocupada.

—¿Crees que hay intrusos? Porque podemos instalar un sistema de seguridad…

—No hay intrusos —protestó Lily, sintiendo calor en las mejillas—. Chris está siendo paranoico porque… porque…

Se detuvo, dándose cuenta de que cualquier explicación la metería en problemas mayores. No podía mencionar a Edmund sin sonar completamente loca.

—Porque te preocupas por mí —dijo, mirando directamente a Chris —. Pero no es necesario. Soy perfectamente capaz de cuidarme sola.

Chris sostuvo su mirada durante varios segundos antes de asentir.

—Si tú lo dices.

Chiara observó el intercambio con interés, percibiendo corrientes subterráneas que no comprendía completamente.

El teléfono de Chiara vibró sobre la mesa, interrumpiendo el momento tenso. Miró la pantalla y frunció el ceño.

—Es mi hermano Alessandro. Disculpadme un momento.

Se alejó hacia la terraza del restaurante, dejando a Chris y Lily solos. A través del cristal, pudieron verla gesticulando animadamente mientras hablaba en italiano mezclado con inglés.

Chris aprovechó la ausencia para deslizar su mano sobre la de Lily.

—Odio cuando discutimos por tonterías.

Lily entrelazó sus dedos con los de él, sintiendo la familiaridad reconfortante de su contacto.

—No estábamos discutiendo. Estabas siendo protector de esa manera tuya tan intensa.

—¿Intensa? —Chris sonrió con esa mueca ladeada que la derretía—. La semana pasada dijiste que era "insoportablemente dominante".

—Bueno, las dos cosas pueden ser ciertas.

Se miraron durante unos segundos antes de que Chris se inclinara hacia ella. Lily cerró los ojos, permitiéndose perderse en el

momento. Después de las tensiones iniciales, este tipo de normalidad como pareja le parecía un lujo.

Chiara regresó a la mesa con expresión perpleja, pero se detuvo al verlos besándose.

—¡Ajá! Lo sabía.

Chris y Lily se separaron, Lily sonrojándose como una adolescente.

—No es lo que parece —dijo Lily.

—¿Ah, no? —Chiara se sentó como quien acaba de ganar una apuesta—. Porque parece que habéis admitido lo que todos podíamos ver desde hace días. Selene va a estar insoportable cuando se entere. Odia que la gente dude de sus predicciones.

Chris rodeó los hombros de Lily con el brazo, sorprendiéndola con su gesto abiertamente posesivo.

—Vale, es lo que parece. ¿Contenta?

—Enormemente —rio Chiara—. Aunque debo admitir que vuestro timing es interesante. Acababa de recibir noticias bastante inesperadas.

Lily se acurrucó contra el pecho de Chris, disfrutando de la sensación de pertenencia después de tanto tiempo sintiendo que no encajaba en ningún lugar.

—¿Buenas o malas noticias?

—Raras, más bien —Chiara tamborileó los dedos sobre la mesa—. Mi hermano Alessandro y mi madre Giulia vienen de camino desde Sicilia.

—¿Tu madre no estaba en una residencia? —preguntó Chris, sorprendido—. ¿No tiene ya casi noventa años?

—Ochenta y nueve, y aparentemente ha amenazado con venir sola si Alessandro no la acompaña —Chiara negó con la cabeza—. Es una mujer muy testaruda cuando se propone algo.

Lily sintió una extraña premonición.

—¿Ha dicho por qué quiere venir precisamente ahora?

—Ahí está lo raro. Alessandro dice que tiene que ver con una promesa que le hizo a mi padre antes de morir. Algo sobre honrar la memoria de Edmund, el hermano de mi abuelo Arthur.

El nombre de Edmund hizo que Lily se tensara involuntariamente. Chris notó el cambio y la miró con preocupación.

—¿Edmund? —preguntó Lily, intentando sonar casual.

—Mi tío abuelo. Murió en 1930 en circunstancias… complicadas. Giulia mencionó algo sobre un secreto familiar que necesita resolverse. Una culpa heredada, fueron sus palabras exactas.

Lily intercambió una mirada significativa con Chris, quien frunció el ceño sin entender nada.

—¿Cuándo llegan?

—Mañana por la mañana. Giulia insiste en ver la villa inmediatamente —Chiara suspiró—. Espero que no sea demasiado impacto para ella. La última vez que estuvo en Malta fue en los años cincuenta, y la villa ha estado abandonada desde entonces.

Chris posó una mano en el hombro de Lily.

—Bueno, al menos tendrás tiempo de prepararte. Y nosotros estaremos allí para ayudar.

—Nosotros —repitió Chiara con una sonrisa—. Me gusta cómo suena eso. Selene definitivamente va a presumir durante meses.

Capítulo 18: 1930 - El nuevo pretendiente

Dos semanas después de aquel encuentro fortuito en los jardines de Upper Barrakka, un vehículo desconocido ascendía por el sendero serpenteante hacia la Villa Barrington. Raj ocupaba el asiento trasero, impecablemente vestido con un traje de lino blanco que contrastaba elegantemente con su piel dorada. Entre sus manos sostenía un ramo de peonias rosadas, las flores favoritas de Beatrice según había averiguado discretamente a través de sus contactos en La Valeta.

El chófer detuvo el vehículo frente a la entrada principal, donde Roberts aguardaba con la postura erguida que reservaba para las ocasiones más formales. El mayordomo había pulido cada detalle del vestíbulo hasta conseguir que los mármoles reflejaran la luz como espejos líquidos.

Sir Reginald, que aún no se había trasladado definitivamente a Londres, recibió al joven diplomático en su despacho, rodeado de mapas militares y retratos familiares que narraban siglos de prestigio aristocrático. La conversación fluyó con la facilidad de dos hombres educados en las mismas tradiciones de cortesía imperial. Raj habló de su formación en Oxford, de sus responsabilidades como representante cultural del Raj británico, y de su profundo respeto por las familias que habían forjado el imperio desde tierras tan lejanas como Malta.

—Mi padre gobierna el estado de Marawar desde hace tres décadas —explicó Raj, con la dignidad contenida que caracterizaba cada uno de sus gestos—. Nuestra familia ha mantenido alianzas sólidas con la Corona británica durante generaciones. Considero que el entendimiento cultural entre nuestros pueblos representa el futuro más prometedor para el imperio.

Sir Reginald asintió con aprobación creciente. Aquel joven no solo poseía una educación impecable y una posición social respetable, sino que además comprendía perfectamente las complejidades políticas que definían su época. Para un padre con ambiciones, Raj representaba una alianza ventajosa que fortalecería los vínculos de los Barrington con las colonias más prósperas del imperio.

—Su perspectiva resulta verdaderamente refrescante, señor Rathore —declaró Sir Reginald, sirviéndose un whisky mientras evaluaba al que ya veía como pretendiente—. Beatrice siempre ha mostrado un interés genuino por las culturas orientales desde muy joven.

El té vespertino se sirvió en la terraza principal, donde Beatrice apareció radiante con un vestido de seda azul cielo que realzaba el brillo dorado de su cabello recién peinado. Violet la acompañaba, observando con curiosidad mal disimulada cada intercambio entre su cuñada y el elegante diplomático.

Durante dos horas, Raj desplegó todo su encanto aristocrático. Recitó versos de Rumi en persa antes de traducirlos al inglés, describió las tradiciones musicales de Rajastán con una pasión que iluminaba sus ojos color miel, y compartió anécdotas de sus viajes por Europa que mantenían a Beatrice completamente cautivada.

Cuando el sol comenzó a declinar sobre el horizonte mediterráneo, Raj se despidió con las reverencias apropiadas. Sir Reginald lo acompañó hasta el coche, estrechándole la mano con calidez genuina.

—Espero que nos honre con su presencia nuevamente muy pronto —declaró el patriarca—. He decidido trasladarme definitivamente a Londres en unos días, pero supongo que ya tendremos oportunidad de coincidir de nuevo. Será un placer continuar nuestras conversaciones sobre el futuro del imperio.

Esa noche, después de que Sir Reginald se retirara a sus aposentos, Beatrice irrumpió en la biblioteca donde Arthur y Violet compartían una partida de ajedrez junto a la chimenea. Su rostro irradiaba una felicidad tan intensa que parecía iluminar toda la estancia.

—No puedo fingir compostura ni un segundo más —susurró, dejándose caer en el sofá de terciopelo verde—. Estoy perdidamente enamorada de él. Irremediablemente enamorada.

Arthur alzó la vista del tablero, sonriendo ante la efusividad de su hermana.

—¿Tanto impacto ha causado el señor Rathore en una sola tarde?

—Arthur, ese hombre es extraordinario —declaró Beatrice, con los ojos brillando como estrellas—. Inteligente, culto, sensible… Cuando recita poesía, siento que mi corazón se detiene. Y cuando me mira… Dios mío, cuando me mira siento que podría conquistar el mundo entero.

Violet abandonó la partida para sentarse junto a Beatrice, tomando sus manos entre las suyas.

—¿Estás completamente segura de estos sentimientos, querida?

—Violet, jamás había experimentado nada igual —confesó Beatrice —. Es como si hubiera estado esperándolo toda mi vida sin saberlo. Incluso padre ha estado encantado con él. Sé que suena ridículo después de conocerlo apenas unos días, pero estoy absolutamente convencida de que él es mi destino.

En ese momento, Edmund pasó por el pasillo arrastrando los pies, con una botella de brandy bajo el brazo. Ni siquiera se molestó en asomarse a la biblioteca, ajeno a los asuntos románticos que mantenían despierta a su hermana.

Beatrice suspiró, sabiendo que el sueño no visitaría sus ojos en toda la noche.

* * *

Arthur salió del club St. George tambaleándose ligeramente, con el whisky aún calentándole la garganta y los pensamientos turbios por las conversaciones vacías con conocidos que apenas recordaría al amanecer. La noche había caído sobre La Valeta como un velo de

terciopelo oscuro, y las farolas del puerto proyectaban reflejos dorados sobre las aguas quietas del Mediterráneo.

Caminó sin rumbo fijo, dejando que sus pies lo guiaran hacia los bastiones que miraban al mar. Necesitaba aire fresco, espacio para respirar lejos de la villa y de todo lo que representaba.

Fue entonces cuando lo vio.

Raj permanecía de pie junto a la muralla, perfectamente erguido, contemplando el horizonte con esa quietud característica que Arthur había notado durante el té vespertino unos días antes. La brisa nocturna agitaba levemente su cabello negro, y en sus manos sostenía lo que parecía ser un libro de poesía encuadernado en cuero.

—Señorito Barrington —saludó Raj al notar su presencia, cerrando el volumen con delicadeza—. No esperaba encontrar compañía a estas horas.

—Ni yo —respondió Arthur, acercándose hasta la muralla—. Aunque debo confesar que la soledad me resulta especialmente pesada esta noche.

Raj lo estudió un momento, esos ojos color miel evaluando con la precisión de alguien entrenado para leer más allá de las palabras.

—Conozco un lugar cercano bastante distinguido —propuso, guardando el libro en el bolsillo interior de su chaqueta—. Sirven excelente coñac francés y tienen una selección de puros cubanos que rivalizan con los mejores de Londres. Permítame invitarlo a una última copa.

El establecimiento resultó ser exactamente lo que Raj había prometido: discreto, elegante, frecuentado por diplomáticos y oficiales de alto rango que buscaban conversaciones profundas lejos de miradas indiscretas. Se acomodaron en butacas de cuero junto a una ventana que daba al puerto, mientras un camarero silencioso les servía Rémy Martin en copas de cristal tallado y les ofrecía una caja de puros Cohíba.

Durante varios minutos, ambos fumaron dejando que el tabaco fragante y el alcohol crearan esa complicidad tácita que solo existe entre hombres que comprenden el peso de cargar con demasiadas expectativas.

—¿Su padre, Sir Reginald, sospecha algo de mis intenciones hacia su hija? —preguntó Raj finalmente, con la cautela de quien camina sobre hielo delgado.

Arthur exhaló una larga columna de humo antes de responder.

—Mi padre lo respeta enormemente, señor Rathore. Lo considera un pretendiente apropiado. Pero debo advertirle algo.

Raj esperó, sosteniendo su copa sin beber.

—Estar ligado a la familia Barrington significa aceptar dolor, secretos y sacrificio —continuó Arthur, mirándolo directamente—. No somos la familia perfecta que aparentamos durante los tés vespertinos. Arrastramos dramas que envenenan todo lo que tocamos.

El diplomático cabeceó despacio, como si esas palabras confirmaran algo que ya intuía.

—Comprendo más de lo que imagina —dijo Raj—. Yo también enfrento una encrucijada. Hay presiones familiares que me empujan en direcciones opuestas a lo que mi corazón desea.

No ofreció más detalles, pero Arthur percibió el conflicto genuino en su voz.

—Algunos hombres nacen libres, Raj —declaró Arthur, usando su nombre de pila por primera vez—. Otros deben luchar por serlo. ¿Cuál es usted?

Raj bebió un sorbo largo de coñac, sosteniendo el líquido ámbar contra la luz de la lámpara antes de responder.

—Estoy a punto de descubrirlo.

* * *

Unas noches después, el cielo parecía un espejo líquido que reflejaba las estrellas. Raj Kumar Arjun Singh Rathore permanecía inmóvil junto al extremo del muelle, con la carta a su padre doblada dentro del bolsillo interior de su chaqueta. Las palabras que había escrito le quemaban contra el pecho como brasas: Padre, he encontrado mi propio camino. Perdóname por decepcionar tus expectativas, pero no puedo vivir la vida que has diseñado para mí.

Aún no la había enviado. Quizás nunca lo haría.

El crujido de pasos sobre la madera del embarcadero rompió el silencio. Violet apareció primero, con Beatrice unos pasos detrás, ambas envueltas en chales de seda que la brisa nocturna agitaba como alas. Arthur había cumplido su palabra, preparando ese encuentro clandestino con la precisión de una operación militar.

—Señor Rathore —saludó Violet, con ese brillo particular en los ojos reservado para él—. Qué coincidencia encontrarlo aquí.

—Lady Violet —respondió Raj con una reverencia—. La noche es demasiado hermosa para desperdiciarla en interiores.

Beatrice permaneció callada, pero sus ojos azules brillaban con la luz reflejada del mar. Llevaba un vestido de gasa color marfil que la hacía parecer una aparición etérea bajo la luna.

—Creo que el aire nocturno me ha sentado mejor de lo esperado —anunció Violet, retrocediendo hacia la villa—. Regresaré a mis aposentos. Beatrice, no tardes demasiado.

La dejó sola con Raj, desapareciendo entre las sombras del jardín como una conspiradora satisfecha.

Raj extendió su mano sin decir nada más, y Beatrice la tomó sin dudarlo. Caminaron juntos hacia el final del embarcadero, donde el Mediterráneo se extendía infinito bajo las estrellas, y el mundo parecía reducirse únicamente a ese punto suspendido entre tierra y agua.

—Hay algo que debo confesarle —comenzó Raj, sin soltar su mano —. Mi familia me presiona para contraer matrimonio con una princesa de una casa aliada. Es una alianza política que fortalecería el estado de Marawar.

Beatrice apretó sus dedos, pero no habló.

—Debo tomar una decisión pronto —continuó, mirándola directamente—. Mi padre espera mi regreso a India en menos de dos semanas.

—Entonces no vuelva —declaró Beatrice con esa impetuosidad característica que desafiaba toda convención—. La vida es demasiado corta para vivir una mentira, Raj. Demasiado preciosa para desperdiciarla cumpliendo expectativas ajenas.

Raj le tomó ambas manos, sosteniéndolas contra su pecho donde latía su corazón desbocado.

—Nunca imaginé que podría sentir algo así —confesó, con la voz quebrándose apenas—. He vivido toda mi existencia interpretando un papel diseñado por otros. Pero usted… usted me ha cambiado. Me ha mostrado que existe otra forma de vivir.

—Entonces vívala —susurró Beatrice, acercándose hasta que sus rostros quedaron separados por apenas un aliento—. Vívala conmigo.

Raj la besó bajo la luna, con la urgencia de quien sabe que está cruzando un punto sin retorno. El beso fue profundo, cargado con el peso de todas las decisiones que implicaba, con la certeza de que ese momento los marcaría para siempre. Cuando finalmente se separaron, Raj apoyó su frente contra la de ella, respirando entrecortadamente.

—Cásese conmigo, Beatrice —pidió, con la solemnidad de quien pronuncia un voto sagrado—. Aunque eso signifique enfrentar el rechazo de mi familia. Aunque signifique perderlo todo.

—Sí —respondió ella sin dudarlo, sin calcular consecuencias, con esa valentía absoluta que solo poseen quienes aún no conocen completamente el precio del amor—. Mil veces sí.

Se abrazaron bajo las estrellas, conscientes de que habían sellado su destino con ese compromiso. La felicidad que los inundaba era real, tangible, brillante como la luna sobre el mar. Pero ambos sabían, en algún rincón silencioso de sus corazones, que esa luz tendría sombras. Que el precio de elegir su propio camino sería más alto de lo que aún podían medir.

Por ahora, sin embargo, solo existía el momento: el Mediterráneo cantando contra los pilares del embarcadero, la brisa cargada de sal y promesas, y dos corazones latiendo al unísono contra todas las fuerzas que intentaban separarlos.

Capítulo 19: 1920 - La orden fatal

Arthur permaneció despierto durante horas después de que Beatrice abandonara la biblioteca, incapaz de apartar de su mente la imagen de Edmund y Thomas besándose en aquella cala. La revelación lo carcomía como ácido, destruyendo certezas que había construido durante toda su vida. Ese año de 1920 —lo supo con una claridad que dolía— no se le olvidaría jamás.

Se levantó del sofá y caminó hacia la ventana, observando los jardines oscuros de la villa. En su estudio, Edmund yacía borracho atrapado en una pesadilla de la que quizás nunca despertaría. Y Thomas… Thomas había muerto en aquellos acantilados hacía unos días, llevándose con él secretos de su hermano que Arthur desconocía.

Dos años. Edmund y Thomas habían mantenido aquella relación prohibida durante dos años en la villa, escondiéndose de todos, jugando a ser amigos inseparables mientras compartían algo que Arthur no conseguía comprender. ¿Cuánto tiempo más en Palestina? ¿Cuántas noches de guerra habían pasado juntos mientras él dormía en su tienda, ignorante de lo que sucedía?

La náusea le subió por la garganta. Se aferró al alféizar de la ventana.

Necesitaba hablar con alguien. Necesitaba consejo, orientación, la certeza de que el mundo no se había vuelto completamente loco. Y solo había una persona en quien confiaba plenamente, un hombre que siempre había representado todo lo que Arthur aspiraba a ser.

Sir Reginald.

Encontró a su padre en el despacho, revisando documentos bajo la luz amarillenta de la lámpara de escritorio. Sir Reginald alzó la vista cuando Arthur llamó suavemente a la puerta.

—Arthur. Es tarde para seguir despierto.

—Necesito hablar con usted, padre.

Algo en el tono de su voz hizo que Sir Reginald dejara la pluma y se reclinara en su silla, estudiando a su hijo menor con atención renovada.

—Pasa. Cierra la puerta.

Arthur obedeció, moviéndose con la rigidez de un soldado hacia el tribunal. Se quedó de pie frente al escritorio, con las manos apretadas a los costados.

—¿Qué te perturba?

—Es sobre Edmund.

Sir Reginald suspiró, frotándose el puente de la nariz.

—Supongo que esto tiene que ver con sus arrebatos cada vez más frecuentes. Lo sé, Arthur. He observado cómo se destruye con la bebida desde que pasó el terrible accidente con vuestro amigo Thomas.

—Es más que eso, padre —Arthur titubeó, buscando las palabras correctas—. Es sobre… Thomas.

El nombre cayó entre ellos como una piedra arrojada a un pozo profundo. Sir Reginald se quedó inmóvil durante varios segundos.

—¿Qué pasa con Thomas?

—Edmund dijo que lo amaba —las palabras salieron atropelladas, desesperadas—. No como un hermano o un compañero de armas. Sé que suena absurdo, lo amaba de… de esa manera. La manera en que un hombre ama a una mujer.

Sir Reginald ni siquiera parpadeó. Su rostro se convirtió en una máscara impenetrable.

—¿Qué estás diciendo?

—Los vi. En una de las calas, días antes del siniestro —Arthur sintió cómo las palabras le quemaban la garganta—. Estaban… juntos. Besándose. Era asqueroso. Y luego Edmund me confesó que llevaban dos años así, escondiéndose en la villa, fingiendo delante de todos nosotros.

Sir Reginald se levantó de su silla y caminó hacia la ventana con las manos entrelazadas tras la espalda. No parecía muy sorprendido por esas noticias.

—¿Y qué hiciste cuando los descubriste?

—Les dije que eran unos enfermos. Que aquello era antinatural —Arthur tragó saliva—. Pero Edmund me suplicó que guardara el secreto por el bien de la familia. Así que acepté. Le dije que hablaría con Thomas, que todo estaría bien.

—¿Y fuiste a buscarlo?

—Sí. Estaba en los acantilados, mirando al mar. Yo solo quería… quería decirle que mantendría la boca cerrada, que no causaría problemas. Pero cuando llegué allí…

Arthur se detuvo, con la voz quebrada. Sir Reginald se volvió despacio, clavando en él esa mirada que tantas veces había usado para disciplinar a sus hijos.

—¿Qué pasó en los acantilados, Arthur?

—Creo que alguien lo empujó —susurró—. Lo vi caer. Gritó, y cayó, y…

—¿Viste quién lo empujó?

Arthur negó con la cabeza, sintiendo las lágrimas quemándole los ojos.

—Estaba lejos, todo fue muy rápido. Una sombra, nada más. Pero padre, no puedo dejar de pensar… no puedo dejar de preguntarme si Edmund tiene razón. Si no fue un accidente.

Sir Reginald regresó a su escritorio, sirviéndose un vaso de whisky con movimientos calculados. Le ofreció otro a Arthur, quien lo aceptó con manos temblorosas.

—Mi hijo —Sir Reginald bebió un sorbo largo—. ¿Sabes por qué los hombres como nosotros mantenemos el orden en este mundo?

Arthur negó, confundido por el cambio de tema.

—Porque entendemos que hay cosas que deben permanecer ocultas. Verdades que destruirían el tejido mismo de la sociedad si salieran a la luz. —Sir Reginald se acercó, colocando una mano firme sobre el hombro de Arthur—. Lo que Edmund sentía por ese muchacho… eso era una enfermedad, Arthur. Una debilidad que podría haber destruido el nombre de los Barrington para siempre.

—Pero Edmund sufre tanto, padre. Cada día se hunde más.

—El sufrimiento purifica. Edmund debe aprender a ser fuerte, a controlar esos impulsos antinaturales que casi lo arruinan —Sir Reginald apretó su hombro—. Hiciste bien manteniéndolo en secreto. Demostraste lealtad familiar, que es lo único que importa.

Arthur sintió cómo algo se aflojaba en su pecho. Las palabras de su padre eran el ancla que necesitaba, la confirmación de que había actuado correctamente.

—¿Cree que Edmund superará esto algún día?

—Los hombres fuertes siempre lo hacen. Solo necesita tiempo y disciplina. —Sir Reginald regresó a su silla—. Y necesita una esposa. Alguien que lo ate a la realidad, que lo obligue a cumplir con su deber.

—¿Una esposa?

—He estado considerando varias opciones. Necesita una muchacha hermosa con buen origen y bien educada —Sir Reginald bebió otro sorbo—. Un matrimonio así sería beneficioso para ambas familias.

Arthur se aferró a la lógica fría de su padre como un náufrago a un madero.

—Gracias, padre. Por escucharme. Por ayudarme a entender.

Sir Reginald compuso un gesto que pretendía ser cordial y no engañaba a nadie.

—Para eso estoy aquí, hijo mío. Para guiarte cuando el mundo te confunda.

Arthur abandonó el despacho sintiéndose más ligero, más seguro. Su padre tenía razón. Siempre la tenía.

Detrás de la puerta cerrada, Sir Reginald permaneció inmóvil durante largos minutos, con los dedos tamborileando sobre el escritorio.

* * *

El sol esa tarde convertía los jardines de la Villa Barrington en un mosaico de sombras verdes y doradas. Albert trabajaba entre los rosales, podando las ramas muertas con movimientos precisos que revelaban años de práctica. El sudor le corría por la frente, manchando su camisa de lino desgastada.

Los pasos sobre la grava lo alertaron antes de escuchar la voz.

—Rigby.

Albert se enderezó, limpiándose las manos en el pantalón. Sir Reginald caminaba hacia él con ese porte militar que nunca abandonaba, el bastón de marfil repiqueteando contra las piedras del sendero.

—Sir Reginald —saludó, quitándose el sombrero de paja.

—Necesito que me lleves a Mdina esta tarde. Tengo una reunión con ciertos hombres de negocios a las cuatro.

—Por supuesto, señor. Prepararé el Bentley.

Sir Reginald se detuvo junto a él, observando los rosales con esa mirada evaluadora que usaba para todo. Sacó un sobre grueso del

bolsillo interior de su chaqueta y lo extendió hacia Albert.

—Esto es para ti.

Albert lo aceptó con cautela, sintiendo el peso inusual. Dentro había más billetes de los que había visto juntos en toda su vida.

—Señor, yo no…

—Es lo justo. Tómalo como un agradecimiento —Sir Reginald clavó sus ojos en él—. Por aquel servicio que te pedí hace unas semanas.

El estómago de Albert se contrajo. Recordaba perfectamente aquella conversación en este mismo jardín, cuando Sir Reginald le había ordenado vigilar a Edmund y a Thomas. Mantente atento a dónde van, qué hacen cuando creen que nadie los observa. Y me informas directamente, sin pasar por Roberts.

—Señor, lo que vi…

—Lo que viste permanecerá entre nosotros —la voz de Sir Reginald era de acero envuelto en terciopelo—. Nunca hablarás de ello con nadie. Ni con Edmund, ni con Arthur, ni siquiera con los otros sirvientes. ¿Entendido?

Albert sintió cómo el peso del sobre se convertía en plomo entre sus manos. Había visto a Edmund y Thomas besándose en los jardines, sus cuerpos entrelazados bajo la sombra de los setos. Se había sentido sucio espiándolos, como si hubiera profanado algo sagrado.

—Entendido, señor.

—Bien. Ya está solucionado.

Algo en el tono hizo que Albert levantara la mirada bruscamente. En el rostro de Sir Reginald había esa expresión de quien acaba de conseguir exactamente lo que quería.

—¿Señor?

—El joven Ashcombe ya no representa una amenaza para el honor de esta familia —Sir Reginald se volvió hacia la villa, contemplándola

como un general observa su fortaleza—. Un accidente desafortunado.

Las palabras cayeron como piedras en el agua tranquila de un estanque. Albert sintió cómo se le helaba la sangre.

—Thomas cayó de los acantilados, señor. Fue un accidente.

—Por supuesto que lo fue —Sir Reginald lo miró de reojo—. Los acantilados son peligrosos, especialmente para jóvenes distraídos que pasean demasiado cerca del borde. Una tragedia. Pero la vida continúa.

Albert apretó el sobre entre sus dedos, deseando poder arrojárselo a la cara. Pero tenía familia en Irlanda que dependía de ese dinero, y refugiados políticos como él no podían darse el lujo de tener principios cuando Sir Reginald Barrington era su única protección contra la deportación.

—¿Nos entendemos, Rigby?

—Sí, señor.

—Excelente. —Sir Reginald dio media vuelta, dirigiéndose hacia la villa—. Recuerda. A las cuatro en punto. No llegues tarde.

Albert lo observó alejarse, sintiendo cómo el peso de lo no dicho le aplastaba el pecho. Guardó el sobre en su bolsillo y regresó a los rosales, pero las tijeras temblaban tanto entre sus manos que tuvo que dejarlas.

* * *

La humedad de la tarde se pegaba a los muros de piedra de la Villa Barrington cuando Arthur se deslizó desde la biblioteca con una botella de whisky escondida bajo la chaqueta, caminando con rapidez hacia los jardines. No quería convertirse en Edmund, ese espectro que vagaba por la casa con la mirada vacía y el aliento apestando a alcohol, pero necesitaba algo que amortiguara el ruido en su cabeza y necesitaba un tiempo a solas.

Los acontecimientos de los últimos días le habían dejado un sabor amargo en la boca. La muerte de Thomas, los gritos de Edmund en el estudio, la frialdad calculada de su padre.

Se instaló en el banco de piedra junto a los establos, donde los rosales trepadores formaban una muralla verde que lo ocultaba del resto de la propiedad. Desenroscó el tapón y bebió directamente del cristal, sintiendo cómo el líquido quemaba su garganta y le calentaba el pecho.

El crujido de pasos sobre la grava lo sacó de sus pensamientos. Albert apareció con un cesto de herramientas colgado del brazo, el cabello rojizo despeinado y las manos manchadas de tierra. Se detuvo al verlo, sorpresa y cautela cruzando su rostro.

—Señorito Arthur.

—Albert —Arthur levantó la botella—. Únete a mí un momento, ¿quieres?

El irlandés frunció el ceño.

—Los señoritos no suelen beber de la botella —comentó con ese acento que se hacía más marcado cuando estaba cansado—. Eso es cosa de gente como yo.

—Pues hoy me siento más como gente como tú —Arthur palmeó el banco junto a él—. Siéntate. Nadie nos verá aquí.

Albert dudó, sus ojos verdes escaneando los alrededores. Finalmente, dejó el cesto en el suelo y se sentó en el extremo del banco, manteniendo una distancia respetuosa. Arthur le extendió la botella.

—No debería, señor.

—No seas idiota, Albert. Toma. Y no me llames señor ni señorito.

El jardinero aceptó y bebió un trago largo, sus hombros relajándose visiblemente. Devolvió la botella y ambos se quedaron mirando cómo las sombras se alargaban sobre el jardín recién podado.

—Has terminado la poda —dijo Arthur.

—Sí. Todo el perímetro. Ya tocaba este año.

—Solía ayudarte a recoger los restos cuando era niño, ¿lo recuerdas?

Algo se ablandó en el rostro curtido de Albert.

—Claro que sí. Era un crío escuálido que se pinchaba con cada espina de los rosales, pero insistía en cargar el cesto más pesado.

Arthur rio, un sonido hueco que se perdió entre las hojas.

—Quería impresionarte a ti y a mi padre. Eras otro de mis héroes entonces —bebió otro trago—. Tú y tu acento extraño, tus historias sobre Irlanda. Todo parecía más interesante cuando tú estabas cerca.

—Eso fue hace mucho tiempo, señor.

—Arthur. Llámame Arthur cuando estamos solos.

Albert tomó la botella otra vez. El whisky desaparecía rápidamente entre ambos.

—¿Qué pasó, Albert? —preguntó Arthur, su voz más suave—. Éramos como amigos. Luego crecí, me enviaron a estudiar, vino la guerra…

—Palestina —Albert completó, su mirada perdida en algún punto lejano—. La maldita Palestina.

—La maldita Palestina —repitió Arthur.

Los caballos se movían inquietos en los establos, sus cascos golpeando contra la madera. Entre los dos hombres no hubo más palabras. El aire olía a tierra húmeda y rosas.

—Todo cambió allí —dijo Arthur—. Edmund, Thomas… yo mismo. Nada volvió a ser igual.

Albert le dio otro trago a la botella antes de pasársela.

—Las guerras tienen esa costumbre, muchacho. Te arrancan pedazos que nunca recuperas.

Arthur apoyó la cabeza contra la pared de piedra, cerrando los ojos. El alcohol comenzaba a hacer efecto, difuminando los bordes afilados de sus recuerdos. Pero por primera vez en días, no se sentía completamente solo.

Arthur bebió otro trago largo, dejando que el whisky anestesiara las imágenes que lo perseguían cada noche.

—Aunque yo no sintiera lo mismo que Edmund por Thomas —dijo en voz alta, las palabras saliendo con dificultad—, también lo echo de menos. Era un buen amigo. Uno de los mejores.

Albert giró la cabeza bruscamente, sus ojos verdes clavándose en Arthur. Algo se movió detrás de su expresión, algo oscuro y turbulento que luchaba por salir a la superficie.

—Señorito, digo Arthur…

—Tocaba el violín por las noches —continuó Arthur, ignorando la tensión en la voz del irlandés—. En el campamento, cuando los demás no podían dormir por los bombardeos. Thomas tocaba y todos nos calmábamos. Incluso yo.

Albert apretó los puños sobre sus rodillas, las venas marcándose bajo la piel curtida. Ninguno de los dos habló. La tensión entre ellos era palpable como una cuerda a punto de romperse.

—No puedo más —exhaló Albert finalmente, su acento irlandés afilándose—. No puedo seguir callado, muchacho.

Arthur abrió los ojos.

—¿De qué hablas?

—Su padre —Albert se pasó una mano por el rostro—. Dios me perdone, pero su padre sabía lo que pasaba entre Edmund y Thomas mucho antes de que cayera de ese acantilado.

El pecho de Arthur se apretó.

—¿Qué estás diciendo?

—Me pidió que los espiara —las palabras salieron atropelladas, desesperadas—. Hace semanas. Me ordenó vigilarlos, informarle de sus movimientos. Y yo… yo lo hice. Los vi hacer cosas juntos en los jardines una noche, que no me atrevo a decir en voz alta. Se lo conté.

Arthur se levantó del banco, la botella cayendo sobre la grava. El whisky se derramó formando un charco oscuro.

—Estás borracho.

—Ojalá estuviera lo suficientemente borracho para olvidarlo —Albert se puso de pie también, acortando la distancia entre ellos—. Pero no lo estoy. Y Sir Reginald me pagó por mi silencio. Una cantidad que ningún jardinero vería en toda su vida. Justo hace unos días después de que Thomas muriera.

Las manos de Arthur temblaron.

—Eso no significa…

—Sé lo que significa —interrumpió Albert, su voz quebrándose—. No soy tonto. Thomas cae al mar días después de que le cuento a Sir Reginald lo que vi. Y de repente hay dinero en mi bolsillo y una advertencia en mis oídos de que nunca hable de esto. ¿Qué más necesito para entender?

—Mi padre no…

—Yo vi a alguien —soltó Arthur de pronto, las palabras escapando antes de que pudiera detenerlas—. En los acantilados. Vi a alguien empujando a Thomas, pero desapareció demasiado rápido. No pude ver quién era.

Albert retrocedió un paso, el color abandonando su rostro.

—Dios santo.

—Pero eso no significa que fuera mi padre —Arthur se aferró a esa posibilidad como un náufrago a un pedazo de madera—. Podría

haber sido cualquiera. Una sombra. Mi imaginación.

—¿Su imaginación? —la voz de Albert se endureció—. Señorito Arthur, escúcheme. Sabe la verdad igual que yo.

—No sé nada —Arthur se apartó, caminando en círculos sobre la grava—. No puedo creerlo. Mi padre es… es severo, sí. Inflexible. Pero esto… esto sería…

—Asesinato —completó Albert—. Una cosa horrible.

Los caballos relincharon inquietos en los establos. El viento arrastraba el olor dulzón del whisky derramado mezclado con el de las rosas.

—Edmund está destrozado —dijo Arthur—. Si supiera esto… si creyera que nuestro padre tuvo algo que ver…

—Por eso se lo digo —Albert se acercó, bajando la voz—. Porque usted es el único que puede hacer algo. El único en quien confío desde que era un crío.

Arthur se llevó las manos a la cabeza, presionando contra las sienes. Todo giraba: el alcohol, la información, el horror de las implicaciones.

—Es una coincidencia —dijo finalmente, aunque su voz sonaba hueca incluso para sus propios oídos—. Una coincidencia horrenda del destino. Thomas cayó por accidente. Lo que vi fue una sombra, nada más.

Albert lo observó con una mezcla de compasión y decepción.

—Puede que sea así, pero necesitaba contárselo a alguien, son demasiadas casualidades…

—Es lo que voy a creer —Arthur endureció la mandíbula—. Por Edmund. Por esta familia. No diremos nada de esto, ¿entiendes? Nunca.

El irlandés bajó la cabeza, derrotado.

—Como quiera, señorito Arthur.

Capítulo 20: 1930 - Sangre por sangre

Violet sintió las manos de Arthur cubriendo sus ojos desde atrás, su risa burbujeando en el pecho. El verano de 1930 aún no había despegado por completo, y aquellos encuentros a escondidas llevaban meses repitiéndose. Jamás hubiera imaginado, al llegar a la Villa Barrington por primera vez, que acabaría viviendo algo así.

—¿Qué haces?

—Sorprenderte —su aliento le rozó la oreja, enviando un escalofrío por su columna—. Cierra los ojos.

—Ya los tengo cerrados, tonto. Nos vamos a buscar un problema como nos descubran.

Arthur la guio por el pasillo, sus pasos sincronizados después de días de encuentros robados. El roce de su cuerpo contra la espalda de ella le provocaba un calor que ya le resultaba familiar, adictivo.

—Un paso más —murmuró él—. Y… ahora.

Retiró las manos. Violet parpadeó, ajustando la vista a la luz del salón. Su respiración se atascó.

La mesa relucía bajo el sol que entraba por las ventanas abiertas. Bandejas de plata desplegaban un festín: pastel de pescado, ensalada de tomate y alcaparras, aceitunas verdes, quesos cremosos, pan recién horneado que aún desprendía vapor. Una botella de vino blanco junto a dos copas de cristal.

—Arthur…

—Estamos prácticamente solos —él se apoyó contra la mesa, cruzando los brazos, con ese gesto suyo que le derretía las entrañas —. Albert se ha llevado a mi padre a reunirse con unos conocidos para cerrar asuntos antes de marcharse definitivamente a Londres.

Le di la tarde libre a Florence y Roberts. Beatrice está tomando el té en casa de unas amigas.

—¿Y Edmund?

Arthur se encogió de hombros.

—Edmund es como si no existiera. Como siempre.

Violet se acercó a la mesa, deslizando los dedos sobre el mantel de lino. El olor del pan mezclado con el del jardín que entraba por las ventanas le llenó los sentidos.

—¿Y Eliza?

—En la cocina. Muy ocupada. Muy lejos de nosotros —Arthur tomó la botella de vino, llenando ambas copas—. Tenemos al menos tres horas. Quizá cuatro.

Le extendió una copa. Violet la aceptó, sus dedos rozándose. Esa electricidad que nunca se apagaba entre ellos chisporroteó de nuevo.

—Eres incorregible.

—Soy un hombre enamorado —Arthur levantó su copa—. Por nosotros. Por estas horas robadas que me mantienen cuerdo.

Brindaron. El cristal tintineó, delicado y claro como una promesa. El vino era fresco, ácido, perfecto contra el calor que ya se anunciaba.

Se sentaron uno frente al otro. Arthur sirvió generosamente en ambos platos mientras ella lo observaba, memorizando cada gesto: la forma en que su cabello caía sobre su frente, la concentración en su rostro al cortar el pescado, la curva de su boca cuando la miraba y sonreía sin darse cuenta.

—Me estás poniendo nervioso —dijo él sin levantar la vista.

—Estoy disfrutando de la vista.

Arthur levantó los ojos, intensos y azules bajo las pestañas oscuras. Algo se movió en su expresión, algo profundo que le aceleró el pulso

a Violet.

—Si alguien me arrebatara esto —murmuró él—, me tiraría yo mismo por un acantilado.

El tenedor de Violet se detuvo a medio camino de su boca.

—No digas eso.

—Es la verdad —Arthur se echó hacia atrás en la silla, la copa girando entre sus dedos—. Ahora entiendo a Edmund. Entiendo por qué nunca ha levantado cabeza desde que Thomas murió. Ese vacío que lo consume, esa desesperación… —hizo una pausa, tragando con dificultad—. Si te perdiera, Violet, no sé qué haría.

Ella extendió la mano sobre la mesa. Arthur la atrapó inmediatamente, entrelazando sus dedos con una urgencia que le oprimió el pecho.

—No vas a perderme.

—No puedo prometértelo —su pulgar acarició el dorso de su mano —. Esta situación… tu matrimonio con Edmund… todo es tan…

—Extraño —completó ella—. Lo sé. Pero Arthur, lo que siento por ti…

Se interrumpió, las palabras atascándose en la garganta. Nunca había sido buena con las declaraciones grandilocuentes, con la poesía romántica que devoraba en novelas. Pero esto, esto que ardía en su pecho cada vez que lo miraba, cada vez que sus manos se encontraban en pasillos oscuros, cada vez que sus bocas se buscaban con esa desesperación hambrienta… esto era real.

—Yo también —Arthur apretó su mano—. Dios, Violet, yo también.

Se levantaron al mismo tiempo, rodeando la mesa hasta encontrarse en el centro del salón. Arthur la tomó por la cintura, atrayéndola contra su cuerpo mientras ella enredaba los brazos alrededor de su cuello. El beso fue lento esta vez, profundo, saboreándose mutuamente como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Como si no fueran dos mentirosos robando felicidad en un lugar que no les pertenecía.

* * *

El jardín olía a limoneros y a mar cuando Arthur y Violet paseaban entre los rosales unas horas más tarde. Sus manos se rozaban cada pocos pasos, buscándose sin encontrarse del todo, conscientes de las ventanas que los observaban desde la villa.

—Deberíamos volver —dijo Violet, aunque no hizo ademán de detenerse.

—Cinco minutos más.

Los pasos de Eliza sobre la grava los interrumpieron.

—Señorito Arthur, necesito hablar con usted. Y con Edmund también.

La urgencia en su voz borró cualquier objeción. Arthur intercambió una mirada con Violet antes de asentir.

—Espérame aquí. Vuelvo enseguida.

Encontraron a Edmund en el estudio, rodeado de mapas y botellas vacías como siempre. Levantó la vista cuando entraron, entornando los ojos con desconfianza.

—¿Qué quieres?

—Escúchala. —Arthur cerró la puerta tras de sí.

Eliza se quedó de pie junto a la ventana, retorciendo las manos. Respiró hondo antes de hablar.

—Sir Reginald… la otra noche intentó agarrarme en el pasillo.

Edmund se tensó.

—Continúa.

Las palabras salieron atropelladas, mezcladas con vergüenza y rabia. Sir Reginald golpeando su puerta pasada la medianoche. Su aliento

a whisky. Las mismas palabras que debió susurrar a Martha años atrás, promesas vacías envueltas en lujuria.

—Conseguí escaparme y encerrarme en mi cuarto —Eliza tembló—. Dijo que mi madre había sido suya, que yo también lo sería. Que era mi deber agradecer que me permitiera quedarme en esta casa.

Arthur sintió cómo la bilis le subía por la garganta.

—¿Te hizo…?

—No —Eliza negó con la cabeza—. Logré zafarme. Cerré la puerta con llave. Pero tengo miedo, si vuelve…

Edmund se levantó, la silla raspando el suelo de madera con un chirrido. Caminó hasta el mueble bar y sirvió whisky en un vaso, bebiéndolo de un trago.

—Es capaz de todo —dijo al fin, la voz ronca—. Siempre lo ha sido.

Eliza lo miró con ojos brillantes.

—¿Me cree?

—Sí —Edmund llenó el vaso—. Claro que te creo. Nuestro padre es un monstruo. Solo que algunos aún no nos hemos dado cuenta.

Arthur permanecía inmóvil junto a la puerta, procesando las palabras de Eliza y los comentarios de Edmund. Los recuerdos de Albert en los jardines años atrás regresaron como un puñetazo: Sir Reginald me ordenó espiarlos. Me pagó después de que Thomas muriera.

—Nos encargaremos de esto —prometió Arthur finalmente—. No volverá a tocarte.

Eliza se secó los ojos con el dorso de la mano. Salió del estudio sin decir nada más, dejando a los hermanos solos.

Edmund se giró hacia Arthur.

—¿Ves? ¿Ves quién es realmente?

Pero Arthur ya no lo escuchaba. Salió del estudio buscando a Violet, encontrándola exactamente donde la había dejado, entre los rosales blancos que Albert cuidaba con tanto esmero.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella inmediatamente.

Arthur le contó todo. Las manos de Violet volaron a su boca mientras escuchaba, el horror pintándose en su rostro.

—Dios mío…

—Violet, hay algo más —Arthur tomó aire—. Algo que me contó Albert hace años y que me ha vuelto a venir a la cabeza hoy. Sobre Thomas.

Le narró la conversación en los jardines, el dinero que Sir Reginald le dio a Albert, las órdenes de espiar a Edmund y a Thomas. La caída de Thomas desde los acantilados que nunca había cuadrado del todo.

Violet palideció.

—¿Crees que tu padre…?

—No sé qué creer —Arthur se pasó las manos por el cabello—. Pero Edmund merece saberlo. Merece saber la verdad sobre lo que le pasó a Thomas.

—Entonces tienes que decírselo —Violet tomó su rostro entre las manos—. Arthur, tienes que contarle todo lo que sabes. Tiene que saber toda la información.

—Podría destruirlo.

—Seguir mintiéndole lo está destruyendo de todas formas —sus ojos verdes lo atravesaron—. Dale la verdad. Dale algo con que pelear.

Arthur cerró los ojos, sintiendo el peso de los secretos aplastándole el pecho. Inclinó la cabeza.

—Esta noche. Se lo diré esta noche.

* * *

El estudio, como era habitual, olía a whisky derramado y humo de tabaco. Arthur permanecía de pie frente al escritorio mientras Edmund lo miraba desde su silla, el vaso vacío colgando de sus dedos.

—Albert me lo contó hace años —las palabras salieron con dificultad —. Después del funeral de Thomas. Me dijo que padre le había pagado para espiaros. Que le dio dinero justo después de que Thomas…

Edmund dejó el vaso sobre el escritorio con un golpe seco.

—¿Hace años? ¿Hace cuántos años exactamente?

—Diez —Arthur tragó saliva—. Fue poco después del entierro.

La furia deformó el rostro de Edmund. Se levantó bruscamente, derribando la silla.

—¿Diez años? —su voz subió una octava—. ¿Has sabido esto durante diez años y nunca dijiste nada?

—No estaba seguro, Edmund. Podía haber sido…

—¿Qué? —Edmund caminó hacia él—. ¿Una coincidencia? ¿El destino jugando una broma cruel?

Arthur retrocedió un paso.

—Yo estaba allí cuando cayó. Vi una sombra. Alguien lo empujó, pero la luz era mala, no pude…

—No pudiste —Edmund escupió las palabras—. Claro que no pudiste. Porque admitirlo habría significado enfrentar al gran Sir Reginald Barrington.

La acusación cortó como un cuchillo.

—No sabía qué hacer —Arthur alzó las manos—. Era mi palabra contra la suya. Era…

—¿Tu hermano? —Edmund golpeó el escritorio con ambas manos—. ¿Tu familia? Thomas era mi familia, Arthur. Era todo lo que tenía.

Edmund respiraba agitadamente, las manos temblándole mientras buscaba la botella de whisky. Bebió del cristal, el líquido derramándose por las comisuras de sus labios.

—Diez años —repitió, más para sí mismo que para Arthur—. Diez años creyendo que había sido un accidente. Que el mar se lo había llevado. Que Dios me castigaba por amarlo.

—Edmund…

—¡Cállate! —Edmund se giró violentamente—. No quiero escucharte. No quiero tus excusas ni tus justificaciones. Todo este tiempo… todo este maldito tiempo…

Lanzó la botella contra la pared. El cristal explotó, salpicando whisky sobre los mapas militares.

Arthur no se movió.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —Edmund caminó hacia la ventana, mirando hacia el mar oscuro—. Déjame solo. Necesito pensar.

—Edmund, por favor…

—¡Que te vayas! —gritó sin darse vuelta—. Vete de mi vista antes de que haga algo de lo que ambos nos arrepintamos.

Arthur dio un paso hacia la puerta, luego se detuvo.

—Padre estará al regresar.

Edmund permaneció inmóvil, la espalda rígida como una estatua.

—Lo sé.

—¿Vas a…?

—Cuando vuelva, hablaré con él —la voz de Edmund sonó peligrosamente calmada—. Lo enfrentaré directamente. Quiero escuchar qué tiene que decir sobre el tema.

—¿Y si lo confirma?

Edmund se giró con la parsimonia de quien ya ha tomado una decisión. Sus ojos grises brillaban con una intensidad que Arthur nunca había visto.

—No lo sé, entonces sabré la verdad.

La última palabra cayó entre ellos como una piedra pesada.

—Necesito saber —continuó Edmund—. No por mí. Por Thomas. Merece que alguien sepa qué le pasó realmente. Merece justicia, aunque llegue diez años tarde.

Arthur tragó sin responder, la culpa apretándole la garganta.

—Lo siento.

—Vete —Edmund giró hacia la ventana—. Solo… vete.

Arthur salió del estudio cerrando la puerta tras de sí. En el pasillo, Roberts, que ya había regresado a la villa, lo esperaba con expresión preocupada.

—¿El señor Edmund…?

—Déjalo solo esta noche —Arthur se alejó hacia las escaleras—. Y asegúrate de que tenga whisky suficiente.

* * *

El Bentley negro se detuvo frente a la entrada principal de la Villa Barrington bajo la luz mortecina del atardecer. Albert apenas había apagado el motor cuando Sir Reginald abrió la puerta trasera, descendiendo con su bastón de marfil y el maletín de cuero bajo el brazo.

Roberts bajó los escalones para recibirlo, extendiendo las manos hacia el abrigo.

—¡Padre!

El grito atravesó el vestíbulo como un disparo. Sir Reginald alzó la vista hacia la escalera donde Edmund lo esperaba, aferrado a la

barandilla, el rostro demacrado pero los ojos ardiendo con una intensidad febril.

—Sube —ordenó Edmund—. Ahora. Tenemos que discutir un asunto de vida o muerte.

Roberts congeló sus movimientos, el abrigo de Sir Reginald todavía colgando del brazo de su amo. Albert permaneció junto al automóvil, observando la escena con expresión sombría.

Sir Reginald entrecerró los ojos, estudiando a su hijo mayor. La voz, el porte, la firmeza en cada palabra… no reconocía a este hombre que lo desafiaba abiertamente.

—¿Edmund?

—Tu despacho. Ya.

Sin esperar respuesta, Edmund desapareció por el pasillo del primer piso. Sir Reginald entregó su abrigo y sombrero a Roberts con un gesto brusco y subió la escalera con pasos medidos, el bastón golpeando cada peldaño.

Encontró a Edmund de pie junto a la ventana, los brazos cruzados. En cuanto Sir Reginald entró, Edmund cerró la puerta con llave.

—¿Qué significa esto?

—Nadie sale de aquí hasta que me digas la verdad completa — Edmund se giró—. Toda la verdad sobre Thomas.

Sir Reginald dejó el maletín sobre una silla y caminó hacia el escritorio con deliberada calma.

—No tengo tiempo para tus melodramas, Edmund. He estado ocupado todo el día y…

—¿Le pagaste a Albert para espiarnos?.

Las palabras cayeron como piedras. Sir Reginald se detuvo, pero no se volvió.

—¿Eso te dijo ese irlandés? No me sorprende. Los de su clase siempre buscan causar problemas.

—¿Es cierto?

—Sí —Sir Reginald se giró lentamente—. Le pagué.

Ninguno de los dos se movió.

—Necesitaba saber qué clase de depravación ocurría bajo mi propio techo —continuó Sir Reginald, cada palabra afilada como un cuchillo —. Qué clase de perversión había infectado a mi hijo.

Edmund apretó los puños.

—Lo amaba.

—¿Amor? —Sir Reginald soltó una carcajada cruel—. ¿Llamas amor a esa enfermedad repugnante? ¿A ese… acto antinatural que practicabas con ese violinista mediocre que se hacía pasar por soldado?

—No hables de él así.

—Hablaré como me plazca —Sir Reginald dio un paso adelante—. Ese muchacho era basura, Edmund. Basura que se aprovechó de tu debilidad, de tu naturaleza enferma. Lo único bueno que hizo en su patética vida fue caerse de ese acantilado. Y pensar que yo acepté mantenerlo bajo mi techo como un invitado casi dos años.

Edmund avanzó hacia su padre, temblando.

—No creo que se cayera. Ahora estoy más seguro que nunca.

—¿No?

La pregunta flotó en el aire como veneno. Sir Reginald sonrió, una expresión desprovista de cualquier calidez humana.

—Tienes razón. Ya es hora de que lo sepas. No se cayó —pronunció cada palabra con deliberada crueldad—. Le pagué a Albert para que os vigilara, sí. Pero cuando me contó lo que vio… cuando me confirmó vuestros besos, vuestras… aberraciones…

Se detuvo, el disgusto retorciéndole el rostro.

—Me repugnó tanto que no tuve otra opción. Estuve días buscando la ocasión perfecta. Cuando descubrí que estaba solo, fui personalmente a esos acantilados. Lo encontré mirando solo al mar, como el idiota sentimental que era.

Edmund retrocedió como si le hubieran golpeado.

—No…

—Estaba cerca del borde —Sir Reginald continuó, implacable—. Era un parásito, como una cucaracha. Vi el miedo en sus ojos cuando comprendió.

—Padre, por favor, no siga…

—Y entonces lo empujé —Sir Reginald extendió las manos—. Con estas mismas manos que te criaron, Edmund. Lo tiré como se tira la basura al mar. Observé cómo caía, cómo gritaba antes de estrellarse contra las rocas.

Edmund se tambaleó, buscando apoyo en el respaldo de una silla.

—Lo hice por ti —concluyó Sir Reginald—. Para salvarte de ti mismo. Para limpiar la mancha que ese engendro dejó en esta familia.

—¡No!

El grito desgarró la garganta de Edmund mientras se abalanzaba sobre su padre. Su puño impactó contra la mandíbula de Sir Reginald con un crujido satisfactorio que reverberó por todo su brazo. El viejo retrocedió, pero no cayó. La sangre brotó de su labio partido mientras reía.

—¡Así me gusta! —rugió Sir Reginald, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Eso hacen los hombres de verdad, Edmund. Resuelven sus problemas a puñetazos, no revolcándose como perros en celo con otros desviados.

Edmund volvió a golpearlo, esta vez en el estómago. Sir Reginald se dobló, pero la desafió desde el suelo con los ojos.

—Ese violinista patético lloraba cuando lo empujé. Como una niña. ¿Sabes lo que gritó? Tu nombre. Te llamó mientras caía, rogándote que lo salvaras. Un idiota.

Edmund sintió algo romperse dentro de su pecho. Sus manos buscaron el cuello de su padre, apretando, pero Sir Reginald lo apartó de un empujón.

—¿Qué clase de hombre se acuesta con otro hombre? —escupió Sir Reginald—. ¿Qué clase de hijo criado en esta casa se rebaja de esa manera?

Los dedos de Edmund rozaron el escritorio, tanteando ciegamente hasta encontrar el abrecartas de plata. Lo aferró con fuerza, sintiendo el peso frío del metal.

—No tienes agallas. —Sir Reginald se irguió, orgulloso incluso con sangre manchándole la camisa—. Mírate. Temblando como una doncella. No eres hombre para hacer nada. Eres exactamente lo que siempre pensé: un cobarde pervertido que…

La hoja se hundió en su abdomen.

Sir Reginald ahogó las palabras, los ojos abriéndose con sorpresa genuina. Edmund sacó el abrecartas y volvió a hundirlo, esta vez más arriba, buscando el corazón.

—Esto es por Thomas.

Otra puñalada. La sangre brotó caliente sobre sus manos.

—Esto es por cada noche que lloré su muerte.

Otra más. Sir Reginald cayó de rodillas, aferrándose al borde del escritorio.

—Esto es por cada mentira que me hiciste creer.

El viejo se desplomó sobre la alfombra persa, manchándola. Edmund se arrodilló a su lado, elevando el abrecartas una y otra vez. El metal atravesaba la carne con resistencia cada vez menor. La rabia le nublaba la vista; los sollozos entrecortaban su respiración.

—Llevo muerto desde hace diez años. Ya no me importa nada —susurró Edmund, hundiendo el artefacto por última vez en el pecho inmóvil—. Cuando mataste a Thomas, me mataste a mí. Esto es solo… justicia.

Sir Reginald ya no respiraba. Sus ojos azules miraban el techo sin ver nada, la boca abierta en un último gesto de incredulidad. Edmund permaneció arrodillado junto al cadáver de su padre, el abrecartas todavía en su mano temblorosa, mientras la sangre formaba un charco oscuro que se extendía lentamente por el suelo.

* * *

Beatrice entró por la entrada principal con paso apresurado, ajustándose el sombrero mientras Roberts tomaba su sombrilla.

—Siento la tardanza, Roberts. Una de mis amigas no paraba de hablar y…

—No se preocupe, señorita Beatrice.

La voz del mayordomo sonaba tensa. Beatrice cruzó el umbral y se detuvo en seco. Florence y Violet permanecían inmóviles en el vestíbulo, mirando fijamente hacia la escalera. Violet se retorcía las manos, los nudillos blancos. Florence apretaba contra su pecho las llaves de la casa.

Desde el primer piso llegó un golpe seco. Arthur gritando y embistiendo algo con todo su peso.

—¿Qué demonios ocurre aquí? —Beatrice soltó el bolso sobre la consola—. ¿Por qué Arthur intenta tirar una puerta abajo?

Violet se volvió hacia ella. Tenía los ojos enrojecidos.

—Escuchamos gritos. Del despacho de Sir Reginald. Edmund y él estaban discutiendo. Muy fuerte.

—Palabras terribles, señorita —añadió Florence, la voz apenas un susurro—. Nunca había oído al señor Edmund gritar así.

Otro golpe retumbó desde arriba. Beatrice levantó la vista hacia el descansillo. Arthur volvía a lanzarse contra la puerta del despacho, el hombro por delante.

—¿Y dónde está Edmund ahora?

—No lo sabemos —Violet dio un paso hacia la escalera—. Los gritos se detuvieron hace unos minutos. Luego… silencio. Arthur subió corriendo y encontró la puerta cerrada con llave. Tu padre nunca cierra con llave.

Florence se limitó a cuadrar los hombros.

—El señor Arthur lleva casi diez minutos intentando entrar. No responden desde dentro.

Beatrice sintió que el estómago se le retorcía. Levantó las faldas y corrió escaleras arriba. Al llegar al descansillo, encontró a Arthur jadeando, apoyado contra la pared junto a la puerta del despacho. Tenía el rostro enrojecido y el chaleco desabrochado.

—Arthur, ¿qué ha pasado?

—No lo sé —respiraba con dificultad—. Discutían. Escuché el nombre de Thomas una y otra vez. Golpes y luego… nada.

Beatrice se acercó a la puerta y golpeó con los nudillos.

—¿Padre? ¿Edmund?

Ni el crujido de una silla. Nada.

Arthur la apartó suavemente y volvió a embestir la puerta con el hombro. La madera gimió, pero no cedió.

—Tenemos que entrar —gruñó—. Ahora.

El cerrojo giró desde dentro con un chasquido metálico.

Arthur retrocedió un paso, tensando los músculos. Beatrice contuvo la respiración.

La puerta se abrió despacio, arrastrándose sobre las bisagras como un gemido.

Edmund apareció en el umbral. Avanzaba con pasos lentos, casi mecánicos. Tenía la camisa empapada de sangre, el cuello y las mangas teñidos de carmesí. Sus manos colgaban a ambos lados del cuerpo, goteando sobre la alfombra persa.

—Edmund. —Arthur extendió una mano—. ¿Qué has hecho, por Dios?

Edmund pasó junto a él sin mirarlo. Sus ojos grises permanecían fijos en algún punto distante, la mandíbula tensa. No pronunció palabra. Ni siquiera parpadeó.

—¡Edmund, respóndeme! —Arthur intentó agarrarlo del brazo, pero Edmund se zafó con un movimiento brusco y continuó por el pasillo.

Beatrice dio un paso adelante, intentando detenerlo.

—Por favor, dime qué…

Pero Edmund ya había desaparecido por la esquina del pasillo, dejando tras de sí un rastro de gotas rojas sobre el mármol.

Beatrice giró hacia la puerta abierta del despacho. Desde el vestíbulo llegaron pasos apresurados. Violet subía corriendo la escalera, seguida por Florence y Roberts.

—¿Qué ha…? —La voz de Violet se quebró al ver la sangre en el suelo.

Beatrice cruzó el umbral del despacho. El aire apestaba a cobre y whisky derramado. Sir Reginald yacía bocarriba, formando un charco oscuro bajo su cuerpo. Los ojos abiertos miraban fijamente el techo.

El grito de Beatrice lo desgarró todo.

Arthur entró detrás de ella y la agarró por la cintura, girándola bruscamente hacia su pecho.

—No mires. No mires.

—¡Padre! —Beatrice intentó soltarse, pero Arthur la apretó con más fuerza.

Florence apareció en la puerta y chilló, llevándose ambas manos a la boca. Roberts la apartó de un empujón y corrió hacia el cuerpo. Se arrodilló junto a Sir Reginald, buscando el pulso en el cuello con dedos temblorosos.

—Señor… Señor, responda.

Nada. Roberts presionó el pecho del patriarca, intentando reanimar el corazón inmóvil. Una, dos, tres compresiones.

—Vamos, señor. Vamos.

Violet permanecía congelada en el umbral, observando la escena con expresión de horror absoluto.

El tiempo pareció congelarse en la villa. Florence seguía con las manos en la boca, los ojos fijos en el charco carmesí. Roberts permanecía arrodillado junto a Sir Reginald, las palmas ensangrentadas apoyadas sobre el pecho inmóvil del patriarca.

Arthur apretó a Beatrice contra su hombro mientras ella sollozaba, los dedos aferrando el chaleco de su hermano. Violet retrocedió hacia el pasillo, la espalda contra la pared, incapaz de apartar la mirada del cadáver.

De repente, un disparo rasgó el aire como un trueno seco.

Todos se sobresaltaron. Florence soltó un chillido ahogado. Roberts se incorporó de un salto, girando la cabeza hacia el pasillo.

—El estudio de Edmund —dijo Arthur.

Soltó a Beatrice y corrió hacia la puerta. Violet lo siguió, las faldas revoloteando tras ella. Beatrice tropezó, pero se recuperó, agarrándose al marco del despacho antes de lanzarse tras sus hermanos.

Arthur alcanzó el estudio primero y empujó la puerta, que cedió sin resistencia.

Edmund yacía desplomado en su sillón de cuero, la cabeza caída hacia atrás, los brazos colgando a ambos lados. La pistola había resbalado de su mano derecha y descansaba sobre la alfombra, aún humeante. Un reguero oscuro manchaba el respaldo del sillón y la pared tras él.

El armario de caza permanecía abierto de par en par, las correas vacías donde solía colgarse el revólver.

—No. —Arthur se tambaleó hacia delante—. No, Edmund. No. ¿Qué has hecho?

Violet se cubrió la boca con ambas manos, ahogando un sollozo. Beatrice entró detrás de ella y se detuvo en seco, el rostro pálido como el mármol.

Florence apareció en el umbral, jadeando. Al ver el cuerpo de Edmund, sus piernas fallaron y cayó de rodillas.

Roberts llegó el último, aferrando el marco de la puerta con dedos temblorosos. Observó la escena con los labios apretados en una línea fina.

Arthur se acercó despacio al sillón. Extendió una mano hacia el rostro de Edmund, pero la retiró antes de tocarlo, los dedos temblando en el aire.

—Edmund —dijo—. Hermano.

El reloj de bolsillo de Thomas yacía abierto sobre el escritorio, la tapa manchada de sangre. Las manecillas marcaban las diez y cuarto de la noche.

* * *

El tiempo parecía haberse detenido. Edmund flotaba en un vacío sin forma ni sustancia, suspendido en la nada. No había suelo bajo sus pies ni cielo sobre su cabeza. Ningún sonido penetraba el silencio absoluto que lo envolvía como un sudario. Intentó moverse, pero sus extremidades no respondían. Intentó gritar, pero ningún sonido brotó de su garganta.

¿Dónde estoy?

La pregunta resonó en su mente sin encontrar respuesta. Buscó recuerdos, algo que anclara su consciencia a la realidad, pero todo permanecía fragmentado. Thomas. El despacho. La sangre en sus manos.

Thomas.

El nombre atravesó la oscuridad como un cuchillo. Edmund se aferró a él, repetido una y otra vez hasta que se convirtió en un latido constante contra el vacío. Thomas, Thomas, Thomas.

Entonces apareció la luz.

Una grieta delgada rasgó la negrura, revelando colores borrosos al otro lado. Edmund se acercó, o quizás la luz vino hacia él —ya no distinguía movimiento de quietud— y la escena se materializó ante sus ojos.

La Villa Barrington. Los jardines bajo el sol de mediodía, los rosales floreciendo en tonos carmesí. Pero algo estaba mal. Las flores lucían diferentes, los muros más blancos, el embarcadero reconstruido donde antes solo había madera podrida.

Beatrice caminaba por el sendero de grava, pero no era Beatrice. Su cabello era más oscuro, su vestido de un corte que Edmund nunca había visto. Junto a ella caminaba un hombre alto de piel morena. Hablaban en voz baja y se tomaban de las manos.

¿Qué es esto?

Edmund intentó llamarlos, pero su voz no existía. Extendió la mano hacia ellos y sus dedos atravesaron el aire como si fueran humo. La escena se desvaneció, reemplazada nuevamente por oscuridad.

El tiempo dejó de tener significado. A veces Edmund percibía fragmentos de conversaciones lejanas, risas que no reconocía, voces que pronunciaban nombres extraños. Otras veces solo silencio, tan profundo que lo consumía hasta que olvidaba que alguna vez había existido algo más.

Luego vio el salón principal de la villa.

Pero los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas, y el polvo flotaba en columnas de luz que atravesaban ventanas sin cortinas. Un hombre con un extraño sombrero amarillo golpeaba la pared con un martillo, arrancando yeso viejo. Música estruendosa surgía de una caja negra que Edmund no comprendía.

—¡Chris, ven a ver esto! —gritó una mujer rubia desde la escalera.

Un hombre alto con camisa ajustada subió los escalones de dos en dos, herramientas colgando de su cinturón. Edmund los observó pasar junto a él sin verlo, sin sentir su presencia.

¿Quiénes son estas personas? ¿Por qué están en mi casa?

Pero incluso mientras formulaba la pregunta, la certeza se deshacía. ¿Era su casa? ¿Había tenido alguna vez una casa? Los recuerdos se escurrían entre sus dedos como arena.

La mujer rubia apareció en el estudio. Su estudio. Tocó el escritorio con reverencia, pasando los dedos sobre la madera tallada. Sus labios se movieron, pero Edmund no escuchó las palabras. Ella giró lentamente, examinando las paredes desnudas, y por un instante sus ojos parecieron posarse directamente sobre él.

Edmund intentó hablar, mover la mano, hacer algo para que lo viera.

Nada.

La oscuridad regresó, tragándose la escena como una ola.

Edmund flotaba nuevamente en el vacío. Ya no recordaba su nombre. Ya no recordaba por qué la culpa lo oprimía como hierro candente contra el pecho. Solo quedaba una sensación difusa de pérdida, de algo precioso arrebatado demasiado pronto.

Thomas.

El nombre surgió desde lo más profundo de su ser, un ancla en medio del caos. Pero ya no sabía quién era Thomas. Solo que su ausencia dolía más que cualquier herida física.

Entonces vio a la mujer rubia nuevamente, sentada en el suelo del estudio con papeles desperdigados a su alrededor. Sostenía algo pequeño y dorado entre sus manos.

Edmund se acercó. Reconoció el objeto.

El reloj de bolsillo de Thomas.

Capítulo 21: 2025 - El regreso de la matriarca

El coche de Chris se detuvo frente a la Villa Barrington, con el calor de media mañana ondulando sobre la carretera. Lily permaneció inmóvil en el asiento del pasajero, las manos aferradas al regazo mientras observaba la fachada de piedra dorada.

—¿Vas a quedarte ahí sentada todo el día? —Chris rodeó el coche y abrió su puerta, extendiendo la mano—. Vamos. Solo quiero verificar el trabajo de ayer en la galería superior. Con lo motivada que estabas antes, no has querido venir a la villa desde el accidente.

Lily aceptó su mano y descendió con cuidado, apoyando el peso en su pierna buena. La bota ortopédica apretaba bajo sus vaqueros, recordándole constantemente aquella caída. Aquella pesadilla que todos insistían en llamar accidente.

—No hacía falta que viniéramos hoy —dijo mientras Chris le pasaba las muletas—. Tu equipo se las arregla solo y yo no puedo hacer nada práctico en este estado.

—¿Y perderte la oportunidad de ver el resultado de mi brillante trabajo antes que nadie? —Chris sonrió de lado, esa expresión arrogante que normalmente la irritaba, pero que ahora encontraba curiosamente reconfortante—. Además, tú eres la que necesita aprobar todo antes de que Chiara firme la siguiente fase.

Cruzaron el umbral y Lily contuvo el aliento. El vestíbulo lucía transformado: paredes recién enyesadas esperando pintura, suelos de mármol restaurados brillando bajo la luz natural que entraba por ventanas limpias. El olor a pintura fresca y yeso húmedo reemplazaba el antiguo aroma a polvo y decadencia.

Pero la villa permanecía demasiado quieta.

—Giuseppe terminó las molduras del techo ayer —Chris señaló hacia arriba mientras avanzaba por el pasillo—. Quedaron exactamente como en las fotografías originales que encontraste.

Lily lo siguió despacio, las muletas golpeando contra el mármol con eco hueco. Sus ojos recorrían cada sombra, cada rincón. Buscaba la silueta familiar de chaqueta militar, los ojos grises penetrantes, la botella de whisky siempre presente.

Nada.

—¿Lily? —Chris se volvió desde el pie de la escalera—. ¿Estás bien? Pareces un poco nerviosa.

—Estoy bien —mintió, alcanzándolo—. Solo cansada.

Chris frunció el ceño, pero no insistió. Comenzó a subir los escalones, verificando la barandilla restaurada con manos expertas.

Lily permaneció abajo, observando las habitaciones vacías. La ausencia de Edmund debería tranquilizarla. En cambio, la inquietaba más que cualquier aparición.

Chris gesticulaba con entusiasmo mientras guiaba a Lily por la galería superior, sus botas de trabajo resonando contra el suelo de madera del salón recién barnizado.

—El cableado eléctrico quedó instalado ayer —señaló hacia las molduras del techo donde habían ocultado discretamente los nuevos conductos—. Respeté cada ángulo original. Solo quedan cuatro cosas: terminar el enlucido en la biblioteca, restaurar las persianas del salón principal, reparar esas dos ventanas de los cuartos de invitados y sellar la terraza trasera. Dos días, máximo tres.

Lily asentía mecánicamente, apoyada en las muletas mientras observaba la transformación. Las paredes desnudas esperaban su toque final; los espacios vacíos anticipaban muebles y cortinas que ella seleccionaría. Pero su mente vagaba hacia otras preocupaciones.

—Espera, bajo un segundo a revisar los azulejos de la cocina y seguimos el recorrido —anunció Chris—. Ayer justo terminaron de

rellenar las juntas.

Sus pasos descendieron por la escalera, dejando a Lily sola en una de las habitaciones superiores.

El aire cambió instantáneamente. Frío, denso, cargado.

—Finalmente decide honrarme con su presencia de nuevo.

Lily giró sobre las muletas. Edmund permanecía recostado contra el marco de la puerta del antiguo cuarto, brazos cruzados sobre el pecho, una ceja arqueada con aristocrática desaprobación. Vestía su uniforme militar impecable, pero algo en su postura emanaba petulancia herida.

El grito brotó instintivo, estrangulado en su garganta. Las muletas temblaron bajo sus manos.

—No. No, no, no. Esto no puede estar pasando otra vez.

Edmund ladeó la cabeza, estudiándola con curiosidad clínica.

—¿Acostumbra a comportarse así en presencia de la nobleza? Qué modales tan deplorables.

—Tú no eres real —Lily cerró los ojos con fuerza—. Es el estrés. O los analgésicos que me dieron en el hospital. O ambas cosas.

—Le aseguro que soy sumamente real, señorita Carter. Aunque considero ofensiva su insistencia en lo contrario.

Lily abrió un ojo. Edmund seguía allí, ahora examinando sus uñas con aburrimiento aristocrático.

—Los fantasmas no existen.

—Qué argumento tan original. ¿Lo aprendió en algún internado de señoritas, de esos donde les enseñan más a opinar y a olvidar su lugar que a comportarse en sociedad?

—Mi lugar… —Lily respiró profundo, buscando paciencia—. Mire, señor sabelotodo, si va a aparecer en mi vida como un fantasma, al

menos tenga la decencia de no comportarse como un misógino del siglo pasado.

—¿Del siglo pasado? —Edmund entrecerró los ojos—. Tiene usted un sentido del tiempo bastante peculiar. Aún estamos en 1930.

—¡Estamos en 2025!

—¿Lily? —la voz de Chris resonó desde el pie de la escalera—. ¿Con quién estás hablando ahí arriba?

Edmund se irguió, mirando hacia la escalera con desdén.

—¿De nuevo ese trabajador vulgar? ¿Y con qué autoridad se permite tratarla con tanta confianza?

—Es mi… —Lily se interrumpió cuando Chris apareció en el descansillo, mirándola con preocupación creciente—. Nadie. Estaba… pensando en voz alta.

Chris entró en la habitación lentamente.

—¿Pensando en voz alta? Te escuché discutir con alguien.

—Oh, magnífico. —Edmund rodeó a Chris con pasos medidos, estudiándolo—. Ahora caigo, es australiano, a juzgar por su acento. Y vestido con semejante falta de refinamiento. ¿Qué ha sucedido con los estándares de vestimenta?

—¡Cállate! —gritó Lily—. Deja de criticarnos.

—Lily, me estás asustando —Chris extendió la mano hacia ella—. ¿Estás teniendo otra crisis como la del día del incendio?

—¿Crisis? —Edmund se detuvo frente a Chris, tan cerca que sus narices casi se tocaban—. Qué impertinente. Lárgate antes de que llame a Arthur y te saquemos a palos de mi casa, obrero.

—¿Podrías retroceder, por favor? —espetó Lily.

Chris parpadeó.

—¿Retroceder? Estoy a dos metros de ti.

—No me refería a ti.

—¿A quién entonces?

—A Edmund. El insoportable al lado tuyo que no para de insultar.

Edmund resopló.

—¿Insoportable? Yo soy el heredero por ley de los Barrington. Usted es apenas una descendiente bastarda de mi padre.

—¡Basta! —Lily alzó la voz—. Esto es ridículo.

Chris dio un paso atrás.

—¿Qué es ridículo? ¿Lily, qué demonios está pasando?

—¿Le importaría dejar de interrumpir? —Edmund cruzó los brazos—. Estoy intentando mantener una conversación civilizada con la dama.

—Civilizada no es la palabra que yo usaría —dijo Lily.

—¿Con quién hablas? —Chris elevó la voz, frustrado—. ¡No hay nadie más aquí!

—Oh, por el amor de… —Edmund movió la mano con irritación y una lata vacía de pintura en el alféizar de la ventana se tambaleó antes de estrellarse contra el suelo.

Lily soltó un grito ahogado. Chris palideció.

—¿Qué fue eso?

—Eso —Edmund sonrió con satisfacción—. Fui yo.

—¿Viste eso? —Lily señaló la lata caída—. ¿La viste caer?

Chris retrocedió hasta topar con la pared, sus ojos saltando entre Lily y la lata caída.

—Las corrientes de aire. O vibraciones estructurales. O…

Un caballete con una tabla encima y varias herramientas se volcó de pronto y golpeó el suelo con estrépito.

—¿Vibraciones estructurales? —Edmund arqueó una ceja—. Patético.

—¡Cállate y deja de tirar cosas! —Lily gritó, su voz rebotando contra las paredes—. ¡Los dos! ¡Callaos!

Edmund y Chris la observaron, uno con curiosidad, el otro con alarma creciente.

Lily se desplomó contra la pared, dejando caer las muletas al piso. No aguantaba más. Las palabras salieron en cascada mientras le narraba a Chris la totalidad de los hechos: Las pesadillas recurrentes protagonizadas por Edmund, el ritual espiritista que Selene había conducido, el círculo interrumpido y el murciélago que irrumpió atravesando el cristal, quedando sin vida en medio del salón. Absolutamente todo.

Chris escuchaba, inmóvil, con expresión entre horror e incredulidad.

—Lily, eso suena…

—¿A una locura? —ella soltó una risa histérica—. Lo sé. Créeme, lo sé.

Otra corriente invisible agitó las sábanas que cubrían un aparador. Chris se sobresaltó violentamente.

—Está bien —tragó saliva—. Digamos… hipotéticamente… que creo que tal vez no estés completamente loca.

Chris respiró profundo, clavando la mirada en el espacio vacío donde supuestamente Edmund debería encontrarse.

—¿Lo estás viendo ahora? ¿Está aquí en este momento?

Edmund se acercó de nuevo hasta quedar a centímetros del rostro de Chris, sacudiendo la mano frente a sus ojos.

—¡Hola! ¿Hay algo ahí dentro?

Nada. Chris parpadeó sin reaccionar.

Edmund retrocedió con una mueca de fastidio, luego comenzó a saltar exageradamente sobre un pie, agitando los brazos como un

niño caprichoso.

—¡Observa mi gracia y atletismo! ¡Soy el fantasma más ágil de toda Malta!

—¡Edmund, para! —Lily se llevó las manos a la cara—. ¡Deja de hacer el idiota!

Chris se giró bruscamente hacia ella.

—¿Qué está haciendo?

—Saltando como un maldito bufón —Lily soltó entre dientes—. Y gesticulando salvajemente para llamar tu atención.

Edmund se detuvo, ofendido.

—No soy ningún bufón. Simplemente estoy demostrando que este australiano carece de la sensibilidad necesaria para percibir mi presencia.

Chris tomó las muletas del suelo y se las entregó a Lily con manos temblorosas.

—Vámonos. Anda. Ahora.

Le ofreció el brazo para ayudarla a incorporarse. Lily lo aceptó, agradecida por el contacto sólido y real.

—Tenemos que hablar. Una conversación seria, sin interrupciones —Chris la guio hacia la escalera—. Necesito tiempo para procesar esto. Para… pensar. Y tendremos que encontrar la manera de explicárselo a Chiara sin que nos tome por locos.

—No podéis iros —Edmund los siguió escaleras abajo, su voz cargándose de urgencia—. No me dejéis solo otra vez.

—¿Nos está siguiendo? —preguntó Chris.

—Sí —Lily apretó los dientes—. Y suplicando que nos quedemos.

—Por favor —la voz de Edmund perdió su arrogancia habitual—. Esta soledad es… insoportable.

—¡Déjanos en paz! —Lily giró la cabeza hacia atrás—. ¡Necesito olvidar todo esto!

Alcanzaron el vestíbulo. Chris prácticamente arrastró a Lily hacia la salida, abriendo la puerta de par en par. El sol los cegó momentáneamente.

Edmund se detuvo en el umbral, extendiendo la mano hacia el exterior. Su expresión pasó de súplica a confusión cuando sus dedos chocaron contra una barrera invisible. Empujó con fuerza, pero algo lo mantenía atrapado dentro de los límites de la villa.

—No puedo… —Su voz se apagó mientras observaba impotente cómo Chris ayudaba a Lily a subir al coche y luego cerraba la puerta de la entrada a la villa.

El motor arrancó. Edmund permaneció dentro, una figura solitaria enmarcada por la antigua puerta de roble, observando por una ventana cómo el vehículo se alejaba por el camino de grava.

* * *

Chris marcó el número de Chiara mientras conducía por la carretera costera camino de su apartamento, su mano libre tamborileando nerviosamente sobre el volante.

—Chiara, siento molestarte tan cerca de la llegada de tu familia…

La voz de ella sonó comprensiva al otro lado de la línea.

—¿Qué pasa?

—Es Lily. No se encuentra muy bien. Creo que está incubando algo. Fiebre, mareos… —Mintió, lanzando una mirada de reojo a Lily, quien se había recostado contra la ventanilla del pasajero con los ojos cerrados—. No vamos a poder ir al hotel esta tarde.

—Pobre. Dile que se cuide y descanse. Ya conocerá a mi madre y a Alessandro en otro momento.

Chris colgó y soltó un suspiro largo. Lily abrió los ojos y lo observó durante varios segundos.

—Gracias.

—No me las des todavía. Todavía no sé qué pensar de todo esto.

* * *

A la entrada del hotel, un Mercedes gris oscuro se detuvo frente a las puertas del hotel justo cuando la luz dorada del día empezaba a inclinarse sobre la fachada. Chiara bajó los escalones de la entrada justo cuando el conductor abría la puerta trasera.

Giulia Moretti emergió del vehículo con una elegancia que los años no habían borrado, su cabello blanco recogido en un moño impecable, vestida con un conjunto de lino color crema que parecía salido de otra época. Alessandro salió del asiento del conductor, más alto de lo que Chiara recordaba, con el cabello oscuro salpicado de canas en las sienes y esa expresión melancólica característica.

—¡Mammina! —Chiara corrió hacia su madre.

Giulia la estrechó entre sus brazos con fuerza sorprendente para sus ochenta y nueve años, besándole ambas mejillas repetidamente.

—Figlia mia, troppo magra. ¿Qué te está dando de comer esa chica?

—Mamma, por favor…

—Sofía, Sofía… nunca me ha gustado esa muchacha —Giulia sacudió la cabeza mientras Alessandro abría el maletero—. Y esa historia tan rara que lleváis entre vosotras. Madonna santa.

—Ya estamos —dijo Chiara.

—Ma chi sono io per giudicare, eh? —Giulia levantó las manos al cielo con dramatismo—. ¿Quién soy yo para juzgar? Solo tu madre, que te llevó nueve meses en el vientre y pasó treinta horas de parto…

—Treinta y dos —corrigió Alessandro arrastrando dos maletas pequeñas—. Nos lo has contado suficientes veces.

Chiara abrazó a su hermano, notando cómo él se tensaba ligeramente antes de corresponder el gesto. Siempre así con Alessandro, como si los afectos físicos le resultaran incómodos.

—Me alegro de verte, hermanito.

—Y yo a ti.

Un botones del hotel se acercó para ayudar con el equipaje. Alessandro le entregó las maletas, pero Giulia aferró con fuerza un bolso de cuero gastado que llevaba colgado del hombro.

—Questo no. Esto me lo llevo yo.

Chiara observó el bolso con curiosidad. Parecía pesado, repleto hasta reventar.

—¿Qué llevas ahí, mamma?

—Cosas —Giulia apretó el bolso contra su pecho—. Cosas que tenía guardadas en casa. Documentos. Fotografías. Cosas que necesito contaros a los dos.

—¿Ahora?

—A su tiempo, figlia. A su tiempo. —Giulia echó a andar hacia la entrada del hotel con paso sorprendentemente firme—. Primero un baño caliente y un café decente. Después hablamos.

Alessandro se encogió de hombros ante la mirada interrogante de Chiara.

—Lleva tres días diciendo lo mismo. "A su tiempo, Alessandro. A su tiempo."

Cruzaron el elegante vestíbulo del hotel. Giulia inspeccionaba cada detalle con ojo crítico, criticando en voz alta los arreglos florales demasiado modernos y la falta de calidez en el diseño minimalista.

—En mis tiempos, los hoteles tenían alma. Ahora todo es cristal y acero frío.

—Tus tiempos eran hace cincuenta años, mamma —Chiara sonrió a pesar de todo.

—Y qué buenos tiempos —Giulia suspiró nostálgica mientras entraban al ascensor—. Tu padre… Madonna, cómo echo de menos a tu padre.

Alessandro miraba fijamente los números iluminados del ascensor. Chiara tragó el nudo que se formó en su garganta.

Las puertas se abrieron en la décima planta. Giulia salió primero, todavía aferrando su bolso misterioso.

—Bueno, ¿dónde están mis habitaciones? Necesito descansar antes de la cena. Y vosotros dos también. Os veo agotados.

* * *

El apartamento de Chris ocupaba el tercer piso de un edificio modernista en Sliema, con vistas al paseo marítimo. Lily cruzó el umbral y recorrió con la mirada el espacio abierto: paredes blancas impolutas, muebles funcionales de líneas rectas, una televisión enorme montada sobre un soporte metálico totalmente funcional. Todo demasiado ordenado, demasiado masculino, demasiado… vacío.

—¿Vives aquí o usas esto como almacén temporal?

Chris cerró la puerta.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada —Lily pasó los dedos por el respaldo del sofá de cuero negro —. Es solo que parece un catálogo de Ikea. Sin personalidad.

—No todos somos diseñadores obsesionados con cojines decorativos.

—No hablo de cojines —Lily señaló las paredes desnudas—. Hablo de que no hay nada tuyo aquí. Ninguna fotografía, ningún libro, ninguna… vida.

Chris cruzó los brazos, apoyándose contra la encimera de la cocina americana.

—Si quieres criticar mi decoración, puedo llevarte al hotel ahora mismo. Descansas un par de horas y mañana volvemos a lo de Edmund con la cabeza más clara.

El nombre del fantasma flotó entre ellos como un tema más. Lily se dejó caer en el sofá, hundiendo la cara entre las manos.

—No quiero ir al hotel. Lo último que necesito ahora es cruzarme con más miembros de la familia Barrington.

—Entonces…

—No sé lo que quiero, Chris —levantó la vista hacia él—. Bueno, sí lo sé. Quiero que nada de esto sea real. Quiero que Edmund sea solo producto de mi imaginación y no un fantasma atrapado en esa villa desde hace casi cien años.

Chris se acercó despacio, estudiándola con esa intensidad que siempre la ponía nerviosa.

—Mira, lo que pasó hoy en la villa…

—Lo viste —Lily se incorporó—. Viste cómo los objetos caían solos.

—Vi caerse algo y a ti histérica gritando todo el rato —Chris se sentó a su lado, manteniendo distancia—. Pero necesito que me digas la verdad, Lily. ¿Todo esto… el fantasma, los sueños, Selene y su ritual…? ¿Es real o es una manera de huir tuya?

Lily parpadeó.

—¿Huir de qué?

—De esto —Chris señaló el espacio entre ambos—. De lo que sea que tengamos. Porque no sé qué coño somos, Lily. Te beso, me besas, nos acostamos, pero nunca hablamos de… nada. Y ahora aparece un fantasma convenientemente cuando las cosas empiezan a ponerse serias.

La acusación dolió más de lo esperado. Lily sintió el impulso familiar de levantarse, marcharse, desaparecer antes de tener que enfrentar eso tan real que sentía.

Pero esta vez no se iría.

Se giró hacia Chris y lo besó con una intensidad que lo tomó desprevenido. Hundió los dedos en su cabello, saboreando sus labios, sintiéndolo real y sólido bajo sus manos.

Cuando se separaron, Chris la miraba atónito.

—De esto estoy segura —Lily mantuvo su rostro cerca del de él—. No me lo hubiera imaginado hace semanas, pero te quiero con locura, Chris Bennett. No tengo ni puta idea de cómo lidiar con Edmund, ni con el pasado de mi familia, ni con nada de lo que está pasando en esa villa, pero de ti estoy segura.

Chris tragó saliva.

—¿Sí?

—Sí. —Lily acarició su mandíbula áspera—. Eres lo único claro en medio de todo este caos.

Chris la atrajo hacia él, envolviéndola entre sus brazos con esa fuerza protectora que la hacía sentirse anclada.

—Entonces quedémonos con eso —murmuró contra su cabello—. Lo demás lo resolvemos juntos.

Lily permaneció entre los brazos de Chris durante largo rato, escuchando los latidos regulares de su corazón. La claridad que buscaba desde hacía meses finalmente emergía, pero no era la que esperaba.

—Vine a Malta huyendo —las palabras brotaron sin filtro—. De Londres, de mi vida, de todo.

Chris no se movió, solo apretó un poco más su abrazo.

—¿Huyendo de qué?

—De mi madre —Lily se apartó lo suficiente para mirarlo—. Elsie murió hace tres meses. Cáncer. Y yo… yo no estuve con ella en sus últimos días, me refugié en mi trabajo. Pero luego me he odiado por ello todo este tiempo. Siento que es como culpa mía todo lo que le ocurrió.

—Lily…

—Era una narcisista, Chris. Una narcisista clínica que me torturó psicológicamente desde niña —las palabras salieron atropelladas, liberándose—. Todo giraba alrededor de ella. Cada logro mío se convertía en su victoria. Cada fracaso, en mi culpa por decepcionarla. Cada conversación acababa convirtiéndose en un monólogo sobre su sufrimiento, sus sacrificios, lo mucho que había hecho por mí. Nunca me dijo nada acerca de mi padre. Debió de abandonarla, nadie podía estar mucho tiempo cerca de ella. Incluso sus mejores amistades le dieron de lado al final. Nadie fue al entierro.

Chris frunció el ceño, procesando.

—Y cuando enfermó…

—Me llamaba a todas horas. Lloraba, me culpaba de no visitarla suficiente, de elegir mi trabajo sobre ella. Decía que era una hija horrible, que se moriría sola por mi culpa —Lily se limpió una lágrima que resbaló sin permiso—. Así que hice lo único que sabía hacer. Huir. Cuando ya había muerto acepté el proyecto de Chiara y me largué sin mirar atrás.

—Joder.

—He pasado aquí dos meses muerta de culpa, convencida de que era la peor persona del mundo. Y en realidad Elsie había estado jugando conmigo toda la vida. El cáncer era real, pero ella lo usaba como arma. Manipulaba cada situación para mantenerme atrapada como a todo el mundo a su alrededor.

Chris le acarició la mejilla con el pulgar.

—No fue tu culpa.

—Lo sé —Lily asintió—. Lo sé aquí —se tocó la frente—. Pero aquí —se llevó la mano al pecho— todavía me duele.

Se levantó del sofá, caminando hacia la ventana. La bahía brillaba bajo las luces de Sliema.

—Y ahora me doy cuenta de que estoy haciendo exactamente lo mismo con Edmund. Refugiándome en resolver los problemas de otros muertos en lugar de enfrentar los míos.

—¿Tus muertos? —Chris se acercó por detrás—. No entiendo esa parte.

Lily cerró los ojos.

—Edmund… Edmund es el hermano de mi abuela Eliza, al menos por parte de padre. Eliza Jennings, la hermanastra ilegítima de los Barrington, era mi abuela. Por eso Chiara me contrató sin saberlo. Por eso acabé en esa villa. No fue casualidad, Chris. Fue…

—Destino —Chris completó con escepticismo—. Igual que Selene predijo.

—No lo sé —Lily se giró hacia él—. Pero ahora sí sé lo que tengo que hacer. Mañana volvemos a la villa. Vamos a enfrentar a Edmund. Vamos a aclarar toda la historia, la de su familia y la mía, porque al final son la misma.

Chris cruzó los brazos, estudiándola.

—¿Estás segura? Porque hace dos horas no opinabas igual y solo querías marcharte de esa casa.

—Estoy segura —Lily alzó la barbilla—. Toda mi vida he huido. De Elsie, de mis problemas, de todo lo que me duele. Pero Edmund está atrapado en esa villa desde hace casi cien años, seguramente porque nadie tuvo el valor de enfrentar la verdad. Alguien tiene que romper ese ciclo.

—¿Y tienes que ser tú?

—Soy su familia —Lily sintió la certeza asentándose en su pecho—. Al menos tengo que intentarlo.

Chris suspiró, pasándose una mano por el cabello despeinado.

—No me gusta nada de esto. Pero si es lo que quieres…

—Es lo que necesito.

Chris permaneció callado, contemplando la luz que venía de la calle. Lily notó la tensión en sus hombros, esa rigidez que aparecía cuando algo lo carcomía por dentro.

—Mi padre se llamaba Richard —dijo finalmente, sin mirarla—. Constructor, como yo. Hombre rudo, bebedor de cerveza, seguidor del rugby. Todo lo que se esperaba de un australiano de clase obrera.

Lily esperó, intuyendo que había más.

—Se casó con mi madre cuando tenía veintitrés. Yo nací dos años después. Familia perfecta, ¿no? —Chris se giró, apoyándose contra el cristal—. Excepto que era mentira. Todo era mentira.

—Chris…

—Mi madre murió cuando yo tenía diecinueve. Cáncer, como la tuya —su mandíbula se tensó—. Tres meses después, mi padre me llamó. Dijo que necesitaba hablar. Se sentó frente a mí en la mesa de la cocina y me soltó que era gay. Que siempre lo había sido. Que se casó con mi madre porque era lo que se esperaba de él en los ochenta. Que la quería, pero nunca la amó de verdad.

Lily sintió que el aire abandonaba sus pulmones.

—Joder.

—Dijo que había vivido toda su vida escondiéndose. Fingiendo. Muriendo un poco cada día porque no podía ser quien realmente era —Chris soltó una risa amarga—. Y lo peor es que mi madre lo sabía. No desde el principio, pero lo descubrió años después. Y se quedó igualmente porque lo quería y porque tenían un hijo.

—Chris, yo…

—No lo odio por ser gay —Chris la interrumpió, clavando sus ojos grises en ella—. Lo odio por haber sido un cobarde. Por haber construido una vida entera sobre una mentira. Por haber condenado a mi madre a un matrimonio sin pasión verdadera y a sí mismo a una existencia sin autenticidad.

Se pasó las manos por el rostro.

—Por eso soy como soy, Lily. Por eso digo lo que pienso sin filtros. Por eso no juego juegos. Por eso cuando te digo que me importas, es la puta verdad; esa mierda duele.

Lily comprendió entonces todo: la brusquedad, la honestidad brutal, esa manera de ocupar el espacio sin disculpas.

—Edmund y Thomas… —dijo.

—Exacto —confirmó Chris—. Tu fantasma seguramente está atrapado porque tampoco pudo ser auténtico. Porque la sociedad de su tiempo lo obligó a esconderse hasta que explotó de la peor manera posible.

Capítulo 22: 1930 - El exilio dorado

Los rosales del jardín que estaba más orientado al mar se marchitaban bajo el sol maltés de octubre como recuerdos que nadie deseaba regar. Sus pétalos, otrora carmesí intenso, yacían esparcidos sobre la tierra seca—fragmentos de belleza que Albert había cultivado durante décadas y que ahora morían sin que nadie moviera un dedo por salvarlos. Así también se marchitaba la vida dentro de la Villa Barrington, donde el silencio se había instalado como huésped permanente desde aquella tarde terrible de hacía tres semanas, cuando la sangre había manchado dos habitaciones y la muerte se había llevado dos vidas en cuestión de minutos.

Albert trabajaba cerca de los establos como quien busca redención imposible. Sus manos callosas arrancaban malas hierbas con violencia innecesaria, como si pudiera desarraigar también los secretos que había guardado durante una década y que habían provocado tanto daño. Los recuerdos oscuros lo perseguían entre los limoneros—Thomas cayendo, Edmund gritando, Thomas y Edmund muriendo porque Albert había aceptado dinero manchado de sangre y silencio. Cada noche bebía solo en su habitación, whisky barato que le quemaba la garganta, pero nunca lo suficiente para borrar la culpa que le carcomía las entrañas.

Florence limpiaba obsesivamente habitaciones que ya brillaban, restregando superficies hasta que sus nudillos sangraban. El despacho donde Sir Reginald había muerto permanecía cerrado con llave, pero ella lo abría cada madrugada para eliminar manchas que solo ella veía en el suelo de mármol. Sus manos temblaban mientras fregaba, murmurando oraciones que no traían consuelo, porque, ¿cómo rezar por un monstruo? ¿Cómo llorar a un patriarca que había destruido tantas vidas? La villa que había sido su hogar durante treinta años se había convertido en mausoleo de tragedias acumuladas.

Roberts cumplía sus deberes con eficiencia mecánica, sirviendo comidas que nadie comía, abriendo cortinas que nadie deseaba abiertas. Su rostro permanecía impenetrable como siempre, pero sus ojos reflejaban el peso de décadas de secretos guardados. Había sido testigo de todo—cada mentira, cada hipocresía, cada crimen silencioso—y ahora la casa que había servido fielmente se desmoronaba desde adentro como un castillo de naipes bajo una lluvia torrencial.

Eliza deambulaba por los pasillos como sombra sin ancla, atrapada entre mundos. No era criada ni señorita, no era Jennings ni Barrington. Su padre la había intentado forzar y después había muerto a manos de su hermanastro antes de que pudiera siquiera procesar la magnitud del hecho. Pasaba horas ayudando en cualquier tarea que fuera necesaria, aunque muchas veces pensaba en su madre Martha. No podía entender cómo había defendido a Sir Reginald incluso cuando la echó de casa preñada y tuvo que volver a Londres sin nada.

Violet se sentía protagonista involuntaria de una ópera trágica sin ninguna gracia. Casada por obligación tras la ruina de sus padres con un alcohólico sumido en una terrible crisis existencial por la muerte de su amor platónico, Thomas. Ahora su esposo tampoco estaba y, pese a no haber compartido con él ni un solo día en el mismo lecho, era oficialmente viuda a los veintidós años. Arthur intentaba animarla; y a veces, lo conseguía, pero ella percibía la tristeza que él mismo ocultaba tras sonrisas forzadas. Compartían silencios en la terraza, mirando el horizonte como si esperaran que la respuesta llegara navegando desde algún puerto lejano.

Arthur era el que más destrozado estaba, solo que se esforzaba por disimularlo. La culpa lo devoraba por dentro—diez años guardando el secreto sobre la muerte de Thomas, diez años de cobardía que culminaron en un asesinato y un suicidio. Intentaba mantener apariencias de normalidad, bromeaba durante las cenas silenciosas, pero sus ojos habían perdido el brillo optimista que siempre los había caracterizado. Se sentía culpable por todo, por haber tenido a

su padre en un pedestal, por no haber confiado en Edmund, por no haber aceptado el amor entre Thomas y su hermano.

Beatrice pasaba el tiempo con lecturas interminables, intentando no pensar en nada. Novelas románticas, tratados filosóficos, cualquier cosa que llenara su mente y bloqueara los recuerdos de aquella tarde.

La salita de estar permanecía sumida en una quietud artificial que dolía más que cualquier grito. Violet bordaba rosas blancas sobre lino color marfil—un proyecto que había comenzado semanas atrás con la ingenua esperanza de que algún día adornaría un hogar feliz. Ahora cada puntada se sentía como una sutura sobre herida que nunca cerraría del todo. Sus dedos se movían con una precisión mecánica mientras observaba de reojo a Beatrice, quien sostenía un ejemplar de Jane Eyre con las páginas sin pasar desde hacía media hora.

El reloj de péndulo marcaba los segundos con implacable persistencia. Violet dejó la aguja sobre la tela.

—¿Has sabido algo de Raj?

Beatrice levantó la vista del libro como si despertara de un trance profundo. Sus ojos—una vez tan parecidos a los de Arthur, pero carentes ahora de cualquier chispa—se encontraron con los verdes de Violet.

—No desde… —Su voz se quebró levemente—. No desde antes de que todo pasara.

—Deberías escribirle —sugirió Violet con suavidad que no encajaba con la tensión que oprimía sus hombros—. Dejó tan buena impresión aquella tarde. Las peonías que trajo eran preciosas.

Por un instante algo se iluminó en el rostro de Beatrice, efímero como rayo de sol entre nubes de tormenta.

—Me citó a Rumi mientras tomábamos el té. Arthur casi se atraganta con su galleta.

El nombre de Arthur flotó entre ellas, cargado de todo lo que no podían decir en voz alta. Violet bajó la mirada hacia sus manos.

—Raj es un buen hombre —continuó—. Cualquier padre habría estado orgulloso de…

—Mi padre era un monstruo.

Las palabras cayeron como piedras arrojadas a pozo sin fondo. Beatrice cerró el libro de golpe y lo dejó sobre la mesa auxiliar con más fuerza de la necesaria.

—Un monstruo que pagó a Albert para espiar a Edmund y Thomas. Un monstruo que empujó a Thomas desde los acantilados porque no soportaba que su hijo primogénito amara a otro hombre. Un monstruo que intentó forzar a Eliza porque ya lo había hecho con su madre años atrás.

Violet abandonó su bordado y se acercó al sofá donde Beatrice permanecía rígida como estatua de mármol.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Beatrice giró bruscamente hacia ella—. ¿Arthur te lo contó todo?

—Sí —admitió Violet mientras se sentaba junto a su cuñada—. Me contó sobre Albert, sobre los acantilados, sobre Thomas. Todo.

Beatrice respiró profundamente, sus manos aferrando el borde del cojín con tanta fuerza que sus nudillos palidecieron.

—Yo también lo sabía.

Lo que quedó entre ellos fue diferente a todo lo anterior: más denso, más oscuro.

—Tenía nueve años cuando Thomas murió —continuó Beatrice con voz apenas audible—. Estaba jugando en el jardín aquella tarde. Primero vi a Thomas salir por el sendero a los acantilados y luego vi a mi padre subir por el mismo sitio poco antes de que ocurriera todo. En aquel momento no le di importancia.

—Beatrice…

—Te mentí cuando dijiste que Edmund no te tocaba. Yo sabía que había confesado su amor por Thomas —las palabras brotaban ahora como agua contenida demasiado tiempo—. Te dije que no sabía qué había pasado realmente después de Palestina, pero sí lo sabía. Siempre lo supe. Y guardé silencio durante diez años mientras Edmund se destruía con alcohol y culpa.

Violet rodeó con sus brazos los hombros temblorosos de Beatrice, atrayéndola hacia ella.

—No fuiste tú quien empujó a Thomas por ese acantilado —murmuró contra su cabello rubio—. No fuiste tú quien mantuvo secretos mortales ni quien ordenó vigilancias. Eras una niña en una casa gobernada por un tirano.

—Podría haberle dicho a Edmund…

—Quizás no hubiera cambiado nada, solo lo hubiera precipitado antes, quien sabe —interrumpió Violet con firmeza inesperada—. Todo da igual ya.

Beatrice se derrumbó entonces, llorando contra el hombro de Violet como no había llorado desde aquella tarde terrible. Sus sollozos llenaron la salita de estar, rompiendo la coraza que los había asfixiado durante semanas.

* * *

Unos días más tarde la biblioteca parecía más pequeña que antes, como si las paredes se hubieran cerrado sobre sí mismas. Arthur permanecía de pie junto a la ventana que daba a los jardines, observando cómo Albert arrancaba los rosales secos con movimientos mecánicos. El jardinero tampoco había levantado la mirada desde que todo había ocurrido.

—¿Por qué nos has hecho venir aquí? —preguntó Beatrice desde el sofá de terciopelo verde. Sus dedos jugueteaban con el dobladillo de

su vestido—. Si es para hablar de los asuntos legales otra vez, encárgate tú, a mi me da todo igual.

—No es sobre papeles —respondió Arthur sin apartar la vista del jardín—. Es sobre nuestro futuro.

Violet, sentada junto a Beatrice, enderezó la espalda. Algo en el tono de Arthur le aceleró el pulso.

Arthur finalmente se giró hacia ellas. Las ojeras bajo sus ojos azules contaban historias de noches sin dormir, de decisiones que pesaban como piedras.

—No podemos quedarnos aquí.

Las palabras flotaron en el aire polvoriento de la biblioteca. Beatrice abrió la boca, pero Arthur alzó la mano.

—Esta casa está plagada de malos momentos. De secretos que envenenaron a Edmund, que destruyeron a nuestro padre, que nos han convertido en cómplices de tragedias que nunca debieron ocurrir —caminó hacia el escritorio y apoyó las manos sobre su superficie—. Siempre quise esto. Ser el cabeza de familia, tomar las decisiones importantes, impresionar a mi padre lo suficiente como para que me viera como algo más que al hijo menor.

—Arthur…

—Pero no así. Nunca así —su voz se quebró levemente—. Y ahora que lo tengo, descubro que no lo quiero. No aquí, no construido todo sobre sangre y mentiras. Madre tenía razón, sobre todo en su lecho de muerte.

Violet se puso de pie, acercándose a él con pasos cautelosos.

—¿Qué estás diciendo exactamente?

—Me voy a Sicilia —declaró Arthur, mirándola directamente a los ojos—. Voy a comprar tierras allí, a empezar algo nuevo. Viñedos quizás, u olivares. Algo que sea mío, que sea limpio.

Beatrice se levantó también, su expresión oscilando entre sorpresa y comprensión.

—¿Y nosotras?

Arthur dio un paso hacia Violet, tomando sus manos entre las suyas. El corazón de ella latía tan fuerte que temió que todos en la habitación pudieran escucharlo.

—Quiero que vengas conmigo —dijo con voz ronca—. Como mi esposa. Sé que es una locura, que apenas han pasado semanas desde todo, pero legalmente eres viuda, Violet. Puedes volver a casarte. Y yo… yo no puedo imaginar un futuro que no te incluya.

Lo que quedó entre ellos contenía posibilidad en lugar de muerte.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —susurró Violet, sus ojos verdes brillando con lágrimas no derramadas.

—Sí.

La respuesta simple cortó a través de todas las complicaciones, todas las convenciones sociales, todo el peso muerto del pasado.

Violet cerró los ojos brevemente, respirando profundo. Cuando los abrió, había tomado su decisión.

—Acepto.

—Violet… —Beatrice dio un paso adelante, su voz temblorosa—. ¿Estás segura?

Violet se giró hacia ella sin soltar las manos de Arthur.

—Nunca me ha unido nada a esta casa o a esta isla aparte de vosotros dos. Mis padres me obligaron a venir, a casarme con un hombre que no podía amarme porque ellos necesitaban salvar su fortuna —su voz se fortaleció—. Pero con vosotros si he creado una unión. A ti Arthur te quiero con toda mi alma y no he estado de nada más segura en toda mi vida. Y tú Beatrice, eres mi mejor amiga. Sois la única luz verdadera que he encontrado en mi vida.

Beatrice tragó saliva, parpadeando rápidamente.

—Entonces os acompaño —declaró con súbita determinación—. No me quedo aquí sola ni loca.

Por primera vez en semanas, algo genuino cruzó el rostro de Arthur.

—¿Y Raj?

El rubor coloreó las mejillas de Beatrice.

—Le escribiré desde Sicilia. Si de verdad me ama como dice, encontrará el camino hasta mí.

* * *

Los meses que siguieron convirtieron la Villa Barrington en un espacio de transición. Las habitaciones se vaciaron gradualmente mientras baúles de cuero acumulaban pertenencias seleccionadas con cuidado: libros favoritos de Violet, uniformes militares de Arthur que no podía abandonar, vestidos de Beatrice que Florence empaquetó entre papel de seda. Lo demás permanecería bajo sábanas blancas, esperando un futuro incierto.

La mañana de la partida amaneció con ese cielo maltés peculiar, azul intenso, que prometía calor a pesar del calendario invernal. En el vestíbulo principal, los baúles formaban una pequeña muralla junto a la puerta de entrada. Roberts los había numerado meticulosamente, su última tarea antes de que la familia se dispersara.

Florence emergió de la cocina con una cesta de mimbre.

—Bocadillos para el viaje —anunció con voz firme que no engañaba a nadie—. Pan recién horneado, queso de cabra, aceitunas.

Violet tomó la cesta, apretando brevemente la mano de Florence.

—Gracias. Por todo.

El ama de llaves se limpió los ojos con el filo del delantal y no dijo nada.

En el descansillo de la escalera, Eliza bajaba con su propio equipaje modesto. Vestía un abrigo gris que Beatrice le había regalado, demasiado elegante para su vida anterior, pero perfecto para enfrentar Londres nuevamente. Sus ojos grises —esos ojos Barrington que delataban su linaje— recorrieron el vestíbulo como memorizando cada detalle.

Arthur se acercó y tomó su maleta.

—Eliza.

—Arthur —respondió ella, con la voz a punto de quebrarse—. No sé cómo agradecerte…

—No tienes que agradecer nada —interrumpió él con firmeza—. Eres nuestra hermana. Padre se ocupó de negarte todo lo que te correspondía por derecho, pero yo no cometeré el mismo error.

Eliza bajó la mirada hacia sus zapatos gastados.

—He decidido estudiar. Quizás enfermería, o quizás algo relacionado con los niños. Siempre me gustaron los niños.

—Perfecto —Arthur sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta —. Aquí hay fondos para establecerte en Londres. Busca un lugar decente, nada de pensiones de mala muerte. Y cada mes recibirás una asignación hasta que encuentres tu camino.

—Arthur, es demasiado…

—No. —Beatrice se unió a ellos, tomando las manos de Eliza entre las suyas—. Es apenas lo que nuestra madre hubiera querido para ti si hubiera sabido de tu existencia.

Las lágrimas desbordaron los ojos de Eliza. Florence apareció con un pañuelo limpio, discretamente ofrecido.

—En cuanto tengas una dirección fija, escríbenos a la Villa Barrington —dijo Violet, acercándose también—. Florence se encargará de reenviar las cartas a Sicilia.

Eliza era incapaz de articular palabras. Abrazó a cada uno: primero a Beatrice, luego a Violet, luego a Arthur, quien la sostuvo con la ternura protectora de un hermano mayor.

—No eres responsable de nada de lo que ocurrió aquí —susurró Arthur contra su cabello—. Recuerda eso siempre.

Roberts carraspeó desde la puerta.

—El automóvil para La Valeta está listo, señorita Eliza.

Albert esperaba junto al Bentley, su expresión seria pero no hostil. Los meses transcurridos habían suavizado algo en él, como si confesar sus secretos lo hubiera liberado parcialmente de su peso.

Eliza subió al asiento trasero, bajando la ventanilla inmediatamente.

—Gracias de verdad —dijo con voz clara—. A todos. Por acogerme, por creerme, por tratarme como familia.

—Siempre serás familia —respondió Arthur.

El Bentley arrancó, levantando polvo dorado en el camino de grava. Los cuatro permanecieron en la entrada hasta que el automóvil desapareció tras los cipreses.

—Bueno —dijo Beatrice, limpiándose las mejillas—. Supongo que ahora nos toca a nosotros.

Roberts apareció a su lado sin hacer ruido.

—Albert estará aquí de vuelta en una hora aproximadamente, señor.

Una hora. Sesenta minutos antes de que la Villa Barrington se convirtiera en pasado.

* * *

Unos minutos más tarde, el rugido de un motor diferente al de Albert resonó en el camino de grava. Un Rolls-Royce plateado emergió entre los cipreses, demasiado lujoso para ser un automóvil de alquiler, demasiado imponente para ser casual.

Florence frunció el ceño desde la entrada.

—¿Esperaban visitas?

El automóvil se detuvo frente a los escalones principales. El conductor —un sij con turbante impecablemente atado— descendió y abrió la puerta trasera con precisión militar.

Raj Kumar Arjun Singh Rathore emergió con su elegancia característica, vestido con un traje gris marengo que contrastaba con el lino blanco de su camisa. Sus ojos miel recorrieron el grupo reunido en la entrada antes de posarse en Beatrice con una intensidad que hizo que la joven contuviera la respiración.

—Raj —susurró ella.

Él avanzó hacia los escalones con pasos medidos, como si cada uno requiriera convicción absoluta. Se detuvo frente a Arthur, ignorando deliberadamente las convenciones que sugerían dirigirse primero a Violet como la viuda de mayor rango.

—Mayor Barrington —dijo con voz firme—. Pido disculpas por presentarme sin previo aviso.

Arthur intercambió una mirada con Violet antes de responder.

—Príncipe Rathore. Es… inesperado.

—Las noticias de la tragedia familiar llegaron a mi conocimiento hace tres semanas —Raj mantuvo su postura erguida, pero sus manos se apretaron brevemente a los costados—. Habría venido antes, pero consideré inapropiado inmiscuirme durante el luto oficial.

—Es comprensible. —Arthur observó al hombre frente a él con nueva atención.

Raj giró ligeramente hacia Beatrice, cuyo rostro había perdido todo color.

—También me llegó información de que la familia Barrington planea abandonar Malta. Trasladarse a Sicilia.

—Así es —confirmó Arthur—. Partimos esta tarde.

Florence dio un paso atrás discretamente, arrastrando a Roberts consigo. Violet tomó la mano de Beatrice, apretándola.

—No puedo permitir que Beatrice se marche sin honrar la palabra que le di —Raj volvió su atención completamente hacia Arthur—. Hace semanas le pedí que se casara conmigo. Ella aceptó. Vengo ahora a hacer lo que debí hacer entonces: solicitar formalmente su bendición, Mayor Barrington, para convertir a su hermana en mi esposa.

Beatrice emitió un sonido ahogado, los ojos brillando entre lágrimas y alivio.

Raj continuó con determinación inquebrantable.

Arthur parpadeó, procesando las palabras. A su lado, Violet sonrió ampliamente.

—¿Está pidiendo la mano de Beatrice?

—Con todo el respeto y la seriedad que tal compromiso merece — Raj se irguió aún más—. Entiendo las circunstancias difíciles. Comprendo que mi origen y el suyo provienen de mundos diferentes. Pero también sé que Beatrice es extraordinaria, y que desperdiciar la posibilidad de construir una vida juntos sería el mayor error que podría cometer.

Arthur giró hacia su hermana, aunque ya conocía la respuesta.

Ella soltó la mano de Violet y cruzó el espacio que la separaba de Raj en tres zancadas. Se detuvo frente a él, tomó su mano entre las suyas y lo miró con esa determinación que no necesitaba palabras.

Un grito de alegría escapó de su garganta mientras saltaba literalmente, envolviendo sus brazos alrededor del cuello de Violet cuando regresó corriendo hacia ella.

—¡Violet! ¡Me quedo! ¡Me quedo en Malta!

Violet la sostuvo, riendo y llorando simultáneamente.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

Arthur extendió su mano hacia Raj, quien la estrechó firmemente.

—Cuide de ella —dijo Arthur con voz ronca—. Es todo lo bueno que quedó en esta familia.

—La cuidaré como si fuera el tesoro más preciado —prometió Raj.

Roberts carraspeó desde la puerta.

—Supongo que habrá que reorganizar el equipaje.

Capítulo 23: 2025 - El rompecabezas completo

El Mercedes subió por el camino de grava hacia la Villa Barrington bajo el sol de media mañana. Alessandro conducía con su precisión habitual mientras Giulia, sentada en el asiento trasero, apretaba contra su pecho el bolso de cuero gastado que había guardado celosamente durante toda la noche.

Chiara les esperaba en la entrada, vestida con un traje pantalón color crema que contrastaba con la piedra dorada de la fachada.

—Mamma —la saludó mientras abría la puerta del automóvil.

Giulia descendió con la elegancia de quien nunca había necesitado apresurarse en la vida. Sus ojos recorrieron la villa restaurada, deteniéndose en cada detalle arquitectónico.

—Madonna mía —exclamó en voz baja—. Es hermosa, Chiara. Más hermosa de lo que tu abuelo Arthur describía en sus historias.

Alessandro rodeó el vehículo y ofreció el brazo a su madre. Ella lo tomó sin soltar el bolso.

—¿Entramos? —preguntó Chiara.

Cruzaron el umbral hacia el vestíbulo donde la luz se extendía en franjas suaves sobre el suelo. Giulia se detuvo en el centro, girando lentamente para absorber cada rincón.

—Aquí era seguro donde Florence o Roberts esperaban cuando Arthur y Violet llegaban de sus paseos —dijo suavemente—. Arthur nos contó a vuestro padre y a mi cómo Roberts numeraba los baúles cuando decidieron marcharse a Sicilia.

Alessandro observó las molduras del techo con apreciación profesional.

—El trabajo de restauración es excepcional. Has respetado la arquitectura original.

—Gracias, Alessandro —Chiara sonrió—. Lily Carter, la interiorista londinense, ha sido fundamental.

Giulia avanzó hacia el salón principal, donde ya había algunos sillones que habían sido tapizados con telas que evocaban la década de 1930 sin copiarla servilmente. Pasó sus dedos sobre el respaldo de un asiento de terciopelo verde musgo.

—En Sicilia tu nonno Arthur se sentaba en uno muy parecido —dijo —. Con Violet. Bebían té y fingían que el mundo exterior no existía.

El sonido de pasos en el vestíbulo los interrumpió. Chiara giró, sorprendida.

—No esperaba…

Lily apareció en el umbral con Chris a su lado. Llevaba vaqueros y una blusa blanca arrugada, el cabello recogido en una cola de caballo despeinada. Sus ojos parecían más grandes de lo habitual, como si hubiera dormido poco.

—Chiara —dijo—. Perdona que aparezcamos sin avisar.

Chris permanecía ligeramente detrás de Lily, con los brazos cruzados y expresión cautelosa.

Chiara recuperó la compostura rápidamente.

—Mamma, Alessandro, os presento a Lily Carter, la interiorista de la villa. Y Chris Bennett, el arquitecto y jefe de obra que supervisó las reparaciones estructurales.

Giulia avanzó hacia Lily con pasos lentos pero decididos. La estudió con esos ojos marrones que parecían ver demasiado.

—Piacere, Lily. Chiara habla maravillas de tu trabajo.

—El placer es mío, señora Moretti. —Lily extendió su mano, pero Giulia la ignoró y la besó en ambas mejillas.

—En nuestra familia, no damos la mano —declaró—. Somos italianos.

Alessandro saludó a ambos con una inclinación de cabeza cortés pero distante, su incomodidad social evidente en la rigidez de sus hombros.

Otro conjunto de pasos resonó desde la entrada. Selene apareció envuelta en su chal bordado con símbolos místicos, seguida por Mattew y Caterina. El joven sostenía el brazo de su hermana, quien miraba alrededor con esos ojos enormes que parecían ver más allá de lo visible.

Chiara parpadeó.

—Selene, qué sorpresa…

—Los llamé yo —admitió Lily—. Necesitamos hablar. Todos juntos.

Giulia observó a los recién llegados con interés renovado. Sus dedos apretaron el bolso de cuero contra su pecho.

—¿Quiénes son?

—Selene es… —Lily vaciló—. Una experta en asuntos espirituales. Mattew y Caterina son los vecinos de la otra villa y digamos que pueden sentir cosas que otros no sienten.

Caterina soltó el brazo de su hermano y caminó directamente hacia Giulia con esos pasos lentos y desiguales. Se detuvo frente a la anciana, inclinando la cabeza como un pájaro curioso.

—Usted sabe —dijo con esa voz infantil pero extrañamente sabia—. Sabe secretos de esta casa.

Giulia no retrocedió. En cambio, bajó la mirada hacia la niña especial con comprensión profunda.

—Sí, piccola.

Lily abrió la boca para hablar, pero las palabras se atascaron en su garganta como cristales rotos. Había llegado tan decidida, con Chris

a su lado como un ancla sólida, lista para soltar toda la verdad sobre Edmund, sobre Eliza, sobre la sangre Barrington que corría por sus venas. Pero ahora, rodeada de extraños que de alguna manera se habían convertido en piezas fundamentales de este rompecabezas imposible, la valentía se le escurría entre los dedos.

Sus ojos recorrieron el salón restaurado buscando alguna señal de Edmund. Nada. Ninguna sombra oscura en las esquinas, ningún frío repentino, ninguna presencia invisible que la observara con esa mirada acusadora. La villa permanecía silenciosa, casi expectante.

Chris le apretó la mano.

Lily respiró hondo, preparándose para empezar por algún lado, cualquier lado.

—Yo…

—Aspetta —la interrumpió Giulia levantando una mano pequeña pero autoritaria—. Déjame a mí.

La anciana caminó hacia uno de los sillones recién tapizados y se acomodó con la elegancia natural de quien nunca había necesitado pedir permiso para ocupar un espacio. El bolso de cuero descansaba sobre su regazo como un tesoro guardado durante demasiado tiempo.

—Da igual que haya más gente —declaró mirando a Selene, Mattew y Caterina—. Así ya lo sabrán todos. Al parecer, todos habéis tenido algo que ver con esta villa en la última temporada.

Chiara intercambió una mirada confusa con Alessandro. Ambos permanecieron de pie, expectantes.

El resto se distribuyó alrededor de Giulia como podía. Lily se dejó caer en el suelo junto a Chris, que se apoyó contra la pared con las piernas extendidas. Selene eligió los escalones de la escalera con su chal extendido alrededor como alas de pájaro exótico. Mattew y Caterina se sentaron juntos cerca de la puerta, ella con la cabeza recostada en el hombro de su hermano.

Giulia comenzó con voz firme pese a su edad.

—Hace muchos años, cuando yo aún no había nacido, Violet y Arthur llegaron a Sicilia para empezar una nueva vida. Enamorados hasta los huesos. Eso me lo contaron años después, cuando yo ya formaba parte de la familia.

Sus dedos acariciaron el cuero gastado del bolso.

—Allí se casaron en una ceremonia pequeña pero hermosa en una iglesia de Palermo. Compraron una casa grande con jardines que daban al mar, la misma casa donde Henry y yo vivimos después, antes de que el pobre muriera y yo decidiera que era mejor estar en la residencia Santa Lucia.

Chiara se sentó en el brazo de un sofá cubierto con sábanas blancas, atenta.

—Sé que tuvieron años muy felices —continuó Giulia con nostalgia tiñendo sus palabras—. Violet se quedó embarazada al poco tiempo. De Henry, mi marido. Su único hijo.

La tensión abandonó su rostro arrugado.

—A Henry lo conocí por casualidad en unas clases de costura a las que mi madre me obligó a ir años después. Decía que una chica como yo no podía dedicarse a llevar los viñedos, que eso era trabajo de hombres. Porca miseria, cómo odiaba esas clases. Todas esas señoritas pijas con sus bordados perfectos y sus conversaciones sobre vestidos y…

—Mamma —la interrumpió Alessandro con tono paciente pero firme —. Vaya al grano. No se ande por las ramas.

Giulia lo fulminó con la mirada.

—Scusa, hijo mío, pero esta es mi historia y la cuento como me place.

—Conocemos esa historia ya de memoria —insistió Alessandro—. Cómo conociste a Henry, las clases de costura, la maestra mandona.

Todos los detalles.

Giulia resopló con indignación italiana.

—Está bien, está bien. Los jóvenes de hoy no tienen paciencia para nada.

Giulia sacudió la cabeza con ese gesto mediterráneo que desestimaba las interrupciones de Alessandro como moscas molestas.

—Como iba diciendo antes de que mi hijo me cortara —continuó con énfasis deliberado—, Henry reparaba por aquel entonces las máquinas de coser. Se le daban bien todas las máquinas, ¿capito? Tenía manos mágicas para arreglar cualquier cosa mecánica.

Sus ojos se iluminaron con el recuerdo.

—Sus padres lo ocupaban con encargos de conocidos para que aprendiera lo que es ganarse la vida, aunque por la fortuna de los Barrington ya tenía la vida resuelta. Pero Arthur insistía en que su hijo debía conocer el valor del trabajo honesto.

Lily se inclinó hacia delante, captando cada palabra. Chris le pasó un brazo por los hombros.

—Me enamoré perdidamente de él —confesó Giulia con una sonrisa que la rejuvenecía décadas—. Ese chico inglés tan guapo que aparecía en las clases para arreglar las máquinas donde trabajábamos con sus herramientas y sus manos manchadas de grasa. Madonna, qué manos tenía.

Alessandro abrió la boca para interrumpir, pero Chiara lo detuvo con un gesto.

—Déjala —dijo—. Nunca nos ha contado todo con tanto detalle.

Giulia tomó la mano de su hija y la apretó.

—Bueno, resumiendo para que mi hijo impaciente no me regañe otra vez, nos hicimos novios. Luego nos prometimos. Un tiempo después nos casamos en una ceremonia preciosa y yo entré a formar parte

de la familia Barrington. A mis padres les encantó que uniéramos nuestros viñedos de los Moretti a la fortuna de los Barrington, claro está.

Mattew se removió junto a Caterina, quien permanecía inmóvil escuchando con esa atención especial que caracterizaba todo lo que hacía.

—Me hice muy buena amiga de mis suegros —continuó Giulia, su voz suavizándose—. Violet era tan elegante, tan culta. Me enseñó a pintar; yo le enseñaba a hacer pasta fresca. Y Arthur… Arthur era el hombre mejor que he conocido en mi vida después de Henry.

Una sombra cruzó su rostro arrugado.

—Pero con los años comencé a ver que pese a la felicidad que en sus años mayores seguían teniendo juntos, a Arthur había algo que lo atormentaba. Un dolor. Una culpa que conforme se hacía más mayor no paraba de aumentar y yo por aquel entonces no entendía.

Chiara se tensó visiblemente.

—Henry me lo comentó más de una vez —explicó Giulia—. Era algo que tenía que ver con la vida pasada de su padre en Malta, pero nunca me dio detalles de ello. Nunca jamás. El pasado antes de Sicilia era para Violet y Arthur un tema que nunca se podía tratar.

El ambiente del salón restaurado se volvió denso como niebla marina.

—Nunca más hasta que Henry, hace unos años, estaba en el lecho de muerte —la voz de Giulia se quebró ligeramente—. Violet y Arthur ya hacía tiempo que habían dejado este mundo. Eso sí, los dos estuvieron muy sanos hasta el final y murieron prácticamente con unos días de diferencia, felices de vejez mientras dormían. Juntos hasta el último suspiro, como siempre debieron estar y seguro que aún están en algún lugar.

Sus dedos temblaron sobre el bolso.

—Entonces Henry me dio esta carta —dijo mientras abría el cierre de cuero gastado—. Me dijo que, ya que él no iba a poder cumplir más la promesa que le había hecho a su padre, tendría que ser yo la que lo hiciera.

Extrajo un sobre amarillento del interior del bolso. La caligrafía en la superficie era firme pero temblorosa, como escrita por manos ancianas que luchaban contra el peso de décadas.

Lily reconoció inmediatamente una similitud con el tipo de caligrafía. Una parecida había empleado Edmund en ese diario que Mattew había encontrado.

La letra de Arthur Barrington.

Giulia sostuvo el sobre entre sus dedos nudosos como si fuera sagrado.

—Esto —susurró— es lo que Arthur nunca pudo decir en voz alta.

* * *

Palermo, 15 de marzo de 1978

La pluma tiembla entre mis dedos cuando trazo las primeras palabras en el papel. Violet dormita en su sillón junto a la ventana, su cabello plateado brillando bajo el sol. Casi cuarenta y ocho años de matrimonio, de felicidad robada al pasado, y aun así este peso me oprime el pecho como aquel día en los acantilados.

Querido Henry:

Cuando leas esta carta, probablemente yo ya no esté aquí para explicarte las sombras que han perseguido mi felicidad durante toda una vida. Tu madre y tú habéis sido mi redención, la prueba viviente de que incluso un cobarde puede construir algo hermoso sobre las ruinas de su vergüenza. Pero hay verdades que no pueden morir conmigo, secretos que se han podrido dentro de mi alma como madera húmeda durante décadas.

No hay manera suave de decir esto: soy culpable de la muerte de Edmund. No directamente, quizás, pero ¿acaso la cobardía no mata tan certeramente como el puñal? Durante años me he repetido que hice lo correcto guardando silencio, protegiendo a la familia, preservando el honor de nuestro nombre. Mentiras. Todas mentiras que me conté para dormir por las noches.

Ese día en los acantilados, vi algo. Una sombra. Un movimiento. Thomas cayó, y durante diez años juré que había sido un accidente porque mi padre —ese hombre que yo veneraba como un dios— me convenció de que Edmund necesitaba protección, matrimonio, control. Creí cada palabra que salió de su boca porque era más fácil que aceptar lo que mis propios ojos habían presenciado.

Nuestro padre era un monstruo. No el patriarca honorable que yo adoraba, sino un depredador que arruinó a criadas, que orquestó la muerte de un joven inocente, que consideraba el amor de Edmund como una enfermedad que debía extirparse. Y yo —Dios me perdone — fui su cómplice voluntario porque nunca tuve el coraje de cuestionar su autoridad.

Edmund amaba a Thomas con una pureza que yo no podía comprender hasta que conocí a Violet. Ese amor les fue arrebatado, aplastado bajo el peso de las convenciones que yo defendía como un soldado obediente. Durante una década, observé a mi hermano destruirse lentamente en el alcohol y la desesperación, y guardé mi secreto como un tesoro envenenado.

Cuando finalmente le conté la verdad diez años después, Edmund ya estaba muerto en vida. Le arrebaté incluso el último vestigio de cordura que le quedaba al revelar que nuestro padre había asesinado a Thomas. ¿Qué esperaba? ¿Gratitud? ¿Absolución? Esa noche, Edmund mató a nuestro padre en su despacho y luego se quitó él la vida en el estudio. Y yo, como siempre, me quedé paralizado, incapaz de actuar hasta que fue demasiado tarde.

He vivido cuarenta y ocho años con esta culpa royéndome las entrañas como un cáncer silencioso. Tu madre sabe todo esto —ella

siempre supo ver a través de mis máscaras— y me ha amado a pesar de mi cobardía. Pero tú, hijo mío, mereces saber la verdad.

Ahora estoy demasiado débil para viajar, demasiado viejo para arrodillarme ante las tumbas que dejé atrás. Por eso te pido algo que no tengo derecho a pedir: cuando puedas, regresa a la Villa Barrington en Malta. Encuentra el estudio donde Edmund murió. Y pide perdón en mi nombre por la cobardía que destruyó a mi familia.

No te pido que me perdones. Solo que rompas el ciclo de silencio que ha envenenado nuestro linaje. Que hables en voz alta las verdades que yo enterré. Que honres el amor de Edmund y Thomas de la manera que yo nunca tuve el valor de hacer.

He sido feliz contigo y con tu madre. Pero mi felicidad se construyó sobre cenizas y secretos.

Perdóname, hijo mío.

Tu padre,

Arthur Barrington

* * *

La voz de Alessandro se apagó. El sobre amarillento descansaba ahora sobre su regazo mientras la carta temblaba ligeramente entre sus dedos.

Desde lo alto de la escalera, Edmund permanecía inmóvil contra la baranda, con los nudillos blancos sobre la madera recién pulida. Las palabras de Arthur habían atravesado décadas de olvido forzado, desgarrando el velo que mantenía sus recuerdos fragmentados. La confesión de su hermano menor—presencié cómo nuestro padre empujaba a Thomas—lo golpeó con la fuerza de una ola contra los acantilados.

Todo volvió en cascada brutal. Thomas cayendo. La sangre en sus manos. El peso del abrecartas. El reloj de bolsillo ensangrentado sobre el escritorio.

Un sollozo se escapó de su garganta, grave y desgarrador. Luego otro. Edmund se derrumbó contra los barrotes, hundiéndose hasta quedar de rodillas mientras las lágrimas corrían por su rostro. No podía detenerlas. No quería.

—El señor serio está llorando.

La voz de Caterina cortó el silencio como cristal rompiéndose. Su dedo señalaba directamente hacia la escalera, hacia el espacio donde Edmund sollozaba sin control.

Todos giraron las cabezas hacia arriba, sorprendidos. Chiara entrecerró los ojos. Alessandro frunció el ceño. Chris se inclinó hacia delante.

Solo Lily lo vio claramente: arrodillado, quebrado, finalmente completo en su dolor.

—Es Edmund —dijo con voz firme.

Las miradas se volvieron hacia ella como si hubiera pronunciado una blasfemia. Chiara abrió la boca, incapaz de articular palabra.

Chris le apretó la mano. Un gesto pequeño pero decidido.

—Cuéntales.

Lily respiró profundo. El impulso de huir tiró de ella como siempre lo había hecho —desde Londres, desde su madre, desde cada verdad incómoda que la vida le arrojaba. Pero Chris estaba ahí. La villa estaba ahí. Edmund estaba ahí, llorando por un amor asesinado hacía casi un siglo.

No más huidas.

—Lo he estado viendo durante semanas —comenzó, y su voz tembló solo al principio—. Al principio creí que eran pesadillas. Sueños provocados por el estrés del proyecto, dormir mal. Pero eran demasiado reales, demasiado específicos. Edmund me hablaba. Me mostraba cosas que no podía saber.

Chiara se puso de pie, tambaleándose ligeramente.

—Lily, suena todo un poco raro, ¿por qué no has dicho nada hasta ahora?

—Es verdad —interrumpió Selene con calma—. Realizamos una sesión de espiritismo hace unas semanas. Caterina actuó como médium. Edmund se manifestó brevemente antes de que Mattew rompiera el círculo para proteger a su hermana.

Mattew levantó el pulgar, sus movimientos torpes pero decididos.

—Edmund… estaba… confundido. Enojado.

—Porque no recordaba —continuó Lily, encontrando fuerza en cada palabra—. Sé que todo suena increíble. Yo misma he pensado varias veces que pierdo la cabeza. Está como atrapado entre mundos, fragmentado. Pero ahora… —Miró hacia la escalera, donde Edmund seguía sollozando—. Ahora parece que lo recuerda todo de nuevo.

Chris se levantó junto a ella, su presencia sólida a su espalda.

—Yo también he visto cosas que no puedo explicar. Objetos moviéndose solos. Conversaciones que Lily mantenía con el aire. Un incendio que nunca ocurrió, pero que dejó a Lily con el tobillo torcido. Los chicos a veces también han comentado algo durante las obras. Yo siempre he pensado que eran supersticiones.

Giulia observaba a Lily con intensidad inusual, sus ojos oscuros brillando con algo entre fascinación y reconocimiento.

—Sigue, bambina.

Lily tragó saliva.

—Edmund me dijo algo más. Algo sobre mí. —Sus manos se cerraron en puños—. Según él, yo soy descendiente de su padre. El hombre que mató a Thomas.

Chiara dejó escapar un sonido estrangulado.

—¿Cómo es posible…?

—Sir Reginald dejó embarazada a una criada llamada Martha Jennings —explicó Lily, cada palabra más firme que la anterior—. La expulsó de la casa cuando ella le confesó su embarazo. Martha dio a luz a Eliza en Londres, criándola sola hasta su muerte. Eliza… —Su voz se quebró brevemente—. Eliza es teóricamente mi abuela.

El silencio cayó como una lápida.

—Mi madre Elsie tenía documentos de su madre y abuela, fotografías que no entendí hasta ahora. Mattew encontró un medallón en la villa con la foto de Martha. Caterina la identificó. Todo encaja. —Lily levantó la barbilla, desafiante—. Vine a Malta huyendo de la muerte de mi madre, de mi sentimiento de culpa por no haber estado ahí cuando ella más me necesitaba. Pensé que era casualidad que Chiara me contratara justo en ese momento. Pero nada de esto es casualidad. Edmund, el destino o lo que sea me trajo aquí. La villa me trajo aquí.

Las lágrimas corrían libremente por sus mejillas ahora, pero no las limpió.

—Estoy cansada de huir. De esconderme de la verdad. Edmund necesita paz. Yo necesito paz. Y ambos necesitamos que esta historia termine correctamente.

Giulia extendió su mano temblorosa hacia el bolso de cuero que descansaba a sus pies. Rebuscó entre cartas y fotografías con dedos ágiles pese a su edad, hasta extraer un sobre más pequeño, con caligrafía femenina en la parte frontal.

—Ahora entiendo —dijo la anciana—. Henry me dejó tantas cosas antes de morir. Cartas de Arthur, sí. Pero también algunas de Violet. Y otras… —Sostuvo el sobre en alto —de alguien llamada Eliza desde Londres.

La mirada de Lily se clavó en el papel envejecido como si fuera un salvavidas en medio del naufragio.

* * *

Queridísimos Violet y Arthur,

Palermo. Todavía me cuesta pronunciar ese nombre. Han pasado veinticinco años desde aquella mañana en Malta cuando subí al Bentley, y aún recuerdo vuestros rostros en la entrada de la villa como si fuera ayer. Florence lloraba sin disimulo, Roberts mantenía esa dignidad suya, y vosotros… vosotros me mirabais como si fuera familia de verdad. Algo que nunca había conocido.

Tengo tantas cosas que contaros desde mi última carta que no sé por dónde empezar. Supongo que lo más importante es esto: me he casado. Sí, habéis leído bien. Yo, Eliza Jennings, que pensaba que el amor había pasado de largo, que creía que los cerca de cuarenta años eran demasiados para soñar con estas cosas. Pero la vida tiene formas curiosas de sorprendernos, ¿verdad?

Se llama George Carter. Es mecánico de automóviles en un taller cerca de King's Cross. Lo conocí en la oficina donde trabajo ahora como mecanógrafa; un curso que hice con el dinero de Arthur me ha cambiado la vida por completo. George llegó para que mecanografiaran unos documentos comerciales, y yo… bueno, derramé té sobre sus papeles. Menudo comienzo. Pero se rio, con esa risa profunda y sincera que tiene, y me dijo que el té mejoraba cualquier documento.

Nos casamos en abril en el registro civil de Islington. Nada lujoso, solo nosotros dos, un par de testigos del taller y flores silvestres que compré en el mercado de Columbia Road. Pero fue perfecto, Arthur. Perfecto, de la manera que las cosas sencillas lo son. George me miraba como si yo fuera lo más valioso del mundo. Solo Eliza.

Y ahora incluso tenemos una hija. Elsie Carter. Nació el 12 de febrero bajo una nevada terrible que dejó Londres blanco durante días. George casi se desmaya en el hospital, el pobre. Tiene vuestros ojos, Violet —esos que brillan cuando la luz les da de cierta manera. Y el carácter decidido de su padre, porque llora con una fuerza que hace temblar las ventanas.

Pienso a veces en la villa y en aquellos días. Pero sobre todo en vosotros. Ojalá pudiera ahorrar más rápido. Ojalá Sicilia no estuviera tan lejos. Quiero que conozcáis a George, que carguéis a Elsie en brazos, que veáis que vuestra fe en mí no fue en vano.

Arthur, nunca podré pagarte lo que hiciste. Ese sobre que me diste aquella mañana, la asignación mensual que siguió llegando incluso cuando insistí en que ya no la necesitaba… Sin ti, habría acabado en la calle. Sin ti, jamás habría aprendido mecanografía, jamás habría conocido a George, jamás habría tenido a Elsie.

Os llevo en el corazón cada día. Sois la familia que elegí, no la que me impuso la sangre.

Con todo mi amor,

Eliza

* * *

Alessandro cruzó los brazos sobre el pecho, observando la escena como si presenciara una obra de teatro mal ensayada. Edmund flotando en las escaleras. Lily traduciendo sus palabras mientras Caterina asentía con fervor religioso. Todo aquello parecía sacado de una novela gótica de segunda categoría.

—Esto es absurdo —dijo, dirigiéndose a Chiara en italiano—. Un fantasma. ¿De verdad estamos aquí escuchando esto?

Chiara lo fulminó con la mirada.

—Yo sí lo creo.

—Por favor, Chiara. Eres una mujer inteligente, con una carrera brillante…

—He visto hacer cosas a Selene —cortó su hermana, bajando la voz —. Predicciones que se cumplieron con exactitud aterradora. Eventos que nadie podía conocer. Hay cosas en este mundo que no se pueden explicar con lógica, Alessandro. No todo cabe en tus viñedos ordenados.

Alessandro resopló, pero Giulia levantó una mano desde su sillón, silenciándolos con la autoridad de una matriarca que había vivido ochenta y nueve años.

—Claro que existen los espíritus —declaró con voz firme, sus ojos marrones brillando con convicción—. ¿Acaso no habéis leído la Biblia? Está llena de referencias. Ángeles, demonios, almas que no encuentran descanso. La Iglesia misma tiene exorcistas, por el amor de Dios.

Se santiguó con un gesto rápido, besando el rosario que colgaba de su cuello.

—Cuando era niña en Sicilia, en mi pueblo había una sanadora. Todas las vecinas la visitaban. Vi cosas que ninguna ciencia podría explicar.

Alessandro abrió la boca para protestar, pero Chris se adelantó.

—Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía —citó con una media sonrisa—. Shakespeare tenía razón. No todo lo puede explicar la ciencia.

En ese momento, Edmund descendió lentamente por la escalera, sus pasos espectrales sin producir sonido alguno contra el mármol pulido. Se detuvo junto a Giulia, que ahora había sacado fotografías antiguas: sepia y blanco y negro, bordes gastados por el tiempo. Arthur joven con su uniforme militar. Violet con su vestido de novia siciliano. Una pareja en Londres con una niña pequeña en brazos.

—Arthur lo guardaba todo —dijo Edmund, su voz atravesando el velo invisible que lo separaba de los vivos—. Siempre fue un sentimental, aunque se esforzaba por ocultarlo a todo el mundo y hacerse el duro. Era el que recordaba los cumpleaños, el que escribía cartas interminables.

Lily observó las fotografías junto a él, escuchando cada palabra.

—¿Esa es Violet con treinta años más? —preguntó Edmund, señalando una imagen donde una mujer de cabello plateado sonreía

radiante junto a un hombre de rostro curtido, pero ojos amables.

—Sí —respondió Lily suavemente—. Con Arthur. Parecen felices.

Edmund contempló la imagen durante largos segundos, con una expresión donde el reconocimiento y la pena se mezclaban.

—Me alegro. Arthur merecía ser feliz. Violet también. Fueron víctimas de mi padre tanto como yo.

Lily repitió sus palabras para los demás. Alessandro negó con la cabeza, soltando una risa seca.

—Esto es ridículo. Estamos aquí haciendo de intérprete de un fantasma…

—Alessandro, calla la boca —lo cortó Chiara con firmeza—. Por una vez en tu vida, deja de racionalizar todo y simplemente escucha.

Selene se incorporó desde su asiento en la escalera, sus múltiples brazaletes tintineando como campanas diminutas. Todos los presentes giraron hacia ella.

—Basta de conversaciones fragmentadas —declaró con autoridad serena—. Es hora de que todos puedan hablar directamente con Edmund. Podemos retomar la sesión que terminó tan abruptamente la última vez.

Chiara aplaudió entusiasmada.

—¡Perfecto! Así podremos comunicarnos todos sin que Lily tenga que hacer de intérprete constantemente.

Caterina dio saltitos, sus mejillas redondas inflándose de emoción.

—¡Sí, sí! El señor serio podrá hablar con todos.

Mattew apretó el borde de su chaqueta demasiado grande entre los dedos.

—Edmund… necesita… ser escuchado.

Alessandro soltó una carcajada incrédula.

—No podéis estar hablando en serio. ¿Una sesión de espiritismo? ¿Aquí? ¿Ahora? Esto es completamente ridículo.

Giulia se santiguó, apretando el rosario contra el pecho.

—No sé, hija. Estas cosas dan mucho miedo. Los espíritus, los rituales… la Iglesia advierte contra…

—Mamma —Chiara se arrodilló junto a la silla de su madre, tomando sus manos arrugadas—. Es seguro. Selene sabe lo que hace. Edmund necesita paz, y nosotros necesitamos respuestas. Arthur nos pidió esto en su carta. Quizás no así exactamente, pero para algo quería que vinieras a la villa.

Lily intercambió una mirada con Chris, quien se encogió de hombros.

—He visto cosas más raras —admitió él—. Una de esas sesiones no me va a matar.

—Entonces estamos de acuerdo —concluyó Selene.

Salió hacia su coche mientras los demás despejaban el centro del salón. Regresó cargada con una bolsa de terciopelo morado que contenía velas blancas, un juego de cartas del tarot gastadas, sal marina y un termo lleno con una extraña bebida caliente y hojas, que flotaban dentro y desprendían un aroma amargo.

—Primero, todos deben beber esto —anunció, pasando el termo.

El té de hierbas humeaba con un color verdoso inquietante. Alessandro lo olió y arrugó la nariz.

—Esto huele a pantano.

—Bebedlo —ordenó Selene sin miramientos—. Abre la mente y adelgaza el velo entre mundos.

Uno por uno, todos bebieron. Giulia tosió ligeramente. Mattew hizo una mueca, pero también se lo tragó. Caterina rio como si fuera un juego.

Selene dispuso las velas formando un círculo perfecto en el suelo de mármol; luego esparció sal siguiendo el perímetro. Los invitó a sentarse: Todos menos ella formaron un anillo humano. Selene ocupó la posición norte, cerrando el círculo.

—Tomad las manos de vuestros vecinos. No rompáis esta vez el círculo bajo ninguna circunstancia —instruyó con voz grave—. Respirad profundamente. Concentraos en una energía fluyendo a través de vuestros cuerpos, conectándoos unos con otros.

Solo se escuchaba el viento silbando entre las ventanas.

Alessandro cerró los ojos, intentando no reírse de la absurdidad. Pero entonces sintió un cosquilleo extraño en las palmas, como electricidad estática. Una presión atmosférica cambió dentro del círculo.

Cuando abrió los ojos, Edmund estaba en el centro exacto del círculo de velas.

—Cazzo —masculló Alessandro, palideciendo.

Edmund observó todos los rostros que lo miraban fijamente, algunos con asombro, otros con curiosidad. Carraspeó, incómodo.

—Bueno —dijo con su acento aristocrático británico del siglo pasado —. Jamás imaginé dar un discurso a semejante audiencia en condiciones como estas. Especialmente considerando que parece que estoy muerto. O medio muerto. O atrapado. Sinceramente, ni siquiera estoy seguro del término técnico apropiado para mi condición actual.

Lily rio.

—Tu humor negro del siglo pasado sigue intacto.

Edmund sonrió de medio lado, pero había tristeza en sus ojos grises.

—¿Qué más me queda sino reírme de mi propia tragedia?

Selene se inclinó hacia delante, su voz adquiriendo un tono ceremonial.

—Edmund Barrington, espíritu atrapado en esta villa. ¿Sabes por qué permaneces aquí?

Edmund pasó una mano espectral por su cabello oscuro.

—No estoy completamente seguro. Recuerdo fragmentos. La ira. La sangre en mis manos. El despacho de mi padre. Y luego… oscuridad. Vacío. Y después desperté aquí, como si hubiera estado en un sueño, solo que el tiempo había pasado. Décadas, aparentemente.

—¿Recuerdas tu muerte? —preguntó Lily con delicadeza.

Edmund frunció el ceño, concentrándose. Fragmentos de memoria flotaron como hojas al viento: el peso del arma, el frío del metal, el sonido ensordecedor.

—Yo… —vaciló—. Me disparé. En mi estudio. Con la pistola del armario.

Pronunció las palabras como si las descubriera por primera vez.

—Después de matarlo a él. Después de apuñalarlo repetidamente por haber asesinado a Thomas.

El horror de la comprensión atravesó su rostro espectral.

—Dios mío. Maté a mi propio padre. Y luego me quité la vida.

Giulia se santiguó, murmurando oraciones en italiano. Alessandro permanecía paralizado, incapaz de procesar lo que veía y escuchaba.

Lily apretó las manos de Chris y Chiara a ambos lados.

—Tu padre tiró a Thomas por el acantilado porque descubrió vuestra relación. Arthur lo presenció, pero guardó silencio durante diez años por miedo y porque no estaba seguro de si había sido un accidente o no. Cuando finalmente te lo contó, tú buscaste la verdad y venganza.

Edmund se hundió, sus rodillas espectrales tocando el suelo del círculo.

—Arthur —susurró—. Mi hermano pequeño. Pensé que era un traidor, que había permitido que Thomas muriera sin hacer nada. Pero él también fue víctima de nuestro padre, ¿verdad?

—Sí —confirmó Lily—. Al parecer, Arthur vivió con esa culpa toda su vida. Por eso escribió la carta a su hijo Henry.

Edmund levantó la vista, lágrimas espectrales brillando en sus ojos.

—Yo también elegí el amor prohibido y me destruyó. Arthur eligió a Violet y encontró la felicidad que yo nunca pude tener. No fue traidor. Fue superviviente.

Selene rozó el borde del círculo de sal con la punta de los dedos.

—Edmund, quizás para encontrar paz debas perdonar a tu hermano. Liberarlo del peso que ya no necesita cargar.

Edmund respiró profundamente, aunque no necesitaba aire.

—Lo perdono. Claro que lo perdono. Arthur hizo lo mejor que pudo en circunstancias imposibles. Mi padre fue el monstruo y yo no mejoré las cosas con mis actos desesperados. No Arthur. Nunca, Arthur.

El silencio que siguió a las palabras de Edmund vibró con algo sagrado. Las velas del círculo parpadearon como si una brisa invisible las tocara, aunque las ventanas permanecían cerradas.

Lily sintió las lágrimas corriendo por sus mejillas antes de darse cuenta de que lloraba.

—En realidad, todos estamos aquí por aquella tragedia —dijo—. Henry nació porque Arthur y Violet encontraron la felicidad después del dolor. Chiara y Alessandro existen porque Giulia amó a Henry. Yo existo porque Eliza volvió a Londres y encontró a George, y tuvieron a mi madre Elsie.

Giulia apretó la mano de Alessandro, su voz temblando.

—Del sufrimiento más terrible surgió toda esta vida. Toda esta familia.

Edmund levantó la vista, y la comprensión transformó sus rasgos espectrales en algo más cercano a la paz.

—Entonces mi dolor no fue completamente en vano. De las cenizas de mi tragedia creció un árbol genealógico entero.

La temperatura del salón cambió súbitamente. El aire se espesó, cargándose con electricidad dulce. Las velas ardieron más brillantes.

Una neblina luminosa comenzó a materializarse junto a Edmund, dorada y plateada simultáneamente. Dos figuras emergieron de aquella luz imposible.

Caterina jadeó; sus mejillas infladas temblaban.

—Hay más personas ahora. Buenas, personas.

Edmund se giró lentamente. Su rostro atravesó cada emoción humana posible en cuestión de segundos: incredulidad, esperanza, reconocimiento, amor absoluto.

—¿Thomas? —susurró, su voz quebrándose—. ¿Madre?

Thomas Ashcombe apareció como lo recordaba: cabello ceniza, ojos azul claros llenos de compasión infinita, sonrisa que iluminaba mundos enteros.

Lady Constance Barrington se materializó junto a él, radiante de salud, libre de la enfermedad que consumió sus últimos años. Su melena rubia brillaba como cuando era joven, sus ojos azules rebosantes de amor maternal.

—Edmund, hijo mío —murmuró Lady Constance, extendiendo una mano translúcida—. Llevamos esperándote tanto tiempo.

Edmund colapsó, sollozando con una intensidad que partía el alma. Décadas de dolor, culpa, ira y soledad estallaron en lágrimas que nadie creía posibles para un espíritu.

—Lo siento mucho —gimió, arrastrándose hacia ellos—. Todo fue mi culpa. Thomas murió por amarme. Padre murió por mi venganza. Yo me suicidé por cobardía. Lo destruí todo.

Thomas se arrodilló, acortando la distancia. Su mano espectral tocó el rostro de Edmund con ternura infinita.

—Nada de esto fue tu culpa, amor mío. Fuimos víctimas de una época cruel que no permitía nuestro amor. Pero el amor nunca es un error. Nunca es pecado.

—Ven con nosotros, hijo mío —rogó Constance, su voz como campanas de cristal—. Ya sufriste suficiente. Es hora de descansar.

Edmund se volvió hacia el círculo de vivos que observaban la escena con lágrimas corriendo libremente. Primero miró a Lily.

—Gracias —le dijo, su voz estabilizándose—. Por no huir cuando me viste. Por escuchar mi historia cuando nadie más podía. Por traerlos a todos aquí. Y recuerda que tú no eres culpable de cómo era tu madre o lo que le ocurrió.

Luego dirigió su mirada a Giulia.

—Gracias a ti también. Mi sobrino Henry puede estar orgulloso de ti y de que hayas cumplido su promesa. Los hermanos Barrington finalmente encontramos la paz.

A Chiara y Alessandro.

—Vivid plenamente. Amad sin reservas. No dejéis que el miedo os robe ni un solo momento de felicidad. La vida es demasiado preciosa y breve.

A Caterina y Mattew.

—Gracias por verme cuando nadie más podía. Por hablar conmigo en mi soledad. Sois muy especiales.

Finalmente, a Chris.

—Cuida de Lily. Ella merece ser amada sin condiciones y no la defraudes.

Se incorporó, tomando las manos de Thomas y Constance. Los tres brillaron juntos, fundiéndose en luz pura.

—Adiós —susurró Edmund, sonriendo genuinamente por primera vez en casi cien años—. Y gracias de nuevo por todo.

La luz estalló, cegadora y hermosa, llenando cada rincón del salón. Cuando se desvaneció segundos después, Edmund había desaparecido.

Las velas del círculo se apagaron simultáneamente. El peso opresivo que había colgado sobre la Villa Barrington durante décadas se había disuelto, reemplazado por una ligereza celestial.

Lily colapsó contra Chris, sollozando. Giulia rezaba entre lágrimas. Chiara abrazaba a Alessandro, quien temblaba visiblemente. Caterina lloraba de alegría mientras Mattew la sostenía.

La villa respiraba profundamente por primera vez en noventa y cinco años.

Edmund finalmente estaba en casa.

Capítulo 24: 2025 - La última despedida

El jardín de la Villa Barrington había estallado en vida.

Cuatro semanas después de que Edmund encontrara su paz, las buganvillas trepaban ordenadamente de nuevo por las paredes de piedra caliza, sus flores fucsia y magenta vibrando contra el cielo azul mediterráneo. Los limoneros doblaban sus ramas bajo el peso de frutos dorados y brillantes. Jazmines trepadores envolvían la glorieta en una cascada de flores blancas que perfumaban el aire con dulzura embriagadora.

Los jardineros que Chiara había contratado juraban no haber visto nunca un crecimiento tan vigoroso en tan poco tiempo. La tierra misma parecía respirar diferente, como si décadas de opresión se hubieran evaporado de sus entrañas.

Lily caminaba por el sendero de grava recién rastrillado, revisando mentalmente cada detalle antes de que Chiara y Sofía llegaran para la inspección final. Las persianas verde salvia recién pintadas contrastaban perfectamente con la piedra dorada. Las ventanas brillaban limpias, reflejando el mar que centelleaba más allá de los acantilados.

El sonido de un motor interrumpió sus pensamientos. El coche de Chiara se detuvo frente a la entrada principal.

—¡Lily! —Chiara emergió del vehículo, radiante con un vestido de lino blanco—. Estoy nerviosa como una niña antes de Navidad.

Sofía salió del asiento del conductor, alta y elegante con pantalones palazzo y una blusa de seda color crema. Besó a Lily en ambas mejillas con calidez genuina.

—Chiara no ha dormido en toda la semana pensando en este momento.

Lily sonrió, abriendo la puerta principal con teatralidad.

—Entonces espero estar a la altura de las expectativas.

El vestíbulo las recibió transformado. Los suelos de mármol resplandecían bajo la luz que entraba por las ventanas ya restauradas. Lily había elegido una paleta de blancos cálidos, verdes suaves y azules mediterráneos que honraban la historia de la casa sin asfixiarla en nostalgia.

Chiara jadeó, llevándose una mano al pecho.

—Es exactamente como me la hubiera imaginado, pero mejor. Más luminosa.

Recorrieron el salón principal, donde Lily había recuperado los muebles originales del almacén, restaurándolos meticulosamente. Sofás tapizados en lino color marfil. Butacas de terciopelo verde salvia. Cortinas de gasa que flotaban con la brisa marina.

En la biblioteca, las estanterías de caoba brillaban recién barnizadas, esperando llenarse de libros. Lily había instalado iluminación suave y estratégica, creando rincones perfectos para la lectura.

—Aquí podríamos tomar el café por las mañanas —dijo Sofía, tocando el respaldo de una butaca junto a la ventana—. Imagínate despertar y bajar a leer las noticias aquí.

Chiara la abrazó por la cintura, apoyando la barbilla en su hombro.

—O podríamos saltarnos la lectura y quedarnos en la cama.

Lily carraspeó con diversión exagerada.

—Hay más habitaciones que mostrar, si podéis controlaros.

Subieron la escalera hacia el primer piso. Lily les mostró el dormitorio principal, transformado en un santuario de paz con paredes color crema, ropa de cama de lino blanco y puertas francesas que se abrían a un balcón con vistas al jardín.

Sofía giró lentamente, absorbiendo cada detalle.

—Es perfecto, Lily. Perfecto.

Chiara se apoyó contra la barandilla del balcón, cruzando los brazos, incapaz de disimular la satisfacción en su rostro.

—Cuéntale las noticias —Sofía la animó—. No puedes seguir guardándotelo.

—Ayer recibí un WhatsApp de alguien de la India —Chiara sacó su móvil del bolsillo, mostrando la pantalla a Lily—. Una mujer llamada Priya. Quería ponerse en contacto conmigo.

Lily se acercó, intrigada.

—¿Priya?

—Descendiente de Beatrice —Chiara abrió la conversación, donde decenas de mensajes se desplegaban—. Sin dudarlo la llamé. Estuvimos casi una hora al teléfono.

Sofía se sentó, observando a su pareja con ternura mientras relataba la historia.

—Beatrice y Raj se marcharon a la India en mil novecientos treinta y se casaron allí. Fueron increíblemente felices, según Priya. Tuvieron cuatro hijos. —Chiara pasó el dedo por las fotografías que Priya le había enviado—. Esta mujer es hija a su vez de uno de ellos, historiadora apasionada por los árboles genealógicos. Llevaba meses investigando la conexión maltesa de su abuela.

Lily sintió que algo cálido se expandía en su pecho.

—Entonces toda la rama de la familia vuelve a conectarse.

—Exactamente —Chiara guardó el teléfono—. Priya quiere venir en primavera con su madre, que es la hija directa de Beatrice. Quieren ver la villa restaurada.

—Será hermoso recibirlas aquí —dijo Sofía.

Lily se apoyó también contra la barandilla, procesando cómo las piezas dispersas de una familia destrozada volvían a unirse.

—Chiara, hay algo que nunca me aclaraste del todo. Dijiste que la casa se abandonó en los años cincuenta. ¿Qué pasó exactamente desde mil novecientos treinta hasta entonces?

Chiara se recostó en la silla, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Tras mirar todos los papeles antiguos, facturas, registros de pagos… Florence, Roberts y Albert, que eran las personas de mayor confianza en aquella época, se mantuvieron contratados durante décadas. Arthur les envió dinero religiosamente desde Sicilia para que cuidaran la villa, aunque nadie la habitara. —Se acercó a Lily—. Nunca les faltó de nada. Cuando finalmente se jubilaron o decidieron volver a sus países de origen, Arthur les aseguró pensiones generosas hasta el final de sus vidas.

—Lealtad recompensada —dijo Lily.

—Mi abuelo cargaba con mucha culpa —Chiara miró hacia el jardín —. Pero jamás olvidó a quienes habían sido fieles a su familia.

En la terraza trasera, Lily había instalado muebles de mimbre blanco con cojines azul pálido. Una mesa de hierro forjado esperaba cenas bajo las estrellas.

Las tres se sentaron, y Chiara sirvió Prosecco de una botella que había traído.

—Por la Villa Barrington —brindó, levantando su copa—. Y por los nuevos comienzos.

Lily chocó su copa, pensando en la ironía deliciosa de todo aquello. Sir Reginald Barrington, patriarca tiránico obsesionado con las apariencias y el honor familiar, estaría revolviéndose furiosamente en su tumba si pudiera ver esta escena: dos mujeres enamoradas preparándose para mudarse juntas a su preciada villa, celebrando abiertamente su amor sin una pizca de vergüenza.

La justicia poética resultaba deliciosa.

—¿En qué piensas? —preguntó Chiara, notando la sonrisa enigmática de Lily.

—En que a veces la vida tiene un sentido del humor maravilloso —respondió Lily, bebiendo su Prosecco—. Esta casa finalmente será un hogar feliz.

Mientras pronunciaba estas palabras, un movimiento en el jardín vecino capturó su atención. Mattew y Caterina correteaban entre los limoneros, sus risas flotando en el aire como campanas mientras escapaban de Clara, quien los perseguía con una toalla en la mano y amenazas cariñosas.

Las tres mujeres agitaron las manos. Caterina respondió con entusiasmo desbordante, prácticamente saltando, mientras Mattew levantaba el brazo en un saludo más contenido, pero igualmente afectuoso.

—Son adorables —dijo Chiara, observándolos con ternura—. Tienen algo especial, ¿verdad?

—Ya viste, por ejemplo a Caterina en acción el día que Edmund abandonó por fin la casa. Puede ver cosas que el resto de nosotros no vemos —confirmó Lily—. O tal vez simplemente está más abierta a recibirlas.

Sofía rellenó las copas.

—Hablando de especial… ese australiano fuerte y guapo que aún no he tenido el honor de conocer. ¿Cómo se llama? ¿Chris? ¿Cómo va la cosa entre vosotros?

Lily sintió el calor subiéndole al rostro.

—Está ocupado con otro proyecto ahora. En… Mosta, creo. No, espera. Algo parecido. Aún no me quedo con todos los nombres de los pueblos aquí.

—Mdina —corrigió Chiara con una sonrisa—. ¿Y tú? ¿Qué harás ahora que la villa está terminada?

Lily giró la copa entre sus dedos, observando cómo el sol arrancaba destellos dorados al líquido burbujeante.

—Chris y yo hemos estado hablando. Vamos a mudarnos juntos a Londres.

Sofía enarcó una ceja con interés.

—¿En serio? Eso es rápido.

—Lo sé —admitió Lily—. Pero quiero ver cómo se desarrolla esto sin el telón de fondo con espectros de los años treinta. Y además… —hizo una pausa, eligiendo las palabras con cuidado—. También tengo que enfrentar a mis propios fantasmas allí. Los que dejé sin resolver cuando huí.

Sofía le apretó la mano.

—A veces la valentía consiste en volver.

—Luego ya veremos —añadió Lily, encogiéndose de hombros—. El tiempo dirá.

Se hizo un silencio cómodo, interrumpido solo por el canto de las cigarras y el susurro del viento entre los jazmines.

—Y vosotras —preguntó Lily, con tono travieso—, ¿habéis pensado en casaros? ¿Adoptar niños?

Chiara casi escupe su Prosecco.

—¿Niños? Sofía ronca. Imagínate añadir llantos nocturnos a la mezcla.

—Yo no ronco —protestó Sofía, dándole un codazo—. Simplemente respiro con entusiasmo.

—Como un oso hibernando.

—Como una mujer que trabaja demasiado y merece dormir profundamente.

Las tres estallaron en carcajadas que resonaron contra las paredes de piedra de la villa, mezclándose con el eco de risas que estas habitaciones habían esperado durante casi un siglo.

El sol comenzaba a descender hacia el horizonte, tiñendo el cielo de rosas y naranjas que se reflejaban en el mar. Chiara, Sofía y Lily permanecieron en la terraza, bebiendo su copa y compartiendo historias mientras las sombras se alargaban sobre el jardín florecido.

Y en algún lugar más allá del velo que separa un mundo del otro, Edmund Barrington descansaba finalmente en los brazos de Thomas Ashcombe, liberado de su prisión por el amor que generaciones futuras habían tenido el coraje de vivir abiertamente—el mismo amor que a él le había sido arrancado, pero que su sacrificio había ayudado a hacer posible.

Epílogo

El sol de julio caía generoso sobre el jardín de la Villa Barrington. Un año había pasado desde que Lily y Chris empacaron sus vidas maltesas en cajas de cartón y tomaron un vuelo hacia Londres, dejando atrás los fantasmas que finalmente descansaban en paz.

Ahora volvían con algo más que maletas para pasar unos días de vacaciones en la isla.

—Cuidado con el escalón —advirtió Chris, maniobrando el carrito donde dormía su hija de tres meses, Isabella Rose, envuelta en muselina blanca a pesar del calor.

Lily sonrió, observando cómo Chris verificaba obsesivamente que la capota del carrito bloqueara el sol. El tiempo de Londres había suavizado algo en él, pulido sus bordes ásperos hasta revelar la ternura que siempre estuvo allí, escondida bajo capas de arrogancia australiana y comentarios sarcásticos.

—Aún respira, ¿verdad? —bromeó Lily, acercándose.

—Muy graciosa.

Chiara apareció desde la cocina cargando una bandeja de aceitunas y queso típico, su cabello recogido en una cola alta que mostraba más canas que el año anterior.

—¡Ya están aquí! Sofía, deja la carne un momento y ven a conocer a la pequeña.

Sofía emergió de detrás de la parrilla donde los pimientos se asaban lentamente, limpiándose las manos en el delantal que proclamaba "Kiss the Cook" en letras rojas descaradas.

—Déjame ver a esta cosita —dijo, inclinándose sobre el carrito—. Dios mío, tiene tu boca, Lily. Pobre niña.

—Oye —protestó Lily sin convicción.

En el jardín, una mesa larga ocupaba el centro del patio entre algunos árboles, cubierta con un mantel blanco y coronada con jarras de agua con rodajas de limón flotando perezosamente.

—¡Hola! ¡Hola!

La voz alegre de Caterina precedió su aparición. Atravesó el jardín con pasos desiguales pero felices, seguida por Mattew, quien cargaba una cesta cubierta con un paño a cuadros.

—Galletas —anunció Mattew con su habitual economía verbal—. Para… la pequeña.

—Isabella —corrigió Lily suavemente—. Se llama Isabella y aún es muy pequeña para dulces, pero no os preocupéis, que las probaremos nosotros.

Caterina se asomó al carrito con reverencia, sus mejillas redondas brillando de felicidad.

—Es… bonita. Muy bonita. No veo… fantasmas cerca de ella. Buena señal.

Chris enarcó una ceja hacia Lily, quien simplemente se encogió de hombros. Algunas cosas era mejor no cuestionarlas.

Selene llegó veinte minutos después, flotando entre los jazmines como si formara parte del paisaje. Llevaba su chal bordado habitual y traía una bolsita de terciopelo que depositó en las manos de Lily.

—Amuleto de protección. Para la niña.

—Selene, no es necesario—

—Acepta el regalo —interrumpió Selene con firmeza—. Esta casa ha visto suficiente dolor. Un poco de magia preventiva no hace daño a nadie.

El último en llegar fue Alessandro, bajando de un taxi con una caja de botellas de vino de sus viñedos. Su rostro melancólico se iluminó levemente al ver a su hermana.

—Chiara.

Se abrazaron con el afecto contenido típico de los hermanos que se quieren, pero raramente lo expresan. Alessandro entregó las botellas a Sofía, quien las inspeccionó con aprobación profesional.

—Nerello Mascalese. Buen año.

—El mejor —confirmó Alessandro, permitiéndose una sonrisa pequeña.

Cuando todos se sentaron alrededor de la mesa cargada de comida —cordero asado, ensalada de tomate y alcaparras, pan recién horneado que Caterina insistía en partir con sus propias manos— Chiara levantó su copa de vino.

—Antes de empezar… quiero brindar.

Los demás alzaron sus copas, el cristal capturando la luz del sol poniente.

—Por mamá —dijo Chiara, su voz apenas temblando—. Todos sabéis que murió en abril, durmiendo. Simplemente… no despertó. Llevaba meses esperando su momento. Decía que ya había cumplido la promesa que le hizo a mi padre. Que podía descansar.

Alessandro giró el pie de su copa.

—Murió feliz. Es más, de lo que muchos consiguen.

—Por Giulia —dijeron todos al unísono.

—Y por Edmund, Thomas, Arthur, Violet —añadió Lily, pensando en los fantasmas que finalmente dormían—. Por todos los que nos precedieron y nos dieron esta historia.

—Por los buenos años que seguirán —terminó Chris, su mano encontrando la de Lily bajo la mesa.

Las copas chocaron con tintineo musical.

Caterina masticaba un trozo de pan con aceite cuando su mirada vagó hacia las ventanas del segundo piso. Allí, en el cristal que

reflejaba el cielo soleado, dos figuras se recortaban con nitidez imposible.

Edmund y Thomas.

Uno apoyaba la cabeza en el hombro del otro mientras observaban la reunión abajo. Sus rostros brillaban con algo que Caterina no había visto nunca en Edmund durante todas sus apariciones anteriores: paz absoluta. Thomas sostenía su violín bajo el brazo, riendo de algo que Edmund acababa de decir.

Caterina sintió el impulso de señalar, de gritar que estaban ahí, de compartir la visión con los demás. Pero algo la detuvo: la intimidad del momento, la felicidad que irradiaban aquellas figuras translúcidas.

En cambio, levantó su vaso de limonada despacio hacia ellos. Edmund la vio, sonrió con esa sonrisa aristocrática que ya no llevaba peso alguno, y le devolvió el gesto. Thomas inclinó la cabeza en agradecimiento silencioso.

Luego ambos se desvanecieron como humo en brisa marina.

Caterina bajó su vaso, mordió otro trozo de pan.

—¿Estás bien? —preguntó Mattew, notando su expresión.

—Sí. Muy bien. Todo… muy bien.

Y era verdad.

Un último favor

No te pierdas las últimas novedades acerca de Elías Wrenford:

https://eliaswrenford.com/es/despacho-literario/

Y no olvides dejar tu valoración en Amazon acerca de este libro. Ayuda con ello a otros lectores. Muchas gracias por adelantado.

Avance exclusivo

Donde la Navidad Aprende a Escuchar

La primera piedra de Neuschwanstein se colocó en septiembre de 1869, cuando las hojas empezaban a desprenderse de los tilos y el lago Alpsee devolvía el reflejo quebrado de las montañas. No hubo fanfarria. Ludwig ordenó que trabajaran en silencio, como si el castillo debiera brotar del paisaje sin violentarlo, sin romper la quietud que reinaba sobre aquella roca escarpada desde tiempos inmemoriales.

Pero el silencio no era suficiente. Lo que Ludwig buscaba no era ausencia de ruido, sino presencia de algo más profundo: un sonido propio, una voz que naciera del corazón mismo del castillo. Pasaba las noches recorriendo los salones vacíos, golpeando paredes que aún olían a cal fresca, escuchando ecos que jamás respondían como él esperaba.

—No está completo —decía a sus arquitectos, mientras señalaba planos que ya habían sido modificados una docena de veces—. Necesita un alma.

Y así comenzó la búsqueda.

La leyenda hablaba de una campana fundida en una Nochebuena remota, en un monasterio alpino cuyo nombre se había perdido entre nieves y siglos. Decían que la había creado una mujer ciega, guiada únicamente por el oído, mezclando bronces antiguos con cenizas de ramas de abeto bendecidas. Su sonido, según contaban los pastores de Suabia, podía atravesar la piedra sin deformarse, resonar en el interior de quien lo escuchaba sin necesidad de tímpanos.

Ludwig envió emisarios a cada rincón de Baviera y más allá. Regresaron con fragmentos oxidados, con campanas rajadas que habían colgado en torres olvidadas, con piezas de metal que

prometían milagros, pero que, al ser golpeadas, producían sonidos comunes, muertos.

—Esto no es —repetía Ludwig cada vez, mientras apartaba los hallazgos con un gesto delicado de la mano, como quien rechaza comida que no puede ingerir—. La campana que busco no suena para los oídos. Suena para el alma.

Los años pasaron. Los andamios crecieron y desaparecieron. El castillo se levantó blanco y desafiante contra el cielo, habitado por frescos de Lohengrin y tapices de leyendas que Ludwig prefería a la corte real. Pero por más que decorara cada sala, por más que llenara Neuschwanstein de cisnes tallados y terciopelos carmesí, algo faltaba. Algo esencial permanecía ausente.

En junio de 1886, hallaron su cuerpo flotando en el lago Starnberg. Las versiones se multiplicaron: suicidio, asesinato, accidente. Nadie pudo confirmarlo. Lo que sí confirmaron los albañiles que quedaron en el castillo fue que Ludwig jamás encontró su campana.

Pero la historia no terminó ahí.

Desde aquella primera Nochebuena tras su muerte, comenzaron los testimonios. Viajeros que cruzaban el valle en pleno invierno juraban escuchar un tañido grave, largo, que no provenía de Hohenschwangau ni de ninguna iglesia conocida. Algunos lo describían como un sonido que vibraba dentro del pecho antes de alcanzar los oídos. Otros aseguraban que nacía de la roca misma, del hueso mineral sobre el que se alzaba Neuschwanstein.

Los párrocos consultaban sus registros. Las campanas de todas las torres estaban inventariadas, controladas. Ninguna coincidía con aquel sonido imposible que solo resonaba una noche al año, cuando la nieve cubría los caminos y el mundo se recogía en el silencio blanco de la víspera navideña.

Y así pasó a formar parte de la leyenda: Ludwig nunca encontró la campana.

Pero quizá la campana sí lo encontró a él.

*** Disponible previsiblemente para Navidades de 2026 ***

Acerca del autor

Elias Wrenford

Elias Wrenford, andaluz de nacimiento e ingeniero de profesión, siempre ha sentido una pasión profunda por contar historias. Desde niño, inventaba aventuras con indios y pistoleros en el salón de su casa, lo que le llevó a crear mundos propios a lo largo de su vida. Tras escribir algunas obras bajo otro seudónimo, en mayo de 2024 decidió publicar de forma independiente su primera novela bajo su actual nombre, "*Las Sombras del Lago"*.

Esta obra ha sido traducida a cinco idiomas y ha permanecido durante meses como favorita del público de Amazon en la categoría de novela romántica histórica del siglo XX. Elias, quien lo hace todo por sí mismo, desde la escritura hasta el diseño de las portadas, ha alcanzado miles de lectores y obtiene las bonificaciones "All-Star" de Amazon habitualmente.

Como autor independiente, su éxito radica en su dedicación, su amor por la historia y su capacidad de conectar con los lectores a través de historias que buscan desentrañar los misterios del pasado y arrojar luz sobre el presente.

Otros libros del autor

El Corazón del Gran Hotel

Una novela de amor, traición y supervivencia que te agarrará el corazón

Cartagena, octubre de 1919. Una riada se lo lleva todo: la casa, los padres, el futuro. De Emilia solo quedan veinte pesetas, un billete de tercera y la terquedad de quien decide no rendirse. Así arranca una vida marcada por la pérdida… y por la fuerza de empezar de nuevo.

Cincuenta años después, en Palma de Mallorca, la confitería "Los Secretos del Almendro" es un refugio de olor a almendras y chocolate. Allí trabaja Emilia, ya convertida en una matriarca dulce y férrea, junto a dos almas que le han dado una nueva familia: Paco, siempre a medio camino entre la verdad y lo que calla, y Sofía, una mujer rota por la represión que aún busca su lugar. Cuando una tormenta abre una grieta en el pasado, Emilia recurre a su memoria… y el baúl de los secretos se abre de par en par.

De camarera humillada en un Gran Hotel que no perdona la pobreza, a repostera admirada por su talento; de un beso clandestino con Jaime Figueroa a la revelación brutal de los negocios sucios que provocaron la tragedia de Cartagena; de un compromiso prohibido a la traición que lo desbarata todo. La Guerra Civil, la cárcel, el estraperlo, la posguerra y las redes de solidaridad que sostienen a los que no tienen nada se entrelazan en la historia de una mujer que se rehace una y otra vez. Entre Don Sebastián, maestro confitero; Santiago, un payaso marcado por viejas heridas; y Ramón Figueroa, un poder dispuesto a sacrificar a quien sea, Emilia lucha por conservar su dignidad… y su libertad.

Esta es una novela que huele a ensaimadas calientes y a turrón; que sabe a cocina, a trabajo duro, a silencios que pesan más que las

palabras. Un relato donde la emoción convive con el suspense, donde la vida cotidiana revela la grandeza de las mujeres invisibles y la lenta reconstrucción de la esperanza.

"El Corazón del Gran Hotel" es una novela histórica intensa y emotiva. Si disfrutas las grandes sagas del siglo XX español con sensibilidad y rigor, esta historia te llevará por cocinas cálidas, plazas convulsas y jardines de almendros en flor. Prepárate: Emilia no se olvida fácilmente.

Susurros del Ayer en la Isla Blanca

Una isla marcada por el silencio. Dos mujeres separadas por un siglo. Un secreto que lo cambiará todo.

Ibiza, 1912. Rosa Salazar, joven heredera de una poderosa familia salinera, huye embarazada del hijo de sus mayores rivales. Nadie debe saberlo. Nadie puede encontrarla. Lo que ignora es que su decisión no solo desafiará a su tiempo, sino que dejará una huella imborrable en las generaciones venideras.

Ibiza, 2024. Ana Ortiz, periodista, encuentra una antigua cinta de vídeo donde su abuelo le confiesa un secreto que nunca debió salir a la luz. En su búsqueda de respuestas, Ana se adentra en los rincones ocultos de la isla… y en su propia historia.

Mientras Ibiza brilla por fuera con fiestas exclusivas, hoteles de lujo y glamour internacional, en su interior sigue latiendo otra verdad: la de una isla que guarda recuerdos, heridas y promesas incumplidas.

Con la ayuda —y el caos— de un grupo de personajes tan perdidos como entrañables, Ana descubrirá que el pasado no está tan lejos como parece. A veces, solo espera el momento perfecto para hablar.

Una novela que atraviesa generaciones, uniendo vidas, secretos y amores imposibles.

Una historia que no solo se lee… se vive.

Los Ecos del Patio de las Promesas

En el corazón de la histórica Córdoba, donde las calles estrechas susurran secretos y los majestuosos patios del Palacio de Alcázar guardan memorias que el tiempo casi ha olvidado, se entreteje una historia de amor, traición y redención que cruzará siglos.

Siglo XVI

La ciudad vive una era de tensiones y cambios, donde la convivencia entre cristianos y moriscos pende de un hilo frágil. Soraya, una joven morisca de espíritu indomable, encuentra en Don Fernando Mendoza, un noble tan valeroso como atormentado, un amor prohibido que desafiará las normas impuestas por una sociedad dividida. Sus encuentros furtivos bajo las estrellas, las miradas furtivas en los pasillos de Alcázar y las promesas hechas en susurros serán la base de una historia que marcará a generaciones.

Presente

Laura, una dedicada arqueóloga, regresa a Córdoba para trabajar en la restauración del emblemático Palacio de Alcázar. Lo que comienza como un proyecto más en su carrera pronto se convierte en una revelación que la conecta con el pasado de la ciudad y sus misteriosos habitantes. Con cada fragmento descubierto, las voces y los ecos de Soraya y Fernando emergen, tejiendo un puente invisible entre las épocas, donde las promesas de amor y los secretos de traición aún buscan justicia y redención.

"Los Ecos del Patio de las Promesas" es una celebración de la historia, el amor y la valentía que resuena a través del tiempo. Elias Wrenford, autor independiente aclamado y favorito de miles de lectores, nos trae una obra cargada de pasión y misterio que muestra la belleza eterna de una ciudad y las vidas que habitan en su memoria.

¿Te atreves a descubrir qué historias esconden los patios de Córdoba?

Las Sombras del Lago

En el año 1942, mientras la tormenta de la Segunda Guerra Mundial azota Europa, la majestuosa mansión Havenleigh se convierte en escenario de oscuros secretos y decisiones dramáticas. En medio de la guerra florece un amor prohibido entre Amelia, una residente de la mansión, y un misterioso desconocido, un amor que cambiará para siempre tanto su vida como el destino de la familia Graham.

Décadas después, Oliver Graham hereda la antigua propiedad de su abuela Eleanor, sin imaginar que también está heredando los secretos y sombras del pasado. Junto a su hijo Lucas, comienza a desentrañar los enigmas que están profundamente ocultos entre los muros de la casa. Documentos escondidos y cartas olvidadas revelan una historia de valentía, traición y un amor inquebrantable que trasciende generaciones.

"Las Sombras del Lago" es una novela cautivadora que lleva a los lectores en un viaje entre el pasado y el presente. La historia de la mansión Havenleigh entrelaza los horrores de la Segunda Guerra Mundial con los desafíos del presente, mostrando cómo el pasado moldea el presente. Romance, un amor imposible y oscuros secretos se combinan para ofrecer una experiencia de lectura inolvidable.